EL MODERNISMO RELIGIOSO

SEGUNDA SERIE DE CONFERENCIAS SOBRE

LOS PELIGROS DE LA FE

POR EL

P. RAMÓN RUIZ AMADO

De la Compañía de Jesús

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



MADRID

SÁENZ DE JUBERA HERMANOS, EDITORES

CAMPOMANES, 10

1908

NIHIL OBSTAT

P. VILLADA, S. J.

IMPRIMATUR

JOSÉ MARÍA.

Obispo de Madrid-Alcalá.

JOSEPHUS PAGASARTUNDÚA, S. J.

Praepositus provinciae Toletanae.

Imprenta Ibérica, E. Maestre, Pozas, 12.—MADRID

A MIS OYENTES DE SAN GINÉS

Hace dos años, visitando la Universidad de Berlín en compañía de un paisano mío, asistíamos á las conferencias ó lecciones públicas que daba allí un día á la semana cierto doctor protestante, proponiendo, en forma menos científica que popular, *la demostración de la existencia de Dios*. Y como el amplio local, capaz de unas ochocientas personas, se llenaba de bote en bote, me decía mi paisano, mostrando serlo en su mala opinión de las cosas de España: «¿Cuándo lograremos en nuestro país, que acudan ochocientos oyentes, á escuchar conferencias como éstas sobre *la existencia de Dios?*»—¡Quién sabe...! — le contesté, encogiéndome de hombros.

Y aún no transcurridos dos años, he aquí que nuestro celosísimo Prelado, el Exmo. y Reverendísimo Sr. Obispo de Madrid-Alcalá, concibe el deseo de reanudar las Conferencias que, en tiempos anteriores, se habían dado en Madrid los domingos de Cuaresma, y con elección que hubo de parecerme poco acertada (con perdón de Su Ex-

celencia Reverendísima), me encarga á mí el darles principio, tomando por asunto de ellas la reciente Encíclica *Pascendi*, en que N. S. P. Pío X, acaba de descubrir y anatematizar los errores del *Modernismo religioso* (8 Setiembre 1907).

No sé si por una resonancia que dejaron en mi alma aquellas palabras pesimistas del paisano de Berlín, ó por el conocimiento de mi ineptitud para principiar de nuevo la serie de las *Conferencias matritenses*, con suficiente brillo para atraer á un público solicitado habitualmente por los halagos de la política y de otra más sabrosa y empinada elocuencia; lo cierto es que me dirigí el primer domingo de Cuaresma á la iglesia de San Ginés, con el corazón harto encogido, y dando gracias á Dios, que nos enviaba aquella tarde una fuerte ventisca de agua y nieve, para tener en los fenómenos atmosféricos á quien echar la culpa del fracaso que anticipadamente preveía.

Vosotros sabéis que el fracaso no vino. Que, á pesar de la lluvia y la nieve, se reunió desde el primer día un público numeroso, el cual se acrecentó el domingo siguiente, y llegó desde el tercero á colmar enteramente el sagrado templo. Erais, pues, más de ochocientos, los que en Madrid acudíais á escuchar conferencias, harto más espinosas y áridas que las del doctor protestante de mi caso, con dos diferencias en vuestro favor (fuera de la del número): la primera, que la clase de Berlín estaba ocupada en parte por mujeres marisabidillas y hombres del pueblo,

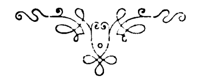
que de seguro no hubieran aguantado una conferencia sobre el Agnosticismo; al paso que en Madrid toda la concurrencia ha constado de hombres, y esos, en general, de entre las clases y personas más ilustradas. La segunda es, que ninguna cosa ha logrado ahuyentaros, de las muchas que han conspirado para ello; pues, para que no se tome á falsa modestia si digo que la primera debió ser la falta de cualidades oratorias del conferenciante, me limitaré á señalar lo escabroso de los temas que he tenido que desarrollar, para sacar á la luz del día las raíces hondas y viciosísimas del Modernismo religioso.

Conste, pues, para honra vuestra y consuelo de nuestra Nación, que hay aquí vehementes deseos de *la verdad*, y un ansia de oir la verdadera doctrina de la razón y de la fe, á prueba de asperezas y sequedades. Observación que por mi parte me anima grandemente; por cuanto me confirma en mi opinión de que, el día que se organizara de una vez la Enseñanza española (Dulcinea á quien vengo hace años consagrando fervorosos amores), si no en riqueza y poder material, volvería nuestra patria á emparejar, y aun competir ventajosamente, en ilustración, con las naciones de cultura más adelantada.

Este favor con que el público de Madrid y la Prensa han acogido mis modestos ensayos sobre el *Modernismo*, me ha movido á imprimir las presentes Conferencias, aunque no exactamente en la forma que las pronuncié. Pues, aunque en la

exposición oral resumí en una las dos primeras, he preferido publicarlas ahora del modo que van, para no sacrificar algunos trozos, que omití en gracia de la brevedad, y me parece no carecerán de interés para los lectores. Asimismo he añadido unos *apuntes* para una octava Conferencia, que tampoco se pronunció, para completar la materia que trata el S. P. en su magnífica Encíclica; la cual, finalmente, no incluyo, por haberse hecho de ella numerosas ediciones.

Madrid, fiesta de la Anunciación de Nuestra Señora, de 1908.



INTRODUCCIÓN

Uno de los más urgentes deberes del católico ha sido en todos tiempos el procurar, en la medida de sus fuerzas, *conocer bien* la religión sacrosanta que profesa; pues, como quiera que el Cristianismo es una religión *revelada*, esto es, sobrenaturalmente comunicada por Dios á los hombres; á esta particular solicitud de Dios que, como dice por los profetas, *se levantó de mañana* (1) para enriquecer nuestras inteligencias con el conocimiento de la verdad, aún más allá de los términos de la Naturaleza; corresponde evidentemente, por nuestra parte, un estricto deber de esmerarnos, con todas nuestras fuerzas naturales y sobrenaturales, en conocer esta verdad divina, que el Señor ha tenido la dignación de revelarnos.

A esta obligación satisfacen las personas sencillas: los niños, las mujeres y los hombres del pueblo, con aprender las verdades dogmáticas contenidas en *el Catecismo*, cuyo conocimiento, en parte es de *necesidad de medio*, esto es, de todo punto indispensable para la salvación; en parte de *necesidad de precepto*, es á saber: obligatorio

(1) 2 Paralip. 36, 15

por mandamiento de Dios ó de la Iglesia, cuya infracción constituye un pecado mortal; y en parte atañe á la *perfección intelectual* de los fieles, principalmente de aquéllos que, por razón de su cultura literaria ó científica, son más capaces de comprender las verdades que á nuestra santa fe pertenecen.

Todo esto mira al que pudiéramos llamar conocimiento *positivo* de la religión que profesamos. Pero hay además otra parte *negativa* y, en nuestros tiempos, poco menos necesaria; es á saber: el conocimiento de los *errores* que, en la época en que el cristiano vive, tratan de oscurecer el resplandor de la divina fe.

Este conocimiento no es de *necessitate medii aut praecepti*. Para la salvación, basta conocer las *verdades* que debemos profesar; y quien tuviera clara noticia de ellas, podría suficientemente, por exclusión, librarse de los errores que procuran empañarlas. Pero, como decían los antiguos: *opposita juxta se posita, magis elucescunt*; y á la manera que un pintor, para que brillen y resalten las luces de un cuadro, cuida de poner á su lado masas de oscuras sombras; así, para obtener un más claro y determinado concepto de la verdad católica, que hemos de profesar en toda su integridad y pureza, no poco ayuda considerarla al lado de los errores, que, como sombras, pudieran robarle la luz si se pusieran delante de ella, pero sirven, al contrario, para acrecentar su resplandor, cuando con ella se cotejan debidamente.

Y así como la instrucción *positiva* en las verdades de fe es objeto de la enseñanza *catequística*, recientemente inculcada por Nuestro S. P. Pío X, en su Encíclica *Acerbo nimis;* así la exposición y refutación de los modernos *errores* parece más oportuno asunto de las *conferencias*, que se dirigen á auditorios de mayor ilustración, y compuestos de personas que, no sólo deben profesar la católica verdad, sino defenderla, siempre que fuere preciso, contra los ataques descubiertos ó solapados del error y de la mentira.

Por estas razones, habiendo recibido de nuestro Excmo. y Rdo. Prelado, el honroso encargo de reanudar esta Cuaresma las antiguas conferencias, que en esta villa y corte tuvieron años pasados muchos esclarecidos oradores, con tanto lucro de la verdadera fe, como edificación y provecho de las almas, me ha parecido que ningún tema sería más oportuno, que el que nos propone el mismo Romano Pontífice en su reciente Encíclica *Pascendi dominici gregis*, en que, con sabiduría verdaderamente celestial, descubre y anatematiza los errores del **Modernismo religioso.**

Desde el momento en que S. S. escoge los errores modernistas como objeto de su *magisterio docente*, no debe quedar duda á ningún católico, acerca de la oportunidad de este asunto en los presentes días. Sólo una ambigüedad pudiera por ventura originarse, de pensar que el Modernismo no ha invadido aún, por la misericordia divina, las

inteligencias españolas; por donde tal vez creerán no pocos, que esgrimimos nuestras armas contra un enemigo, que no amenaza todavía nuestras fronteras. Pero á este reparo, creemos se pueden oponer muchas razones.

Sea la primera que, vale más conocer al enemigo, antes que nos ataque positivamente, que no esperar á enterarnos de su catadura cuando nos hallemos envueltos con él en la refriega. En segundo lugar, pertenece á la que pudiéramos llamar *instrucción superior* del católico, conocer las enseñanzas pontificias, aunque no se encaminen inmediatamente á nosotros; así como enterarnos de los errores que en otros países levantan cabeza, y pudieran, si no nos prevenimos, invadir nuestros entendimientos; mayormente en esta época, en que la lectura de las personas ilustradas, y conocedoras de varios idiomas, no se encierra en los límites de las propias fronteras.

Pero sobre todo nos mueve otra razón, y es, que no se puede decir con toda exactitud, que en España estemos absolutamente exentos de *algunos* de los errores ó *tendencias*, que la Encíclica *Pascendi* señala y condena.

Pues en primer lugar, ¿qué otra cosa es el *Modernismo* sino la inoculación del Naturalismo en las venas de la ciencia católica? Y, ¿quién desconocerá que ese Naturalismo va invadiendo las inteligencias en España, poco menos que en las otras naciones donde ha florecido hasta hace poco el Catolicismo?

Pero además de esta tendencia general, hallamos acá y allá, en las ideas de nuestros compatriotas, otras manifestaciones particulares de éste, que podríamos llamar *Modernismo inconsciente:* tales son, cierto *Agnosticismo* informe en muchos hombres de ciencia, los cuales parecen suponer que no hay relación alguna entre los dominios de la religión y sus estudios científicos; el marcado *Sentimentalismo religioso* de algunos de nuestros liberales, que nunca se cansan de hablar de religiosidad y sentimientos religiosos, pero sin concretar jamás, si hablan de la religión de Cristo ó la de Confucio; y no pocos asomos de *Criticismo naturalista* en las disciplinas históricas; sin contar otras apreciaciones de sabor marcadamente modernista, que andan en los escritos acerca de las Bellas Artes.

Ahora bien; donde se hallan, siquiera sea de un modo rudimentario, el Agnosticismo y el Sentimentalismo, están las raíces de donde el Modernismo puede brotar, sobre todo cuando traen sus gérmenes los vientos de las literaturas extranjeras, que hoy circulan libremente en España, como en los otros países, abiertos enteramente á todas las influencias buenas y malas, por la desaforada libertad de pensar y escribir.

Veis, pues, por lo dicho, que, aunque sea verdad, por la bondad divina, lo que oímos decir por ahí: que en España *no existe el Modernismo* propiamente dicho; hay razones suficientes para que deseemos y procuremos conocerlo; ya para arran-

car á tiempo las raicillas que de él hallamos en nuestra literatura científica, ya sobre todo, para prevenirnos contra su más seria invasión, sabiendo que *jacula praevisa minus feriunt:* los dardos que se ven venir á tiempo, causan menos graves heridas; y esperando que *forsan et haec olim meminisse juvabit:* que vendrá acaso el día en que nos alegremos de habernos enterado de estas cosas.

Mas para proceder con orden, antes de entrar en un examen detenido de los principios del Modernismo religioso, bueno será que comencemos por preguntarnos: *¿Qué es este Modernismo?* El Romano Pontífice nos da una descripción de él, *por su contenido*, diciendo que es *un agregado de todas las herejías*; y *por sus efectos*, le define como *destrucción, no sólo del Catolicismo, sino de toda religión.* Mas considerado *en sus causas*, podemos definirlo, de acuerdo con el Papa y con los mismos modernistas, como: *el conato de conciliar la Religión católica con la Filosofía moderna.*

Vamos, pues, á preguntarnos ante todo: ¿De dónde procede ese conato temerario, de intentar una conciliación imposible de extremos inconciliables? Y, ¿cuál es esta *Filosofía moderna*, que los modernistas quieren conciliar con el Catolicismo? La respuesta á la primera cuestión nos conducirá á descubrir la causa psicológica del Modernismo y *su situación en la Historia de las herejías.* La contestación á la segunda, nos dará á conocer la *genealogía filosófica del Modernismo.*

CONFERENCIA PRIMERA

EL MODERNISMO EN LA HISTORIA DE LAS HEREJÍAS

Confiteor tibi, Pater, Domine coeli et terrae, quia abscondisti haec a sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Ita Pater, quoniam sic fuit placitum ante te. *(Matth. XI, 25: Luc. X. 21.)*

SUMARIO:

I. Dos vías en la historia del Cristianismo; Desenvolvimiento de la fe; perplejos caminos de la herejía.—La fe de los primeros cristianos: el grano de mostaza.—Fuerza asimiladora y espontánea de la Iglesia.—Las herejías y las definiciones dogmáticas.

II. Fases del error religioso-científico. — Los gnósticos; sus semejanzas con los modernistas. — Los aristotélicos del siglo XII. —Los humanistas: repetición del mismo proceso.— La ciencia moderna: descubrimientos y medios nuevos de investigación.—Infatuación de los eruditos.

III. Los *modernistas:* su programa. Cotejo con las otras herejías. —Definición de Pío X.—Dos modos de ser *moderno.* Orgullo de los modernistas. Sus falacias. — Paralogismo.— Procedimiento verdaderamente científico de los teólogos.— Conducta de la Iglesia ante las novedades científicas.

I

1. Hay una sentencia, en el sagrado Evangelio, capaz de cortar los vuelos y encoger con un santo terror los orgullosos espíritus de los sabios de este mundo; ¡sentencia que hemos visto cumplirse lamentablemente en todas las épocas de la Historia del Cristianismo! «¡Yo te confieso; yo te glorifico, Padre mío, Señor de los cielos y la tierra; porque escondiste tus misterios á los que se tienen por sabios y prudentes, al paso que los revelaste á los humildes y pequeñuelos! ¡Sea así, ¡oh Padre!, por cuanto tal ha sido tu beneplácito!»

¡Y así fué siempre, y sigue ejecutándose hasta nuestros días! ¡Es cosa maravillosa, ver, por una parte, de qué manera ilumina la cristiana fe á las personas más sencillas y humildes, guiándolas para penetrar en los misterios de la religión, y para discernir con asombroso tino las cosas de la vida moral; y al propio tiempo, de qué manera se ciegan y extravían los hombres soberbios, cuando, infatuados con la ciencia que en otras disciplinas poseen, se atribuyen el derecho de discurrir y fallar por su cuenta en las cosas que á la religión pertenecen!

Estos dos elementos: la inteligencia humilde de las cosas de la fe por los verdaderos creyentes, y los desvaríos en que incurren, cuando pretenden aplicar á ellas sus criterios humanos, los *sabios* y *prudentes* de este mundo; han señalado en el decurso de los siglos cristianos **dos vías paralelas:** la una pura, sencilla y luminosa, marca el natural *desenvolvimiento de la doctrina dogmática;* la otra, obscura, perpleja y embrollada, constituye la *Historia de las herejías.* Contemplémoslas un instante en brevísima síntesis.

2. Los primeros *fieles;* los Apóstoles y Discípulos del Señor, y los discípulos de estos *varones apostólicos*, creyendo firmemente, con corazón humilde, la doctrina del Divino Maestro, *poseían toda la fe*, aunque englobada y resumida en pocas y sencillas enseñanzas. Creían que Jesús, muerto por nuestros delitos, y resucitado para nuestra justificación (Rom. IV, 25), era el *Mesías, el Cristo*, y que el *Cristo era Dios: et Deus erat Verbum!* Creían que Dios era *uno* y *trino*, y por eso eran bautizados *en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo*; creían que, en la Eucaristía, participaban de la *carne y sangre* de Dios hecho hombre, y recibían también su gracia y el precio de nuestra redención en los demás sacramentos; y sabían que pertenecían á una *Iglesia santa*, católica y procedente de los Apóstoles, presidida todavía por ellos ó por sus inmediatos sucesores, en cuya obediencia debían vivir. ¡No necesitaban saber más; porque sabiendo esto y profesándolo

con sencillo corazón, poseían *toda la sabiduría* religiosa, y conocían el *camino de la vida!*

Por lo demás, aun en el orden del conocimiento, poseían *la semilla* de toda la ciencia sagrada. Su fe era el granito de mostaza que, por su intrínseca virtud, había de irse espontáneamente desenvolviendo, á medida que lo reclamaran las circunstancias del tiempo y del medio ambiente. Ninguna comparación más exacta, que ésta que había hecho el Salvador, de su doctrina, equiparándola con la pequeña semilla confiada al seno fecundo de la tierra. Así como la semilla tiene en sí misma la virtud de germinar y producir el árbol más corpulento, y posee al propio tiempo la fuerza de asimilarse todos los elementos útiles que le ofrece el suelo donde vive; asimismo la Iglesia era al propio tiempo el organismo más lleno de propia virtud, y dotado de la mayor *potencia asimiladora* de cuantos elementos pudieran ser de provecho para la nutrición vital de su cuerpo.

3. Así la vemos, plantada en el terreno de *la cultura greco-latina*, asimilarse sus elementos útiles con tal avidez y medro, que uno de sus más astutos enemigos, Juliano el Apóstata, pensó asestarle un golpe de muerte privándola de la savia que de ellos recibía. Así la vemos luego, acomodarse á los usos y carácter de *los pueblos germánicos* que recibe en su seno, respetando muchas de sus fiestas y costumbres, é inoculándoles un nuevo espíritu de vida sobrenatural y divina. Así, más tarde, la miramos aprovecharse de los *te-*

soros del mundo oriental, aportados por los árabes y los bizantinos, para nutrir con esos elementos, después de purificarlos, el árbol frondoso de la Teología escolástica; así en *la época del Renacimiento* contemplámos á los Pontífices romanos puestos al frente de aquel nuevo movimiento de los ingenios, para hacer entrar en la Iglesia sus productos más acendrados; y, así, finalmente, en *la época actual*, vemos á la Iglesia favorecer y aprovechar todo género de estudios, naturales, astronómicos, arqueológicos é históricos, filológicos y lingüísticos, para enriquecer con todos ellos el tesoro de la Ciencia cristiana!

4. Y no sólo ha tenido la Iglesia de Cristo esa fuerza asimiladora de los elementos ajenos (¡si es que algo bueno, puede llamarse *ajeno* de Cristo!), sino al propio tiempo, como la semilla evangélica, ha ido desenvolviendo los recursos de su propia fecundidad, explicando más y más el contenido de sus dogmas divinamente revelados, á medida que lo ha ocasionado y hecho necesario el contraste de la nuevas herejías.

Los primeros fieles creían tan firmemente como nosotros en la Trinidad, y en la divinidad de Cristo; pero no se habían propuesto explícitamente la cuestión de las relaciones que unen á las tres Personas divinas. Fué menester que Macedonio pusiera en tela de juicio la divinidad del Espíritu Santo, para que la definiera el Concilio I de Constantinopla. Los fieles anteriores á él, creían y profesaban sin duda, que *Dios* era *Padre*,

Hijo y ***Espíritu Santo***, pues en nombre de las tres Personas divinas se les confería el Bautismo; pero por ventura no se habían propuesto formalmente esta pregunta: *¿El Espíritu Santo, es Dios?* Lo profesaban sin haberlo nunca dudado ó discutido. Ahora se había promovido la discusión, y le seguía la profesión de fe, fijando una más explícita fórmula de lo que ya de antiguo se creía.

Desde Pedro, en el hermoso episodio de Cesarea, todos los fieles habían profesado la divinidad de Cristo *¡Tu es Christus, Filius Dei vivi!* y, como refiere San Justino á mediados del siglo II, se juntaban todos los domingos para *celebrarle como Dios* en sus himnos. Pero viene luego Arrio, y propone la cuestión: si el *Hijo* es *igual* al Padre ó inferior á él, y surge aquella enojosa serie de discusiones del arrianismo y semiarrianismo; de los homeos y de los anomeos; del homusios ó del homeusios, etcétera. Lo que hasta entonces se había creído sencillamente, se analiza ahora y se pone por algunos en tela de juicio; el cual se termina con la *sentencia definitiva de la Iglesia*, estableciendo de una manera *explícita*, lo que *práctica* é *implícitamente* creían y profesaban los fieles desde los primeros días del Cristianismo.

De esta manera se fué determinando la doctrina de la Persona y naturaleza de Cristo, de su voluntad é inteligencia, en las controversias *cristológicas* promovidas por los desvaríos de Nestorio, Eutiques, Dióscoro y el patriarca Sergio de Constantinopla. Y vinieron luego las discusiones acerca

de la gracia; primero de los pelagianos y semipelagianos, y luego de los *predestinacionistas*, suscitadas por un monje de la Edad Media, y reproducidas, en el principio de la Moderna, por Lutero y Calvino, y más tarde por los jansenistas.

De todas estas discusiones *ha brotado la luz*; pero, *no por virtud de la discusión*, sino por la virtud encerrada en el seno de la Iglesia, que se desenvuelve en la medida que lo exigen las exteriores circunstancias. No puede compararse esta luz doctrinal, á que dieron mera *ocasión* las herejías, con la luz que brota del choque de dos pedernales; sino se parece más bien á la fragancia que despiden las hierbas olorosas, cuando son restregadas por un objeto áspero; donde no es la aspereza, la causa de la fragancia, sino la propia virtud de las olorosas plantas.

De esta manera, por el intrínseco desenvolvimiento de la Revelación depositada en su seno, y por la asimilación de los elementos naturales de todas las civilizaciones con que ha convivido la Iglesia en su peregrinación por la tierra, se han formado *el Dogma* y *la Ciencia eclesiástica*, que son como el alma y el cuerpo, ó como la miel y el panal, que ha ido labrando en el transcurso de los siglos esta divina colmena, tomando de la cultura de las varias épocas, la cera con que ha formado el envoltorio externo de su aparato científico; pero labrando del jugo de sus propias entrañas la miel purísima de la doctrina dogmática.

II

5. Mas al paso que los humildes y sencillos, *la grey de los pequeñuelos*, como llamó Jesucristo á su Iglesia, se dejaba llevar dócilmente por la fuerza de este natural desenvolvimiento de germinación y asimilación, dirigido por los legítimos pastores, puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios; los *sabios y prudentes de este mundo*; los espíritus soberbios, *impacientes al yugo*, olvidando las verdaderas leyes de la vida, que procede en todo con suave gradación, sin saltos ni violentas síntesis, se cansaron de esta marcha pausada y segura de la naturaleza, y de la gracia que á ella se acomoda, y separándose del aprisco del Señor, quisieron correr á su capricho tras los pastos apetitosos, donde hallaron el veneno de todos los errores.

El más insigne ejemplo antiguo de este descarrío, y muy semejante al de los modernos perturbadores de la Iglesia, es el de **los gnósticos.** Mientras los demás fieles vivían sumisos á la dirección de sus legítimos pastores que los guiaban lenta, pero seguramente, á las fuentes de la verdad y de la vida; algunos cristianos, más de nombre que de espíritu, se dejaron deslumbrar por el brillo de oropel de la filosofía neo-platónica y de los sistemas religioso-científicos del oriente; y quisieron tentar... *¡precisamente* lo que dicen querer

en nuestros días los *modernistas!:* una *síntesis* de la Fe cristiana con aquella *pseudo-ciencia* de los griegos y persas.

¡La lectura de sus sistemas nos llena hoy de asombro, y nos da una comprobación abrumadora de los delirios á que puede llegar la imaginación frenética con la fiebre de novedades científico-religiosas! ¿Quién puede averiguarse hoy entre aquellas enrevesadas cosmogonías de los gnósticos, que nos han transmitido Hipólito y S. Ireneo? ¿A quién no mueven á hilaridad, mezclada de coraje, aquellos delirios sobre la emanación de *eones* y formación de sistemas cósmico-espirituales? ¡Aquellas hebdómadas y ogdóadas, décadas y syzyguias; aquellas mezclas de la luz espiritual con la materia, y aquellas series de redenciones y purificaciones disparatadas é inconcebibles!

¡Y con todo eso, tales delirios se propalaron entonces *en nombre de la Ciencia!* La *Gnosis* ó ciencia superior, se contraponía á la *Pistis*, fe ó ciencia eclesiástica (como ahora la Crítica á la Teología); los que profesaban aquellas aberraciones, se adornaban con el nombre de *pneumáticos* ó espirituales, y llamaban *psíchicos* ó animales, á los sencillos cristianos que seguían el magisterio de la Iglesia. ¡Bien dijo el Sabio, que *nihil novum sub sole;* y el poeta latino, que *multa renascentur quae jam cecidere!* Pues, si bien se considera, estas pretensiones científicas, este soberano desprecio de los demás, que hoy nos asombran é indignan

en los modernistas, son cosas tan viejas como el mundo, y que caracterizaron siempre á aquellos *sabios y prudentes* á quienes *esconde Dios* los misterios, que revela piadosamente á los humildes y sencillos!

6. Y aunque sea prematuro entrar en una comparación, antes de haber dado á conocer de propósito los extremos que se comparan, no podemos dejar pasar aquí la oportunidad de señalar las sorprendentes analogías que unen al *Modernismo* actual con el antiquísimo *Gnosticismo* (1). Nacidos uno y otro de un conato indiscreto de conciliar extremos inconciliables, el Gnosticismo quiso amalgamar las verdades cristianas con la Filosofía de los neoplatónicos (que era la Filosofía *moderna* de entonces) y con el dualismo de los persas; al paso que el Modernismo pretende conciliar el Cristianismo católico con la Ciencia atea contemporánea; ¡y unos y otros no consiguen sino desfigurar horriblemente el Cristianismo, no conservando de nuestra santa Religión, otra cosa que el nombre!

Y si bien el punto concreto de la conciliación que intentan es diverso (pues los gnósticos se preocupaban por la aparente antinomia que se encierra en el *origen del mal*; al paso que los moder-

(1) Los mismos modernistas sienten la necesidad de señalar en qué se diferencian de los gnósticos (Programa, pág. 73). Cierto, se diferencian en muchas cosas; pero no por eso dejan de tener con ellos sorprendentes analogías, y sobre todo, idéntica tendencia sintética.

nistas se fijan en la antinomia, no menos aparente, entre la doctrina de la Iglesia y los resultados de la moderna Crítica bíblica), es maravillosa la semejanza entre las consecuencias á que llegan los unos y los otros. Unos y otros niegan la *divinidad de Jesús*, distinguiendo el Cristo místico del Cristo corporal; el Cristo de la fe, del Cristo de la realidad histórica; sobre el cual desciende para los gnósticos el *Eón* Jesús, y en quien se manifiesta el espíritu de Dios, para los modernistas; fijando unos y otros, como instante de esta mutación, su sagrado bautismo. Unos y otros niegan la verdadera eficacia salvífica de la *Pasión* y la *Resurrección*; pues, para los gnósticos, el hombre solo padeció, y solo el *Eón* fué glorificado; al paso que, para los modernistas, el que padeció es Jesús de Nazaret, puro hombre, y lo que resucitó no es más que su *espíritu*, que pasa á sus discípulos y en ellos sobrevive. Unos y otros confunden el *orden natural* con el *sobrenatural*: los gnósticos haciendo del proceso de la creación, un principio de redención destinado á libertar las partículas de la luz del pleroma, abismadas y confundidas en la materia; y los modernistas, haciendo el Cristianismo mera *satisfacción* de un instinto religioso, que en el hombre *naturalmente* se desenvuelve. Unos y otros van á dar en el más descarnado *Panteísmo*; emanatista en los gnósticos y evolutivo en los modernistas. Y unos y otros van á parar á la *indiferencia moral* de los actos humanos, enervando la Ley ó destruyéndola del todo, pues las huma-

nas acciones se atribuyen á un intrínseco principio inconsciente, que con natural necesidad se actúa; y si los gnósticos llegan hasta el *antinomismo* (por creer Principio malo al autor de la Ley), los modernistas van hasta el *relativismo* de todos los valores morales!

7. Mas no fué la época del Gnosticismo la única que presenció este desastroso conato de establecer entre la fe y la *falsa ciencia* un contubernio imposible. Hemos de recordar, ya que nos lo han traído á la memoria los modernistas, pensando sacar de ahí un argumento en su favor, que, cuando en la Edad Media se renovó *el estudio de Aristóteles*, ya sea que lo trajeran los árabes ó que se recibiera primero de los bizantinos; antes que la Ciencia eclesiástica se asimilara estos nuevos elementos, digiriéndolos, después de haberlos depurado de sus numerosos errores, y convirtiéndolos en substancia propia con el largo trabajo cuyos frutos llevó á sazón Santo Tomás de Aquino (1); otros hombres impacientes, se habían adelantado á hacer violentamente esta conciliación, no trayendo la filosofía peripatética á la Iglesia, sino queriendo torcer los dogmas eclesiásticos para llevarlos á las teorías erróneas de Aristóteles, como lo hicieron Abelardo, Roscelino y otros muchos, en el siglo XII. ¡Los modernistas han in-

(1) Los modernistas han tenido la serenidad de decir que Santo Tomás fué *il vero modernista del suo tempo!* (Programa, p. 137.) Risum teneatis? Esto es un craso desconocimiento de la diferencia que media entre *asimilación* y *síntesis*.

vocado este ejemplo en su favor con una temeridad y ceguera inconcebibles! Pues, ¿por ventura aceptó luego la Iglesia, de boca de Santo Tomás, *los errores* que había condenado en boca de Abelardo ó de Roscelino? ¡No tal! Lo que hubo fué, que estos hombres temerarios (aunque no tanto con mucho como los modernistas), quisieron amalgamar con la doctrina eclesiástica las doctrinas paganas de Aristóteles. Por eso la Iglesia *condenó* sus errores y *prohibió* el estudio de Aristóteles á aquéllos *que no tenían bastante instrucción y criterio* para separar en él *lo precioso de lo vil* (1); mas al propio tiempo admitió con aplauso las pepitas de oro que el Ángel de las escuelas, en el crisol de su poderosa inteligencia, había separado de las escorias de la filosofía peripatética, y las engarzó como preciosas joyas en su inmortal corona!

8. Y esto que aconteció con los aristotélicos de la Edad Media, se reprodujo con *los Humanistas del Renacimiento*. También entonces, cuando, por una compleja combinación de circunstancias, se despertó el amor á los estudios clásicos; hubo hombres orgullosos y ávidos de novedades, que se envanecieron con sus nuevas adquisiciones; y, contraponiendo su exquisita cultura humanística, á la que llamaban *sórdida barbarie escolástica*,

(1) Los libros de Aristóteles, que ocasionaron esta prohibición en la Universidad de París, fueron los Naturales, corrompidos en muchos puntos por los árabes.

menospreciaron la ciencia de los siglos anteriores, y pretendieron llevarse á Cristo al Olimpo helénico, confundiendo al Señor con Júpiter, á la Virgen de las vírgenes con Diana ó Minerva, y á los héroes del Cristianismo con los semidioses de la Gentilidad. También entonces la Iglesia detestó sus desvaríos, sin perjuicio de lo cual, aprovechó luego los elementos saludables de aquella nueva dirección del espíritu humano, adornando la Teología católica con las preseas de la erudición clásica; pero después de haberlas depurado y acendrado con su increíble fuerza asimiladora!

Así, considerando á grandes rasgos la historia científico-religiosa de los pasados tiempos cristianos, hallamos repetido muchas veces el mismo fenómeno. En cuanto se marca en el mundo científico una dirección nueva, pór muy atrevida ó prematura que sea, surgen luego espíritus temerarios, y ambiciosos de novedades, que se apresuran á vestirse con el nuevo ropaje, para decir á los otros hombres: *¡nosotros no somos como los demás!* Y parte de estos insensatos se aleja abiertamente de la Iglesia; mientras otra parte, por esto mismo más peligrosa y perniciosa, abriga la pretensión de *¡transformar la Iglesia* conforme á sus delirios, intentando una fusión imposible entre la verdad y el error, entre la doctrina revelada del Cristianismo y las novelerías seudo-científicas que los seducen y embelesan! Así lo hicieron el siglo II y III los gnósticos; así lo repitieron en el siglo XII los aristotélicos; así lo volvieron á hacer en el

siglo xv los partidarios del falso Renacimiento... y así lo están pretendiendo en nuestros días *los modernistas*.

9. En nuestra época se está realizando, en el terreno de las ciencias, una revolución importante. Los asombrosos descubrimientos del último siglo abren nuevos derroteros á la especulación científica. ¡El telescopio escudriña cada día más dilatados espacios estelares; el microscopio descubre con su agudísima retina el mundo de lo infinitamente pequeño, y lo manifiesta no menos maravilloso que el mundo de lo infinitamente grande! El análisis y la síntesis química nos enteran de día en día de nuevas combinaciones de la materia, y el cálculo matemático da cotidianamente nuevos alientos á la Mecánica y á la Astronomía. Al mismo paso adelantan las ciencias históricas: léense los jeroglíficos de los egipcios y las inscripciones cuneiformes de los ladrillos asirios; se desentierran del polvo secular los olvidados códices, se encuentran nuevas lecciones de los escritos ya conocidos, y con los nuevos instrumentos de trabajo, se critican agudamente los textos y se ilustran con un aparato de erudición desconocido para los antiguos. Con esto, no pueden menos de surgir nuevas dificultades y hallarse nuevas soluciones, y vienen á parecernos pueriles las que dieron á los problemas científicos otros siglos desprovistos de nuestros admirables recursos.

Pero este *progreso real y efectivo*, que sería insensatez negar, y que la Iglesia católica, no sólo

no considera con hostilidad, sino lo fomenta por todos los medios posibles, ha desvanecido é infatuado muchísimas cabezas, y las ha llenado de tanta suficiencia en sí propias, como altanero desprecio hacia todos los que nos precedieron en este campo de la labor científica. Muchos de estos hombres, desconocedores de las leyes de la historia del progreso humano, ó mal aprovechados con los desengaños que nos ofrece en todos sus siglos, hanse apresurado á alejarse de la Iglesia y Religión católica y aun cristiana, cayendo en el teísmo, en el panteísmo, y hasta en el más desembozado ateísmo! ¡O por lo menos, en aquel *indiferentismo* absurdo, que supone que la Ciencia, el conocimiento del mundo, ha de desentenderse y prescindir del todo de la noticia y conocimiento de Dios!

III

10. Y al lado de estos claramente *apóstatas*, han aparecido, como en las antiguas épocas que hemos recordado, otros no menos soberbios y descaminados, que han pretendido, no salir de la Iglesia donde nacieron y se criaron, sino introducir en ella estas novedades científicas que los deslumbran y embelesan, sin considerar, si son de tal condición, que la Iglesia no puede admitirlas, sin renunciar por el mismo caso á lo más esencial de su historia y de su vida!

¡Tales son los *modernistas;* hombres llenos de

todos los más impíos dogmas de la ciencia atea; y animados con todo eso de la absurda pretensión de curar, con sus opiniones disparatadas, á la Iglesia que les parece mortalmente enferma, y perdida sin remedio si no se somete dócilmente á su descabellada terapéutica! ¡Esta es su misma declaración, en el *Programa* impío, que han tenido la avilantez de oponer á la condenación con que la Autoridad suprema de la Iglesia acaba de herirlos!

«En esta hora, dicen, llena de revoluciones morales; mientras el mundo intelectual, remoto aún de Cristo y de su Iglesia, tiende por vías diversas á una renovación indecisa de su Psicología (!), nosotros nos proponemos sin ambajes el problema: La Iglesia católica, el grande organismo en que se ha venido actuando el espíritu religioso del Evangelio, ¿es una fuerza de conquista, ó *un simple instinto de conservación*? ¿Encierra todavía, en los pliegues de su organización admirable, una poderosa capacidad de proselitismo, ó está su vida asediada por los gérmenes de una descomposición inminente? Su misión, ¿ha quedado reducida á la vigilancia suspicaz de *la fe sencilla y grosera* de los pocos seguidores que le quedan, ó se vuelve á la reconquista de aquella eficacia social que le han hecho perder largos años de *inerte aislamiento*? En nuestro ánimo, ¡hace tiempo que hemos dado la respuesta á estas cuestiones decisivas! Inclinados con amorosa solicitud para observar las *aspiraciones de la conciencia contemporánea*, vibrando al unísono de ella *con entusiasmo ardiente por los*

nuevos ideales de la fraternidad universal... hemos procurado, *hablando* á nuestro siglo *su lenguaje, y pensando sus pensamientos*, que resalte de este contacto la mutua *afinidad* entre su espíritu y *las enseñanzas del Catolicismo!*» (p. 7-8).

Y en otro lugar, hacia el fin del mismo frenético Programa, pretenden, que no se les debe prohibir: «*aprender el lenguaje* de su siglo y *comprender sus ideales*, para llevar á cabo *la obra de reconciliación y síntesis* (1) entre la *vieja tradición católica*, y el *nuevo pensamiento*, y las *nuevas aspiraciones sociales!*» (p. 131-132).

11. Esto es, pues, lo que *pretende ser el Modernismo*; es á saber: lo que en su época pretendieron el Gnosticismo, el Humanismo neopagano, el Luteranismo..., en una palabra, todas las here-

(1) Las pretensiones de los modernistas de hacer una *síntesis* entre la Doctrina católica y la Filosofía atea, nos traen á la memoria aquel monstruoso engendro del Minotauro, que fingió la Mitología. Hay, con efecto, *dos maneras* de hacer una junta entre un hombre y un toro: la *síntesis* y la *asimilación*. La síntesis sólo puede engendrar un monstruo como el Minotauro, medio toro y medio hombre; pero si el hombre hace pedazos al toro, y los va comiendo uno tras otro, también se hace *uno* del toro y el hombre; pero no ya un monstruo, sino un *hombre* bien nutrido. ¡Así se asimilará la Iglesia los verdaderos progresos de la Ciencia y Filosofía moderna, como lo hizo con las antiguas; pero no mudando su sér! Por el contrario, con las síntesis que los modernistas pretenden hoy, como en otro tiempo pretendieron los gnósticos y otros sectarios, no se puede obtener sino algún engendro impuro y monstruoso, como el famoso de Pasifae y del Laberinto de Creta!

jías! (1). ¡Todas se presentaron en el recinto del santuario con la pretensión de renovarlo; todas acusaron la vejez decrépita de la religión ortodoxa, y le trajeron *el elixir de vida* de sus ensueños ó de sus delirios! ¡Pero en esto se distingue de todas las antiguas herejías el Modernismo: en que es más radical, más destructor y más pernicioso que todas!

¡Porque las herejías antiguas se limitaron á atacar un dogma; ya fuera la consustancialidad del Hijo de Dios, ó la divinidad del Espíritu Santo; ya la unión física de la Persona divina con la humanidad de Cristo, ya la distinción de sus naturalezas, ya su doble voluntad, ó ya el poder de su gracia, ó la universalidad de su redención! ¡El mismo Protestantismo, la más demoledora de las sectas, aunque abrió el camino á todos los errores, proclamando el *libre examen*, no los *profesó* todos; y Calvino quemó á Miguel Servet, porque no creía en la Santísima Trinidad; y Lutero anatematizó á los que no admitían la presencia real de Cristo en la Eucaristía; y hoy, si pudiera salir

(1) Pudiéramos decir con más exactitud: las herejías *sintéticas*; pues, como se desprende de lo que dejamos dicho, hay herejías *analíticas*, nacidas de una errada investigación de los misterios de la fe (v. gr.: el Arrianismo, Nestorianismo, etc.), y las hay *sintéticas*, que se originan del conato de amalgamar la Religión católica con otras ideas filosóficas ó teológicas. Tal fué, además de las indicadas, la de los *ebionitas* y otras sectas judaizantes; y por ventura, la de los *iconoclastas*, si tomó del Mahometismo la aversión al culto de las imágenes.

del infierno, arrojaría en él á los modernistas, espantado de la impiedad con que han consumado su obra de asolamiento, negando cuanto él no se había atrevido á poner en duda: como la divina inspiración de las Escrituras, y la misma divinidad de Jesucristo!

Por esto el Sumo Pontífice, al delatar á la execración de los fieles esta nueva herejía, no pudo definirla mejor de lo que lo hizo, diciendo que es: *Omnium haereseon conlectum*—**Un agregado de todas las herejías.**—«Pues, á la verdad, prosigue el Papa, si alguien se hubiera propuesto reunir en uno, el jugo, y como la sangre de todos los errores que en algún tiempo existieron contra la fe, nunca hubiera podido obtenerlo mejor de lo que lo han hecho los modernistas. Antes bien, han ido éstos tanto más allá, que, no sólo han destruído la religión católica, sino, como ya dejamos indicado, absolutamente toda religión».

Es así: porque lo que pretenden no es otra cosa, sino *introducir en el cuerpo de la Iglesia, el espíritu de la ciencia atea*. ¡Sólo así, imaginan devolverle aquella vitalidad fecunda, que piensan, los insensatos, tiene perdida!

12. Pero fijémonos en sus mismas palabras, y fácilmente comprenderemos su temeridad y loca soberbia (1). ¿Cuál es la síntesis de su Programa?

---

(1) La *temeridad*, nacida de la *ignorancia* y *la soberbia*, son las verdaderas causas sujetivas del Modernismo, como sabiamente lo descubre el Romano Pontífice, diciendo:

Quieren, dicen, «refundir la experiencia religiosa del Cristianismo con la **Ciencia y la Filosofía contemporánea**».

En estas palabras de su Programa (p. 132), se contiene la convicción de su error y la demostración de su orgullo. Para comprender lo cual, advirtamos que hay dos maneras de ser ó llamarse *moderno*, y asimismo *contemporáneo*. ¡*Modernos*, *contemporáneos*, somos, me parece á mí, todos los

---

«Para más íntimo conocimiento del Modernismo, y para buscar mejor los remedios de tan gran daño, conviene ahora, Venerables Hermanos, escudriñar algún tanto las causas de donde este mal recibe origen y alimento. No cabe dudar que la primera é inmediata causa hase de poner en el error del entendimiento; pero además hallamos dos causas remotas: *la curiosidad y la soberbia*. — La curiosidad, si no se modera prudentemente, basta por sí sola para explicar cualesquiera errores; por lo cual, con razón escribió Gregorio XVI, predecesor nuestro (*): *Es muy deplorable, hasta qué punto vayan á parar los delirios de la razón humana, cuando uno está sediento de novedades, y, contra el aviso del Apóstol, se esfuerza por saber, más de lo que conviene saber, imaginando, con excesiva confianza en sí mismo, que se debe buscar la verdad fuera de la Iglesia católica, en la cual se halla sin el más mínimo sedimento de error.* —Pero mucho mayor fuerza tiene, para obcecar el ánimo é inducirle al error, *la soberbia*; la cual, hallándose como en su propia casa en la doctrina del Modernismo, saca de ella toda clase de pábulo y se reviste de todas las formas. Por soberbia conciben de sí tan atrevida confianza, que vienen á tenerse y proponerse á sí mismos como norma de todos los demás. Por soberbia se glorían vanísimamente, como si fueran los únicos poseedores de la ciencia, y dicen, orgullosos é hinchados: *No somos como los demás hombres*; y

(*) Ep. Encicl. *Singulari Nos.*, 7 kal. Jul. 1834.

que actualmente *vivimos!* Por consiguiente, nuestra *ciencia*, si alguna poseemos, es *ciencia moderna*; nuestra conciencia, es *conciencia contemporánea*.

Pero los modernistas toman *moderno* ó *contemporáneo*, no en este sentido, que es el propio y legítimo; sino en cuanto se ciñe á ciertas agrupaciones de personas, cuyas ideas *disienten* de las ideas recibidas: por eso llaman *ciencia moderna*, no á la que profesa actualmente la *mayor y mejor*

---

para no ser comparados con los otros, abrazan y sueñan todo género de novedades, por muy absurdas que sean. Por soberbia desechan toda sujeción y pretenden que la Autoridad se acomode á su libertad. Por soberbia, olvidándose de sí mismos, discurren solamente acerca de la reformación de los demás, sin tener reverencia alguna á los superiores, ni aun á la Potestad suprema. En verdad, no hay camino más corto y expedito para el Modernismo que la soberbia. ¡Si algún católico, sea lego ó sacerdote, olvidado del precepto de la vida cristiana, que nos manda negarnos á nosotros mismos si queremos seguir á Cristo, no destierra de su corazón la soberbia, éste, ciertamente se hallará dispuesto como el que más, á abrazar los errores de los modernistas!

«Y si de las causas morales pasamos á las que proceden de la inteligencia, se nos ofrece primero y principalmente *la ignorancia.*—Pues, á la verdad, todos los modernistas, sin excepción, que quieren ser y pasar por doctores en la Iglesia, aunque sublíman con palabras grandilocuentes la filosofía moderna y desprecian la escolástica, no abrazaron la primera (deslumbrados por sus aparatosos artificios), sino porque su completa ignorancia de la segunda los privó de los argumentos necesarios para distinguir la confusión de las ideas y refutar los sofismas. Mas del consorcio de la falsa filosofía con la fe, ha nacido el sistema de ellos, inficionado con tantos y tan grandes errores». *(Pascendi.)*

parte de los sabios; sino *exclusivamente* á la que profesan *ellos;* llaman *conciencia moderna*, á su conciencia propia, errónea y extraviada; excluyendo del número de los factores de la *conciencia moderna* ó *contemporánea*, á todos los que no pensamos como ellos y sus amigos los racionalistas. ¿Puede darse mayor absurdo ó mayor injusticia?

—¿Qué decís? ¿Qué la Iglesia se ha de acomodar á la ciencia moderna? ¿Pero no está el mayor número de los sabios modernos al servicio de esa fe que atacáis? ¡Tánto más, cuanto vuestros ataques, no menos que al Catolicismo, embisten al Protestantismo doctrinario y ortodoxo (como ellos le llaman)!

Y si lleváis vuestro orgullo hasta no reconocer *ciencia* en quien disiente de vosotros, ¿tampoco nos reconoceréis, por lo menos el derecho de tener *conciencia?* ¿Queréis concordar el Evangelio con la *conciencia contemporánea?* Pues es menester que comencéis por demostrar que la *conciencia contemporánea*, sigue una tendencia uniforme, con la cual es menester que se acomode la Iglesia, si no quiere quedarse abandonada y desierta. Pero si no es así, como no lo es; si los que consentimos con la Iglesia, somos todavía muchos más y mejores que los que disentís; ¿qué insensatez es ésa, que os hace reservar el dictado de *conciencia contemporánea*, sólo y exclusivamente para vuestra perturbada conciencia?

13. Esta es una de las más graves falacias de los modernistas, y más á propósito para hacer im-

presión en los ánimos incautos. Porque, si verdaderamente pudiera suceder, que la Iglesia siguiera una dirección contraria á *toda la ciencia* y á *toda la conciencia* de una época, sería esto una gran calamidad, no tanto para la Iglesia, que quedaría huérfana y estéril, aunque en posesión de la verdad, sino sobre todo para aquella época que así de la Iglesia se divorciara!

¿Pero es éste el caso? ¿No somos *tantos* por lo menos los que consentimos, como los que disienten? ¿Hanse alzado los *modernistas*, espíritus híbridos, que hacen esfuerzos desesperados por mantener un equilibrio imposible entre la religión católica y la ciencia atea; hanse alzado, digo, con *toda la ciencia* y *toda la conciencia contemporánea*?

¡Pero, ahí veréis de bulto su abominable y ridícula soberbia! ¡Sí!, para ellos no hay *ciencia* fuera de su ciencia, no hay *conciencia* fuera de su conciencia; los que no pensamos con ellos, con esos hombres penetrados de tan maravillosos sentimientos de *fraternidad universal*, no sólo somos unos *ignorantes*, sino también unos *inconscientes*. ¡Así lo han dicho en más de un pasaje de su endiablado Programa!

«I cattolici hanno perduto ogni elementare senso di responsabilità e di dignità personale!» (página 11). ¡Los católicos, dicen, han perdido todo sentido, aun el más simple, de responsabilidad y de dignidad personal! Por eso, entre los factores de la *ciencia moderna*, no cuentan con nuestra ciencia, ¡pues somos unos pobres ignorantes! Por

eso, entre los elementos de la *conciencia moderna*, no cuentan con nuestra conciencia: porque ¡*hemos perdido* hasta el *más elemental sentido de nuestra responsabilidad y de nuestra personalidad humana!* ¡No sólo somos unos ignorantes, sino unos mentecatos (1)!

14. Pero, ¡oh, sapientísimos doctores, no lo somos tanto que, con nuestra vieja Dialéctica medioeval, no descubrámos vuestros groseros sofismas! No lo somos tanto, que no veámos el paralogismo en que os enredáis ó pensáis enredarnos, con ese fastuoso argumento de la *ciencia y la conciencia modernas!*—La Iglesia ha de conciliarse *con vosotros*, porque ha de conciliarse con la ciencia y la conciencia moderna: pero es así que partís del supuesto, que no hay otra ciencia ni conciencia modernas sino las que poseéis *vosotros* ¡luego ha de conciliarse la Iglesia *con vosotros*... porque ha de conciliarse *con vosotros*! ¡Ahí está toda la médula asombrosa de vuestros profundísimos discursos!

¡Pero no! ¡esas falacias *no pasan!* Esas no puede devorarlas, ¡oh modestísimos sabios!, *el monstruoso orgullo* de los teólogos católicos, envanecidos con su *instrucción teológica medioeval* (2)! Nos-

---

(1) Gli atti dell' autoritá suprema, invece di trovare in essi (en nosotros) l' ossequio di una sudditanza ragionevole, e quindi giudicatrice, trovano la dedizione *incosciente* degli irresponsabili (Programa, p. 12).

(2) El Romano Pontífice llama justamente la atención sobre esta manera de insultar á los teólogos católicos, usada

otros seremos más ó menos sabios, pero somos *tan modernos como vosotros;* seremos más ó menos humildes, pero nuestra conciencia es tan *contemporánea* como la vuestra. Y, por consiguiente, si la Iglesia se ha de conciliar con la *ciencia* y la *conciencia contemporánea*, ha de tener tanta cuenta con nuestra *ciencia y conciencia* como con las

---

por los modernistas, los cuales guardan para los racionalistas toda su admiración y todos sus encomios. «Lo cual, como sea así, Venerables Hermanos, no es de maravillar que los modernistas embistan con extremada malevolencia y rencor á los varones católicos, que luchan valerosamente por la Iglesia. No hay ningún género de injuria con que no los hieran; pero á cada paso los acusan de ignorancia y de terquedad. Y si temen la erudición y fuerza de sus refutaciones, procuran quitarles la eficacia, oponiéndoles la conjuración del silencio. La cual manera de proceder contra los católicos es tanto más odiosa, cuanto que al propio tiempo levantan sin ninguna moderación, con perpetuas alabanzas, á todos aquéllos que con ellos consienten; los libros de éstos, llenos por todas partes de novedades, recíbenlos con grande admiración y aplauso; cuanto uno más atrevidamente destruye lo antiguo, rehusa la tradición y el Magisterio eclesiástico, tanto le celebran por más sabio. Finalmente, ¡cosa que pone horror á todos los buenos!, si la Iglesia condena á alguno de ellos, no sólo se aunan para alabarle pública y copiosísimamente, sino llegan á tributarle casi la veneración de mártir de la verdad. —Con todo este estrépito, así de alabanzas como de vituperios, conmovidos y turbados los entendimientos de los jóvenes; por una parte, para no ser tenidos por ignorantes; por otra, para pasar por sabios, y estimulados interiormente por la curiosidad y la soberbia, acontece con frecuencia que se entregan al Modernismo y se le rinden á discreción». *(Pascendi.)*

vuestras. Y como vuestra ciencia y nuestra ciencia, como vuestra conciencia y nuestra conciencia, son *inconciliables:* porque vosotros tenéis á Cristo por puro hombre, y nosotros le adoramos como Verbo del Padre y verdadero Dios; porque vosotros tenéis la Biblia por tan mentirosa como las nueve Musas de Heródoto, y nosotros la tenemos por infalible y divinamente inspirada; porque vosotros tenéis los Sacramentos de la Iglesia por humanas invenciones, y nosotros los veneramos como instituciones divinas; porque vosotros consideráis los dogmas del Cristianismo como meros símbolos ó fórmulas variables, y nosotros los tenemos por verdades que han de durar más que los cielos y la tierra: por todas estas irresolubles contradicciones que entre vosotros y nosotros existen, la Iglesia no tiene motivo alguno para mover su posición, á la que el Espíritu de Dios la ha guiado; sino puede esperar tranquila que las discusiones científicas aquilaten el valor de los nuevos inventos, para asimilarse, después de consumidas sus escorias, las partículas de oro que resten, como conquistas definitivas para la cultura humana.

15. Y nosotros también, los teólogos católicos de *monstruoso orgullo*, cuando se hayan demostrado *sólidamente* las nuevas proposiciones científicas, las aceptaremos de buen grado, y borraremos de nuestros libros cuanto á ellas se oponga; como hemos borrado en las pasadas épocas, á pesar de nuestro *monstruoso orgullo* y de nuestra

instrucción teológica medioeval, la teoría sobre la imposibilidad de *los antípodas*, y la explicación cosmográfica de Ptolomeo, y otras muchas viejas preocupaciones, que han ido desvaneciendo los progresos de las ciencias, á que contribuyen los hijos dóciles de la Iglesia, no menos que los apóstatas racionalistas.

¡Trabájese en el terreno de la ciencia! ¡Apórtense sólidas demostraciones de las tesis nuevas! ¡Y al mismo paso iremos corrigiendo los errores en que incurrieron edades menos adelantadas; pero cuya herencia científica no hemos de repudiar, porque tuviera las imperfecciones propias de su tiempo! ¡Los católicos *nunca apelaremos* á una verdad dogmática, para impugnar una *demostración verdaderamente científica!* ¡Antes, al contrario; recibida una demostración sólidamente fundada, repasaremos nuestras opiniones teológicas, y reconoceremos de buen talante, que no era *doctrina de la fe*, sino opinión de nuestra ciencia limitada, lo que nuevas investigaciones han convencido de yerro!

¡Pero á su vez los modernistas, cuando nos vienen con una proposición que creen científica, y se la rehusamos en nombre del Dogma, tengan la modestia de *repasar* sus investigaciones y discursos, y fácilmente vendrán á entender, que lo que de verdad al Dogma se opone, no tenía realmente en su favor una *científica demostración!* ¡Pero no nos vengan con *resultados de la crítica* ó de la *ciencia histórica, contra que nadie puede rebelarse!*;

porque, si los *hechos históricos* debidamente comprobados, se imponen con la necesidad irresistible de la evidencia, *la ciencia* histórica de los modernistas se funda en principios que, lejos de ser evidentes, tienen más de imaginativos que de verdaderamente científicos, como en su lugar veremos!

16. La Iglesia, á quien los modernistas se atréven á echar en cara *una inexplicable ignorancia de las tendencias de la actual evolución humana*, y *una incapacidad radical para descubrir el término á donde van á parar las energías progresivas del mundo*, tiene, al par que más moderación, harta *más experiencia* que los modernistas, para discernir la índole de semejantes *tendencias*, y preveer el fin de tales *energías!* ¡La Iglesia, ni adora lo *antiguo* sólo por ser antiguo, ni repudia lo *moderno* sólo por faltarle el prestigio de los siglos! ¡No! La Iglesia estima los progresos de las ciencias, y los ampara y fomenta; como lo atestigua su veinte veces secular Historia. Es verdad que pocas veces han faltado, en la Comunidad cristiana, espíritus miopes y apocados, que se hayan espantado con exceso de las novedades científicas. Pero los modernistas yerran, ó faltan gravemente contra la veracidad, al atribuir esta actitud de personas sencillas é ignorantes, á la Iglesia católica.

La Iglesia, al contrario, se ha aprovechado de todos los generosos esfuerzos del espíritu humano, y ha sabido asimilarse, á su tiempo, sus *sazonados frutos*, como se está asimilando los resultados de

las ciencias modernas, así naturales como históricas y críticas. Pero esa asimilación no se ha de hacer echando por la ventana la herencia científica de diecinueve siglos, y mucho menos traicionando la fiel custodia de los dogmas, que han sido encomendados á la Iglesia por su Divino Fundador; como lo pretenden los modernistas. No se ha de hacer, desamparando el campamento de Cristo, para irse á entregar con armas y bagages á los racionalistas; porque ésto, no es de conquistadores, sino de tránsfugas. ¡Hase de hacer, consumiendo los errores de la ciencia atea en los hornillos de la ciencia sagrada, para desechar sus enormes escorias y quedarse con las partículas de oro, harto escasas, que entre ellas se encuentran diseminadas y confundidas!



CONFERENCIA SEGUNDA

GENEALOGÍA FILOSÓFICA DEL MODERNISMO

> Ex connubio autem falsae Philosophiae cum fide, illorum systema, tot tantisque erroribus abundans, ortum habuit. (Encicl. *Pascendi, 720.*)

SUMARIO:

I. Falsificación del Cristianismo por los modernistas.—Parábola: aplicación.—Actitud de la Iglesia contra los modernistas.—Proceder sincero de los católicos.

II. Orígenes de la Filosofía modernista.—Bacon y Descartes; consecuencias de sus principios: Locke, Berkeley y Hume.—El racionalismo y el sentimentalismo.—Racionalismo de los modernistas.—Sháftesbury y la escuela escocesa. Kant, Spencer y Schopenhauer.—Genealogía de los modernistas: Agnosticismo é Inmanentismo.—Destrucción del edificio teológico: vanidad efímera de los modernos sistemas.

III. Relaciones del Modernismo con el Liberalismo.—*Divergencias*: la razón y la libertad.—La sociedad y la religión del Estado.—Herejía política y herejía científica.—*Conveniencias* y fines comunes.—Proscrición del Modernismo por Pio X.

1. En la conferencia anterior hemos estudiado el *Modernismo*, considerando las causas generales que le han dado origen y su situación en la Historia de las herejías; y hemos hallado en él *un caso más* del fenómeno tantas veces repetido en la Historia cristiana, de un temerario conato de conciliación, entre la verdad sagrada é indubitable de los dogmas católicos, y las afirmaciones prematuras de un nuevo movimiento científico. ¡Lo que en otro tiempo y en diferente materia, intentaron los gnósticos, los peripatéticos medioevales y los humanistas del falso Clasicismo, quieren hoy intentarlo los modernistas, haciendo una mezcla absurda y sacrílega de las doctrinas del Cristianismo, con las hipótesis de la Crítica racionalista y los delirios de la Ciencia atea! ¡Por eso, más que á los aristotélicos ó á los humanistas, han resultado semejantes á los gnósticos, aunque separados de ellos por un espacio de diecisiete siglos y por una revolución total de las ideas científicas; porque han tratado de conciliar el Catolicismo con doctrinas totalmente ajenas á su índole, como lo eran áquéllas de los neo-platónicos y

mazdeistas, que sedujeron á los antiguos *Basilides* y *Valentines!*

El *Modernismo* ha llegado por este camino á una total *falsificación* del Cristianismo, que repugna, no menos que á la doctrina católica, á todas las confesiones de las sectas protestantes. ¡Pero lo que hace esta falsificación más peligrosa es, que los modernistas, no sé si con una ceguedad incomprensible, ó con una mala fe diabólica, conservan todas las apariencias exteriores del Catolicismo, quedándose con su corteza, después de haberla totalmente vaciado de su contenido!

2. Para dar un concepto tangible de esta falsificación criminal, se me ha ocurrido una especie de parábola, que me vais á permitir que os proponga:

Imaginaos una princesa, huérfana de padre, y en la flor de su juventud y hermosura; llena de legítimo orgullo por los nobles blasones y títulos que ha heredado; embelesada con la hermosura de las preciosas joyas que le han sido legadas, y confiada en las riquezas que en sus arcas atesora. Imaginemos también que, mientras esta princesa se estaba un día adornando con su más rico aderezo, se le acercara una de sus criadas y le dijera:—«¡Oh, señorita, y cuán maravillosamente os favorecen esas joyas! ¡Tanto ó más que si fueran hechas de oro finísimo y de legítimos diamantes!—Pero ¿qué? ¿No lo son por ventura?—¡No! ¡No lo son!—¡Cómo! ¿Es posible, que un tan gran príncipe como fué mi padre, me legara jo-

yas falsas?—¡Falsas, falsas! ¡Falsas propiamente no lo son! aunque no son de oro, sino de oropel; ni de diamantes, sino de vidrios artificiosamente tallados! Porque decidme: ¿No se hacen las joyas para brillar en vuestro tocado y comunicar su brillo á vuestra hermosura? Y estas joyas, ¿no producen verdaderamente este efecto? ¿No brillan de una manera deslumbradora? ¿No os hermosean de un modo incomparable? *¡Luego,* aunque no sean hechas de oro y diamantes legítimos, *en cuanto joyas, verdaderas y legítimas son,* pues producen verdaderamente el efecto á que las joyas se destinan!

—Pero un tan gran príncipe como mi padre—insiste desconcertada la joven—¿cómo pudo legar á su hija falsos adornos?—Vuestro padre—replica la criada—no fué un gran príncipe, sino un hombre habilísimo, que se hizo pasar por príncipe, y por ventura, ¡en el entusiasmo de su ardiente fantasía poética, se llegó á persuadir él mismo que lo era! ¡Y bien mirado, lo fué en efecto! Porque ¿en qué consiste ser un gran príncipe? ¿No consiste por ventura en merecer como tal el respeto y admiración de todo el mundo? Pues ésto lo obtuvo en grado superior vuestro padre, y os dejó rodeada de este lustre y grandeza en que vivís, y que nadie os puede negar, aunque sean falsos los legendarios títulos en que se funda. Y ¡cuántas noblezas habrá que se fundan en hazañas imaginadas por los poetas! ¡Especialmente, que vuestro prudentísimo padre os dejó las arcas bien

repletas de doblones que, aunque no son de oro, tienen de tal manera el peso, sonido y apariencia de serlo, que no hay lince que pueda descubrir su falsedad; así que, *son verdaderos doblones;* pues el dinero no tiene otro sér, sino poderse adquirir con él todo lo que hace falta; lo cual os puede prestar el vuestro indudablemente!»

¿Podemos imaginar cuál sería el descorazonamiento de una joven, criada, á su parecer, en la cumbre de la grandeza y la riqueza, ante tan ruda revelación? ¿No sentiría, por poco generosos que fueran sus sentimientos, la más honda indignación contra los que tan villanamente la habían engañado? Y si otra persona, tan fidedigna por lo menos como la reveladora, desmintiera á ésta, y la convenciera de engaño, ¿con qué ira justísima no se volvería contra la calumnia vil, aquel corazón torturado por suprema angustia?

3. Esta parábola es una viva imagen de lo que está pasando en nuestros días, con los modernistas, á la Iglesia de Cristo. La Iglesia de Cristo, princesa inmortal, radiante de perenne juventud y hermosura, posee hace diecinueve siglos *joyas espléndidas*, que son las Sagradas Escrituras; tiene por su padre á Cristo, á quien todos los siglos cristianos vienen reconociendo y proclamando *Rey de los reyes y Señor de los que dominan*; y se halla enriquecida con *el tesoro* de la Revelación dogmática; con esas doctrinas recibidas por oro legítimo, de la más acendrada verdad, y de tan maravillosa condición, que los sencillos las reci-

ben por buenas, y los sabios las analizan sin hallar en ellas falsía!

Mas á deshora se presenta á esta princesa inmortal una de sus criadas, y haciendo grandes protestas del amor que la tiene, y dándose por muy enterada de los secretos de su familia y de los más recónditos archivos de su historia, le dice:

—«Esos joyeles de ambos Testamentos, que pensabas proceder de tus remotos antepasados, no son sino joyas falsas, *ficciones poéticas* ó libros de Historia y Filosofía puramente humanos. ¡Pero no te desalientes por eso; pues, aunque en razón de oro, son oro falso, en razón de joyas, son *joyas verdaderas*; aunque no son, como creías, libros *dictados por Dios*, contienen las más profundas experiencias religiosas de la Humanidad, y como tales, tienen un valor... *casi divino!*

«Tú creías que tu padre era Cristo, y que Cristo era el Verbo de Dios. En ello te engañabas ciertamente; porque Cristo ni fué más que un puro hombre, ni te dió inmediatamente el sér. ¡Pero es igual! Pues fué el *más religioso de los hombres*, y si no naciste de su sangre, no por eso eres menos heredera de su espíritu.

«Tú posees un sistema dogmático, que te parecía de oro acuñado con la efigie divina de tu rey. ¡Eso no lo es! ¡Pero tanto monta! Porque esos dogmas son *símbolos* de tus sentimientos religiosos, en los cuales se manifiesta Dios que *vive en ti*, y son por eso *legítimos y provechosos* á su ma-

nera... casi como una moneda falsa, tan perfectamente imitada, que sirve para comprar todas las cosas para la vida necesarias.»

4. ¿Qué pensáis que hará, ante estas *revelaciones*, la Iglesia? ¿Habrá de aceptarlas sin más ni más, y dar por perdidos todos sus tesoros? ¿Habráse de resignar á *morir* en el aislamiento y la esterilidad, ó aceptar el papel de *falsaria* que astutamente le propone el *Modernismo?* Porque no es otra cosa lo que el Modernismo propone á la Iglesia: que se profese cristiana, admitiendo que Cristo no fué Dios ni su fundador; que siga administrando á los fieles los Sacramentos, admitiendo que los Sacramentos no fueron instituídos por Cristo, ni dan, por consiguiente, la gracia que representan; que siga predicando el Evangelio, sabiendo que el Evangelio no es más que una *historia tendenciosa*, es á saber, un tejido de fábulas y ficciones; que siga haciendo y deshaciendo dogmas, sabiendo que no posee la autoridad infalible para definir las verdades dogmáticas. ¡Y cuando la Iglesia se levanta contra ellos indignada y los echa de sí, como se echa á un sobornador, ó al que propone una traición, se llenan de enfado, y proclaman que su intención no era otra que *salvar* á la Iglesia católica, á quien ellos ven agonizar por momentos, si no se acoge *al único medio de salvación posible!*

¡Pues bien; la Iglesia no quiere vivir á costa de tales fraudes y engaños! Los católicos, que profesamos la divinidad de Cristo, la inspiración divi-

na de las Escrituras y la verdad infalible de los dogmas, queremos saber de raíz á qué atenernos. Y si las objeciones de la Crítica moderna son tan fuertes como los modernistas opinan, y convencen de falsedad todo lo que hasta ahora habíamos aceptado por verdadero, preferimos dejar el nombre cristiano y aun el de toda religión positiva, que vivir en esa vergonzosa falsificación que nos proponen los modernistas. ¡Si Cristo no es Dios, no tenemos por qué llamarnos cristianos! ¡Si las Escrituras no tienen más verdad que Heródoto ó Tito Livio, no tenemos por qué venerarlas! ¡Si los dogmas no son infalibles, no tenemos por qué profesar la religión que contienen! ¡O hemos de seguir siendo católicos con nuestra antigua sinceridad, creyendo infaliblemente las verdades reveladas, ó, si se nos convence de que no lo son, queremos pasarnos al campo del Racionalismo ateo! ¡Este el único proceder consecuente y honrado! ¡Pero querer, como los *modernistas*, llamarnos católicos, teniendo el Catolicismo por un cúmulo de leyendas y falsedades, no es de hombres de seso, ni mucho menos de hombres de bien!

Mas para resolver este punto de raíz, importa, ante todo, estudiar á fondo los principios de que parten los *modernistas*, y para comprenderlos mejor, comenzar por investigar *su génesis en la Historia de la Filosofía moderna.*

II

5. La germinación de las ideas se parece mucho á la germinación de las plantas. En el seno fecundo de la tierra yacen esparcidas innumerables semillas, las cuales no dan señal de vida durante los largos meses del invierno; pero, en llegando la primavera, brotan á un tiempo en los más diversos parajes. Así sucedió en el primer tercio del siglo XVII con las nuevas ideas filosóficas que, propiamente, estaban contenidas en el seno de la reforma religiosa del siglo XVI.

Con pocos años de diferencia surgen, en Inglaterra, el canciller **Bacon,** y en Francia, Renato **Descartes,** verdaderos padres y engendradores de la *Filosofía moderna*. Uno y otro se propusieron desentenderse de la lógica tradicional, aunque tomando diferentes bases. Bacon, en su *Novum organum*, publicado en 1620, quiere fundar en la *experiencia externa* todo el raciocinio científico. Descartes, en su *Discours de la Methode*, publicado en 1637, establece como punto de partida la duda metódica, y como principio, la *experiencia interna*. ¡Pienso, luego soy!

¡Uno y otro pecaban de exclusivismo, al paso que le achacaban á la filosofía escolástica, con cuyas sanas tradiciones rompían! *Bacon* la abandonaba, tachándola de apriorística, sin ver que aquella antigua dialéctica juntaba harmoniosamen-

te los procedimientos analítico y sintético, deductivo é inductivo; mientras él, estribando de un modo exclusivo en la *inducción*, si por una parte favorecía á las Ciencias físicas, por otra iba á arrojar la Metafísica en los despeñaderos del materialismo ó del escepticismo. *Descartes* desechaba los resultados de la Escolástica, que había aprendido en el Colegio de los jesuítas de *La Fléche*, considerándolos poco cernidos; mas no se percataba de que, con su duda metódica y su procedimiento matemático, iba, lo propio que Bacon, al escepticismo y al materialismo.

6. Pero de estas fuentes de error, donde se contenían como en embrión todos los descaminos de la moderna Filosofía, no todos dedujeron, desde luego, *todas las consecuencias;* sino fuéronlas sacando gradualmente, unos más y otros menos; unos en un sentido y otros en otro, conforme á la inclinación y temperamento de cada cual.

En Inglaterra, *Locke*, *Berkeley y Hume*, fueron llevando gradualmente el empirismo Baconiano, hasta el extremo del escepticismo, mientras *Hobbes*, secretario que había sido de Bacon, deducía de sus doctrinas el materialismo y el mecanicismo. *Locke*, médico inglés refugiado en Holanda en tiempo de Jacobo II, y vuelto á su patria con la revolución de 1688, que arrojó de Inglaterra á los Estuardos, propuso como únicas fuentes del conocimiento, la *experiencia* interna y externa, ciñendo las ciencias deductivas, á las Matemáticas, que elaboran los datos de los sentidos externos, y

la Moral, que labra los suministrados por la conciencia.

En el primer tercio del siglo XVIII (1732), el obispo anglicano de Irlanda, *Berkeley*, espantado de los progresos del materialismo, pensó atacarlo en su misma raíz, negando objetividad á nuestros conocimientos de las cosas exteriores. De este modo, redujo nuestra certidumbre á la conciencia, con cuyo testimonio creyó poder establecer, como Descartes, la sustantividad del *sujeto pensante*. Pero ¿con qué derecho se detenía aquí? Negada *la objetividad de la evidencia*, ciertamente, ¡sin ninguno! Y así, la consecuencia que él no quiso sacar, sacóla *David Hume*, negando la certidumbre objetiva del sujeto pensante, y reduciendo nuestros conocimientos á un orden puramente fenoménico. «¡Pienso! ¡Luego soy!» había dicho Descartes. «¡Pienso! ¡Luego *pienso!*» infirió con mejor lógica David Hume, dejando así patente la puerta del escepticismo, cuyos cerrojos, en realidad, estaban ya corridos.

Pero *la naturaleza aborrece el vacío*, como decían los antiguos, y el vacío del escepticismo, si vale para disputar en las escuelas, es enteramente inútil para informar la vida; por lo cual, llegados al borde de este abismo, los filósofos de todos tiempos se han agarrado de cualquiera tabla, para no hundirse en profundidades sin suelo; y en este esfuerzo desesperado de la inconsecuencia, se marcan dos tendencias y, consiguientemente, dos direcciones: el *Racionalismo* y el *Sentimenta-*

lismo, según que el espíritu náufrago procure escapar del piélago de la duda, agitando desesperadamente las alas de la inteligencia, ó entregándose dulcemente á la confianza en los instintos de su propio corazón.

7. Mas no queremos pasar adelante sin deshacer antes una equivocación, que pudiera dar pie á los modernistas para revolverse contra el Papa, porque los califica en la Encíclica «*Pascendi*», de *racionalistas;* diciendo que: «Amalgaman en sus personas *al racionalista y al católico*». En efecto: la denominación de *racionalistas* puede tener dos sentidos: uno general ó lato, y otro más estricto y particular. En sentido *general* se llaman racionalistas, todos los que desconocen las *normas externas* con que Dios guía, por medio de la Revelación y la Autoridad doctrinal, á la razón humana. Así dijo León XIII, en la Encíclica «Libertas»: *Caput rationalismi, rationis humanæ principatus*. En este sentido son ciertamente racionalistas también los modernistas; pues no reconocen otra norma ni otro freno que su juicio propio, no sólo en las cuestiones científicas, sino en las religiosas y dogmáticas.

Pero en otro sentido más estricto se llaman racionalistas, como decíamos, en oposición á los *voluntaristas* y *sentimentalistas*, aquéllos que esperan de la *razón*, lo que los segundos no esperan sino del *sentimiento*, en todo lo que pertenece al conocimiento de lo *divino y trascendental;* y en este segundo sentido, no pueden llamarse *racio-*

nalistas los Modernistas, ni los llama así, por cierto, el Romano Pontífice; antes bien, observa en otro lugar, que los modernistas difieren de los racionalistas en cuanto, para salir del Agnosticismo, apelan á la *experiencia* (sentimental), *in qua affirmatione, dum equidem hi a rationalistis dissident, in protestantium tamen ac pseudo-mysticorum opiniones discedunt. (Pascendi.)*

8. Al paso, pues, que, entre los franceses hasta Rousseau, y en los positivistas, predominó el racionalismo en su sentido estricto, por efecto del grande influjo de Descartes en el pensamiento galicano, el carácter *práctico* de los ingleses llevó más bien, á los que quisieron escapar del materialismo, al sentimentalismo de los más diversos matices. *Lord Sháftesbury*, hijo de un discípulo de Locke, aunque librepensador en religión, trató de fundar la *Moral* en principios sentimentales. Sus ideas recibieron más sistemático desarrollo de *Hútcheson*, profesor de la universidad de Glasgow y fundador de la Escuela sentimental escocesa. *Adam Smith* y *Tomás Reid*, insistieron en la misma dirección, hecha propia de la universidad de Glasgow donde enseñaron, bien que proponiendo el primero la *Teoría de los sentimientos morales*, y el segundo la del *sentido común*, que fué propagada en Francia por Víctor Coussin, y en España por el Dr. Llorens, catedrático de la universidad de Barcelona.

Estas dos tendencias del criticismo, que procura salvarse del escepticismo en alas de la razón

ó del sentimiento, han obtenido nuevos desarrollos en el último siglo, é informan buena parte de su Filosofía. **Kant,** llevado hasta el borde del escepticismo por su intrincada *Crítica de la Razón pura,* se aparta de él con la feliz inconsecuencia de su *Crítica de la Razón práctica,* admitiendo la necesidad indiscutible del *imperativo* de nuestra conciencia, y tomándolo por base para establecer los postulados de la existencia de Dios, de la inmortalidad del alma y de su libertad.

Pero las inconsecuencias no pueden permanecer en pie en el terreno de la Lógica, ni más ni menos que en el de la Mecánica. Lo que está fuera de las leyes de equilibrio, ha de venir á tierra tarde ó temprano, y así había de suceder con la doctrina religiosa de Kant. Y mientras el inglés **Herberto Spencer** reasume su Crítica y va á parar á la noción de lo *incondicionado* y al Fideísmo; los *voluntaristas* buscan en *el sentimiento* la primera fuente de toda certidumbre en el orden trascendental.

9. Tal es la *genealogía de los modernistas*; éstos son sus padres y progenitores. Descienden de *Kant* y de *Spencer* en la parte **negativa** de su sistema; en la demolición de los criterios escolásticos y católicos. Pero, después de demoler, era necesario construir, y en esta parte **positiva,** los modernistas descienden más bien de *Schopenhauer,* y más arriba, de los sentimentalistas ingleses: de Locke, Sháftesbury y los más extremados secuaces de la filosofía escocesa del sentimiento.

Por esto las *raíces* del Modernismo son principalmente dos, que señala divinamente el Romano Pontífice: *el Agnosticismo* y la teoría *sentimental* de la *inmanencia.* Con el primero destruyen las sólidas bases en que la elaboración científica de XIX siglos, había asentado el edificio filosófico y teológico que sirve para proteger y explicar las verdades del Cristianismo católico. Destruyen los sillares filosóficos asentados por los Santos Padres del siglo IV y V, que supieron aprovechar, en beneficio de la Iglesia, los elementos de la Filosofía griega y romana, no con la grosera fusión, ó confusión, que había intentado el Gnosticismo, sino con una depuración y asimilación maravillosa! Destruyen el edificio admirable de la Filosofía y Teología escolásticas, que sobre aquel cimiento patrístico habían levantado las generaciones teológicas de muchos siglos, utilizando la portentosa labor de la Filosofía de Aristóteles, y los tesoros, de nuevo aportados á Europa, de la cultura helénica y latina.

10. Y después de haber demolido toda esta fábrica secular, ¿qué construyen en cambio? ¡Un endeble edificio, fundado en la arena movediza de los sentimientos, que espontánea y mudablemente brotan en el corazón del hombre! ¡Es como si, derribando con la piqueta y la dinamita esas prodigiosas catedrales que elevaron á la piedad, el arte, la industria, la devoción y la paciencia de los siglos, sobre cimientos tan sólidos que han desafiado la acción demoledora del tiempo, invita-

ran á la Iglesia á ir á celebrar su majestuoso culto en una cabaña, improvisada por ellos en la playa arenosa, con verdes algas, que se secan y corrompen al primer rayo del sol, y se dispersan al más leve soplo del viento!

La Filosofía escolástica y la Teología católica, no pretenden para sus conclusiones mayor crédito del que merecen los argumentos en que las apoyan. ¡No queremos monopolizar la inteligencia de las verdades de la fe! ¡Son la Filosofía y la Teología, como un *relicario* donde se preservan de las injurias de los elementos los venerandos huesos de los Mártires; son como una *custodia*, que sirve para proponer con decencia á la adoración de los pueblos, la Hostia consagrada, donde está real y verdaderamente presente el Cuerpo de Cristo, verdadero Dios y Hombre. ¡Ciertamente, el relicario no merece la misma veneración que las reliquias; la custodia no participa de la adoración de la Hostia que en ella se expone!

Pero, ¿querréis por eso, sacar del relicario los sagrados huesos y envolverlos en hojas de flores, que se marchitan á las pocas horas? ¿Querréis exponer la Hostia sacrosanta, prendida con alfileres sobre la hoja caduca de un periódico? ¡No! ¡Ni las reliquias se conservarían bien entre flores que duran un día, ni la Hostia eucarística se expondría con decencia en la indicada forma! ¡Fabricad otro relicario tan sólido é incorrupto como la doctrina de los Padres y Doctores eclesiásticos; y cuando su incorruptibilidad tenga en su abono el tras-

curso de algunos siglos, entonces podréis emplearlo para usos sagrados! ¡Construid una custodia de sólidos y preciosos metales; y cuando su solidez y pureza estén debidamente acreditadas, podréis reclamar el honor de colocar en ella el Cuerpo sacratísimo de Cristo!

¡Dejando aparte las metáforas! Los sistemas filosóficos inventados en estos últimos siglos; esos sistemas que cambian por decenios, produciendo un continuo vaiven en las ideas filosóficas, aun las más fundamentales; yendo del subjetivismo más extremo al más crudo positivismo; del ontologismo al relativismo; del espiritualismo al materialismo; esos sistemas, digo, ¡discútanse en buen hora en las escuelas; pero no se arroguen la pretensión de servir de vehículo y declaración para las verdades de la Fe! ¡No se arroguen el *privilegio exclusivo* de atribuirse el nombre de *ciencia*: *la Ciencia* por antonomasia; y harto inseguros de su vitalidad, no se apresuren tan temerariamente á relegar todo lo que les precedió, al panteón polvoriento de la Historia!

¡La Fe es cosa distinta de la Filosofía y de la Ciencia; pero, en la unidad de la conciencia humana, no pueden á la larga subsistir las especies contradictorias! Es preciso que, tarde ó temprano, la Fe se someta á la Ciencia, si la Ciencia no se somete á la Fe. Es, pues, necesario establecer una aduana, por donde no puedan pasar fácilmente las falsificaciones de la Filosofía, que aspiran á la denominación de *científicas;* para que su difusión en

el campo católico, no venga á socavar los cimientos en que la Fe se apoya.

¡Esto es lo que está haciendo la Iglesia, por boca de su Soberano Pastor el Romano Pontífice! Por eso da el ¡alto! al Modernismo, quintesencia de los más perniciosos errores filosóficos que procuran introducirse en la Teología y en la Religión!

III

11. Pero antes de emprender su particular estudio, se ofrece una cuestión, que alguien ha propuesto ya, acerca de las *relaciones del Modernismo con el Liberalismo:* error ó conjunto de errores que han apartado de la fe y de la Iglesia á tantos individuos, y no menos á los gobiernos de los Estados, en el pasado siglo XIX.

¿Es el Modernismo *hijo* del Liberalismo? ¿Es, sencillamente, *un paso más* en el camino del error? Alguien ha querido considerarlo así, y en algún concepto no parece que le falte razón. Pero, por otra parte, son tantas las diferencias, y aun contrariedades, que entre el Modernismo y el Liberalismo se advierten, que no creemos pueda afirmarse simplemente su hermandad, y mucho menos su filiación.

¡Es cierto que, así el Liberalismo como el Modernismo, se derivan de un mismo proceso filosófico: de ese proceso comenzado en Bacon y Des-

cartes, que hemos señalado, y cuyas raíces más hondas se ocultan en el seno de la Reforma protestante! Es cierto que uno y otro descienden por línea recta del Naturalismo. Es cierto, asimismo, que el Modernismo va á parar, lo propio que el Liberalismo, primero á la *separación* y luego á la *subordinación* de la Iglesia respecto del Estado. Pero á pesar de estas relaciones y coincidencias, entendemos que el Modernismo y el Liberalismo señalan en el campo de la filosofía moderna, dos *diferentes direcciones* del espíritu humano, extraviado por los fuegos fatuos de su razón vacilante.

12. Fijándonos en su principio filosófico, el Liberalismo es *racionalista* en sentido estricto, al paso que el Modernismo es *sentimentalista*; el Liberalismo arranca de la teoría kantiana de la *libertad trascendental*, mientras el Modernismo, ó es *determinista* ó simpatiza con esta doctrina (1).

El Liberalismo propone la *libertad* humana como única norma de las humanas acciones. Mas la libertad supone que precede á la acción la lumbre de la inteligencia: *eorum qui libertate fruuntur*, dice León XIII en la Encíclica «Libertas», *ideo in potestate est agere, non agere, ita vel secus agere, quia tum quod volunt eligunt, cum antecessit illud, quod diximus, rationis judicium.* El Libe-

(1) Bien es verdad que Kant, admitiendo la libertad *numenal* en el número-espíritu, niega la *fenomenal*, ó en los fenómenos de conciencia; de suerte que de hecho resulta determinista. Pero el Liberalismo nunca se ha metido en muchas metafísicas.

ralismo parte de esta naturaleza de la libertad, que es verdadera, é incurre luego en el error de considerar la libertad como *única norma*, como *ley de sí misma*, como única fuente de moralidad. Pero el Modernismo parte de un principio diametralmente opuesto. Señala, como raíz profunda de las humanas acciones, *la indigencia* y el *apetito*, que están radicados en lo más hondo del sér inconsciente, y para él la inteligencia y la razón son funciones sintéticas, que se originan de la necesidad y la acción. No legitima, por consiguiente, el Modernismo, la acción por la libertad, y ésta por la razón; sino al contrario, legitima la razón por la indigencia y la acción, sea ésta libre ó no lo sea, según los deterministas.

Esta diferencia entre el Modernismo y el Liberalismo no puede ser más radical, y nace, precisamente, de aquella divergencia entre los secuaces de la falsa filosofía moderna, de los cuales unos procuran huir del escepticismo, como dijimos, en alas de la razón, mientras otros se asen para salvarse, de la frágil tabla de los instintos sentimentales y de la experiencia *emocional*, como la llaman los modernistas en su execrable Programa.

Por esta causa, ningún sentimentalista puede aceptar la teoría Kantiana de la *libertad trascendental*, que es lo más fino del Liberalismo. No puede por tanto reconocer la libertad como *suprema ley* al modo Kantiano; antes ha de ver en ella una síntesis de mil tendencias inconscientes ó semiconscientes del sér humano, de las cuales de-

pende, sin caer en la cuenta de su servidumbre, esto que llamamos nuestra *libertad*; como depende (dicen) de nuestros ciegos instintos, esto que llamamos nuestra *razón*.

13. De esta divergencia en los principios, se sigue otra no menor, en la *teoría de la sociedad*, que es lo más fundamental del Liberalismo. Para el Liberalismo, la sociedad es obra de la libertad humana, y la Autoridad que en ella preside, no es sino la suma de las libertades individuales. El modernista, si es consecuente, no puede admitir nada de esto. Antes bien, para él ha de ser la sociedad el resultado *natural* de las indigencias del hombre. Aun en el caso en que cierto número de hombres se reunierán en sociedad, ajustando un *pacto* al modo Rusoniano; para el modernista, nada tendría que ver éste con el otro famoso *pacto social*; pues no nacería de la *libertad* trascendental de los contrayentes; antes sería como una síntesis y resultante de sus indigencias, que los llevan á la sociedad de un modo más ó menos *inconsciente*.

¡Todavía se deriva de ahí otra diferencia no menos radical, respecto á la *Religión del Estado*. Para el Liberalismo el Estado no tiene necesidad de profesar religión alguna; pues los individuos que *libremente* se reunen para formarlo, pueden omitir en él los fines religiosos, reservando su prosecución á la esfera de la conciencia individual: casi como las personas que se juntan para formar una *asociación científica*, pueden á su vo-

luntad, establecer que será *católica* ó *judaica*, ó bien *omitir* sencillamente el carácter religioso en ella, reuniéndose solamente para un fin científico, y dejando que cada uno de sus miembros prosiga el fin religioso en particular, por el camino que más le agradare!

Para el modernista (¡á lo menos consecuentemente!) es esto imposible; porque así la religión como la sociedad, nacen según él de una íntima indigencia del espíritu humano; por consiguiente, hanse de acomodar á las necesidades del mismo espíritu, entre las cuales se halla, no como quiera la necesidad de *una* religión, sino, en concepto de los modernistas, *precisamente* de la religión católica! ¡De suerte que los modernistas, si quisieran ser en esto consecuentes á sus principios, habrían de profesar que *todo Estado* ha de ser católico, *por razón de su propia perfeccion* como Estado! ¡Bien que, si no profesara otro Catolicismo que el que le recetarían los mismos modernistas, no sería muy incómodo para sus súbditos acatólicos y aun fetichistas!

Además, los modernistas, no sólo admiten una *conciencia privada*, donde reside la indigencia de la religiosidad, sino una *conciencia colectiva*, que necesitará también una religión colectiva; por consiguiente, una *Religión del Estado!* Cosa la más ajena del Liberalismo!

Los liberales han intentado *encerrar la religión* en las iglesias; los modernistas pretenden cabalmente todo lo contrario: *arrojar la religión al*

arroyo. «Debe salir, dicen, la Iglesia, del recinto del templo solitario, al cual no llega ya el hervor de la vida colectiva, que palpita en las fábricas y en las universidades; debe buscar el *contacto* de los hombres, volverse á abrir el camino hasta sus conciencias, deshacer la desconfianza que el alejamiento y los errores han acumulado contra ella!» (pág. 8). ¿Qué alejamiento, sino el que ha producido el Liberalismo con la secularización de todas las funciones sociales? ¿Qué errores, sino los del propio Liberalismo? El Liberalismo se propuso, y logró en parte, *secularizar* la sociedad; el Modernismo se propone sacar del santuario la religión, para lanzarla en medio de las muchedumbres que se agitan en las fábricas y en las universidades; pero esto, no para infundirles su espíritu y darles sus leyes, sino para recibir de ellas las unas y el otro.

Finalmente, el Liberalismo es una herejía esencialmente política, mirando sus errores, en especial, á lo que toca á la constitución de los Estados; mientras que el Modernismo es sobre todo herejía científica. Por eso, así como los liberales acusaban á la Iglesia principalmente de *enemiga de la libertad*, los modernistas la acusan de un modo particular de *enemiga de la ciencia!*

14. A pesar de estas diferencias, convienen, sin embargo, el Modernismo y el Liberalismo en no pocos conceptos. ¡Sobre todo en la raíz *subjetiva* en que uno y otro se apoya; por cuanto el Liberalismo no admite otra *ley* sino la que *impera*

á sí misma, al paso que el Modernismo no quiere criterio alguno externo, ni otra *ciencia* religiosa que la que nace en el hombre de sus propias entrañas! Pero, en esta misma conveniencia, conservan, como se ve, la discrepancia de referir este subjetivismo, los liberales á la *norma* de obrar, los modernistas á la *norma* de conocer.

Convienen, asimismo, en la *relatividad* de los valores; aunque el Liberalismo mira más á los valores morales, á las nociones del bien y del mal; mientras los modernistas tienen ojo principalmente á los valores científicos, á las nociones de verdad y falsedad.

El Liberalismo pretende que la Iglesia se acomode á las instituciones políticas del *Estado moderno;* el Modernismo insiste en que se acomode á los dictámenes de la *Ciencia moderna,* particularmente de la Crítica histórica y bíblica. Mas, finalmente, cada uno por su camino, van á la subordinación de la Iglesia al Estado, de la fe á la ciencia, y ésta es su concordancia principal, y la razón de la simpatía con que mutuamente se miran los secuaces del uno y del otro.

15. Por eso la Iglesia levanta hoy la voz contra el Modernismo, como la levantó hace medio siglo contra el Liberalismo. Por esto, como Pío IX estigmatizó los errores liberales, en el Syllabus de 1864, Pío X señala con el hierro candente del anatema las proposiciones erróneas del Modernismo, en el nuevo Syllabus promulgado por su decreto *Lamentabili.*

En uno y otro caso la Iglesia se muestra la misma; llena de longanimidad y energía; piadosa para recibir en su gremio á los que se arrepienten, y terrible para fulminar los rayos de sus censuras contra los refractarios. Los mismos enemigos se han maravillado ahora de que el Papa: el blando, el paternal Pío X, rodeado por todas partes de enemigos exteriores, haya tenido valor para arrojar del redil de Cristo á estos nuevos lobos que andaban disfrazados con pieles de ovejas. ¡Ah! ¡Es que no se acuerdan los tales, de la magnanimidad con que Pío IX, en no menos difíciles circunstancias, arrojó á la Europa liberal el reto de su Syllabus! ¡Es que no entienden que los Papas tienen la certidumbre y la conciencia de la inmortalidad de la Iglesia, y saben, como buenos defensores de esta fortaleza inexpugnable que les está confiada, que son más peligrosos los enemigos encubiertos que se encierran dentro de los muros de la ciudad, que los mismos declarados enemigos que combaten sin tregua sus baluartes!

¡Basta ya de tergiversaciones! ¡Basta ya de falacias! Digamos á los modernistas aquella frase célebre, con que el romano orador invitaba á los conjurados contra la salud de Roma, á declararse y tomar descaradamente las armas: *Sit denique scriptum in fronte uniuscuiusque, quid de republica sentiat!*

¡Cristo lo ha dicho en su sagrado Evangelio: *Qui non est mecum contra me est!* (Matt. 12, 30). ¡Sepamos, pues, quiénes son los que están con

Cristo ó contra Cristo; pues los que no están con él, están sin duda contra él!

En lo cual han mostrado una vez más su ignorancia los modernistas, replicando al Papa con las otras palabras de San Marcos: *Qui enim non est adversum vos pro vobis est* (9, 39). ¡No advirtiendo, los cuitados, que estas palabras nos tocan á los discípulos de Cristo, que podemos errar en muchas cosas, y no debemos, por tanto, excomulgar á quien no opine como nosotros; pero de Cristo sólo pueden decirse las primeras; porque, según dijo el inspirado San Pedro: *No hay otro nombre en el cielo ni en la tierra, por el cual podamos ser salvos*, sino el de Cristo! ¡O acepten, por consiguiente, los que hasta ahora se habían dejado fascinar por los sofismas de la falsa Filosofía, *toda la doctrina* de Cristo, cual se propone y custodia en la Iglesia de Cristo, ó salgan ya de este redil, pues no son ovejas, sino lobos rapaces; dejen de llamarse *cristianos* y seducir á los incautos con este artificio; vayan al campo que les corresponde, que es el de los racionalistas, los librepensadores, los protestantes liberales! ¡Dejarán de ser peligrosos para la Iglesia católica, desde el momento en que lleguen á ser conocidos!

CONFERENCIA TERCERA

EL AGNOSTICISMO

«Philosophiae religiosae fundamentum in doctrina illa modernistae ponunt, quam vulgo *agnosticismum* vocant. Vi hujus, humana ratio *phaenomenis* omnino includitur, rebus videlicet quae apparent eaque specie qua apparent; earumdem praetergredi terminos nec jus nec potestatem habet. Quare nec ad Deum se erigere potis est, nec illius existentiam, ut ut per ea quae videntur, agnoscere.» (Encicl. *Pascendi.*)

SUMARIO:

I. Conducta de los modernistas ante la condenación pontificia: cautela necesaria en la calificación de las doctrinas.—Mezcla de verdades y falsedades en las teorías erróneas. Método ventajoso y usado por Santo Tomás de Aquino.

II. El *Agnosticismo.*—Origen del nombre: los temistianos.—Origen del concepto; los basilidianos; los neo-platónicos; Locke; *Spencer.*—Agnosticismo de los modernistas.—Su declaración y convicción.

III. Conceptos verdaderos del Agnosticismo.—Imposibilidad de conocer á Dios inmediatamente, por ideas innatas, *à priori*, cual es en sí, por definición, ni por concepto propio.

IV. Falsedades del Agnosticismo.—El conocimiento y la comprensión ó definición.—Intuición y evidencia. Criterio científico.—Confusión de la imaginación con la inteligencia. Confusión de la causalidad con la limitación: el *Incondicionado*.—Absurdos del *Fideísmo* y carácter razonable de nuestra santa Fe.

V. Demostrabilidad de la *existencia de Dios*.—Principio de causalidad.—El péndulo universal.—Atributos divinos.—La *inteligencia* humana.

I

1. Ante la valiente condenación con que el Romano Pontífice ha salido al paso á los modernistas, quitándoles la esperanza de seguir combatiendo, con el nombre cristiano, á la Iglesia de Jesucristo; hanse dividido ellos en dos diferentes direcciones, ó han adoptado dos maneras de proceder. Los unos han descubierto su malicia manifiestamente, respondiendo á la Encíclica *Pascendi* con un *Programa* descarado, en que, ocultos bajo el velo del anónimo, parte niegan profesar las doctrinas perniciosas que el Sumo Pontífice les imputa, parte las defienden como legítimo progreso de la *Ciencia*: de esa *Ciencia* por antonomasia, ante cuyos oráculos hemos de inclinar humildemente la cabeza todos los cuitados que no hemos sido admitidos á la iniciación de sus misterios insondables. Estos modernistas, heridos ya por el rayo de la excomunión, que el Papa ha fulminado contra ellos, han dejado de ser peligrosos; ¡como el miembro gangrenado deja de ser peligroso, desde el instante en que ha sido amputado del cuerpo vivo! De ellos podemos ya decir, como de todos los pasados herejes: *ex nobis prodierunt, sed non*

erant ex nobis. ¡Vivieron entre nosotros; salieron de entre nosotros! ¡Pero no eran de los nuestros! (I. J. 2, 19).

Otros se han sometido, hemos de creer que lealmente; pero por ventura no han logrado despojarse del todo del virus infeccioso que por todos sus poros habían embebido; y para éstos hay que disponer especialmente el remedio de la doctrina, con tanto mayor razón, cuanto que pudieran apoyarse falsamente en un presupuesto, que en sí mismo *no carece de verdad.*

Ha sucedido casi siempre, después de la condenación por la Iglesia de una falsa doctrina, que algunos, llevados de fervor indiscreto, ó secretamente animados de móviles no enteramente puros, han confundido y envuelto en la condenación, muchas cosas que no eran condenables; ó por lo menos, no lo eran *con la censura* fulminada por la Iglesia. ¡El aplicar el nombre de herejías proscritas, á opiniones que nada tenían de heréticas, no es, desgraciadamente, cosa nueva en el mundo! Baste recordar las acusaciones de *Pelagianismo* que en otro tiempo se dirigieron contra la teoría molinista de la gracia; la tacha de *Calvinismo* con que, por el contrario, se trató de denigrar la teoría tomística sobre la misma materia. Y para no ir tan lejos ¡cuántas cosas se ha tratado de envolver en la condenación del *Liberalismo*, que nada tenían que ver con el error bajo este nombre anatematizado por la Iglesia! ¡Ha sido menester la luminosa enseñanza de León XIII,

para que algunos admitieran en el gremio de *su* ortodoxia, determinadas instituciones y formas políticas, de suyo enteramente indiferentes!

Conviene, pues, que estemos apercibidos, para no incurrir en parecidas equivocaciones, incluyendo en la condenación dirigida contra el Modernismo religioso, teorías, que podrán ser nuevas y más ó menos bien fundadas, pero no participan realmente del virus del error denunciado por nuestro Santísimo Padre el Papa. Pero al propio tiempo, *no es menos necesario*, que so pretexto de especiosas distinciones, *que de sutiles se quiebran*, no consintamos, que los que una vez han acatado la autoridad que los corregía, sigan inconsciente ó disimuladamente propalando las doctrinas tan perniciosas del Modernismo!

Para huir seguramente de uno y otro de estos dos escollos, conservando la pureza de la doctrina propia, y no menos la caridad en el juicio de la ajena, es menester que procuremos ahondar lo más posible en el conocimiento de las raíces de estas nuevas ideas, atendiendo á distinguir en ellas las fibras sanas, de las enfermas; para estirpar éstas sin herir á aquéllas, que son por ventura, no sólo inocuas, sino aun fecundas y provechosas.

2. Suele perderse de vista en la exposición y refutación de los errores, una cosa, cuyo olvido ha dado origen á grandes confusiones, agrias disputas y no pequeñas injusticias; es á saber, que en todo error se halla comunmente una *mezcla de verdad y falsedad*. No se sigue de ahí ciertamente,

que los errores *no sean del todo errores*. Lo son: porque la verdad, lo mismo que el bien, consisten en una *adecuación: bonum ex íntegra causa*; el bien exige la integridad de todas sus partes esenciales; y asimismo, la *verdad lógica* (de que ahora tratamos), consiste en la total adecuación del *concepto* con el *objeto* de que se predica, y en el sentido en que se predica de él.

Los musulmanes, al profesar como fundamento de su religión tal *unidad* de Dios, que excluye su *trinidad*, profesan indudablemente un error, y por esto su religión es falsa. Pero ¿quién duda que en este error va envuelta una gran verdad: la verdad del *Monoteísmo*, base primordial de la religión verdadera?

Una cosa parecida acontece, á mi entender, *en todos los errores humanos*; y la causa de ello es, que siendo el objeto formal de la inteligencia, la verdad, no puede nuestro entendimiento asentir á lo que sea *puro error;* pues la falsedad, en cuanto tal, está fuera del distrito de nuestro entendimiento, como lo que carece de toda luz está fuera de la esfera de nuestros ojos; lo que no tiene sonido, fuera del dominio de nuestros oídos; y asimismo, lo que carece de olor, sabor y tacto, está fuera del distrito de los demás sentidos corporales.

3. Por esta causa, entendemos ser muy conveniente, cuando se trata de la refutación de los errores, comenzar distinguiendo cuidadosamente y reconociendo, lo que en ellos pueda haber de

verdad: las partículas de oro que por ventura se esconden entre las enormes masas de escorias; y entonces, finalmente, proceder á rebatir lo que en ellos se encuentra de falso. De lo cual se nos figura que pueden seguirse no pocas ventajas: la primera es, evitar la *confusión*, que suele originarse en toda polémica, de que los contendientes *no hablan de lo mismo;* atacando unos la tesis *en un sentido*, al paso que los otros la defienden *en otro*. Ahora bien: ¡la contradicción exige que se afirme y se niegue: *idem de eodem et in eodem sensu:* lo mismo, acerca de lo mismo, y en un mismo sentido! Otra ventaja puede seguirse de este procedimiento, por cuanto pone de relieve la *lealtad*, y aun la *benevolencia* del impugnador, de la cual es propio, comenzar por reconocer lo bueno, antes de proceder á condenar lo malo, cuando uno y otro se hallan mezclados en un mismo sujeto.

Este es el método que siguió Santo Tomás de Aquino al combatir los errores de los gentiles y herejes y las opiniones de sus adversarios, comenzando por proponer lo que en ellos hay de verdad ó apariencia de verdad, explicando luego la doctrina católica ó filosófica de la *verdad completa*, y procediendo, finalmente, á la refutación de los errores ó aclaración de las confusiones.

II

4. Esto presupuesto, entremos ya en el examen del *Agnosticismo*, la primera y más honda de las raíces del Modernismo, comenzando por preguntarnos: ¿qué se entiende por *Agnosticismo*? ¿Cuál es el origen de su nombre? ¿Cuál el sentido que se le ha dado en diferentes épocas? ¿Qué asomos de verdad se contienen en sus entrañas? ¿En qué consiste lo que tiene de erróneo? ¿Cuál es, finalmente, la verdad completa, religiosa y científica, que debemos profesar en esta materia?

Agnosticismo es, si atendemos á su etimología, lo mismo que *desconocimiento sistemático*; y puede definirse: todo sistema que supone ó afirma la incapacidad de nuestro entendimiento para llegar á conocer á Dios, ó generalmente, el orden metafísico ó trascendental. Sin embargo, no siempre se ha dado al nombre toda la extensión de su propio significado.

En un sentido muy diferente, hallamos usada esta denominación en el s. VI, en que los *monofisitas*, discípulos de Eutiques y Dióscoro, se dividieron en varias ramas, como las de los *severianos y julianistas*, que se llamaban también *phthartólatras* y *aphthartodocetas*. De los primeros disgregó una parte el diácono de Alejandría, *Temistio*, quien profesó, no sólo haber tenido Cristo un cuerpo corruptible (de donde les venía el nombre

de *phthartólatras)*, sino también, que no tuvo una ciencia perfecta, por cuanto dice (Marc. 13,32): no saber fijamente cuándo sería el día del juicio. De esta ignorancia que atribuían á Cristo (¡coincidiendo en este detalle con nuestros flamantes modernistas!) (1), recibieron por escarnio el nombre de *Agnoetai* ó *Agnósticos.*

5. ¡Pero no es su semejanza con los *temistianos*, la razón por qué acusamos de Agnosticismo á los modernistas! Los temistianos se llamaron agnósticos por la ignorancia que achacaban á Cristo. Los modernos agnósticos se denominan así, porque profesan el principio de que *nuestra inteligencia* es incapaz de levantarse al conocimiento, por lo menos *científico*, de Dios y de las cosas sobrenaturales y aun trascendentales.

Sin embargo, tampoco en este concepto es reciente invención el Agnosticismo, pues ya en el siglo II, hubo algunas sectas de gnósticos, particularmente los secuaces de *Basilides*, que confundiendo el ser *infinito*, con el *indefinido* (¡como han hecho los más de los panteístas!), vinieron, por consecuencia, á negar la cognoscibilidad de él; como quiera que no se puede conocer determinadamente, lo que no es susceptible de alguna determinación! Tal fué el Agnosticismo que profesaron los neo-platónicos, afirmando que Dios es

(1) S. Marco... gli atribuisce... l' ignoranza, come quando per sapere qualche cosa è costretto a interrogare, o dichiara di non cognoscere il giorno della fine del mondo (p. 47).

incognoscible, porque está *fuera de todo género* y de toda determinabilidad por diferencias específicas. Error que combatió ya Santo Tomás, en la *Summa contra gentiles* (lib. I, cap. 26), indicando haberse podido fundar en la mala inteligencia de un texto del libro de Celeste Jerarquía, atribuído á San Dionisio Areopagita, el cual dice que: *esse omnium est supersubstantialis divinitas* (c. IV); donde agudamente nota el Santo Doctor de Aquino, que en el mismo texto se halla la dificultad y la solución, pues si Dios fuera el sér de todas las cosas, dejaría de ser supersubstancial.

El error agnóstico en su forma moderna, arranca, principalmente, de *Locke*, de quien ya dijimos anteriormente, que redujo las fuentes de nuestra certidumbre á la experiencia externa é interna, acotando nuestros conocimientos científicos con otras dos *columnas de Hércules*, más infranqueables para la ciencia, que lo fueron antiguamente para la navegación aquellos dos promontorios de Abila y Calpe. ¡Más allá de los límites de la experiencia externa, no puede, según esta Filosofía, aventurarse el conocimiento científico! ¡Hay que escribir en este confín: *non plus ultra!* ¡Y como Dios está más allá de este límite, Dios queda excluído de los dominios científicos! ¡Más adentro de los límites de la experiencia interna, tampoco es posible penetrar! ¡También aquí hay que erigir otra columna hercúlea, y escribir otro *non plus ultra!* ¡Si no preferís aquella otra inscripción dantesca: *lasciate ogni speranza*, para poner en el ves-

tíbulo de este nuevo báratro de la inconsciencia! (1)

Pero, como quien ha formulado recientemente el Agnosticismo y le ha dado su nombre, es el filósofo inglés **Herberto Spencer**, á quien tienen por uno de sus adalides los modernistas, oigamos de sus propios labios la formulación de este sistema:

6. «Si examinamos en su naturaleza y en su valor intrínseco, dice Spencer, la Religión y la Ciencia, hallamos en la primera algunas *ideas primordiales*, algunos elementos que no pueden faltar; y en la segunda, algunas *conclusiones irreductibles á otras*, y por esto mismo inexplicables. De manera que, así en la base de la religión, como de la ciencia, encontramos un *terreno neutral* que escapa á nuestro mental análisis, un conjunto de ideas y sentimientos que no logramos descifrar. *En este terreno pueden y deben reconciliarse la Fe y la Ciencia* (2). Hemos de hacer constar que

(1) El Romano Pontífice, dice de este Agnosticismo: «Pero volvamos un momento, Venerables Hermanos, á aquella perniciosa doctrina del *Agnosticismo;* la cual, por parte del entendimiento, cierra al hombre todo camino hacia Dios, al mismo tiempo que imagina abrírselo más apto por parte de cierto sentimiento del ánimo y de la acción. Pero, ¿quién no ve cuán absurdamente?»

(2) Esté raciocinio de Spencer (alegado por los modernistas), se parece mucho á este otro, que pudiera servir de base para establecer definitivamente una paz sólida entre Inglaterra y Alemania: «Los alemanes, por mucho que profundicen en su suelo, nunca llegarán al centro de la tierra. Tam-

existe este dominio de *lo incognoscible;* pero, precisamente porque es tal, hemos de ***precavernos diligentemente contra todo irreverente deseo*** de penetrar su naturaleza y especificar ***con nuestra metafísica pueril*** sus atributos y su acción.» (Primeros principios).

Pero, ¿de dónde saca Spencer la *incognoscibilidad* del sér absoluto ó infinito? No de otra fuente, sino de la confusión, indicada ya y rebatida por Santo Tomás, entre el *infinito* y lo *indefinido.* Nosotros, dice Spencer, nada podemos conocer sino *por alguna determinación;* pero en el sér divino ninguna determinación puede concebirse, pues desde el instante en que se le determina, *se le separa* de otros seres y se niega su *infinidad;* luego el sér divino no es cognoscible para nosotros! En otra forma: Nuestro *conocer* es *condicionar;* pero el sér divino es *incondicionado* (independiente de toda condición), luego no es posible que vengamos en conocimiento del Sér de Dios!

7. Mas antes de pasar adelante, menester será, para que no parezca que peleamos con molinos

---

poco podrán llegar á él los ingleses por mucho que ahonden en el suyo. Hay, pues, que reconocer, en la *base* de ambas naciones, ó sea en el centro de la tierra, *un terreno neutral,* que escapa á su dominación política. En este terreno, *pueden y deben* reconciliarse Alemania é Inglaterra.» ¡Lástima que Spencer no comunicara este descubrimiento á los diplomáticos de su nación! ¡En todo caso resulta claro que, la concordia que establecen los agnosticistas entre la Fe y la Ciencia, es tan cordial como la paz entre Inglaterra y Alemania!

de viento, ó que nos damos el gusto de fingir un enemigo, para tener el placer de combatirlo y aniquilarlo; será menester, digo, demostrar que los modernistas *parten real y verdaderamente* de la doctrina agnóstica de Kant y de Spencer; pues, en el fondo, no es menos agnóstico el primero que el segundo, por más que procure escaparse de éste ¡sálvese quien pueda! del Agnosticismo, agarrándose al postulado de la Razón práctica, como los modernistas lo procuran asiéndose de la afirmación emocional.

Sin embargo, al verse acusadas por el Romano Pontífice de *Agnosticismo*, y condenados por ello, niegan abiertamente profesar semejante sistema. «¿Somos agnósticos?», dicen en su Programa; «¡no!» responden. «La confesión de impotencia que hace el Agnosticismo (respecto al conocimiento de Dios), es radicalmente extraña á nuestro espíritu. Antes bien, nuestra Apologética ha sido *la tentativa de salir del Agnosticismo*, como doctrina del conocimiento, *superándolo;* á la manera que el Agnosticismo había representado el intento de superar el Positivismo materialista» (página 93-4.)

¡En este modo de raciocinar, demuestran los modernistas, no menos que su obcecación, su total falta de disciplina lógica! ¿Qué decís? En resumidas cuentas: que no profesáis el *Agnosticismo*, porque *no os detenéis en él*; pero cualquiera ve que, el no detenerse en una doctrina, no excluye el admitirla. Así, v. gr., el católico admite la doc-

trina de la *infalibilidad* de la divina ***predestinación***, aunque no se detiene en ella á la manera del calvinista ó el jansenista, sino va más allá, conciliando la predestinación divina con la libertad humana. ¿Deja por esto de profesar la doctrina de la *infalibilidad de la predestinación*? ¡No por cierto! Podrá, pues, rechazar el nombre de calvinista ó jansenista, porque, de tal manera admite la predestinación infalible, que la concilia con la libertad; pero no podrá negar, que profesa la doctrina de la infalibilidad de la predestinación.

Así, los modernistas, podrán acaso rechazar el dictado de *spencerianos*, porque no se quedan con Spencer en las últimas consecuencias de su doctrina agnosticista; pero no pueden rehusar el de *agnósticos*, porque admiten *toda la doctrina del Agnosticismo*. Los juzgamos por su propia boca, pues ellos mismos, en su citado Programa, aunque rehusan el título de agnósticos, hacen las más explícitas declaraciones en este sentido. Oigámosles:

8. «Los argumentos aportados por la Metafísica escolástica, dicen, para la demostración de Dios (sacados del movimiento, de la naturaleza de las cosas finitas y contingentes, de los grados de perfección y de la teleología del universo), han perdido hoy *todo valor*». Y esto, ¿por qué? Porque «los conceptos que servían de base á estos argumentos, han perdido el carácter absoluto que les atribuían los aristotélicos *medioevales* (¡los que ahora vivimos, no merecemos se nos tome en

consideración!), *en la revisión general que la crítica Kantiana* ha llevado á cabo en las ciencias abstractas y empíricas y en el lenguaje filosófico. Demostrado *el convencionalismo* de toda representación nuestra abstracta de las cosas reales, *es claro* que, no sólo caen tales argumentos, sino queda *cerrado el camino* para hallar otros nuevos del mismo género» (pág. 98).

Por si esto no fuera bastante claro, dicen en otro lugar: «Hoy ya no es posible hablar de una *facultad cognoscitiva*, que se ejercite fuera de todo influjo de la conciencia, y que alcance una certidumbre y una verdad que sean *adaequatio rei et intellectus*. La especulación se nos presenta hoy como *acción*, en el más genérico sentido de esta palabra, y obediente á la acción. Es á saber: el acto de conocer es el resultado de un esfuerzo laborioso del espíritu, que procura poseer mejor lo real, y servirse de ello lo mejor posible, á través de los esquemas mentales que logra formarse... (pág. 95-96). Nosotros *aceptamos la crítica de la razón pura que han hecho* **Kant** *y* **Spencer;** pero en lugar de recurrir al testimonio apriorístico de la razón práctica... señalamos en el espíritu humano otro camino para llegar á la verdad» (página 97).

¿Puede darse una más clara confesión? ¿Los modernistas declaran *aceptar la crítica* de Kant y de Spencer? Y ¿qué es esta crítica sino el *Agnosticismo*? Por eso «ya no pueden oir hablar de una *facultad cognoscitiva*... que alcance, en los objetos

trascendentales, la *adaequatio rei et intellectus*», esto es, la verdad. «Todos los argumentos *de razón*, que había dado la Apologética, *han perdido su valor*, y ha quedado cerrado el camino para hallar *otros nuevos* de este género».

Y esto, ¿no es Agnosticismo? ¿No es precisamente el Agnosticismo de Kant y de Spencer? ¡Es que, dicen, Spencer se queda aquí, y nosotros seguimos adelante, y establecemos la *teoría de la inmanencia!* ¡Esto bien claro lo dice el Papa!; pero no por ello dejáis de *aceptar* la doctrina de Spencer, sobre la *incapacidad de la inteligencia* para llegarse á Dios. ¿Por qué cerráis el camino de Dios á la inteligencia, sino porque profesáis el *Agnosticismo* de Kant y de Spencer? ¿Por qué buscáis otro camino para llegar á Dios, sino porque partís de la verdad de las doctrinas kantianas y spencerianas? ¡Pues si las admitís, ya sois agnósticos! pues esas doctrinas constituyen el Agnosticismo.

Y tampoco os sirve el conato de *superar el Agnosticismo* por el camino de la *inmanencia vital*; porque, como ese camino se demuestra ser vano y sin provecho, excluídos de esta puerta que tentáis, y cerrada por vosotros mismos la puerta de la inteligencia, volvéis á recaer, mal que os pese, en la negación agnóstica.

Podrá, pues, discutirse, si los modernistas se han de llamar ó no *Spencerianos*, por cuanto intentan salir del atolladero en que se sume Spencer. Pero lo que no se puede dudar es, que son agnósticos en el sentido en que se lo llama el

Papa; es á saber; en cuanto admiten, con Spencer, la incapacidad del entendimiento para llegar á Dios, y en este sentido combatimos el Agnosticismo; y aun se les puede dar este nombre por otro título; por cuanto asignan, en sustitución del entendimiento, otra facultad que no es apta para lo que de ella requieren. Mas de esto trataremos al examinar la teoría de la inmanencia.

III

9. Viniendo, pues, al examen de este error, en el sentido en que dejamos á los modernistas *convictos* de él; ya hemos indicado que están en él mezcladas algunas partículas de verdades, mucho antes conocidas y profesadas por la Filosofía escolástica; y más aún: verdades que profesan todos los fieles cristianos, cada vez que rezan el Padrenuestro, al decir: *Padre nuestro* **que estás en los cielos.**

¿Qué quiere decir éste: *Que estás en los cielos?*

¡No quiere decir por cierto, que haya una región en los espacios estelares, en la que Dios esté confinado; pues saben todos los cristianos por el Catecismo, y todas las personas instruídas por la Filosofía, que Dios es *inmenso,* y, por lo tanto, se halla en todo lugar real, llenándolos todos, aunque sin ser comprendido por ninguno!

¿Qué significamos, pues, al decir en la Oración

dominical: *Padre nuestro que estás en los cielos*? No otra cosa, sin duda, sino: ¡Padre nuestro, á quién nuestros sentidos no pueden percibir, ni nuestra inteligencia conocer inmediatamente! ¡Padre nuestro, á quien no podemos ver cual en sí es, ni conocer por definición, en esta vida; hasta que nos otorgues la luz de tu visión *en el cielo*! ¡Padre nuestro, que estás presentísimo á nuestro sér por tu inmensidad, y sublimado sobre nuestra comprensión por tu infinita alteza; próximo para el auxilio y remoto para el conocimiento!

Todo esto se contiene en estas tan sencillas y repetidas palabras; y ésto es todo lo que hay de verdad en el Agnosticismo. Es á saber:

10. 1.°—Que no podemos conocer á Dios en esta vida *inmediatamente*, contra lo que supuso Malebranche con todos los *ontólogos*. Esta verdad no necesitamos, pues, que nos la enseñe *Spencer*, porque hace siglos que los escolásticos estamos en posesión de ella, y aun es uno de los principios fundamentales de nuestra Psicología: *Nihil est in intellectu, quod prius non fuerit in sensu*: Ninguna cosa percibe nuestro entendimiento, que no perciban antes los sentidos. En esta parte convenimos enteramente con *Locke*, afirmando, que no hay más que dos fuentes de conocimiento *inmediato:* la experiencia externa é interna; lo que nos dicen los sentidos externos, y lo que nos atestigua la conciencia. Y á la verdad, ni la conciencia nos da testimonio *inmediato* de Dios, ni mucho menos pueden llegar hasta Él nuestros sentidos terrenos.

¡Ah, señores! ¡Si me lo concediera la presente ocasión, entrara yo aquí en la paráfrasis del salmo 41, donde poéticamente, y en un sublime ímpetu de sentimiento lírico, se queja el real profeta de esta triste verdad! ¡No es dado á nuestros ojos, en esta vida, contemplar la belleza de Dios, ni á nuestros oídos escuchar su dulzura! ¡Mi alma te desea, ¡oh Señor! como desea el ciervo las fuentes de las aguas! ¡Siento *sed* del Dios fuerte! ¡del Dios vivo! Y mi pan son las lágrimas de día y de noche, *dum dicitur mihi quotidie: ubi est Deus tuus?* Mientras todos los días se me dice: ¿dónde está tu Dios? ¡Voz es ésta que nos dan las criaturas, que con los sentidos percibimos! Con la cual nos dicen dos cosas á un mismo tiempo: Que no podemos conocer á Dios *directamente*, como soñaron los ontologistas, y vuelven á soñar ahora, por otro estilo, los modernistas; y que podemos llegarle á conocer *por sus criaturas*, contra lo que los agnoticistas niegan.

2.°—Pero con éstos convenimos en otro punto, y es: que al paso que no podemos venir directamente en conocimiento del Sér infinito, por medio de nuestra experiencia externa ni interna, tampoco poseemos *ideas innatas de Él*, como lo supusieron muchos: *Platón* en la Antigüedad, y en la época moderna, *Descartes* en Francia y *Chérbury* en Inglaterra, contra quien dirigió *Locke* su reacción empírica. Comprendiendo que no podemos llegar á Dios con nuestros sentidos, y viendo que con todo esto la noción de Dios se halla

en todos los pueblos, vino á establecer Herberto *Chérbury*, la preexistencia, en todos los entendimientos, de ideas innatas acerca de la religión; como pocos años después lo proclamó Descartes, no sólo para la religión, sino para todos los primeros principios indemostrables. Contra éstos suscribimos la opinión de los espencerianos, ó mejor dicho, los espencerianos adoptan la nuestra; pues hace ocho siglos que vienen proclamándola los escolásticos en aquel otro aforismo: *Ab objecto et potentia paritur notitia* (el conocimiento es engendrado por el objeto y la facultad cognoscitiva).

3.°—La tercera partícula de verdad que hallamos mezclada en el error agnóstico es, que el Sér infinito no puede conocerse por *deducción a priori*, como lo pensaron algunos, entre ellos, San Anselmo, cuya opinión refuta Santo Tomás, en la *Summa contra Gent.* (I, 10-11). Juzgaron aquellos aprioristàs que, en el mismo concepto de Dios, está incluída la demostración de su existencia, y que, por consiguiente, se puede deducir *a priori*; pues dicen: «Quien piensa: *Dios*, concibe un Sér de infinita perfección; ahora bien; en el mismo concepto de perfección infinita, esta envuelta *la necesidad* de su existencia; pues lo que no existiera necesariamente, no tendría por cierto infinita perfección». Mas en este raciocinio se comete un tránsito injustificado, desde el orden ideal ó lógico, al real ú ontológico, no muy diferente del que comete Hegel en el desenvolvimiento de su famosa *idea*.

11. 4.°—Todavía convenimos más allá con los agnósticos, en afirmar, que no nos es posible conocer á Dios en esta vida, *cual es en sí;* error en que incurrieron algunos gnósticos que refiere San Epifanio *(Haer. 76)*, los cuales decían: «Conozco tan claramente á Dios, y he alcanzado tan grande noticia de él, que ni á mí mismo conozco mejor que á Dios». (Migne, P. G. t. 42, c. 522). Contra este error profesamos los católicos que, en esta vida, no podemos conocer á Dios *sicuti est.* ¡Dicha es ésta que nos está reservada para el día de su revelación; cuando, como dice el Discípulo amado (I, III, 2): *similis ei erimus*; *quoniam videbimus eum sicuti est.* ¡Veremos á Dios, en el cielo, como él es en sí; y será tal la fuerza de esta visión, que nos transformará en la semejanza divina!

5.°—Hay más: también aceptamos con los agnósticos, que Dios, lo propio que el sér abstracto, no puede ser conocido por *estricta definición*, formada de género próximo y última diferencia: dificultad en que tropieza *Spencer*, y que le hace caer en una serie de aberraciones. Es verdad que no podemos explicar el sér de Dios por un *género*, porque está sobre todo género; ni podemos determinarle por propia *diferencia*, porque ni comprendemos su esencia íntima, ni ésta ofrece composición metafísica; como tampoco nos es posible definir por género y diferencia el sér abstracto, porque es, como dicen los dialécticos, *término trascendente*, y no hay diferencia capaz de discernirle, porque toda diferencia positiva es á su

vez sér. Pero no se sigue de aquí que Dios sea incognoscible, como no lo es tampoco el sér abstracto. ¿Quién negará que adquirimos y poseemos naturalmente la noción del sér, por más que no podamos definirle esencialmente?

6.º—Convenimos, finalmente, para no hacernos interminables, en que no conocemos á Dios por *conceptos propios*, sino de una manera precaria y *por analogía;* de suerte que, como nota Santo Tomás, en todo predicado que afirmamos de Dios, incluímos implícitamente una negación; porque al decir que es *sér*, sobreentendemos que no es sér de la condición de los otros seres para nosotros conocidos, y por los que venimos en conocimiento de Dios; y al decir que es *vivo*, sobreentendemos que no vive con vida del género de nuestra vida; y al decir que es *inteligente*, sobreentendemos que no conoce del modo limitado y ceñido que conocemos nosotros, y al decir que es *personal*, sabemos que su personalidad no es de la condición de la nuestra, y cuando aseveramos de él la *presencia*, la *duración*, la *libertad*, la *actividad*, sabemos perfectamente, que no está presente como nosotros, circunscrito á lugar; ni dura como nosotros, con sucesión, ni se resuelve con mutabilidad, ni obra con propia inmutación.

Pero hasta aquí acompañamos á los agnósticos y no más allá; porque desde este punto los vemos despeñarse en los mayores precipicios de la contradicción, de la confusión y de la inconsecuencia. Que es lo segundo que en ellos hemos de estudiar.

IV

12. 1.°—La primera falsedad del Agnosticismo, consiste en confundir el *conocimiento* con la *comprensión* ó *definición*. Por eso niegan los agnósticos, no sólo que podamos conocer á Dios, sino aun que sea posible el conocimiento de los *primeros principios* ó verdades fundamentales. En toda investigación científica, dicen, hemos de llegar forzosamente á ciertos principios ó verdades elementales, que no es posible *definir* por otras; pues entonces, ya no serían principios primeros, y, ó habría que proceder indefinidamente, ó se llegaría siempre á ciertos principios, que sirven para definir las otras proposiciones científicas, y no pueden ser á su vez definidos. Esto es, sin duda, una verdad, y conocida y formulada muy de antiguo: *prima simplicia definiri non possunt*. Pero de aquí, no sólo no se sigue que no sean cognoscibles, sino antes son *lo más cognoscible*, y *causa de la cognoscibilidad de todo lo demás*.

2.°—El error agnóstico incurre aquí en otra confusión, entre la *intuición* y la *evidencia*. La *evidencia* es el supremo criterio de verdad; pero no se funda siempre, ni exclusivamente, en la *intuición*, como han supuesto todos los empiristas, viniendo á caer, por virtud de este error, en el escepticismo, cuando no se han detenido en la serie de las legítimas consecuencias. Este fué aquel

error de *Locke*, de donde se engendró legítimamente el escepticismo de *Hume;* pues, desde el instante en que se niega la fuerza de la evidencia, sustráese el suelo á toda certidumbre que no sea del mero *fenómeno presente*, único que puede ser objeto de la intuición. Locke se detiene en negar el conocimiento científico de lo *suprasensible*. Pero ¿con qué razón? ¿Por qué no tenemos de ello intuición inmediata? Pues tampoco la tenemos, le dirá lógicamente Berkeley, de las *sustancias*, ni generalmente de las cosas exteriores! ¿Quién ha tocado *la materia?* ¿Quién ha visto *la cantidad?* ¿Quién tiene intuición del *tiempo?* el cual consiste en sucesión incesable de momentos, de los que *sólo uno* podemos tener presente, sin que sea posible abarcar con un conocimiento *intuitivo* toda la *serie*. ¡No! Negada la fuerza de la evidencia para engendrar la certidumbre, no queda otra cosa que la *percepción del fenómeno*, forma puramente *sujetiva*, que no me da *el objeto*, sino sólo la *imagen del objeto*, y puede, cuando mucho, comunicarme aquella convicción de que partía Descartes: *¡Pienso*, luego *soy!*

¡Pero ni aun eso! pues con razón se puede argüir con Hume (una vez quitada de enmedio la eficacia de la evidencia): *Pienso, luego pienso;* siento, luego siento; sufro, luego sufro; gozo, luego gozo! Esto es; no tengo certidumbre de la existencia de un *sujeto pensante*, de un *yo* permanente é idéntico á sí mismo; sino sólo de una sucesión de fenómenos, que *imagino* sustentados por un

mismo sujeto. Así, el principio de la propia identidad, de la propia existencia sustantiva, saldrá á su vez de la esfera científica, para entrar en la de la *creencia!*

Es, pues, necesario, admitir la *evidencia* como base de la certidumbre; y la evidencia no me garantiza con menos fuerza la objetividad de mis sensaciones, que la realidad sujetiva de ellas. Antes bien, el hombre que no está desvanecido por los ensueños de la falsa Filosofía, primero se cerciora de la existencia de las cosas que ve, y sólo luego hace reflexión sobre los actos con que las percibe; y con esta guía segura, que es la fuerza misma de la Naturaleza, sale sin dificultad del laberinto del escepticismo, ó mejor dicho, no se enreda en él, y adquiere por una sencillísima *generalización*, que es tan connatural á la inteligencia, como á los ojos la percepción de la luz y á los oídos la del sonido, las ideas de *identidad*, de *causalidad*, de *proporción* de las causas con sus efectos, etc.; que son los elementos necesarios para levantarse al conocimiento de lo suprasensible.

Es, pues, verdad, como ya lo hemos reconocido antes, que Dios no puede ser conocido por definición, ni de una manera intuitiva. Pero es falso que no pueda ser conocido con *evidencia*; porque es evidente para todo entendimiento sano, el *principio de causalidad*, y en fuerza de él, se hace evidente la necesidad de una primera causa; es evidente la *necesidad de proporción entre las causas y sus efectos*, y por ende, se adquiere con eviden-

cia el conocimiento de que la primera causa debe contener de *alguna manera* todas las perfecciones que hallamos en todos sus efectos; y raciocinando sobre estos *datos de la evidencia*, alcanza la razón que Dios debe poseer las cualidades más elevadas que ve en los seres creados; y hallando entre éstos sustancias y accidentes, concluye, que será sustancial; y hallando seres materiales y espirituales, infiere que será espiritual; y viendo en las criaturas conocimiento, y en la creación orden maravilloso, deduce que sera *intelectual*, y como por otra parte, advierte que entre los atributos y perfecciones de las cosas criadas hay contradicción, deduce que estas perfecciones, no se hallarán en el Criador en la misma forma, sino en otra superior, virtual y *eminente*, en que se harmonicen todas las contrariedades, y se resuelvan todas las antinomias en una *plenitud simplicísima é infinita* de toda perfección.

De esta manera, partiendo de principios de evidencia inmediata, subimos de evidencia en evidencia, de claridad en claridad, hasta las gradas del trono de Dios, no para *comprenderle* y abarcarle, sino para postrarnos ante su inapelable infinidad, reconociendo al mismo tiempo su grandeza y nuestra pequeñez, dándole gracias por la sublimidad del entendimiento que nos ha dado, y confesando, al propio tiempo, que no sería él Dios verdadero, si pudiera ser comprendido y abarcado con los brazos de nuestra creada y finita inteligencia.

13. 3.°—Aquí está la verdadera raíz del error agnóstico, que hemos visto germinar en el empirismo baconiano, y desenvolver su vegetación de falsedades por los sistemas de Locke y Berkeley, de Hume y de Kant. Pero además ofrece el Agnosticismo, tal como lo propone Spencer, otras falsedades y confusiones, que es provechoso poner de manifiesto, para que mejor brille á su lado la verdad católica.

Estas consisten, en primer lugar, en confundir *la absoluta perfección* con la *totalidad cuantitativa ó extensa.* Es imposible, dice Spencer, apropiándose unas palabras de Hámilton, *imaginar* el infinito, pues no hay totalidad tan grande á que no podamos *con la imaginación* añadir una parte más. Pero, ¿quién no ve que se truecan aquí las facultades, empleando la imaginación (que es una facultad material), para medir por su capacidad la capacidad del entendimiento? Ciertamente; al contemplar la bóveda azulada sembrada de innumerables estrellas, y al ver que de año en año nos descubre el telescopio otras y otras, ensanchando indefinidamente su pupila, y sondeando cada vez más remotos espacios; imaginamos que detrás de esas constelaciones y nebulosas de astros, habrá por ventura otras más numerosas, cuyo conocimiento está reservado á las edades futuras. ¡Y más allá de esas extensiones impenetrables, pobladas por tantos millares y millones de mundos, imaginamos otros espacios tan dilatados como los siderales, y detrás otros, y detrás otros, y otros y

otros, sin término! ¡Y la imaginación se fatiga, y sus fuerzas se agotan y desfallecen; y con todo, esos espacios, mil veces sumados y multiplicados, no son todavía el infinito! ¿Dónde está, pues, el infinito? ¡Más allá! ¡más allá! ¡Y la imaginación emprende una carrera vertiginosa, como la de aquellos espectros medioevales de espíritus precitos, arrastrados eternamente por la carrera loca de un caballo de fuego! ¡Mas esa carrera puede llegar al vértigo, al frenesí, á la locura!... ¡sólo al infinito *no puede llegar!* ¡Claro está que no puede!, porque ésa es la carrera de la imaginación, no de la inteligencia; y mientras la imaginación se desboca sin freno y se fatiga inútilmente, la inteligencia, serenamente quieta en su alto observatorio, le dice: *¡No es eso el infinito!* ¿Por qué, sino porque *conoce lo que es?* ¡Porque le bastan para eso dos sencillas operaciones: la de *poner el sér* y la de *negar* el límite! ¡De suerte que la negación spenceriana se funda en un grosero trueque de la inteligencia por la fantasía! (1).

(1) En todas las discusiones que se refieren al *infinito*, hay que prevenir muy cuidadosamente, la confusión entre los distritos de la razón y de la fantasía. La fantasía no puede ciertamente penetrar en la región de lo infinito, porque sus representaciones son materiales; sujetas por consiguiente á las categorías del espacio, de la cantidad, y por el mismo caso, á la del *número*. Por haber olvidado ésto llegaron algunos filósofos antiguos, al absurdo de *demostrar filosóficamente* la *imposibilidad del movimiento;* á los cuales refutó Diógenes (ó Antístenes) con el argumento conocido. Cierto, en

14. 4.°—Mas este reproche, no tanto se endereza contra todo el sistema, cuanto contra este particular argumento de él. Hubo de conocer, sin duda, Spencer, su debilidad, y por eso excogitó otro más aparatoso: el de la incognoscibilidad del *incondicionado. Nuestro conocer*, dice, *es condicionar;* pero es así que el infinito ontológico es *incondicionado;* pues cualquiera cosa que lo condicionara, por el mismo caso lo *limitaría* y lo despojaría de su infinidad!

Sin entrar aquí (puesto que no es necesario), en

---

una extensión lineal cualquiera, admitían los aristotélicos, y admiten ahora casi todos los filósofos y los matemáticos, la *divisibilidad indefinida*, que supone la distinción real entre un número infinito de puntos; mas es así que el infinito no puede vadearse: *infinitum pertransiri non potest;* luego parecía seguirse de ahí la *imposibilidad del movimiento.* Pero el Cínico redarguyó á los que tal defendían, con el sencillo argumento de *echar á andar* «¡Ando! ¡Me muevo! ¡Luego el movimiento es posible: porque del *hacer* al *poder* hay evidente consecuencia!»

Un argumento semejante se puede esgrimir contra los agnósticos. ¿Qué decís? ¿Que el infinito está fuera de la órbita de nuestro entendimiento? Pues bien; yo *toco* con mi inteligencia al *infinito:* le toco como *primera causa;* le toco como *último fin;* le toco como *sér necesario;* le toco como *origen de toda perfección real:* ¡Luego *ando*! ¡Luego el movimiento es posible! Y de la misma suerte: conozco por todos los conceptos dichos á Dios infinito; luego *el infinito* no está fuera de la órbita de mi inteligencia, ni de la inteligencia de cualquiera persona racional, con tal que no sea racionalista!

Pero, bien mirado, los agnósticos no niegan que nuestra inteligencia pueda en alguna manera *tocar* lo infinito. —«Le tocas, me dicen, como quien estando en una habitación abso-

otros análisis del pensamiento spenceriano, nos basta oponerle, que el *sér infinito* es accesible á nuestro conocimiento en cuanto es *causa primera* y *fin último* de todos los seres finitos y contingentes, lo cual explica la Filosofía cristiana de suerte, que esta causalidad no induce en el sér infinito, ni limitación ni mutabilidad. Si Dios produjera las criaturas, sacándolas de su divino sér, como lo creen los partidarios del evolucionismo emanatista, y lo supusieron los antiguos estoicos, que consideraron el espíritu humano como una centella

---

lutamente oscura, toca un objeto, pero se halla enteramente imposibilitado de verle; le toca, pero *no le conoce*.—He aquí un sofisma, que hace más de seis siglos madrugó á deshacerlo Santo Tomás de Aquino (1. Opusc. LXIII, *in lib. Boet.*, q. VI, a. 3.) *De nulla re sciri potest* AN EST, *nisi quoquo modo de ea sciatur* QUID EST, *vel cognitione perfecta*, *vel cognitione confusa... Ergo de Deo et de aliis substantiis immaterialibus non possumus scire* AN EST, *nisi sciremus quodammodo de eis* QUID EST, *sub quadam confusione*.—La verdad de esta afirmación se puede convencer por inducción por todo género de conocimientos imperfectos. Y comenzando por el caso objetado, ciertamente, si yo me hallo con una persona ó un objeto, en una habitación perfectamente oscura, no puedo darme cuenta de que allí hay algo positivamente, si no es porque lo toco, ó porque oigo algún sonido que emite; y en uno y otro caso *me entero*, no sólo de la presencia del objeto, sino de alguna de sus cualidades: de su blandura ó dureza, si lo toco; del sonido de su voz, si lo oigo; y muchas veces esta imperfecta noticia sensitiva, es bastante á la inteligencia para venir en un conocimiento perfecto de la cosa: como si conozco á oscuras á una persona, por el timbre de su voz, ó por las cosas de que me habla. Y esto es cabalmente lo que con Dios nos acontece.

desprendida del sér divino, entonces, ciertamente induciría limitación la causalidad. ¡Pero no es así! Dios procede en la producción de los seres por *creación* y con entera libertad, no sacando algo de sí ó recibiéndolo en sí, sino produciendo la luz en medio de las tinieblas, la vida en el seno mismo de la muerte, el sér de las entrañas mismas de la nada. Dios no dice á las criaturas relación trascendental (como la dice la criatura al Criador, por cuanto su mismo sér lleva el sello de *criatura*, al paso que el sér de Dios no es por intrínseca necesidad *creador)*. La creación, pues, nada varía, nada inmuta en Dios; hace sólo que la criatura *diga relación á él*, y esta relación es *índice* suficiente para llevarnos al conocimiento de Dios, que sigue siendo *incondicionado*, pero no incognoscible!

Es, pues, verdad lo que dice Spencer, apropiándose las palabras de Hámilton, que en este conocimiento, al propio tiempo que afirmamos la causalidad de Dios, negamos su condicionalidad. Pero es falso y confusión grosera, aseverar *que negamos lo mismo que afirmamos;* pues lo que afirmamos es la *relación trascendental* que condiciona las criaturas respecto de Dios, y lo que negamos es la *relación trascendental* ó condicionalidad de Dios respecto á las criaturas. Por donde, la aserción de Spencer: *todo conocer nuestro es condicionar*, puede admitirse, con tal que se distinga de este modo: el conocimiento de Dios, mediante la creación de los seres finitos, es un *condi-*

cionar, que recae en los seres creados, pero que no recae en Dios.

15. 5.º—Hay finalmente, en los agnósticos, y generalmente en los panteístas, otra confusión entre el *sér infinito* y el *sér indefinido* ó abstracto, el cual no tiene otra existencia, sino la que recibe de la abstracción de nuestro entendimiento. Ciertamente la noción de sér puede abstraerse de Dios y de las criaturas, pues todos convienen en la razón de ser (por más que esta conveniencia no es unívoca, sino análoga). Pero no es exacto que el sér se divida *como en partes*, entre Dios y las criaturas, de suerte, que el sér de las criaturas pueda *sumarse* al sér de Dios, ó considerarse uno y otro como *partes de un todo* que sea el sér *indefinido*. Antes al contrario, el sér y cuantas perfecciones se hallan y multiplican en las criaturas, *nada añaden sumadas* al sér de Dios, porque todo lo que en ellas se halla de perfección, no es sino participación, y como reflejo del ser sobreesencial de Dios.

Ninguna comparación tomada de las criaturas puede dar una idea cabal de esto, pues á las cosas finitas es absolutamente imposible dar sin menoscabo; comunicar sin perder de sí. Alguna semejanza se halla, sin embargo, en la comparación, que traen los SS. PP., de la ciencia del maestro y y de los discípulos. Por muchos que sean los discípulos á quienes el maestro enseña, y por mucho que se asimilen de su doctrina, no se logrará que entre los discípulos y el maestro formen un total

de doctrina mayor que el de la misma ciencia del maestro (suponiendo, naturalmente, que los discípulos nada saben, sino lo que del maestro aprenden). De una manera semejante, aunque infinitamente superior, acontece que, en todos los seres criados no hay rastro alguno de perfección, que no esté contenido en Dios de una manera incomparablemente superior y eminente; por lo cual esta manera de *extensión* del sér, en nada menoscaba la infinidad del sér divino, y no es sino *lengua* que sirve para predicarlo y darlo á conocer al entendimiento de los hombres.

16. 6.°—Hacemos caso omiso de otras contradicciones en que incurre particularmente el Agnosticismo de Spencer, porque no es nuestro objeto refutarle á él, sino tratar del Agnosticismo en general. Pero no podemos omitir del todo el sorprendente dislate de estos *fideístas* que, no contentos con separar la fe de la ciencia, quieren, en materias puramente científicas, exigirnos infundados actos de fe.

Spencer niega la *cognoscibilidad*, no sólo del sér infinito ó absoluto, sino también de las ideas primeras de la ciencia (el espacio, el tiempo, la fuerza, el movimiento, la materia); pero afirma, sin embargo, al propio tiempo, no sólo la *realidad* de todas estas cosas, sino su *identidad* real entre sí y con el infinito. ¿Quién no ve en esto la más intolerable contradicción? Si le preguntáis por Dios, os dice: ¡No puedo alcanzar noticia ninguna de él; pero creo, sin embargo, que existe! Si le

preguntáis por la materia, os da la misma contestación: ¡No puedo alcanzar qué cosa sea; pero sé de cierto que existe, y que es *una misma realidad* con Dios! Y así le podéis seguir preguntando, y él os seguirá contestando: ¿Qué es el tiempo? ¡No lo sé! ¿Qué es el espacio? ¡Lo ignoro; pero es una misma cosa con el tiempo! ¿Qué es la cantidad? ¡No lo sé; pero es una cosa misma con el espacio y el tiempo! ¿Qué es el movimiento? ¡Lo ignoro; pero es una realidad misma con el tiempo, el espacio, la materia, el infinito, el absoluto, Dios! ¡No sé qué es la sensación, pero sé que es una cosa misma con el movimiento, cuya naturaleza igualmente ignoro!

¡Donosos filósofos éstos que, so pretexto de que las últimas realidades, y sobre todo la realidad divina, son inaccesibles para la Ciencia, vienen á imponernos *en nombre de la Ciencia*, una estúpida credulidad acerca de lo que ellos mismos nos aseguran, que no es posible conocer!

¡Todo lo contrario hace nuestra Religión y nuestra Filosofía: porque nuestra Religión es eminentemente filosófica, y nuestra Filosofía es esencialmente racional! ¡Profesamos, sí, que el Sér de Dios es tan alto, que no podemos abarcarlo ni penetrar en sus íntimos senos! ¡Profesamos que nuestra Religión tiene *misterios* propiamente dichos; esto es, verdades sublimes que traspasan y sobrepujan todas las fuerzas naturales del entendimiento más privilegiado de los hombres y de los ángeles! Pero si no podemos *comprender* á Dios, no

por eso dejamos de alcanzar á *conocerlo* de una manera enteramente *racional* y estrictamente *científica*, por una serie de evidentes raciocinios. ¡Y si no nos es dado penetrar los misterios insondables de la Fe, podemos, no obstante, *demostrar* lo racional de ella, y señalar con *evidencia* los fundamentos científicos de su verdad! ¡Y, finalmente, cuando al llegar á los límites del conocimiento, humillamos la frente y pronunciamos un humilde *creo*, no creemos en la palabra de un hombre falible y falaz, sino en la *palabra de Dios*, que se ha dignado hablarnos, y demostrarnos que *era Él* quien nos hablaba!

V

17. Se atribuye á Arquímedes, que, para ponderar el poder indefinidamente creciente de la palanca, prorrumpió en aquella célebre frase: *¡Dadme un punto de apoyo y levantaré el mundo!*

¡Una cosa semejante acontece con nuestra inteligencia, á la cual le basta un punto de apoyo (con tal que tenga suficiente firmeza), para subir desde él al conocimiento del Sér infinito y de su absoluta perfección! Y este punto de apoyo, ciertamente firmísimo, lo posee la razón humana en el *principio de causalidad.*

Los que, como los modernistas, tratan de cortar los nervios á la Ciencia de Dios, negando la eficacia de este principio, no ven, sin duda, que al obrar así, arruinan por el mismo caso el ci-

miento en que se apoyan todas *las ciencias experimentales*. El químico que, por los caracteres que ofrece la acción de los diversos reactivos, concluye, sin duda con certidumbre científica, la existencia de ciertas sustancias ¿qué hace, sino estribar en el principio de causalidad? Fundado en él, y no en otra alguna base, reconoce la existencia de la plata, en el precipitado lácteo de los cloruros; la del plomo, en el vivo amarillo de los cromatos; el hierro, en el azul intenso de los cianuros, etc., etcétera. ¿Por qué? ¡Porque sabe por experiencia, que esos efectos no pueden proceder sino de semejantes causas!

El físico lee en sus aparatos registradores la intensidad y dirección de las corrientes eléctricas, las elevaciones ó descensos de la temperatura ó presión atmosférica, etc. ¿Con qué fundamento? ¡No con otro, sino el del principio de causalidad! No vé, ciertamente, la electricidad, ni el calor, ni la presión atmosférica; pero vé sus efectos en los aparatos cuidadosamente graduados. Y el geólogo ¿no se funda en el mismo principio, cuando infiere de la constitución de los yacimientos ó estratos de la tierra, la preexistencia de determinados fenómenos volcánicos ó neptúnicos? ¡Decidle al geólogo que os muestra los mariscos fósiles en las rocas de una alta montaña, que eso nada prueba acerca de la pretérita inmersión de aquellas tierras en el seno de antiguos Océanos; decidle al físico, que sus aparatos nada demuestran; al químico, que nada significan sus reaccio-

nes; y todos ellos se encogerán de hombros, y os dirigirán la mirada de compasión que merece quien se atreve á hablar de lo que no entiende! ¡Y sin embargo, por ventura algunos de esos hombres de ciencia no se arredrarán de profesar el Agnosticismo, cuando se trate de la Religión; como si se dejaran el principio de causalidad, colgado, junto con la blusa de experimentador, detrás de la puerta de su laboratorio!

Y no es sólo el hombre de ciencia en su gabinete, quien se guía constante y seguramente por el principio de causalidad, sino todo hombre de sentido común, en todas las circunstancias de su vida. ¡Quien al salir de su casa, halla la calle cubierta de barro, asegura, sin temor de equivocarse, que ha llovido (1); quien ve en la arena las huellas de un animal, concluye que por allí ha pasado; el que come una naranja, arguye que la habrá producido un naranjo, y si saborea una manzana, no admitirá la afirmación de que la produjo un peral! ¿Por qué, pues, sólo cuando *funciona como filósofo*, ha de negar lo que admite como experimentador y como hombre de sentido común?

¡Pero es así, que, admitido el principio de causalidad, ya tenemos el punto firmísimo que pedía Arquímedes para apoyar su palanca; ya poseemos el telescopio que ha de abrir á nuestros ojos las perspectivas de lo infinito!

---

(1) ¡Excepto en Madrid, donde puede ser que *hayan regado!*

18. Fijaos en un fenómeno de los más sencillos: *un péndulo que oscila* describiendo arcos iguales, á uno y otro lado de la vertical. Imaginadlo un momento en el punto más alto del arco de la izquierda. ¿Por qué ha subido ahí? Porque venía desde el más alto punto del arco de la derecha. Y ¿por qué había subido hasta este punto? Porque á su vez había descendido del ápice del arco izquierdo. Y ¿cómo había subido hasta él? ¡En virtud de la velocidad adquirida descendiendo del otro..., y así sucesivamente! En la oscilación de un péndulo, que no se extinguiría nunca, si se pudieran suprimir los rozamientos del punto de apoyo y la resistencia del aire, hallamos una serie de efectos homogéneos que se condicionan sucesivamente; y este movimiento nos certifica que, ó el péndulo viene oscilando desde toda la eternidad, ó ha tenido que intervenir un *primer motor* que, venciendo su inercia, le llevára por primera vez al punto alto de cualquiera de sus arcos. ¡En este péndulo, tenéis la viva imagen de todas las causalidades sucesivas!

El viviente nace de otro viviente de su especie, y éste hubo de nacer de otro, y de otro y de otro sin término, á no ser que admitamos que intervino un *poder* superior que sirvió de principio á toda la serie (1). Las órbitas que describen los

(1) ¡Y contra esto no obstan las pretensiones de los transformistas. Cualesquiera que hayan sido las evoluciones específicas, el viviente no puede nacer sino de otro viviente, desechada la antigua hipótesis de la generación espontánea!

astros, presuponen, con el mismo rigor, otras infinitas circunvoluciones, ó bien un *agente* que les comunicó el movimiento primero. El átomo que vibra, no es sino un péndulo diminuto que oscila en torno de un eje, y cada oscilación ha de fundarse en una oscilación antecedente, ó en la intervención de un *primer motor*.

19. De suerte, que todas las causalidades que percibimos experimentalmente, nos llevan como por la mano *al infinito:* ó al *infinito numérico*, que es un *absurdo*, ó al *infinito ontológico*, que es *Dios!* (1) Y no nos dan solamente la noción de la *existencia* del infinito, sino *indican* al propio tiempo sus atributos; porque la infinidad de los tiempos anteriormente posibles, nos lleva á la *eternidad* de Dios, y la infinidad de los posibles espacios nos conduce á su *inmensidad*, y la posibilidad de perfecciones creadas sin fin, nos indica la *infinita perfección* del Creador.

Es verdad que las perfecciones ó propiedades que en las criaturas descubrimos, sólo dan un conocimiento imperfecto de los atributos del Sér infinito; pero á esta dificultad ocurre la *potencia abstractiva* de nuestro entendimiento, el cual reconoce en Dios la causa, y por consiguiente, *la fuente* de toda perfección real; pero *negando* al propio tiempo en Dios, lo que en las criaturas es

(1) No queremos decir que sean igualmente evidentes los dos extremos de este dilema, antes bien, su segundo miembro vence incomparablemente la firmeza del primero.

imperfección ó limitación. Y así, entendemos que Dios es espiritual, pues es causa de las substancias espirituales; pero no hay en él la imperfección de los espíritus creados, en quienes se distingue la potencia del acto, sino que en Dios no hay sino un *acto puro* é infinito; y asimismo atribuímos á Dios la vida, y la libertad, y el amor, y el odio; pero despojando todas estas propiedades de cuanto tienen de relativo, limitado é imperfecto en las criaturas. Por eso, en todos los atributos de Dios, ponemos una *afirmación* y una *negación*; pero no *negamos*, como malamente cree Spencer, *lo mismo* que *afirmamos*; sino afirmamos la perfección y negamos la imperfección ó limitación. Lo cual puede hacer nuestro entendimiento por su natural facultad de abstraer.

20. ¡Esta es la nobilísima prerrogativa de *la inteligencia humana*, que no pueden emular jamás las facultades materiales, y es, por tanto, convincente indicio de su naturaleza espiritual! Porque propio es de la materia, vivir atada á las condiciones de la cantidad y del espacio, de la extensión y la multiplicidad. Mas el espíritu es capaz, en virtud de esta su facultad poderosa de abstracción, de subir de lo individual á lo genérico, de lo singular á lo universal, de lo relativo á lo absoluto; y, con la imperfección con que lo finito puede reflejar lo infinito, logra nuestro entendimiento espiritual, elevarse hasta el conocimiento de Dios!

¡Y ved aquí, señores, á dónde vienen á parar todas las exaltaciones desmesuradas é indebidas!

Así como los adoradores de la *libertad* humana han venido á parar en el *determinismo*, que es la negación y servidumbre de toda libertad; así los antiguos adoradores de la humana *razón*, por el camino del *racionalismo*, han venido á parar al escepticismo ó al *sentimentalismo*, y en uno y otro caso al *Agnosticismo*, que es la negación de la razón como potencia capaz de levantarse sobre los bajos horizontes del mundo material!

¡Mas al contrario; la Religión católica, así como, refrenando los excesos de la libertad, se constituye en defensora de la verdadera libertad; así, reprimiendo los desafueros de la razón, viene á ser enaltecedora de la misma razón! ¡Nosotros no hemos proclamado nunca á la razón *soberana;* antes la hemos obligado á mantenerse en una dócil dependencia de la Verdad revelada por Dios! Mas en cambio, cuando los que ayer la seducían con desmedidas lisonjas, la humillan hoy y quieren hacerla depender de los sentidos animales, del mundo de las pasiones, del insondable caos de lo inconsciente; salimos á la defensa de la razón, la rescatamos, la rehabilitamos, la libertamos de las cadenas con que se pretende esclavizarla, le restituímos su dignidad y su trono, sobre todas las naturales potencias humanas, y la saludamos didiciéndole: ¡Salve! ¡Antorcha divina! oscurecida á tiempos por el humo de las pasiones; pero luz al fin, que vences las espesas nieblas de los sentidos! ¡Salve! ¡Corona de gloria que ciñó Dios á la frente del hombre, para que se le rinda y humille toda

la naturaleza elemental, y le reconozca por señor toda la muchedumbre de las irracionales criaturas! Nosotros, hijos fieles de la Iglesia católica, que te ha devuelto el brillo, cuantas veces ha sido empañado por la herrumbre de las herejías, nos sentimos orgullosos de poseerte; te consideramos, en el orden natural, como nuestra joya más preciosa; y por eso mismo, imitando á aquellos ancianos del Apocalipsis, que se quitaban las coronas de las sienes para arrojarlas ante el trono de Dios en señal de supremo acatamiento, rendimos nuestra razón ante la razón divina, y puestos de acuerdo con las verdades infalibles de la fe, proclamamos fuera de esto, el señorío inalianable de nuestra inteligencia! ¡Destello de la luz increada, que nos ha dado nuestro Hacedor, para que con él podamos, por las criaturas visibles de este mundo, venir en conocimiento de las cosas invisibles de Dios, aun de su sempiterna virtud y divinidad. *Invisibilia enim ipsius, (Dei) a creatura mundi, per ea quae facta sunt, intellecta conspiciuntur, sempiterna quoque ejus virtus et divinitas!* (Rom. I, 20.)



CONFERENCIA CUARTA

EL SENTIMENTALISMO

Religiosus igitur *sensus*, qui per *vitalem immanentiam* e latebris *subconscientiae* erumpit, germen est totius religionis ac ratio pariter omnium, quae in religione quavis fuere aut sunt futura. Rudis quidem initio ac fere informis eiusmodi *sensus*, paulatim atque influxu arcani illius principii unde ortum habuit, adolevit una cum progressu humanae vitae, cuius, ut diximus, quaedam est forma. Habemus igitur religionis cujuslibet, etsi supernaturalis, origines: sunt nempe illae *religiosi sensus* merae explicationes. (Encicl. «*Pascendi.*»)

SUMARIO:

I. Expedientes del Ateísmo contra el principio de causalidad: la generación espontánea; la inercia y el origen de la vida.—*El Monismo.*—*El Voluntarismo;* los apetitos; su desenvolvimiento.—A toda forma sigue un apetito. Poesía Schopenhaueresca.—Razón analógica de los apetitos innatos y elícitos.—Indigencia y apetitos de las formas vitales.—Irreductibilidad de los apetitos: su dependencia de las formas substanciales.

II. Origen del conocimiento; desenvolvimiento de la con-

ciencia. *El Sentimentalismo.—El Intelectualismo* sano y el vicioso. Elemento afectivo de la religión. Pía afección sentimental. Espontaneidad del sentimiento religioso.

III. Errores del Sentimentalismo modernista. El sentimiento sigue al conocimiento; no puede ser *criterio* de la religión. Obcecación del juicio por los sentimientos.—*El Fanatismo.* Esterilidad de la mera religiosidad sentimental: para reprimir las pasiones; para revelar los arcanos de la vida futura.— Indignidad del Sentimentalismo modernista. Peroración.

I

1. El *principio de causalidad* es el callejón sin salida, para todas las formas de Ateísmo; así para el Ateísmo desembozado y blasfemo, que *afirma* que «no hay Dios», como para el hipócrita y vergonzante, que se limita á *negar* que podamos conocer á Dios á ciencia cierta. Ya se considere la existencia de los vivientes, ya el movimiento de todas las cosas, desde la vibración del átomo hasta las órbitas que describen los cuerpos celestes, desde la vida del infusorio hasta la del hombre; siempre nos sale al paso la serie de causalidades, *sin principio* dentro de la esfera de las cosas creadas, que está proclamando á voces la existencia de una *Causa primera;* de un *Sér*, *principio* de todo sér; de un *acto puro:* de Dios, nuestro Criador y Señor!

Pero el Ateísmo, en sus diversas formas, por no rendirse á esta evidencia y doblegar la frente, prorrumpiendo en la frase que se atribuye al Orador romano al dar la garganta al cuchillo homicida: *Causa causarum, miserere mei*: *Causa de las causas, ¡apiádate de mí!;* se retuerce violentamente contra las leyes de su propia razón, y busca la

salida de este callejón, que no la tiene, perdiéndose en el laberinto de sus propios discursos.

Dos son los expedientes que para ello ha intentado: El primero, es la desacreditada hipótesis de la *generación espontánea*, ó sea, del espontáneo tránsito de la materia inorgánica á la vida, de suyo no menos inconcebible que el tránsito del no ser al sér, de la inercia al movimiento espontáneo. Pero en este camino (que fué el primero por donde anduvieron los Darwinistas) se levantan dos insuperables barreras; la una es, el *principio del movimiento*; la otra es, el *principio de la vida.* En la primera de estas vallas, se opone á las soluciones del transformismo, la Mecánica; en la segunda, le cierra el paso la Ciencia de la Naturaleza.

En la historia de todo movimiento, ya sea la vibración imperceptible del átomo, ya el curso majestuoso de los astros en los espacios siderales, hay que ir á parar finalmente á un *primum movens;* sin lo cual siempre quedará inexplicado el movimiento, ya que la materia es de suyo *inerte*, y, por consiguiente, incapaz de determinarse por sí misma al movimiento ó al reposo, como indiferente para el uno y el otro. ¡Suprimid esta ley, esta propiedad esencial de la materia, y habréis borrado de una plumada toda la Mecánica! Ya será inútil que el ingeniero se queme las cejas calculando potencias y resistencias; contra todos sus cálculos podrá suceder, el día menos pensado, que los bloques de granito *¡echen á correr!* y

arruinen sus más bien calculadas construcciones! ¿Os reís? Pues si es absurdo echar á correr los bloques de granito, ¿por qué no lo será el ponerse espontáneamente en movimiento la materia caótica? Si un átomo puede ponerse en vibración, sin que nadie le determine al movimiento, ¿por qué no podrá echar á correr el bloque de granito?

Por otra parte, veinte años de pacientísimos experimentos, dirigidos con destreza admirable, dieron á Pasteur la autoridad necesaria para arrojar del palacio de las ciencias, la afirmación subrepticia de la *generación espontánea*. Por lo menos, estamos hoy en posesión de esta verdad, *donec aliud probetur*, y podemos entablar un *interdicto* contra todo el que acuda á la generación espontánea, para explicar la vida, con la seguridad de hacerle condenar en las costas!

2. ¡Por ésto la *negación de Dios* ha dejado provisionalmente este espinoso camino, y ha emprendido otro más oscuro y tortuoso, por donde confía poder llegar, sin ser sentida, al anhelado término!

Este camino extraviado es el del *Monismo*, dentro del cual se siguen diferentes sendas. «¡No es posible, ha dicho el Ateísmo, explicar el modo cómo la materia inerte se puso, primero en movimiento mecánico, y más tarde en movimiento vital; pero la razón de esta imposibilidad está en que admitimos que el movimiento ó la vida es *algo* distinto y separable de la materia! ¡No hay, pues, sino negar esta distinción! Así como admi-

timos en cada átomo material afinidades químicas, ¿por qué no reconocer en él un principio de movimiento, un principio de vida, y no como quiera de vida, sino de *toda la vida*, que se puede manifestar sucesivamente como espontaneidad, como sentimiento, como inteligencia y como voluntad? ¡Ciertamente, las afinidades químicas del más complicado compuesto, tienen su raíz en los átomos que lo constituyen! ¿Por qué, pues, no estarán como *dormidas en el átomo* todas las actividades vitales que vemos desarrollarse sucesivamente en los vivientes?

¡Esta hipótesis no tenía otro inconveniente, sino el de ser demasiado crudamente gratuíta y absurda! Porque ¿qué decís? ¿qué los fenómenos de la razón y de la conciencia no son sino propiedades del átomo? Pero entonces, ¿por qué no se manifiestan en todos los seres las huellas de la conciencia y la razón, de la manera que se manifiestan en todos los cuerpos sus afinidades químicas? El conocimiento es peculiar á cierto orden de seres más perfectos: el hombre y el animal; sin que se encuentre rastro de él en la planta, y mucho menos en el mundo de los minèrales. ¡La teoría monística: la *Monadalogía*, que supone el universo compuesto de infinidad de *almas atómicas*, es, pues, gratuíta y absurda, ya que, una vez admitida, nos priva de todo criterio posible para establecer las variedades esenciales entre los seres evidentemente diversos!

Cuando el Monismo se hallaba en este conflic-

to y al borde de su ruina, vino á sacarle de él y librarle de ella, el *Voluntarismo*, cuyo estudio nos es necesario, porque constituye casi la mitad de los errores modernistas.

3. El *Voluntarismo* no parte del conocimiento, como operación primordial de la vida sensitiva, según lo habían hecho los antiguos escolásticos siguiendo á Aristóteles, y en pos de ellos, los primeros adalides del Monismo. «El conocimiento, dice, es peculiar á los seres superiores, pero se pierden muy pronto sus vestigios, en cuanto descendemos á los últimos grados de la escala animal. Por el contrario; no sólo en todos los animales, sino en el vegetal y aun en el mineral, se halla sin excepción *el apetito*. ¡Ahora bien: *el apetito no es sino la forma embrionaria de la voluntad!* El apetito puede ser consciente; pero puede ser también inconsciente ó subconsciente; no sigue, por tanto, el apetito al conocimiento, sino le precede; y el conocimiento no es sino un modo de eflorescencia del apetito, que no se produce sino cuando la fuerza apetitiva logra determinadas condiciones. El apetito, es pues, la *base* de la existencia de los seres, y principio de todas sus actividades: principio que, en el átomo material, se manifiesta como *afinidad química*, y en la planta como *vida vegetal*, y en el animal como *apetito sensitivo*, y en el hombre como *sentimiento y voluntad*. En los dos primeros estados se halla sumido en una absoluta *inconsciencia*, como las raíces que viven debajo de la tierra sin gozar la luz

del sol; pero germinando y vegetando para salir un día á disfrutarla. En el animal alcanza ya una subconsciencia ó semi-consciencia, hasta que en el hombre desarrollado florece de esta raíz la conciencia clara de sí mismo; y entonces el apetito se convierte en *voluntad*, y de ella brotan el entendimiento y la razón.

Ahí tenéis, en pocas líneas, la doctrina del Voluntarismo, que ha desenvuelto más terminantemente que nadie **Schopenhauer**, sin recatarse de honrar á todo apetito con el nombre de *voluntad*, que nosotros hemos reservado para la última evolución ontológica de él. ¡Por eso Schopenhauer ha titulado la obra fundamental del Voluntarismo: *El mundo como voluntad!* (1).

¡A la verdad, el Voluntarismo, no redime al Monismo de sus perplejidades; pero no deja de envolverle con un manto de sofismas, que pueden disimular su deformidad á los ojos poco experimentados! El Monismo voluntarista no presenta sus falsedades tan desnudas como el Monismo mecánico ó la monadalogía intelectualista. El Monismo mecánico parte de la confusión de la vida con los movimientos inorgánicos, y ¡esta confusión es demasiado burda para poder fascinar á muchos! La monadalogía intelectualista, tropieza en la ridícula pretensión ¡de atribuir inteligencia á los guijarros! Pero el Monismo voluntarista palia estos absurdos con una *confusión inicial* entre

(1) Die Welt als Willen und Vorstellung.

los diferentes órdenes de apetitos, convirtiendo sus *series ontológicas* en *serie genética;* que es, en el fondo, el error de todos los transformistas.

Como quiera, pues, que el Voluntarismo es una de las dos raíces de donde brotan los errores modernistas, conviene detenernos un poco para considerarlo, sometiéndolo al mismo tratamiento que seguimos con el Agnosticismo; es á saber: poniendo primero en limpio las partículas de verdad que en él andan mezcladas, para ofrecer luego más descarnadas é innegables las falsedades que lo corrompen.

4. Es una verdad admitida que, *á toda forma sigue un apetito proporcionado.* La materia inorgánica, en virtud de su propia forma substancial, posee *afinidades químicas*, que son apetitos *innatos*, conforme al modo de hablar de los filósofos escolásticos. Poned un pedazo de zinc en un vaso de ácido sulfúrico hidratado, y veréis á ambas sustancias abrazarse estrechamente, calurosamente, produciendo intenso hervor, despidiendo calor y desarrollando electricidad. No falta más que una imaginación poética, para cantar *los amores* del zinc con el ácido sulfúrico, ó *el hambre* de éste por devorar á aquél. Según la forma de la inspiración, podría compararse la reacción que en el vaso se opera, con la furia del león que se arroja sobre su presa, la toma entre sus garras, la despedaza y la devora, ardiendo en ferocidad; al paso que la víctima desfallece, y se deshace y acaba por desaparecer en sus fauces. O ya podría ima-

ginarse, que las dos sustancias se juntan con amor delirante, y se abrazan y se confunden, logrando aquella perfecta unión á que el amor aspira, de un modo más perfecto del que consiguen los míseros mortales. En todo caso, no se necesita mucha fantasía para ver en el zinc y en el ácido, *un apetito—una voluntad*, como dice Schopenhauer—*tan intensa como su mismo sér;* de suerte que todo su sér no parece ser otra cosa sino una condensación de esta *voluntad.*

¡Sin embargo, señores, esta *poesía schopenhaueresca*, no significa, traducida á la prosa del lenguaje vulgar, sino que entre el zinc y el ácido sulfúrico hay *afinidad química*, la cual, como es inherente á sus propias moléculas, se mide con la sustancia de las mismas, y podemos decir, en alguna manera, que es tan grande como su mismo sér! ¡Se apetecen, pues, con todo su sér, estos dos dichosos amantes, el zinc y el ácido sulfúrico!

Pues si nos fijamos en las *propiedades físicas*, encontraremos una cosa semejante; porque la piedra *apetece*, con toda la pesadez de su masa, rodar hacia su centro de gravedad; y el agua, ¿qué esfuerzos no hace para alcanzar su nivel? ¡Cómo ruge y se enfurece contra los obstáculos, y rompe y destroza, y arrastra y arrebata cuanto se opone á su paso! Y ¿quién pintará con vivos colores la furia del viento, cuando, como dijo el poeta:

Una Eurusque Notusque ruunt, creberque procellis
Africus, et vastos volvunt ad littora fluctus! (Aeneid., I, 85-6.)

Y si de los elementos pasamos á las plantas, ¡oh

qué vasto campo de poética inspiración, para cantar los amores de las palmeras, que se envían de lejos sus besos fecundantes, envueltos en los arrullos de la brisa; y sobre todo, el amor con que todas las plantas desean las caricias del sol, y palidecen y se marchitan con su ausencia, y con su luz se alegran y coloran, y embellecen! ¡No sin razón celebraron los poetas estos *apetitos* de las flores, y de las cosas inanimadas, y buscaron en ellos sus comparaciones, para dar luz y color á los afectos del ánimo! ¡Pero ahora caigo en la cuenta que estábamos hablando de Metafísica y nos hallamos sin sentirlo, enfrascados en la Poesía! ¿Será, por ventura, porque la Metafísica del Voluntarismo es obra de la imaginación, antes que de la inteligencia?

5. Como quiera que ello sea, *esto tiene de verdad* la filosofía del Voluntarismo: que todas las cosas tienen *propiedades naturales*, que determinan en ellas ciertas tendencias. Pero, ¿pueden todas estas tendencias ó *apetitos* colocarse en una misma línea? ¿Pueden de tal manera asimilarse, que se admita la evolución y convertibilidad de los unos en los otros? ¡No! ¡No es más admisible esta evolución, que la espontánea transformación de la materia inorgánica en viviente organismo, de la inercia en el movimiento!

¡Porque si bien se mira, estas diversas clases de apetitos, que reconocemos en las cosas de diferente género, no sólo son diferentes *específicamente*, sino genéricamente, y aun de otra manera

más honda; porque, según el modo de hablar de los filósofos escolásticos, no son ni siquiera unívocos, sino puramente *analógicos!* ¡Esto es: no les conviene con una misma propiedad, sino sólo por cierta analogía, el nombre de *apetito!*

En efecto: el apetito propiamente tal, se funda siempre en una *indigencia*. Así apetecen las plantas el agua y la luz, que para medrar necesitan. Así apetecen los animales el cebo y la presa, y la bebida y el movimiento; y así apetece el hombre los bienes sensibles que sirven de pábulo á su vida vegetativa, y las cosas que dan campo y ejercicio á su expansión imaginativa é intelectual. Pero, ¿pueden ponerse en la misma línea que estos apetitos, las afinidades químicas, ó las *tendencias* de la materia inerte? O mejor, ¿es que la materia inerte tiene propiamente *tendencias?* ¿No hay contradicción entre la *tendencia* y la *inercia?* Mas, aun prescindiendo de esto, considérese, por ejemplo, la tendencia de los graves á caer hacia el centro. ¿Es esto un apetito propiamente dicho, ó fíngelo solamente tal nuestra imaginación, avezada á modelar las cosas exteriores á nuestra imagen y semejanza? ¿Es verdad que el peñasco, asentado en condiciones de equilibrio en la cima de un monte, *apetezca* rodar hacia su falda? ¿Es verdad que los gases apetezcan su expansión, como la apetece el perro, á quien sueltan de la cadena después de sujeción prolongada? ¿Es verdad que el ácido sulfúrico, apetezca al zinc, con quien se junta en tan apretado, caluroso y electrizado abrazo? ¡No! ¡Todas

esas no son más que *coloraciones* que presta nuestra imaginación á hechos de una índole totalmente diversa! Los cuerpos inertes no están animados de apetitos propiamente dichos, sino sujetos á *leyes* universales, á quien obedecen sin resistencia, pero sin anhelo, porque la materia es *indiferente* al movimiento y al reposo, á entrar en composición ó á permanecer aislada en los cuerpos que llamamos simples.

Los verdaderos apetitos obedecen á una *indigencia*, y nacen de las entrañas mismas de la naturaleza indigente. Esos otros que, por una verdadera metáfora (1), se han llamado *apetitos innatos* de las cosas inanimadas, no tienen nada que ver con indigencia alguna de las cosas en que radican. La piedra, con tal que esté en condiciones de equilibrio, no apetece el movimiento descendente, y si gravita sobre su base, no es por una interior necesidad, sino porque está sujeta á esa misteriosa ley de atracción que ejerce la masa sobre la masa, la materia sobre la materia. Y lo propio sucede con la furia de los elementos: del agua, del fuego, del viento, cuyos salvajes ímpe-

(1) Los escolásticos antiguos y modernos, llaman á éstos *apetitos innatos;* pero es indudable que se tomó esta denominación metafóricamente de los seres vivientes, de quien es propio *ad-petere*. Asimismo se dice de los seres inanimados, que tienen *exigencias* de lo que les es connatural; v. gr.; la cantidad *exige* la extensión. Pero estas exigencias y apetitos son, sin duda, *genéricamente diversos* de los apetitos y exigencias de los vivientes.

tus no nacen de intrínseca necesidad, sino de la alteración del equilibro general que tiende á restablecerse. Ni son de otra índole las afinidades químicas; pues, si bien lo consideramos, ni el zinc ni el ácido sulfúrico van á ganar nada en la reacción que hemos tomado por ejemplo, sino antes van á perecer uno y otro, sumiéndose en un tercero (el sulfato de zinc), que nacerá de su mutua destrucción ó combinación.

6. Todo lo contrario acontece en los seres vivientes, todos los cuales ofrecen una más ó menos perfecta *totalidad*, y consiguientemente, un *interés común* orgánico, al cual tienden á servir sus naturales apetitos. Esto encontramos ya en el reino vegetal, donde las células que constituyen una planta, por pequeña que sea, trabajan por el interés común del organismo, y así todos los seres animados apetecen su conservación y medro y reproducción, describiendo una órbita de desenvolvimiento, y transmitiendo luego sus energías vitales á otros seres, en que procuran la conservación de su especie. ¡Ya no está aquí aquella *indiferencia* de la materia inerte! Ya no reinan sólo las leyes generales de la gravedad y de las afinidades químicas; antes se observa el régimen de un principio vital, que somete á su dirección las fuerzas elementales, y prosigue un fin, para cuyo logro *apetece* los medios que necesita. Claro está que se verifica esto en el reino vegetal de un modo totalmente *inconsciente*, y si hablamos en él de fin y de medios, no entendemos que haya fin

intentado por el vegetal, sino por el *Primum movens* de su actividad; por el Autor providentísimo de la Naturaleza, á quien se hace decir en el Génesis, y en el día tercero de la creación: *germinet terra herbam virentem et facientem semen, et lignum pomiferum faciens fructum juxta genus suum.* (Gen. I, 11).

Este apetito de las plantas tiene ya propiamente razón de tal, porque responde á una indigencia, y zanja con una clara divisoria el reino de la materia inerte y de la vida; pero es á su vez genéricamente diverso del apetito espontáneo de los animales, donde la indigencia, no sólo existe como consecuencia de la vida, sino es *sentida*, y por consiguiente, *espontáneamente* satisfecha. El animal irracional, no tiene *conciencia* de sus apetitos, porque á su conocimiento material y compuesto, le falta la unidad y diafanidad del conocimiento espiritual y racional; por eso tampoco *tiende formalmente á un fin;* pero tiende á él *materialmente*, como dice Suárez; esto es, no conoce el objeto que apetece, *bajo razón* de fin ó medio; porque no hay en él conocimientos universales; pero sin embargo, *lo conoce y lo apetece*, guiado por el *instinto*, que hace en él las veces de razón ordenadora.

7. De suerte, que hay dos cosas en la serie de los apetitos que hemos recorrido, las cuales contradicen á cual más, á la teoría del Monismo voluntarista. La primera es, que *los apetitos* de los diferentes órdenes de seres, *no pueden reducirse á un género común*, y por consiguiente, no puede

haber en ellos evolución del grado inferior al superior; antes en los seres superiores se hallan siempre todos los géneros de apetitos inferiores; como en la planta, junto con el apetito vegetal, se hallan las afinidades químicas y las leyes de la materia inerte, en el animal, junto con el apetito espontáneo, se halla el vegetativo y las leyes de la materia que lo forma; y en el hombre se hallan los cuatro géneros de apetitos, material (verbigracia, la gravedad), vegetativo, sensitivo y racional. ¡Tan lejos están de evolucionar y transformarse los unos en los otros!

En segundo lugar, es falso de toda falsedad, que el apetito sea como la raíz de los seres, según Schopenhauer pretende; antes bien, es *resultado* de la naturaleza de cada uno. La razón es, que el apetito nace de la *indigencia*, pero no hay indigencia ninguna, sino por razón de la naturaleza específica. El bruto no necesita raciocinar, porque no es racional, y por consiguiente, no experimenta apetito de bienes racionales. La planta no necesita moverse, porque no pertenece esto á su naturaleza; la piedra no necesita vegetar, porque no es vegetal; y por consecuencia, no poseen los respectivos apetitos. El mineral no necesita nada, porque es inerte, y por eso no tiene apetito propiamente dicho, sino *pura obediencia* á las leyes. universales químicas y mecánicas. Las plantas no tienen otra indigencia que la de vegetar, y por eso no sienten otro apetito que el de nutrirse y desarrollar su organismo. Los animales

son ya capaces de algún conocimiento de los objetos que les convienen para vivir y defender su vida y procurar la conservación de su especie. Por eso se manifiesta ya en ellos apetito espontáneo en la prosecución de esos objetos. Y el hombre, finalmente, porque tiene facultades imaginativas, apetece el ejercicio de ellas y los goces de la imaginación, y porque las tiene espirituales y racionales, apetece la verdad y el bien, sin poderse saciar con ninguna verdad y bien criado, sino investigando siempre una verdad ulterior y un bien más perfecto, hasta llegar al conocimiento y amor del *infinito*, según la conocida frase de San Agustín: *fecisti nos ad te, Domine, et irrequietum est cor nostrum donec requiescat in te!*

Con esto queda el Voluntarismo de cuerpo presente, cogido en sus propias contradicciones y desechado como inútil para explicar el origen y la evolución de la vida.

II

8. Pero no es el problema metafísico del Voluntarismo el que á nosotros particularmente nos interesa; sino el que mira al *origen del conocimiento*. *Querer* y *conocer* es *vivir*; por consiguiente, quien establece el proceso de la vida, infiere de él el del conocimiento. Y así como la Filosofía escolástica, al principio que: *á toda forma sigue un*

apetito proporcionado, asocia aquel otro vulgarísimo: *nihil volitum quin praecognitum* (ninguna cosa es apetecida, si antes no es conocida); el Voluntarismo, partiendo de opuesto principio respecto á la naturaleza y proceso de los apetitos, va á parar á la contraria consecuencia, más ó menos paladinamente formulada: *nihil cognitum quin praevolitum* (ninguna cosa es conocida, si antes no es apetecida).

«El conocimiento, dice el **Voluntarismo**, no es sino la *formulación* de un apetito (1); por tanto, no le determina, sino le presupone. El apetito (la voluntad, como dicen ellos), duerme en el mineral y en el vegetal, como el espíritu duerme en el cuerpo imperfecto del niño reciennacido; en uno y otro *reside la voluntad*, pero en una etapa de absoluta inconsciencia. En el animal, el apetito se revela ya á sí mismo: se formula en conocimientos instintivos, que llevan al bruto á perseguir la presa, á huir el peligro, á buscar la pareja, á criar á sus hijuelos. Pero esta *formulación* no alcanza su máximum de claridad sino en el hombre; y aun

(1) Para la Psicología más reciente (dicen los modernistas en su empecatado Programa), la *razón* aparece cada día más como un *instrumento de formulación* y *definición*, que los instintos del sér humano han recibido de la naturaleza, y de que se sirven por un procedimiento *inconsciente*, para expresar en términos abstractos sus tendencias y sus facultades elementales (p. 105).

La razón abstracta no existe para nosotros. Existe sólo *en función* de otras facultades instintivas, cuyas exigencias y resultados señala (p. 106).

en el hombre, no de un salto, sino paulatinamente. Al conocimiento animal instintivo, se agrega el *sentimiento:* aspiración á lo suprasensible: la verdad, la bondad, la belleza; y ese sentimiento alcanza diferentes grados de conciencia de sí. En su grado *subconsciente* aspira de una manera vaga á la Verdad, la Bondad y la Belleza, como algo sustantivo é infinito, y se *formula* en la *Religión.* En su grado de perfecta conciencia, sólo aspira á las realidades concretas, y se formula en teoremas científicos, produciendo las ciencias físicas ó matemáticas, cuando formula la *verdad real*, y las ciencias morales, cuando formula las realidades del *bien.* Cuando formula la verdad, bondad y belleza concreta, pero rodeándola de los vagos contornos de la subconsciencia, produce el *Arte*, que viene por ende á ocupar un puesto intermedio entre la Religión y la Ciencia».

¡He aquí la teoría del origen de las ideas, que se deduce del Voluntarismo, y que, por versar acerca de las manifestaciones humanas de ese apetito universal, que se llaman *sentimientos* (1), recibe el nombre de **Sentimentalismo!**

---

(1) Los modernos llaman *sentimientos,* á ciertos *estados anímicos* que resultan en el espíritu por la unión estrecha del alma y el cuerpo. En realidad, para proceder con distinción, no se los debiera llamar *sentimientos,* sino *estados de ánimo.* Así, un mal proceso digestivo produce malestar que predispone á la tristeza; pero no se ha de confundir con el *sentimiento de tristeza propiamente dicho,* que resulta, v. gr., de reconocer nuestros yerros. Sólo de estos *sentimientos* trata-

El Agnosticismo y el Sentimentalismo, son los dos puntales sobre que estriban todas las doctrinas de los modernistas. Vamos, pues, insistiendo en el método que nos hemos propuesto, á examinar primero las partículas de verdad que están mezcladas en las aserciones del Sentimentalismo, y le dan sus apariencias de razón, para considerar luego la escoria de falsedades que constituye el virus pernicioso de los errores modernistas.

9. 1.°—El *Sentimentalismo* se presenta, en la Historia de la Filosofía, como una reacción contra el *Intelectualismo;* y como hay un intelectualismo vicioso, de ahí que exista también un sentimentalismo justificado, ó una parte de verdad en el Sentimentalismo.

Para comprender esto, hemos de comenzar por distinguir en el Intelectualismo dos acepciones: la primera y mejor es, la que significa la doctrina, de que la verdadera Religión ha de tener su fundamento en una *verdad religiosa, conocida como tal.* Este es el *Intelectualismo* que defiende el Papa en su Encíclica: «La Teología natural, dice, los motivos de credibilidad, cuanto se refiere á la externa revelación, suprímenlo completamente los modernistas, y lo relegan al *intelectualismo;* sistema, dicen, ridículo y ya hace tiempo muerto; á pesar de la clara condenación con que anatema-

mos aquí, como se verá por los objetos que les asignamos; lo cual no estorba que de estos sentimientos propiamente tales, *redunde* en el cuerpo un efecto de malestar, y se produzca *un estado de ánimo* parecido al que se origina de causas físicas.

tizó estos errores el sagrado Concilio Vaticano.»

Pero hay otra acepción del *Intelectualismo*, que no defiende el Papa, ni puede defender la recta razón, y es, el sistema que coloca *todo el sér* de la religión, en la *ilustración del entendimiento*. Este erróneo sistema es el profesado por los seudo-filósofos, que dieron nombre á aquella época de la Historia moderna llamada del *Filosofismo*, y que los alemanes designan más expresivamente con el nombre de *Aufklärung*, que corresponde á nuestra *ilustración*. Los autores imbuídos en este error, pretendían arreglarlo todo con la *enseñanza*, olvidando la *disciplina de la voluntad y del sentimiento*; profesaban en Pedagogía el axioma de que, *toda enseñanza educa*, y ponían toda la religión en èl *conocimiento* razonado de la verdad.

Por estos caracteres conoceréis, que el Intelectualismo no está de todo punto desterrado de nuestros contemporáneos; por lo cual, de tal suerte se ha de combatir el Sentimentalismo á él opuesto, que no se confunda su refutación con la apología de este otro falso sistema, que tanto daño ha causado en todo el período de la revolución liberal.

10. En cuanto, pues, contradice á este error intelectualista, el Sentimentalismo tiene una partícula de verdad, que podemos formular en estos términos: *el sentimiento es un factor de la religión*; de suerte que la religión, ni consiste primariamente en sentimientos, ni tampoco queda consti-

tuída por el sólo *conocimiento intelectual*. Puede ser que un hombre de talento llegue á entender con toda claridad, los argumentos con que se demuestra la existencia de Dios, la verdad de la Revelación, la divinidad de Cristo y de la Iglesia por él fundada; y con todo eso, no haga un acto de fe, ni abrace, ni profese efectivamente la Religión divina. ¡La causa de esto es, que la fe es *libre* y la devoción *voluntaria*, y ni la una ni la otra constan, por consiguiente, de sólo conocimiento, que no es ni voluntario ni intrínsecamente libre! ¿Cómo se comprendería sino, que los argumentos que demuestran *con evidencia* la credibilidad de la católica Fe, hallaran aceptación en muchos hombres de clarísimo talento, entre los que se cuentan un San Justino, el filósofo, un San Agustín de Hipona, y otros innumerables, que, así como fueron en su tiempo celebrados por la agudeza de su entendimiento, de qúe nos dan claro testimonio sus obras, mostraron con la santidad heroica de sus vidas y martirios, la fuerza incontrastable que habían hallado en los argumentos que demuestran la verdad de nuestra Fe sacrosanta? A pesar de lo cual, hallamos otros varones, asimismo de grandísimo talento, que, ó no llegaron á abrazar estas verdades conocidas, ó habiéndolas profesado, no permanecieron enteramente adheridos á ellas, é incurrieron en errores gravísimos. ¡Leibnitz, uno de los mayores talentos de su siglo, conoció la Religión católica y aprobó su verdad admirable, y con todo eso no la llegó

á abrazar; y Pussey, que á tantos llevó hasta los umbrales de la Iglesia católica, no se resolvió á penetrar en su sagrado recinto! Descartes y Pascal, conocieron á fondo la verdad católica y la profesaron, pero no con tanta entereza, que se libraran de incurrir en errores gravísimos; y en nuestra misma época hemos podido ver otros casos semejantes, de personas ilustradas, que conocieron suficientemente la verdad de nuestra santa Religión, y con todo eso no se decidieron á abrazarla y profesarla paladinamente, ni gozaron de sus divinos beneficios! ¿Qué quiere decir esto, sino que la Religión no es sólo asunto del entendimiento, sino también del afecto y de la voluntad? ¡Y por encima de la voluntad y de la inteligencia, es asunto de la gracia de Dios!

11. Clarísimamente ha deslindado estos conceptos la Teología católica, mostrando, de qué manera la gracia se acomoda en cierto modo á la naturaleza, y no se limita á *iluminar* el entendimiento, sino enardece y mueve las facultades afectivas. Por eso enseñan los teólogos, que la *gracia actual*, con que el hombre es llamado á la fe y á la práctica de las buenas obras, no consiste sólo en una luz sobrenatural que irradia en la inteligencia, sino al propio tiempo en una *pia affectio*; en un sentimiento piadoso, y asimismo sobrenatural, que nos inclina dulcemente á abrazar lo que la razón iluminada por la fe nos propone.

En este concepto, pues, podemos reconocer una partícula de verdad en el Sentimentalismo,

en cuanto se opone al intelectualismo exagerado del Filosofismo y la falsa ilustración.

La religión no consiste sólo en *conocer*, sino al propio tiempo en *amar y practicar*: en la *devoción*, en el rendimiento y entregamiento humilde del alma á su Dios, al cual conoce, y cuyas perfecciones confiesa libremente y las alaba; cuya majestad no sólo admira, sino también la adora y reverencia; y cuya voluntad, no investiga solamente, sino la abraza y la cumple. Y ¿quién duda que en todo esto tiene gran parte el *sentimiento?* Porque, así como la inteligencia no obra nunca sin que se mueva al propio tiempo la fantasía, la cual encarna y simboliza en sus imágenes los conceptos abstractos é incoloros del entendimiento, así la voluntad racional y libre, *no suele* moverse sin que la preceda un *sentimiento*, el cual acompaña asimismo á la operación voluntaria y generalmente la sigue. Esto es lo que quiso significar el Salmista, con aquellas palabras: *cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum.* No sólo mi corazón, la parte más levantada de mi porción afectuosa, sino también mi carne, mi parte inferior, mi sensibilidad, se interesan en el culto de Dios.

¡Queden, pues, para la soberbia de los filósofos, los estériles discursos acerca de las verdades de la religión! El hombre genuinamente religioso, los acompaña con los sentimientos de la devoción; no sólo de la que llaman los Santos devoción substancial, que consiste en la prontitud de la voluntad para las obras del servicio divino; sino

también con la devocion *sensible;* con los sentimientos de amor, de humildad, de gozo en Dios y confianza filial en su providencia y bondad, etc.

12. 2.°—Todavía en otra cosa se puede señalar una verdad parcial, que en el Sentimentalismo se contiene, por cuanto reconoce en el hombre una *interna indigencia* de la religión. Esta necesidad, que es la más sólida explicación de la *universalidad del hecho religioso*, nace de la naturaleza misma de nuestro espíritu; el cual, en virtud de su poder de abstraer y generalizar, se eleva de las cosas concretas á las *ideas* generales de *perfección*, que no halla realizada en toda su plenitud en ninguno de los seres criados.

La inteligencia, en virtud de su insaciable sed de conocer, sube por la serie de las causas, hasta una *causa última*, cuyo conocimiento ansía. La voluntad, sedienta de bienes que colmen su capacidad de amar, se eleva, guiada por la luz de la inteligencia, hasta el anhelo de un *bien absoluto*, eterno, resumen de todo lo apetecible y amable. Y el sentimiento, cebado con la dulcedumbre de las bellezas que le muestran los sentidos, ó finge la fantasía, no halla en ningún objeto la hartura que apetece, y aspira á una perfecta *felicidad*. La aspiración á la Verdad, á la Bondad, á la Belleza, nos conducen de la mano hasta las gradas del trono donde se sienta la Verdad suprema, la Bondad infinita, la Belleza soberana. Y estas aspiraciones constituyen una verdadera *indigencia*, y son la base de nuestra natural religiosidad.

III

13. Pero si la indigencia se manifiesta en *forma sentimental*, no así su satisfacción; cosas que malamente confunden los modernistas, y en cuya confusión comienzan sus yerros.

1.° Y en primer lugar, hay que tener presente lo que ya dejamos asentado contra el Voluntarismo: que esos sentimientos no son manifestaciones primordiales, sino *efecto de conocimientos* antecedentes. El entendimiento es quien guía en la investigación de la Verdad, hasta levantar una punta del velo, que oculta las regiones de lo infinito; y sólo esta luz suya, es lo que disgusta á la voluntad de todo bien criado, porque le pone ante los ojos una perfección mayor; así como los irracionales, por carecer de inteligencia capaz de levantarse á tales alturas, desconocen esta sublime desazón del espíritu humano, que le hastía de todas las perfecciones criadas. El bruto se echa á dormir satisfecho, después de haber cumplido con las limitadas exigencias de su apetito, porque su instinto no le descubre otra cosa mejor. Mas el hombre no dice nunca *basta;* y ¡ya sea por el camino del vicio, ya por el de la virtud, se siente arrebatar por el ansia de lo infinito; no por otra razón, sino porque su inteligencia se eleva hasta él! Por eso el sensual excogita siempre nuevos despertadores del apetito y nuevos refinamientos

del deleite; por eso el ambicioso llora, después de haber subyugado los mundos en que vive, á la sola noticia de que hay otros mundos allá en el firmamento, que nunca le será posible sojuzgar. Decidle á Alejandro Magno, que no hay más universo que la Grecia y el Asia que le obedecen, y su ambición quedará saciada. Pero desde el momento que *sabe* ó imagina, que hay otros mundos seguros de su legión macedónica, allá en los espacios siderales, se descontenta y llora de coraje, por no poderlos ir á conquistar. ¡No es el apetito quien precede á la noticia, sino la noticia la que despierta el apetito!

14. 2.º—Pero si el sentimiento no es *antes* que el conocimiento, todavía menos está *sobre* la razón, y éste es el segundo y más grave de los errores modernistas, cuando toman por criterio religioso esa interna necesidad sentimental; ¡en lo cual, no se opone el Modernismo sólo á la buena Filosofía, sino á todo el sentir de los hombres prudentes de lodas las épocas! (1).

---

(1) «Cualesquiera fantasías acerca del sentimiento religioso, no destruirán el sentido común; y este sentido común nos enseña, que cualquiera perturbación ó conmoción del ánimo, no sólo no nos sirve de ayuda para investigar la verdad, sino más bien de obstáculo; la verdad, decimos, cual es en sí; pues aquella otra verdad *subjetiva*, fruto del sentimiento interno y de la acción, si es útil para formar juegos de palabras, no aprovecha gran cosa al hombre, al cual interesa principalmente saber, si hay ó no fuera de él un Dios en cuyas manos debe un día caer. Sólo añaden al sentimiento, como auxiliar en empresa tan ardua, *la experiencia*. Pero ¿de

¿Qué decís? ¿Que el *sentimiento* es *criterio* de la verdad religiosa? ¡Pues yo os digo, apoyado en el sentido común de toda la Humanidad y en la au-

---

qué puede servirle? No para otra cosa sino para aumentar su vehemencia, de la cual se origina, en el mismo grado, una más firme persuasión de la verdad del objeto. Mas estas dos cosas no consiguen á la verdad, que aquel sentimiento del ánimo deje de ser sentimiento, ni cambian su naturaleza, siempre expuesta á engaños mientras no se rija por el entendimiento; antes bien, la confirman y ayudan; pues el sentimiento, cuanto más intenso es, tanto más ofrece sus cualidades propias.—Como, pues, tratemos aquí del sentimiento religioso, y de la experiencia que en él se contiene, sabéis bien, Venerables Hermanos, cuánta prudencia sea necesaria en esta materia, y al propio tiempo, cuánta doctrina, para regir á la misma prudencia. Lo sabéis por el trato de las almas, principalmente de algunas de aquéllas en las cuales domina el sentimiento; lo sabéis por el uso de los libros que tratan de Ascética. Los cuales, aunque ninguna estimación merecen á los modernistas, contienen, no obstante, una doctrina mucho más sólida, y muestran una mucho más sutil sagacidad para observar, de la que ellos se atribuyen.

A la verdad, á nosotros nos parece locura, ó, por lo menos, extremada imprudencia, tener por verdaderas, sin ninguna investigación, experiencias íntimas del género de las que propalan los modernistas. Y si es tan grande la fuerza y firmeza de estas experiencias, ¿por qué (dicho sea de paso) no se atribuye alguna semejante á la experiencia que aseguran tener muchos millares de católicos acerca de lo errado del camino por donde los modernistas andan? Por ventura ¿sólo ésta sería falsa y engañosa? Mas la inmensa mayoría de los hombres profesan y profesaron siempre firmemente, que no se logra jamás el conocimiento de Dios con sólo el sentimiento y la experiencia, sin ninguna guía ni luz de la razón (Encicl. «*Pascendi*»).

toridad de sus mayores genios, que no hay otro mayor peligro para la verdad, que el que le amenaza por parte de los sentimientos!

No profesa *la Elocuencia* solamente *excitar* los sentimientos, sino, ante todo, *demostrar* la verdad: *docere*, *delectare*, *movere;* no obstante lo cual, ¿quién ignora las protestas que contra ella han levantado los más sensatos filósofos y los más severos legisladores? ¡Y no sin causa; porque la Elocuencia, en cuanto mueve los sentimientos, oscurece el juicio de la razón! Por eso, según cuentan, Atenas la desterró del Areópago, y Platón la expulsó de su ideal República, y se la ha ido excluyendo de los tribunales, á medida que se ha ido progresando en la ciencia de la Administración de Justicia! No es el juez que ama ó aborrece, el que ofrece garantías de imparcialidad; y las cicatrices recibidas por la patria, pueden ser tan eficaces para trastornar el juicio del tribunal, como los ebúrneos pechos de la acusada Friné!

Y si apelamos á *la experiencia*, de que tanto caudal hacen los modernistas, ¿quién no ha experimentado, que ninguna cosa tanto turba el juicio, como los sentimientos? Yo de mí, sé deciros que, conocedor como el que más, de los defectos de mi patria española, y cansado de hablar y lamentar acerca de ellos, me he visto totalmente cegado en esta parte, cuando en tierra extranjera la he oído vituperar, á mi parecer, *¡siempre injustamente!* ¡Oh, cuán bella me parecías entonces, Patria mía! ¡Cuán noble, cuán heroica, cuán genero-

sa! ¡Cuán azul tu cielo, el único entre los cielos azules! ¡Cuán verdes tus campiñas, las únicas entre las campiñas floridas! ¡Cuán grandes tus monumentos, cuán glorioso tu pasado, cuán lleno de esperanzas tu porvenir! Recuerdo haber estado á pique de venir á las manos con un obstinado sacerdote westfaliano, porque habló mal de España y se empeñó en repetir hasta el fastidio, que nuestro estado era *¡trostlos, trostlos!* (¡desconsolador, desconsolador!) ¡Cómo! ¿desconsolador? *¡Y era mi patria!* Y sin embargo, ¡cuántas veces habré dicho yo mismo, hablando con mis compatriotas, otras tales palabras pesimistas! ¡Pero esto hace el sentimiento del *amor patrio!*

¡Qué diremos del *egoísmo!* ¿Quién no sabe la dificultad ingente que ofrece el conocimiento propio? ¿Por qué somos tan ciegos, que no alcanzamos á ver la viga en nuestros propios ojos, siendo tan linces para discernir las más leves aristas en los ajenos? ¡No es por otra razón, sino porque *nos ciega el sentimiento,* el amor desatinado que nos tenemos! Por donde, bien se puede concluir, que los *sentimientos* son el escollo más frecuente, donde tropezamos para caer en todo género de errores. ¿Y ése es el que los modernistas nos quieren dar como criterio de verdad, en lo que toca á la Religión? ¡Eso vale tanto como confundir la Religión con *el Fanatismo!*

15. En efecto: ¿qué otra cosa es el *Fanatismo,* sino el *sentimiento pseudo-religioso* divorciado de la religiosa verdad? ¿Asentáis la Religión católica,

ó el Cristianismo en general, sobre la base única del sentimiento? ¡Pues ya os desafío á que me demostréis su superioridad sobre el fanatismo de los musulmanes, ó sobre la devoción bozal que se postra ante sus rudos fétiches! Si el sentimiento es el *criterium* de verdad religiosa, ¿qué superioridad hallaremos en San Francisco Javier lanzándose á través de las vastas soledades del Asia en busca de las almas por Cristo redimidas, sobre el derviche bestial que gira en danza loca hasta embriagarse de vértigo, ó el estúpido faquir que busca el nirvana reprimiendo la respiración?

¡Ah, me decís, éstas son cosas que no pueden ni siquiera compararse, sin inferir un grosero ultraje á la santidad! *¡Atqui!* ¡Pero esa comparación se sigue como una seda, desde el momento que tomamos por criterio, no la razón, sino el sentimiento; pues no es fácil demostrar que el derviche no se afecte más *intensamente* en su danza vertiginosa, que el solitario cristiano en las altezas de la divina contemplación, ó el misionero en los ardores de su apostólico celo!

¡Y en verdad, en verdad, estas comparaciones no están del todo alejadas de la mente de los modernistas, aunque lo estén de sus labios! ¡Y así, no hallarán dificultad en comenzar por exhortaros á *respetar* todo sentimiento religioso, cualquiera que sea la doctrina que lo *formule*, y acabarán por predicaros la *indiferencia*, por lo menos *radical*, de todas las religiones, alineándolas cuando mucho en una *serie* de perfección, como etapas

diferentes de la evolución del sentimiento religioso!

16. Pero esa religión sentimental, ó mejor dicho, esa *vaga religiosidad* que nos predican, no sólo es vana y sin fundamento racional, sino además, enteramente *inútil*, ya en lo que mira á la presente vida, ya por lo que se refiere á la futura.

¿De qué aprovecha para la vida presente, una religiosidad que no sirve absolutamente para hacer que los hombres repriman sus pasiones? Y, ¿cómo tendrá fuerza para obtener esta represión, una religiosidad que está ella misma en la esfera pasional ó sentimental? Es propio de los sentimientos, que los más débiles se oscurezcan y acallen delante de los más vehementes. Cuando, pues, el hombre está encendido por las violentas pasiones del amor, de la avaricia ó ambición, ó de la ira y deseo de venganza, ¿de qué servirá, ó por decirlo mejor, cómo logrará hacerse oir, el sentimiento religioso? ¡La ira invade el corazón humano, *más dulce que la miel derramada*, como dice Homero; y al hombre airado ninguna cosa le parece más necesaria, más honesta, más santa, que aniquilar á su enemigo! Y lo propio acontece con el amor, el cual, cuando se enseñorea del corazón humano, embarga todos los otros sentimientos, y no reconoce más bien que la posesión de su objeto, por muy contraria que ésta sea á las leyes de la eterna razón. ¡Por algo se ha llamado *idolatría* al amor; porque en el orden sentimental el objeto amado usurpa el lugar de Dios, y la pasión se transfigura en culto!

Contra estos excesos de las pasiones, no hay otro posible freno que el de la razón. Mas el Sentimentalismo, al divorciar la religión de la razón y sumirla en la confusión de los sentimientos, le corta por el mismo caso todos los nervios y la deja inútil para enfrenar las pasiones.

17. Pero si la religión de los modernistas es sin provecho para ordenar los afectos y acciones del hombre en la presente vida, todavía es más incapaz de resolverle los problemas que le presenta su porvenir en una vida futura. Con razón dice el Romano Pontífice en su sabia Encíclica: «Lo que al hombre interesa principalmente es: saber *¡si hay ó no* fuera de él, un Dios en cuyas manos ha de caer un día!». Y en este orden ¿de qué le aprovecha el mero sentimiento religioso divorciado de la razón? Ciertamente, los sentimientos de que se halla animado el hombre que se acerca á un peligro, nada prueban acerca de la existencia y gravedad de él. El temor de los medrosos no prueba la realidad de los peligros que los hacen temblar, ni la temeridad de los esforzados desvanece la realidad de los daños que por ventura los amenazan; y hemos visto muchas veces, que los que emprendieron una guerra llenos del *sentimiento* de su superioridad, y del *presentimiento* de la victoria, volvieron derrotados vergonzosamente! ¡Nada nos dice, pues, el mero sentimiento, acerca de las realidades que nos aguardan más allá de la tumba!

Si hay verdaderamente un Dios justiciero, que

ha señalado como único camino de salvación, la vida cristiana en la Iglesia por Él divinamente instituída, ¿de qué les servirá á los que, conociéndola, se negaron á entrar y vivir en ella, el sentimiento de vaga adoración á un Señor cuyas leyes pisotean? A la verdad, nuestro sentimiento *nada* nos dice inmediatamente acerca de la vida futura; pues el sentimiento sigue á las impresiones de los sentidos y á las combinaciones de la fantasía, y ni los sentidos nos dicen cosa alguna acerca de la vida futura, ni la fantasía formaría imagen alguna de ella, si no la precediera la noticia del entendimiento. ¡Sólo después que la *razón* ha rastreado la verdad de una existencia sin límites, que nos está reservada más allá de la muerte, la fantasía se imagina á su manera las cosas de aquella vida, y á esa imaginación, más ó menos concreta, siguen los sentimientos de pavor ó de anhelo, por los males ó los bienes que en aquella vida inmortal tememos ó esperamos! Pero estos sentimientos, ninguna garantía nos dan de la verdad objetiva, la cual se ha de inquirir por medio de la razón ilustrada por la *revelación* divina.

Claro resulta, pues, que la religión *puramente sentimental*, es de todo punto inútil para satisfacer nuestras necesidades religiosas, individuales y sociales, para esta vida y para la futura.

18. Pero además es enteramente *irracional* é *indigna* de almas varoniles. *Irracional* es, porque no se funda en motivos de razón, sino en aprensiones de la fantasía y la sensibilidad por ella gober-

nada; y es *indigna* de ánimos varoniles, los cuales no se dejan regir por las inconscientes mociones del sentimiento, sino se enseñorean de sus sentimientos y los sujetan á la ley inflexible de la razón. ¡No confesamos á Dios, *porque sentimos* hacia él un ciego impulso de nuestra sensibilidad; sino procuramos amarle con todas nuestras fuerzas, porque la razón iluminada por la fe nos descubre sus excelencias infinitas! ¡No adoramos al Señor, porque ciegamente le tememos; como los medrosos, que temen en la oscuridad, precisamente porque no ven ni saben lo que les rodea! Sino tememos á Dios, por qué le adoramos: le adoramos como justicia infinita, y por eso tememos aparecer ante él como pecadores; le adoramos como infinita santidad, y por eso tememos presentarnos en su acatamiento manchados; le adoramos como Padre infinitamente bueno para nosotros, y por eso sentimos hacia él *temor filial* de buenos hijos, que ninguna cosa más sienten que ofender á su padre y volver mal por los infinitos bienes que de él recibimos y esperamos recibir. ¡Esta es religión de hombres; de seres inteligentes y racionales! El Sentimentalismo es *superstición de mujeres*, ó de hombres de espíritu flojo y afeminado.

El hombre de razón, no se entrega al culto de Dios siguiendo el ciego impulso de sus sentimientos; antes los contrasta en la piedra de toque de su razón; y si *cree* y rinde su juicio ante los misterios inapeables de la fe, no lo hace, sino en vir-

tud de una *libre* resolución de su voluntad, ayudada por la gracia, é iluminada por el resplandor que despiden los ***argumentos de credibilidad.*** ¡Ésta es la verdadera Religión, única digna de hombres racionales, la cual trata de pervertir el Modernismo!

19. ¡Sí, Dios mío! ¡Yo creo los dogmas de vuestra sacrosanta Religión, y los creo, porque Vos, Señor, que no podéis engañaros ni engañarme, me los habéis revelado! Pero al prestar este asentimiento, no he procedido de un modo irracional. La luz de la credibilidad de vuestra existencia, de la dignidad de Jesucristo, de la verdad de vuestra Iglesia, se presentó á mi entendimiento desde la niñez con resplandores proporcionados á mi debilidad; y cuando después he querido darme cuenta más cabal de mis creencias, he visto claramente vuestro *sello real* en las obras maravillosas, en los *hechos divinos* que nadie pudo obrar sino Vos; y por eso he inclinado mi frente, y me he entregado con absoluta confianza al magisterio de la Iglesia, que Vos habéis fundado y acreditado con las credenciales indudables de su misión divina!

¡Dios, señores, que nos dió la razón, quiere llevarnos por medio de argumentos racionales, y repite cada día en su Iglesia, aquel prodigio que hizo con Jacob, en Bethel, en el camino de Mesopotamia. El cual vió en sueños aquella mística escala, que llegaba al cielo, por donde subían y bajaban los ángeles, y Dios estaba apoyado en la escala

maravillosa diciéndole: «Yo soy el Dios de tus padres». Esto es lo que ve el católico ilustrado, que estudia con serenidad y humildad las creencias que heredó de sus mayores. El cual, va subiendo de argumento en argumento, como por una escala divina, hasta ver en la cima de ella á Dios, único autor posible de los argumentos de la fe y de la vida maravillosa de la Iglesia. Y después de haberse convencido con esta racional ascensión hacia Dios, reconoce, lleno de amor filial, el magisterio de la Iglesia, y se rinde á sus enseñanzas, diciendo con el antiguo Patriarca: *Quam terribilis est locus iste; non est hic aliud nisi domus Dei et porta coeli!* (Gen. XXVIII, 17). ¡Oh, cuán terrible lugar es éste! ¡Verdaderamente no es otra cosa, sino templo de Dios y puerta del cielo!



Si

I
vid
vir
tier
gen
II
ucic
a i
s
eda
s a
II
on

CONFERENCIA QUINTA

TEORÍA DE LA INMANENCIA VITAL

> Hic tamen *agnosticismus*, in disciplina modernistarum, non nisi ut pars negans habenda est: positiva, ut aiunt, in *immanentia vitali* constituitur...; quoniam religio vitae quaedam est forma, in vita omnino hominis reperienda est. Ex hoc *immanentiae religiosae* principium asseritur. *(Pascendi.)*

SUMARIO:

I. Trabazón sistemática del Modernismo: la religión como *vida;* indigencias de los seres vivientes; indigencia de lo divino.—*Lo inconsciente* y semiconsciente. Paso de lo consciente á lo inconsciente.—Lo inconsciente no puede ser origen de la religión.

II. *Teoría de la inmanencia.*—El *animal religiosum.* Evolución Hegeliana. Paralelismo filogenético y ontogenético.—La inmanencia del principio religioso. La religión no se *recibe,* sino *se vive.*—Verdades parciales de esta doctrina.—Falsedades: actos primariamente vitales.—Norma directiva de los actos religiosos.

III. Refutación.—El sentimiento religioso crece y decrece con el conocimiento.—Observación sobre la devoción sen-

sitiva.—El sentimiento no puede ser *criterio* religioso; desvaríos del fanatismo; Tanchelmo; los luteranos.

IV. *Corolarios* de la inmanencia.—Confusión de lo natural y sobrenatural.—Equivalencia de todas las religiones.—Panteísmo á que va á parar el Modernismo.—Caminos del Ateísmo: dos formas de éste.—Las últimas consecuencias del Moderuismo.

I

1. Agnosticismo y Voluntarismo son los dos polos sobre los cuales gira toda la doctrina de los modernistas, como lo ha demostrado plenamente el Sumo Pontífice en su Encíclica, prestando con esto un gran servicio á los que por ventura habían considerado hasta ahora el Modernismo, más como una *tendencia* que como un *sistema*; más como una serie de proposiciones aventuradas, sin íntima conexión entre sí, que como un cuerpo de doctrina bien trabado, cuyas consecuencias no es posible eludir, desde el momento que se admiten sus principios.

Por esta misma razón ha sido menester que nosotros nos detuviéramos con alguna mayor demora en la exposición y refutación de aquellas teorías erróneas; pues, hecho ésto, fácilmente veremos vacilar y desplomarse por falta de base, las opiniones modernistas; mientras que, por el contrario, la exposición de éstas, á que no preceda una sólida refutación de las primeras, antes pudiera ser causa de escándalo que de corrección y advertencia. Por otra parte, en el estudio de los falsos sistemas del Agnosticismo y el Voluntaris-

mo ó Sentimentalismo, hemos considerado suficientemente al modernista *como filósofo*; pues, en rigor, á aquellos errores se reduce toda su peculiar Filosofía; por lo cual, podemos ahora seguramente dar un paso, para considerar el Modernismo como *creencia*; ó sea, de qué manera procuran explicar los modernistas, estribando en el Agnosticismo y el Sentimentalismo, la vida religiosa, la revelación y el dogma, propios de los que profesamos, ó de los que pretenden profesar, la religión cristiano-católica.

En esta explicación no pueden los modernistas partir de verdades demostradas por *la inteligencia* ó evidentes para ella. Antes bien, el dogma del Agnosticismo les obliga á profesar, que *nuestra razón* nada puede alcanzar acerca de Dios y de las verdades propiamente religiosas. No parte, pues, el Modernismo, de la consideración de la Religión *como verdad*, sino comienza por considerarla *como vida*. He aquí su doctrina:

2. El sér humano, llegado en la escala de la evolución á un grado en que no le bastan ya los apetitos y sentimientos acerca de las cosas finitas, siente nacer en sí mismo una *indigencia* nueva: *la indigencia de lo divino*. El mineral, sér todavía rudo é informe, no siente (si es lícito hablar así) otra indigencia que la de acomodarse á las leyes naturales: así obedece la piedra á la gravedad, la aguja imantada á la atracción del magnetismo terrestre, que la obliga á dirigirse al polo magnético; los reactivos á la ley de las afinidades

químicas; las substancias diluídas ó fundidas, á las leyes que llevan sus moléculas á cristalizar en determinadas figuras.

Mas cuando el sér sube un grado más alto en la escala de la evolución y llega á vegetal, se despiertan en su seno nuevas indigencias; necesita el carbono del aire, y el hidrógeno del agua, y el ázoe de las materias que fecundan la tierra: necesita lanzar sus raíces hasta la tierra húmeda, y empujar la savia hasta las más altas ramas, y extender sus hojas como bronquios periféricos, para recibir con mayor superficie el beneficio del aire. Y cuando, ascendiendo en la escala de los seres, llega á poderse desprender de la tierra y necesita más complicada alimentación, nace también en él su apetito, y consiguientemente á él, la facultad de buscarla: el instinto y el apetito sensitivo. ¡Estas son las únicas necesidades y las únicas guías del reino animal, desde la hormiga hacendosa, que llena sus graneros, hasta el castor, que construye su morada en un remanso de los ríos; desde la golondrina, que describe en el aire los giros más caprichosos en busca del volador insecto, hasta el león que acecha á su presa y se arroja sobre ella para desgarrarla y beberle la caliente sangre! Sustentarse, crecer, reproducirse, son las únicas indigencias del viviente vegetal y animal.

¡Pero, cuando subiendo más y más en la jerarquía de los seres, llega á producirse el *animal teológico*, el hombre, nace en lo más íntimo de su sér una indigencia nueva: *la indigencia de lo infi-*

nito, de lo divino! A la verdad, dentro de las teorías evolucionistas, no sabemos *con qué fin;* pero ello es que nace, según lo demuestra el ***hecho universal de la religión,*** en la historia de todos los pueblos, y lo ha formulado la experiencia de todos los filósofos. El Ateísmo es esencialmente esporádico; no hay ni ha habido nunca *pueblos* ateos; luego el hecho universal humano debe tener su origen en la misma naturaleza del hombre, y este origen, dicen los modernistas, no puede ser otro sino una secreta *indigencia.* Porque ¿cuál otro pudiera ser? ¿Por ventura el testimonio de los sentidos? Pero los sentidos ninguna cosa nos dicen de Dios, ni del Infinito. ¿Acaso los discursos del entendimiento? ¿Más ya nos ha dicho el Agnosticismo (que debe saberlo) que nuestra inteligencia es absolutamente incapaz de elevarse hasta Dios? Queda, pues, que el *animal teológico* sienta esa *indigencia* que, insconsciente primero, llega luego al estado de lo *subconsciente,* y se despliega en el *sentimiento religioso,* primera *muestra* de toda religión.

3. Como no consideramos ser éste apropiado lugar para descender á un examen de la *novela evolucionista,* á la cual, para subir á *historia,* no le faltan más que las *pruebas históricas,* haremos el primer alto en nuestra exposición, para aquilatar esta teoría de lo inconsciente y lo subconsciente, que nos sale al paso en el proceso del desenvolvimiento religioso.

De los fenómenos anímicos inconscientes, *en*

cuanto insconscientes, nadie sabe nada; pues desde el momento en que el mismo sujeto tuviera algún barrunto de ello, dejarían de pertenecer á las regiones de la inconsciencia; y si no lo sabe aquél en cuya alma pasa, ¿cómo lo averiguaremos los demás? Resta, pues, que, si no queremos entregarnos á vanas fantasías, pongamos la atención en *lo subconsciente*. Es cosa clara, que hay en nuestro ánimo actos subconscientes, ó hablando con más propiedad y menos modernismo: *semi-conscientes*, de ambos órdenes, cognoscitivo y apetitivo; y estudiando los actos de este género que conocemos, para hallar en ellos la *naturaleza* de aquéllos acerca de los cuales *cuestionamos*, ofrécesenos, en primer lugar, que en el orden de los actos cognoscitivos, *lo consciente pasa á subconsciente;* pero no tenemos claras pruebas de que algunos actos originariamente subconscientes de este género, vengan á convertirse en conscientes. De lo primero nos ofrece fácil demostración el *hábito*, que llamamos vulgarmente *rutina*. Quien hace una cosa por rutina ó por hábito, llega *hasta la subconsciencia;* esto es, hasta no darse clara razón de lo que hace, ó de los trámites por que lo hace, aunque al principio no pudo ejecutar tales actos sin fijarse muy bien en ellos, alcanzando una perfecta *conciencia* de los mismos. Pongamos algún ejemplo.

El que aprende á tocar el piano, necesita al principio darse muy clara cuenta de cada una de las teclas en que pone los dedos, primero uno y luego el otro, y luego dos ó tres á la vez; pero, á

medida que alcanza el hábito de tocar, sus dedos buscan la nota de un modo muy parecido al instintivo, sin que tenga necesidad de formar clara conciencia de cada uno de estos actos, que ejecuta con vertiginosa rapidez. Lo propio acontece á quien aprende un idioma extranjero: que al principio ha de hacer muy consciente y advertidamente el traslado de cada concepto á la palabra del idioma en cuestión, y tener en cuenta las reglas de su morfología y su sintaxis; pero luego que ha adquirido el hábito del lenguaje, ejecuta todas estas operaciones casi sin darse cuenta. Así mismo, el que lee las primeras veces las oraciones de un devocionario, no tiene más remedio, para leerlas, que darse cuenta de sus palabras, y en alguna manera, de su sentido; pero luego que ha adquirido mucha costumbre de rezar las mismas oraciones, fácilmente cae en la rutina, con que pronuncia aquellas frases de un modo semi-consciente... ¡desgraciadamente!

4. Ahí tenemos, pues, una porción de experiencias del paso de lo consciente á lo subconsciente, en el orden de los actos cognoscitivos. ¿Hay por ventura otros actos semejantes, en que lo semiconsciente venga á ser consciente? Digo que no los hallo entre los mismos actos anímicos; en los puramente fisiológicos sí; pues ciertos movimientos orgánicos, que habíamos ejecutado muchas veces de un modo inconsciente, percibímoslos conscientemente, luego que alguien nos llama sobre ellos la atención, ó por ventura caemos *en la cuenta* es-

pontáneamente. Pero en el género de los actos anímicos cognoscitivos, no es posible el tránsito de lo semiconsciente á lo consciente, pues la propia índole de los actos de conocer, parece que repugna y excluye la inconsciencia, mientras se producen espontáneamente, y no vienen determinados por un hábito anteriormente adquirido. El acto de conocer, fuera de esos casos que hemos designado, del hábito ó la rutina, está dotado en el hombre de una transparencia diáfana; de suerte que, al mismo tiempo que ve, conoce que ve; al mismo tiempo que oye, conoce que oye; al mismo tiempo que piensa, entiende que piensa; no precisamente por reflexión formal, sino por esa misma transparencia y diafanidad de nuestros actos cognoscitivos.

Con lo cual ya queda bastante excluída la famosa doctrina de lo subconsciente como origen de las creencias religiosas. Pues, como dijimos, refutando el Voluntarismo, *el conocimiento* sensitivo *precede necesarimente* al sentimiento ó afecto sensible, y el conocimiento intelectual tiene la misma necesaria prioridad sobre el sentimiento racional, que precede y acompaña y sigue á los actos deliberados de la voluntad. La cual, así como nada *quiere* antes de conocerlo, así tampoco se complace antes de percibir el objeto de sus complacencias; por tanto, dado que ciertos sentimientos pueden alentar en un período suboscuro de semiconsciencia, no es posible que se encuentre en ellos el primer principio de la fe religiosa, por la sencilla

razón de que ellos mismos tienen por principio un conocimiento.

¡Se da, pues, la subconsciencia ó semi-consciencia en los *sentimientos*; y así, muchas veces el que piensa que se afana, en la defensa de sus doctrinas, por amor á la verdad, no lo hace realmente sino por amor propio; que es cosa que acontece con harta frecuencia á los modernistas y á todos los sectarios! De esta suerte no conoce el hombre siempre en sus principios, el desarrollo de sus pasiones, y hay quien se halla preso del amor ó de la envidia, de la codicia ó de la aversión, cuando menos se percataba de ello. Pero este género de subconsciencia (única que hallamos en el sér racional), para nada aprovecha á los modernistas; porque, por una parte, como ya hemos dicho, tales sentimientos son precedidos de un conocimiento perfectamente consciente del objeto acerca del cual versan. Así el hombre que se halla, cuando no lo pensaba, enamorado de una persona, á quien pensó tratar con mera cortesía, no tuvo conciencia del principio de su pasión; pero la tuvo clarísima de las cualidades que prendieron su corazón á aquella persona.

Por otra parte, este tránsito de lo inconsciente á lo consciente, no sufraga á los modernistas; porque los tales sentimientos, no llegan á ser conscientes por su propio desarrollo intrínseco, sino en cuanto *objeto*, cada vez más perceptible, de nuestras facultades cognoscitivas. Es, pues, una manera de hablar absurda, la que usan los modernistas

cuando dicen: «que el sentimiento (sea el religioso ú otro cualquiera), pasa, por su evolución, de lo inconsciente á lo subconsciente y á lo consciente; pues lo que en realidad ocurre es, que *la inteligencia*, que antes no lo había advertido, ó no había acertado á discernirlo, *cae en la cuenta* de él, por algún nuevo efecto que produce. No es, pues, tránsito del sentimiento, de la inconsciencia á la conciencia; sino tránsito de la inteligencia, del no conocer un objeto al venir en conocimiento de él.

II

5. Con este mero deslinde de los conceptos, queda reducida á su verdadera nulidad toda esta palabrería sonora de lo subconsciente, que es el meollo de la parte más famosa del Modernismo, es á saber: **la teoría de la inmanencia vital.**

Suponen los modernistas, que la evolución de ese *querer inconsciente*, que es, para Schopenhauer, como el gérmen ó la médula de todo sér, llegado á la etapa de la *subconsciencia*, engendra *la necesidad*, y consiguientemente, *el sentimiento de lo divino* (1). Mas como estas cosas de la flamante

(1) «Pero el *agnosticismo* no es sino el aspecto negativo de la doctrina de los modernistas: el positivo está constituido por la llamada *inmanencia vital*. El tránsito de la primera á la segunda fase del sistema es como sigue: Natural ó sobre-

filosofía modernista, resultan demasiado fútiles, si no se las reviste con los colores de la fantasía, imaginemos al *primer hombre* ó al *último gorila* (que vienen á ser una misma cosa), en aquel momento histórico en que, harto de columpiarse en los árboles de las selvas, paseó *una mirada de asombro* por la virgen naturaleza que le rodeaba; y considerando la indefinida reproducción de los fenómenos naturales, *sintió*, sin darse entera cuenta de ello, que por encima de todo aquel mundo vegetal y animal, en que hasta entonces viviera descuidado, *debía de haber* un Sér superior. ¡Un

---

natural, *la religión, como* todo *hecho*, exige una explicación. Pues bien: una vez repudiada la teología natural y cerrado, en consecuencia, todo acceso á la revelación por quedar desechados los motivos de credibilidad; más aún, abolida por completo toda revelación externa, resulta claro que no puede buscarse fuera del hombre la explicación apetecida, y debe hallarse en el interior del hombre; mas como la religión es una forma de vida, la explicación ha de hallarse en la vida misma del hombre. Por tal procedimiento se llega á establecer el principio de la *inmanencia religiosa*. En efecto, todo fenómeno vital, y ya queda dicho que tal es la religión, reconoce por primer estimulante cierto impulso ó indigencia, y por primera manifestación ese movimiento del corazón que llamamos *sentimiento*. Por esta razón, siendo Dios el objeto de la religión, síguese de lo expuesto, que la fe, principio y fundamento de toda religión, reside en un sentimiento íntimo engendrado por la necesidad ó *indigencia de lo divino*. Por otra parte, como esa indigencia no se hace sentir sino bajo ciertas coyunturas determinadas ó favorables, no puede pertenecer de suyo á la esfera de la conciencia; al principio yace sepultado bajo la conciencia, ó, para emplear un vocablo to-

Infinito más allá de todas las multitudes de cosas finitas; un Absoluto, más allá de todas las perfecciones relativas; un Eterno, más allá de todas las duraciones temporales; un Inmenso, más allá de todos los espacios limitados; un Omnipotente y Creador, que tronaba en la tormenta, y fulguraba en el rayo, y llameaba en el fuego, y rugía en el huracán, y enseñoreaba todos los elementos! En aquel instante, el último gorila, se debió estremecer con un *sagrado horror*... ¡Y dejó de ser gorila! ¡Acababa de convertirse en *animal religioso:* comenzaba á existir el *primer hombre!*

A la verdad, conozco que, en esta descripción,

---

mado de la filosofía moderna, en la *subconsciencia*, donde es preciso añadir que su raíz permanece escondida y de ningún modo comprendida. ¿Quiere ahora saberse en qué forma esa indigencia de lo divino, cuando el hombre llega á sentirla, se convierte en religión? Los modernistas dan la respuesta: la ciencia y la historia están encerradas entre dos límites: uno exterior, el mundo visible; otro interior, la conciencia. Llegada á este límite, imposible que pasen adelante la ciencia y la historia; más allá está lo *incognoscible*. Enfrente de este *incognoscible*, lo mismo del que está fuera del hombre más allá de la naturaleza visible, como del que está en el hombre mismo, en las profundidades de la *subconsciencia*, la indigencia de lo divino, sin juicio alguno previo, según los principios del *fideismo*, suscita en el alma, naturalmente inclinada á la religión, un *sentimiento* de carácter especial. Este sentimiento tiene por distintivo el llevar envuelta la misma *realidad* de Dios bajo el doble concepto de objeto y de causa íntima, y además el de unir en cierta manera al hombre con Dios. Tal *sentimiento* es para los modernistas *la fe*, y la fe así entendida es para ellos el principio de toda religión». *(Pascendi.)*

me he dejado influir, ciertamente de un modo *subconsciente*, por el dichoso *intelectualismo*, que tengo entrañado en mis arcaicos modos de pensar escolásticos y medioevales. ¡Borrad, pues, señores, de mi discurso, todo lo que sepa á conocimiento, á idea, á raciocinio! El primer hombre ó el último gorila, nada pensó, nada discurrió; *¡sintió...!* No preguntéis cómo, porque no os lo sabré explicar; ni los modernistas os lo sabrán explicar tampoco. ¡En esto está el *toque* de la subconsciencia! Como los hongos, cuyos gérmenes están en la tierra, brotan en cuanto ésta recibe un grado suficiente de humedad, así el sentimiento religioso-modernista, que tiene sus raíces en los inaccesibles senos de la inconsciencia, germinó, y se manifestó como *sentimiento*, cuando llegó su hora en el ascenso ciego de la evolución. De suerte que, para el Modernismo, la religión es en su principio *irracional*, en el sentido propio de esta palabra. No es, pues, de maravillar, que naciera con formas irracionales, que necesitaran luego evolución lentísima para llegar á ser esta religión ilustrada que nosotros profesamos.

6. Como véis, aquí encaja perfectamente toda la doctrina teológica de Hegel; la adoración sucesiva de los fetiches ó fuerzas elementales; de los monstruos ó animales dañinos y benéficos; de los colosos en quien se abrazan de un modo todavía imperfecto, la inteligencia y la materia; hasta que poco á poco se van fundiendo y compenetrando, y surge la antropolatría helénica: *El Júpiter de*

Fidias, encarnación equilibrada y suma del espíritu en el cuerpo, de la idea en la forma, cuyo consorcio viene á desequilibrarse, y aun á romperse, por el predominio de la idea sobre la forma, en las religiones espiritualistas y monoteístas, hasta llegar á la *adoración en espíritu y en verdad*, sin imágenes, sin ritos, sin fórmulas, en el desnudo templo calvinista.

7. Pero esta evolución, realizada en el proceso histórico de las religiones, se reproduce en el proceso individual, es á saber: en el desenvolvimiento religioso del individuo, cualquiera que sea el período en que vive, en la Historia de la Religión. Es ésta otra idea que invade actualmente todos los ramos de la Filosofía moderna, y no habían de desperdiciarla los modernistas para *alumbrar* su concepción religiosa. Ya sabéis que se insiste en el día de un modo especial, en el paralelismo observado entre la evolución filogenética y la ontogenética. El feto humano, dicen los naturalistas, describe una órbita de evolución muy semejante á la que describieron los séres para llegar á producir la humana especie. En cada individuo se halla, por decirlo así, un *compendio* de la historia del mundo. Esta misma hipótesis, que la Embriología procura adornar cada vez con nuevos y más primorosos perfiles, se ha trasplantado á la Ciencia de la Educación, rastreando en el desenvolvimiento psicológico del niño, las *edades* que se observan en el desarrollo intelectual y moral de los pueblos en el decurso de la Histo-

ria; y no han faltado pedagogos que, siguiendo una indicación de Herbart, hayan pretendido fundar en este hipotético principio todo un sistema educativo.

Lo propio han verificado los modernistas en el terreno religioso. Así como empezó la religión de la Humanidad por un sentimiento subconsciente, así comienza también en cada individuo por brotar espontánea de los senos de lo subconsciente que está en su alma; y cada individuo, para adelantar en el orden religioso, es menester que *piense* y *razone* su religión; esto es, que analice este sentimiento religioso que brota en su corazón espontáneamente, y formule sus verdades y se forme sus dogmas. Este es el meollo de la famosa teoría de la *inmanencia vital*, que viene á ser lo más sustancioso de la religión modernista. Parémonos, pues, en su análisis.

8. Nosotros, los católicos, imbuídos en el arcaico y desacreditado *intelectualismo*, habíamos creído hasta ahora, que de ordinario la religión *se aprendía*. No cayendo los objetos divinos, que forman el asunto de la religión sobrenatural, bajo el dominio inmediato de los sentidos (pensábamos), el niño no adquiere clara noción de ellos sino mediante la enseñanza que recibe de sus padres y educadores. De labios de su madre aprende los dulcísimos nombres de Jesús y de María; aprende á dar el amoroso nombre de *Padre que estás en los cielos*, á un Dios soberano, de quien le dicen que le dió el sér y se lo conserva, y le rige con sua-

ve providencia; y así, por este estilo, va aprendiendo los dogmas de su religión. Y á la verdad, esta opinión en que estábamos los viejos católicos, hasta que ha brillado á nuestros ojos la luz esplendorosa del Modernismo, no dejaba de tener visos de verdad; porque habíamos observado que el hijo de los musulmanes, recibe por este camino la creencia en Aláh y en Mahoma su profeta, y el niño que se cría entre buddhistas hereda la fe en Buddha, como el otro la de Confucio; y aun en el seno mismo del Cristianismo, unos hemos recibido la religión Católica, mientras otros heredan de sus padres la creencia Luterana ó Calvinista. Esto habíamos creído, digo, hasta que los modernistas nos han venido á sacar de nuestra ignorancia. He aquí de qué manera:

9. La religión, dicen, es *acto vital*, y como saben los muchachos que estudian los rudimentos de la Psicología, acto vital es el que *procede de dentro* y *queda dentro: actus ab intrínseco et in intrínsecum*, que decían los rancios escolásticos. Siendo, pues, vida la religión, y siendo el creer, *vivir*, no puede ser cosa que nos venga de fuera. No recibimos, pues, propiamente la religión, en la enseñanza; sino brótanos del pecho con la misma espontaneidad que brota la chispa del pedernal ó de la fuente las aguas. La *indigencia de lo divino*, que está en nuestro propio sér, se manifiesta en un vago *sentimiento de la divinidad*, y ésa es propiamente la raíz de toda verdadera religión, sin la cual, la profesión religiosa no es más que una

fórmula vana, que puede hacer fanáticos ó hipócritas, mas no hombres genuinamente religiosos.

—Pero decís: ¿cómo sucede, pues, que el hijo de los mahometanos, sea mahometano, y el de los buddhistas, buddhista, y siga el criado en Persia la religión de Zoroastro, y el que nace entre chinos la secta de Confucio?—Esto, responde el Modernismo, es efecto de la *sugestión* de la comunidad religiosa, que comunica al neófito sus *experiencias religiosas* envueltas en una fórmula intelectual. Pero bien entendido, que esta experiencia comunicada por medio de las fórmulas, sólo puede excitar un sentimiento verdaderamente religioso, en cuanto *despierta* ó *restaura* otras experiencias ó sentimientos del individuo, que tal vez yacían oscuramente envueltas en los senos de la subconsciencia.

Esta es, señores, en su fondo y esencia, la célebre teoría modernista de *la inmanencia vital*, de la cual vamos á descartar primero las partículas de verdad que contiene, para manifestar enseguida las evidentes falsedades que encierra, y los enormes absurdos á que conduce.

10. Lo más verdadero y digno de tenerse en cuenta en esta doctrina, es el carácter *vital* de la verdadera religiosidad, el cual comprende dos extremos: el primero es el lado *sentimental* de la religión, que se opone al falso *intelectualismo*, de que ya en otro lugar hablamos; el segundo, en su carácter *práctico*, que separa la religiosidad ver-

dadera, de la mera especulación científica. Se engaña el Modernismo, por lo que con el Voluntarismo confina, en poner el carácter vital, precisamente en el sentimiento, sin ver que no son menos vitales los actos de conocer y raciocinar. Pero es cierto, que no basta el *conocer* para producir la *religiosidad* verdadera. Acaso nadie ha expresado mejor ni más frecuentemente esta verdad importantísima, que uno de los maestros de la Ascética cristiana, que dan, sin embargo, más importancia á las meditaciones intelectuales y verdades dogmáticas: *San Ignacio de Loyola.* Este gran maestro de la vida religiosa, al paso que dirige á su discípulo, haciéndole partir de un *principio y fundamento* enteramente *racional,* y conduciéndole por un trabado encadenamiento de verdades y conclusiones que no admiten réplica ni escape, no olvida nunca el inculcarle: que no pare en el *conocimiento* de las verdades, sino las embeba en su ánimo hasta que las *sienta,* esto es; hasta que el conocimiento quede envuelto y como empapado en los estímulos sentimentales, que pueden hacerle práctico.

Y éste es el segundo elemento verdadero que podemos descubrir en la teoría de la inmanencia vital; es á saber, que la verdadera religiosidad, no para en la esfera de lo especulativo ó estético, sino mira esencialmente á la práctica; es vital y principio de vida; por donde ¡quién no *vive su religión* (como dicen ahora), y mejor y más castizamente, *quién no vive conforme á su religión,*

este tal no puede considerarse como genuinamente religioso!

Pero estos elementos verdaderos, no tenemos necesidad de ir á mendigarlos al Modernismo, ya que los tenemos en el tesoro de las verdades católicas. *Muerta* llama la doctrina católica (discrepando en esto del error protestante), á la *fe sin obras* ó sin *caridad*, y no da otro criterio para discernir á los verdaderos discípulos de Cristo, sino sus buenas obras; esto es, la conformidad de *su vida* con su profesión religiosa: *ex fructibus eorum cognoscetis eos*. Y como ya dijimos antes, la Teología católica no pone la gracia, que es principio de vida religiosa sobrenatural, en sólo conocimiento, sino en conocimiento y sentimiento; en *ilustración* de la inteligencia y *pia motio* de la voluntad.

Pero descartadas estas pepitas de oro, que no son suyas, ¡qué cúmulo de errores no queda, en esta doctrina fundamental del Modernismo!

III

11. Los yerros del Modernismo, vienen siempre empapados en el jugo de aquéllas sus dos raíces venenosas: el Agnosticismo y el Voluntarismo; y así, en este punto que ahora consideramos, su doctrina de la *inmanencia vital* adolece de los vicios de dichas raíces. Porque, en primer lugar,

el Modernismo, al hablar de *vida* religiosa, ó de religión *vital* ó *vivida*, limita absurdamente estos conceptos á la *vida sentimental*, ¡cómo si los actos cognoscitivos no fueran vitales! Lo cual, claro está que encierra un grave error; pues, aunque en la vida vegetal, los actos vitales proceden del apetito que sigue á una forma ciega, el principio vital vegetativo; en la vida animal y racional, acontece todo lo contrario, es decir, que el apetito sigue indefectiblemente á algún conocimiento, y en esto consiste precisamente la razón de su espontaneidad, en los actos apetitivos animales, y de su libertad, en los actos racionales que gozan de ella. Donde el apetito no sigue al conocimiento, como acontece en el reino vegetal, se desenvuelve con la misma necesidad mecánica de las reacciones químicas. Pero donde hay espontaneidad, y aún más, donde se descubre la libertad, debe preceder necesariamente el conocimiento al acto sentimental (1). Por esto es falso,

---

(1) Los modernistas explican esto de otra manera. «La presencia de un sentimiento, dice uno de ellos (Dr. Sóstenes Gelli), significa sólo que la reacción que sigue á una excitación está *detenida* y no halla curso; el cual tiene que procurarle la *acción*». Si fuera verdadera esta teoría, cuando el vegetal está, v. gr., falto de agua, se determinaría en el un *sentimiento* (por tanto se elevaría á la vida animal); pues entonces la reacción que debía seguir á la excitación de su *sed*, queda detenida y el vegetal se *daría cuenta de ella:* ¡sentiría! Por el contrario: el animal á quien se proveyera directamente de substancias alimenticias el tubo digestivo, se convertiría en vegetal; pues en él las reacciones seguirían como una seda á

tratándose de estos actos, que sea el sentimiento ó la indigencia *innata*, la primera raíz de los *actos vitales*; antes bien, comienzan éstos por el conocimiento, que es, por consiguiente, si vale decirlo así, *más primariamente vital* (1). Ciertamente, la más honda raíz de la vida, es el mismo *principio vital*, que de suyo, ni es conocimiento ni apetito, sino *potencia* para producir el uno y el otro; de modo, sin embargo, que haya de comenzar por conocer lo que luego espontáneamente apetezca. En todo lo cual, bien se ve que el Modernismo no es sino una manifestación del Voluntarismo, que ya dejamos de propósito refutado.

---

las excitaciones, y no produciéndose *detención* no se daría lugar al sentimiento. ¡Me horroriza pensar lo *estúpida* que parecerá á esos sabios doctores esta mi réplica! ¡Forzosamente se lo ha de parecer, porque es *horriblemente* exacta!

(1) El conocimiento no es menos vital que el sentimiento; pues, así como éste no pierde el carácter vital aunque tienda hacia un objeto que esté *fuera* del sujeto; porque esa tendencia no es física, sino *intencional*, como dicen los escolásticos; así tampoco deja de ser vital el conocimiento por proceder del influjo del objeto conocido (ó de la enseñanza externa), por la misma causa: porque este influjo no es físico, sino intencional. Si Dios, por ej., produjera inmediatamente un acto de conocer y lo ingiriese en la inteligencia, este acto no sería vital, por cuanto no procedería *físicamente ab intrinseco*. Pero con tal que la inteligencia *produzca* el acto de entender, éste es vital aunque verse acerca de la enseñanza recibida de otros hombres ó de la revelación externa de Dios. Los modernistas confunden, pues, lo de la producción *ab intrinseco et in intrinsecum*, por no distinguir entre la causalidad física y la intencional. ¡Falta de disciplina filosófica, que tanto les echa en cara el Romano Pontífice!

12. Pero de este yerro *radical*, de anteponer el acto apetitivo al cognoscitivo, nace otro error, el más trascendental, sin duda, del Modernismo, que consiste: en hacer el *sentimiento religioso*, **norma directiva** del *conocimiento*; en lugar de buscar en el conocimiento de las verdades de la religión, el *criterio* para contrastar y acrisolar los sentimientos religiosos. Este es el verdadero *corazón* del Modernismo, y lo que le opone de un modo irreconciliable con la doctrina católica.

El católico parte del *hecho divino* de la *revelación*, que nos propone un cierto número de *verdades*, ya sean inasequibles enteramente para nuestra razón natural, como los *misterios;* ya más ó menos claramente asequibles, como la existencia y unicidad de Dios, la inmortalidad del alma y eternidad de la vida futura, etc., las cuales, aunque podemos alcanzarlas naturalmente con certidumbre natural, nos las propuso Dios, al revelárnoslas, con otro grado de certeza sobrenatural y mayor.

El Modernista, por el contrario, partiendo del Agnosticismo en cuanto se refiere al orden divino, no sólo niega el conocimiento natural de Dios y de las cosas eternas, sino también la *posibilidad* de conocer *que Dios ha hablado á los hombres*; y por tanto, también, *qué cosas ha tenido á bien revelarles*. Y una vez cerradas y atrancadas las puertas y ventanas de la razón natural y sobrenaturalmente iluminada, acude en busca del conocimiento religioso á otra fuente; es á saber:

al *sentimiento religioso*, que convierte en *directivo* del conocimiento, en lugar de someterlo, como hacemos los católicos, á la tutela de la fe y la razón!

Los hombres, dice el Modernismo, sentimos nacer en nuestro corazón el *sentimiento religioso;* una aspiración sentimental á lo *infinito;* y reflexionando con nuestra razón sobre este sentimiento, reconocemos que es un movimiento del alma hacia Dios, y que nos revela por consiguiente la existencia de Dios. Versa acerca de Dios y procede de Dios. Tiene á Dios por objeto y por causa. Es, por tanto, *voz de Dios* que nos *habla de Dios*; y, consiguientemente, en él consiste la verdadera *revelación*: revelación *ab intrínseco et in intrínsecum;* que nace en el hombre y permanece en el hombre; por consiguiente, *revelación vital* y religión *viviente* (1).

13. Contra estos delirios hemos de estable-

---

(1) «Pero no se detiene aquí la filosofía, ó, por mejor decir, los delirios modernistas. Pues en ese *sentimiento*, los modernistas, no sólo encuentran la fe, sino con la fe y en la misma fe, según ellos la entienden, afirman la existencia de la *revelación*. Y, en efecto, ¿qué más se pide para la revelación? ¿No tenemos ya una revelación, ó al menos un principio de ella, en ese *sentimiento* que aparece en la conciencia; y aun á Dios, que en ese *sentimiento* se manifiesta al alma, aunque todavía de un modo confuso? Pero añaden aún: si bien se observa, desde el momento en que Dios es á un tiempo causa y objeto de la fe, muéstrase por lo mismo la revelación procediendo de Dios y recayendo sobre Dios; es decir, que en el sentimiento dicho, Dios es al mismo tiempo revelador y revelado». *(Pascendi.)*

cer, en primer lugar, que en nosotros, excluída la luz de la razón (como lo hace el Agnosticismo), *no nace tal sentimiento religioso;* en segundo lugar, luego que dicho sentimiento nace, siguiendo la dirección de la razón, no puede ser criterio *religioso*, sino necesita ser regulado por otro criterio *racional.*

1.—Y cuanto á lo primero, ¿es verdad que nace en nuestro corazón el sentimiento religioso, inmediata y espontáneamente, como de la raíz el tallo, como del tallo la yema, como de la yema la flor? ¡Ninguna cosa no los persuade así! No, en primer lugar, la experiencia, la cual nos enseña, que en el hombre que no *reflexiona;* en el que se entrega á las impresiones de los sentidos y á las turbulentas emociones de la sensibilidad, no sólo no nace el sentimiento religioso espontáneamente, sino que, aun el que ya había nacido al influjo de la luz de la razón, descaece, se marchita y muere! ¿De dónde sino proviene, que en los hombres que se hurtan á la reflexión intelectual; los que huyen de la soledad y viven entre el bullicio de las impresiones sensitivas y el vértigo de las emociones sentimentales, se obscurece la fe y se debilitan y acaban por hacerse imperceptibles los sentimientos religiosos? ¡En nosotros mismos hacemos, por desgracia, este experimento! Cuando nos retiramos á los ejercicios espirituales, y nos entregamos á las *meditaciones* sobre la presencia de Dios, sobre sus beneficios, y la dependencia que nos tiene como colgados de él; poco á poco sentimos

encenderse en nuestro espíritu *sentimientos religiosos* pujantes y eficaces, verdaderamente *vivientes! In meditatione mea exardescet ignis* (Ps. 38, 4). ¡Ese fuego, que consume la escoria de nuestros vicios; ese fuego, que enciende y compenetra todas nuestras acciones, y hace circular por todas nuestras obras un calor suave y vivífico; eso que llamamos *devoción*, y que es el verdadero *fluido vital* de la vida religiosa! Por el contrario, salimos de los ejercicios espirituales, y nos entregamos, primero á los negocios, que nos velan con su tropel y muchedumbre la vista apacible de las cosas divinas; y por ahí se debilitan los sentimientos de devoción, y declinamos á las distracciones y placeres de los sentidos; y á veces vienen los hombres por este camino, á olvidarse totalmente de Dios, y á endurecer su corazón hasta caer en una irreligión, por lo menos práctica, y ciertamente *sentimental*. ¿No es esto una prueba empírica, y no menos evidente, de que el *sentimiento* religioso, no es causa, sino más bien efecto del religioso *conocimiento*; pues en cuanto éste se vela, aquél se debilita; cuando el primero se obscurece el segundo se extingue?

A la verdad, contra este argumento experimental, no sé qué razón sólida, ni aun aparente, pueden oponer los modernistas. ¿Qué experimento pueden alegarnos, donde se vea con semejante claridad, que el conocimiento religioso *sigue* al sentimiento; como nosotros demostramos que el sentimiento *sigue* al conocimiento ó á la falta de

él? Si, pues, donde el conocimiento religioso crece, suele también crecer el sentimiento; si éste amengua indefectiblemente, donde el conocimiento decrece; razón es inferir que, si el conocimiento religioso del todo faltara, excluído, v. gr., por el Agnosticismo, faltaría por el mismo caso todo religioso sentimiento.

Sólo una cosa hemos de advertir aquí, y es: que ese *perceptible* sentimiento, que llaman los autores ascéticos *devoción sensible*, así como no es el genuíno sentimiento religioso, sino más bien una *resultancia fisiológica* de él, así tampoco crece ó decrece al compás del conocimiento, sino más bien con medida que determinan ciertas condiciones psico-físicas individuales. Así, vemos que hay personas de menor religiosidad, que se mueven á lágrimas de devoción ú otras semejantes demostraciones sensibles, con más facilidad que otras personas profundamente religiosas, y que meditan y sienten más honda y eficazmente las verdades de la fe. Pero en todo caso, aun estas manifestaciones, más sensuales que sentimentales, y sólo por extensión ó analogía consideradas como religiosas, *nunca* se producen sin *alguna* manera de conocimiento religioso precedente; bien que no puedan tomarse como *medida* de él. Es lo que acontece en los reactivos químicos; que no todos los que sirven para el análisis cualitativo, sirven asimismo para el cuantitativo; pues los hay que, aunque acusan la presencia de una substancia, no son útiles para determinar su dosis.

14. 2.—Mas en general, aun donde la intensión del sentimiento interno es índice fiel de la intensión de la religiosidad *vital* y sobrenatural, *nunca puede ser criterio* de ella; (1) sino necesita el regulador de otro *criterio racional.* La razón de ésto, la señalamos y explanamos al rebatir el Voluntarismo sentimental.

El *sentimiento* es el apetito que sigue inmediatamente á las impresiones de la fantasía; de esa facultad volandera y mudable, á quien, con tanta gracia como exactitud, llamó Santa Teresa de Jesús, *la loca de la casa.* Pues el sentimiento que sigue, sin otra guía, á esta potencia loca ¿qué ha de inventar sino locuras y desvaríos del talle de los que profesan los modernistas? Por eso, es uno de

---

(1) No se opone á esto, el que los místicos, y alguna vez los ascéticos, tomen el *sentimiento* por *indicio* para conocer la voluntad de Dios, v. gr., en la disposición de las cosas dudosas. Porque, en primer lugar, en esos casos se trata de un sentimiento *sobrenatural;* y sólo se acude á él cuando se han agotado todas las reflexiones y luces naturales. No es que entonces el cristiano se deje regir por el sentimiento, erigiéndole en guía de su conducta, y norma de sus raciocinios. Es sí, que la *criatura,* cuando reconoce que su razón no basta para alcanzar con claridad lo que le conviene en un caso determinado, se postra ante su Criador, y le suplica se digne por este medio darle un indicio de su santísima voluntad. Así lo aconseja, v. gr., en un caso particular, San Ignacio en los Ejercicios. Por el contrario: no hay ningún católico que afirme ó pueda sostener, como los modernistas, que el *sentimiento* ha de servir para juzgar la verdad de las proposiciones enseñadas por la Iglesia, ni aun siquiera para resistir á las ordenaciones de las legítimas Autoridades de ella.

los principios más elementales de la vida religiosa y ascética, que todos los sentimientos se han de llevar al contraste y prueba de la razón, ilustrada por la fe. Eso lo saben bien todos los que tienen alguna experiencia en la dirección de las almas, donde, aun en almas buenas y deseosas de la virtud, la imaginación y el sentimiento producen frecuentes extravíos, si no está muy á la mira el director sensato, que va midiendo y asentando todas las piedras del espiritual edificio, con el nivel y plomada de la razón.

Y ¿qué otra cosa nos dice la historia de los fanatismos y herejías? ¿A qué errores no han llevado la fantasía y el sentimiento fanático, doquiera han prescindido de las vallas con que los sujetaba la autoridad de la Iglesia? Recorred toda la historia de tantos goetas y teurgos de la Antigüedad, de los maniqueos y gnósticos de la primera edad cristiana. Fijad sobre todo la atención en aquellos siglos medios, en que los pueblos, rudos aún é ignorantes, como salidos poco tiempo antes de los bosques de la Germania, vehementes en sus afectos y poco prevenidos con el cultivo intelectual, abrazaron abominaciones estupendas y absurdos increíbles, so color de religiosidad. Con razón cita Balmes, como ejemplo de esto que vale por muchos, el de aquel loco é infame Tanchelmo, que de tal manera fanatizó á las turbas, en los Países Bajos, que les hizo olvidar y quebrantar, so pretexto de religión, los principios más elementales de la moralidad, y los afectos más arraigados del

corazón humano, llegando los maridos á llevarle sus propias mujeres, anhelando como una dicha inmensa, que las profanara aquel sátiro impuro á quien miraban como una encarnación de Dios.

¡Vengan ahora los modernistas y dígannos! ¿Faltábales por ventura á aquellas turbas insensatas *el sentimiento*, ó era *la razón* lo que faltaba á sus inflamados sentimientos, para merecerles el nombre siquiera de *religiosidad*? ¡No creemos que ningún modernista llegue al extremo de insensatez, de legitimar como *manifestaciones* del sentimiento religioso, *indiscutible é ilegislable*, aquel brutal fanatismo! ¡Pero como la legitimidad de él se sigue como una seda de los principios modernistas, no tienen más remedio que renunciar á los mismos principios, si quieren evitar tan abominables consecuencias!

15. ¡Constituído el *sentimiento* como *criterio* en materia de religión, no hay veleidad que no quede sancionada, ni brutalidad que no se vea santificada! Si los corifeos no sacan de sus doctrinas las últimas consecuencias, no faltarán turbas consecuentes que las saquen! Como sucedió en el siglo primero del Protestantismo. Lutero, y en en general los protestantes, habían establecido como *criterio* religioso un principio sentimental, sólo que ellos fingían un sentimiento *sobrenatural*, que suponían ser *inspiración* del Espíritu Santo, que habla de continuo á todos los fieles; mientras los modernistas eligen un sentimiento que llaman: *á un mismo tiempo natural y sobrenatural:* natu-

ral, por cuanto nace de una íntima indigencia de nuestro sér; y sobrenatural, en cuanto nos eleva hasta Dios. Y, ¿qué sucedió con aquel sentimentalismo sobrenatural de los protestantes? ¡Que fiando cada uno á sus propios sentimientos la inteligencia de la Biblia, todos hallaron en ella lo que les hizo al caso para dar rienda suelta á sus pasiones! Y mientras el Margrave de Hesse hallaba testimonios bíblicos á pares para justificar su bigamia, y los otros príncipes, con la Biblia en la mano, despojaban las iglesias y los monasterios; con la Biblia en la mano se levantaban los labriegos para incendiar los castillos de sus señores y pasar á cuchillo á sus dueños; con la Biblia en la mano los frailes apóstatas robaban á las vírgenes del Señor y las hacían sus mancebas; con la Biblia en la mano cometían los puritanos ingleses el regicidio, y con la Biblia en la mano mandaba Lutero á los señores alemanes, que mataran como perros á sus vasallos, que con la Biblia en la mano se habían rebelado! ¡Todo se hallaba fácilmente en la Biblia, cuando la Biblia no tenía otro exegeta que las pasiones de quien buscaba en ella pretextos para satisfacerlas!

IV

16. De la doctrina modernista de la *inmanencia vital*, se desprenden algunos *corolarios*, admitidos unos paladinamente por los modernistas, y *omitidos* otros; pero que poco á poco se habrán de sacar, sino por ellos, por sus inmediatos sucesores en la historia de las herejías.

1.—El primero es la *confusión del orden natural y sobrenatural*, los cuales siempre ha deslindado perfectamente la Teología católica. Según ésta, el hombre ha sido elevado por Dios *gratuitamente*, á un *fin y estado* que excede todas las fuerzas de la naturaleza. Dios, por su infinita liberalidad, sin que tuviéramos para ello derecho ni título alguno, nos ha señalado como fin la *herencia del cielo*, *la visión* intuitiva de la Divinidad, que há de hacernos eternamente dichosos. Y como los *medios*, para que sean eficaces en orden á la prosecución de un fin, han de estar en el mismo orden; para que consigamos el fin sobrenatural, nos ha dado una *religión sobrenatural* también; comprendiendo bajo este nombre, todo el conjunto de los medios encaminados para proseguir nuestro último fin, es á saber, el conocimiento sobrenatural de las cosas divinas, y los méritos sobrenaturales que alcanzamos mediante la cooperación de la *gracia* sobrenatural con nuestras naturales potencias elevadas.

¡Toda esta doctrina cae por su base, admitidas las teorías de los modernistas! Porque ellos hacen brotar toda la religión, de una *indigencia propia* del hombre; por consiguiente, no *sobrenatural*, sino *natural*. Mas si la religión brota de raíz natural, ya no puede ser sobrenatural en sentido propio; pues ningún ser puede pertenecer á otro orden diferente que sus raíces ó gérmenes!

Los modernistas, dando con ello prueba de la supina ignorancia teológica, que con razón les echa en cara el Romano Pontífice, no rehuyen esta consecuencia, antes proponen «aquella afirmación absurda: que toda religión es á la vez natural y sobrenatural, según los diversos puntos de vista.» Esto es tan sensato como decir: que los actos del perro, v. gr., son á la vez racionales é irracionales, según el punto de vista desde el cual se los considere. Por ejemplo: si los consideramos en sí mismos, son irracionales, porque el perro carece de razón. Pero si los consideramos en cierta comparación con los actos humanos, serán racionales, por cuanto atribuímos al perro *la fidelidad*, que es virtud propia de los seres dotados de razón.

Claro está que, á este disparatado discurso, respondería cualquiera, que esta atribución de *la virtud de la fidelidad* al perro, no es propia, sino metafórica, fundada en la semejanza entre el instinto con que el perro sigue al amo y guarda sus cosas, con la propia virtud de la fidelidad. Lo mismo hay que decir á los modernistas: que su

religión podrá ser sobrenatural *metafóricamente*, pero no con propiedad, como es menester que lo sea la verdadera religión; so pena de alcanzar la salvación *metafóricamente* y caer en el infierno en *sentido propio*.

Si la religión nace de una indigencia *natural*, no puede ser *sobrenatural*, como la fidelidad del perro no puede alcanzar el carácter de verdadera virtud, porque nace de un principio irracional.

17. 2.—Pero de aquí se sigue otro no menos abominable corolario, que no sé si admiten paladinamente todos los modernistas, por más que en la práctica no anden lejos de él. Tal es *la indiferencia ó* igualdad de *valor* de todas las religiones, las cuales, podrán tener un valor *cultural* más ó menos subido; pero bajo el concepto *religioso*, han de ser, para los modernistas, enteramente *equivalentes*. En efecto; como ya lo hemos indicado al rehusar el *sentimiento* como *criterio* religioso, en la teoría de los modernistas todas las religiones nacen igualmente de la *indigencia subconsciente* de lo divino, y se manifiestan en un *sentimiento religioso*, el cual, no ha de ser medido con la regla de la razón, sino es por sí mismo *medida* del valor *religioso*. Supuesto lo cual, ¿qué ventaja podrá hacer el Cristianismo al Mahometismo, ó éste al Sabeísmo ó al Politeísmo ó al Fetichismo? ¡En todos puede hallarse sin duda, en un mismo grado, el *sentimiento*, nacido en todos igualmente de *la inmanencia vital*. Antes bien, si la *vida religiosa* es más intensa en un derviche que en un monje ca-

tólico, el modernista habrá de confesar, si quiere ser consecuente, que el derviche es *más religioso* que el ermitaño, pues *vive* más intensamente su religión!

18. 3.—El tercer corolario del Modernismo es *el Panteísmo*, el cual no se colige tan inmediatamente como el *naturalismo* y el *indiferentismo ó latitudinarismo*; pero no menos está encerrado en las entrañas del error modernista, como muy de propósito lo demuestra el Sumo Pontífice. En efecto; el Modernismo hace arrancar la religión de la *indigencia*, mediante la *inmanencia vital*, y asegura al propio tiempo, que en ese *sentimiento vital*, en que ponen la *manifestación de lo divino*, Dios es á la vez el *revelante* y lo *revelado*. De suerte que, si preguntáis al modernista:—¿Quién es el que *se manifiesta* por este sentimiento inmanente?—Os contestará sin vacilar: — ¡*Dios*! Y si volvéis á preguntar:—¿De dónde *nace* este sentimiento? — Os contestará con no menor seguridad:—¡*Del hombre!* ¿Quién no ve, cuán cerca está, quien tal profesa, de confundir el *principio vital* con el *principio divino*, como claramente confunde lo natural con lo sobrenatural?

Y á la verdad, sabemos ya sobradamente, de qué raíces metafísicas brotan estas inmanencias, para que puedan cogernos desprevenidos. Pues llámese *idea*, con Hegel, ó llámesela *voluntad*, con Schopenhauer, todo viene á reducirse á lo mismo. Lo *infinito* desenvolviéndose en manifestaciones finitas; lo *absoluto* manifestándose en fases relati-

vas; y en lo relativo y lo finito, desenvolviéndose en interminable evolución y ofreciendo formas cada vez más perfectas. Esta es, en realidad de verdad, la Metafísica que yace en el fondo del Modernismo. ¿Y qué es esto sino la Metafísica panteísta?

19. 4.—Pero en el resbaladero del error es tan difícil detenerse, como en la pendiente del vicio. Una vez rotos los frenos de *la ley*, la necesidad mecánica de las consecuencias ha de arrastrar, más lenta ó más rápidamente, hasta el fondo del precipicio. Y así, tanto del Panteísmo modernista, como de las otras formas de errores panteístas, se va á parar con lógica necesidad al *Ateísmo*.

Ha dicho, no recuerdo quién, que hay dos medios igualmente eficaces para suprimir los tratamientos ó los títulos nobiliarios. La primera es la forma brutal, primitiva, airada; la forma de la revolución del Terror y la guillotina; es á saber: el *decreto del pueblo soberano* estableciendo la igualdad, no admitiendo otro título que el de *ciudadano*. Esta forma es difícil, por violenta, y no siempre eficaz, porque despierta las fuerzas latentes de la reacción. Hay otra forma mucho más fácil y eficaz, más cortés y más cómoda, y consiste en ir multiplicando en progresión geométrica el número de los excelentísimos y titulados ¡Creedme: el día en que todos seamos excelentísimos señores, duques y grandes de España, quedarán *abolidos* por plebiscito tácito los tratamientos y títulos de nobleza!

Una cosa parecida acontece con las dos formas de Ateísmo. Hay un Ateísmo brutal, tabernario y mal oliente, que se echa á la calle sin camisa, gritando con voz aguardentosa: ¡No hay Dios!—Pero á esta forma se añade otra forma culta, pulida, aristocrática, la cual ¡comienza por escandalizarse horriblemente de la blasfemia del *otro* ateo, y decreta *la existencia del Sér Supremo...* pero explicándola! ¡Y de tal manera la explica, que, de sus razones sutiles se colige, que *no sólo hay Dios*, sino que *¡todo es Dios! ¡Todo es Dios! ¡nada es Dios!* ¡He aquí, señores, las dos formas del Ateísmo!

¡Ciertamente, no es *la grosera*, la propia de los modernistas; eso no! Esos señores son religiosísimos, aunque no es discreto preguntarles cuáles son los dogmas de su religión! Esos señores, no sólo prestan culto á Dios, aunque tampoco es prudente pedirles cuenta de ese culto; esos señores *viven íntimamente unidos* con Dios, ¡tan íntimamente como viven unidos consigo mismo! Y aman á Dios, sí. ¡Le aman con toda la intensidad *de su amor propio!*

¡Esta es, señores, la fatal pendiente que nos descubre, en la Encíclica *Pascendi*, la sabiduría de nuestro Santísimo Padre! «¡Ciertamente, dice, el error de los *protestantes* fué el primero que puso los pies en este camino; en pos de él va el error de los modernistas; inmediatamente, después, vendrá el Ateísmo!» Así es, porque el *sentimentalismo sobrenatural* de los protestantes; aquella doctrina de la *inspiracion privada*, con

que el Espíritu Santo hablaba á cada uno de los puritanos, dispensándole de escuchar toda voz autoritativa en materias de religión, y facultándole para leer en la Biblia la expresión de sus fanáticos ó sensuales antojos; ese Sentimentalismo insano, decimos, se muestra, en el Modernismo, despojado de supernaturalidad. Ya no es el Espíritu Santo; es el *espíritu propio* quien inspira la religión sentimental; es Dios que habla en el hombre cuando el hombre se habla á sí mismo, confundiéndose lo humano con lo divino en un Panteísmo voluntarista.

Si fuéramos tan desgraciados que llegara á apoderarse de nuestras inteligencias este funesto error, bâstaría luego sacar suavemente las consecuencias que de él inevitablemente se siguen, para precipitarnos en la verdadera doctrina que se oculta en el fondo de todas estas hipócritas sutilezas, que no es otra que *el Ateísmo*; la negación de Dios, la apostasía del Criador, la rebelión contra el Legislador, la disolución de todo vínculo moral; para volver á la barbarie del salvajismo, á través de los horrores de la Anarquía.

CONFERENCIA SEXTA

TEOLOGIA DE LOS MODERNISTAS

> Hinc vulgata modernistarum enunciatio: debere religiosum hominem fidem suam *cogitare*... In eiusmodi autem negotio mens dupliciter operatur; primum, naturali actu et spontaneo, redditque rem sententia quadam simplice ac vulgari; secundo vero reflexe ac penitius, vel, ut aiunt, *cogitationem elaborando*, eloquiturque cogitata *secundariis* sententiis... Quae... constituent *dogma. (Pascendi)*.

SUMARIO:

I. Raíz de la Teología modernista: la experiencia *emocional*; rebajamiento de la religión. Doctrina de los maestros de espíritu.—Traducción intelectual de los sentimientos. Formulación de la religión: la fe y el dogma.—La vida y la evolución.—La Revelación externa: su demostración histórica.

II. Desarrollo del *dogma*. Simbolismo de las fórmulas dogmáticas. Dogmas contradictorios.—El dogma como *instrumento* del creyente. Necesidad de su evolución. Harmonía de su diversidad. No-contradicción de los sentimientos.

III. *Tradición* sugestiva de la experiencia religiosa. Semilla religiosa del Cristianismo.—El sentimiento sigue al dogma; no éste á aquél.—Resumen de la Teología modernista: *quin-*

tesencia de todas las herejías.—Negación de la divinidad de Cristo. Explicación simbólica de la redención.

IV. Hipócrita ortodoxia de los modernistas. Su teoría de la Autoridad doctrinal. Fuerzas centrífuga y centrípeta. Conducta de los modernistas ante los anatemas de la Iglesia.

I

1. La *inmanencia vital* es, en el sistema de los modernistas, la verdadera *raíz* de la religión; y como de la raíz brota la planta, y con su fuerza crece y extiende sus ramas, y produce, finalmente, sus frutos; así de aquel principio de la inmanencia, germina toda la Teología del Modernismo.

De esa fuerza vital, que tiende á satisfacer una íntima indigencia del espíritu humano, nos han dicho los modernistas, brota el *sentimiento religioso*, en el cual «se descubre una cierta intuición del corazón, merced á la que, sin necesidad de intermedio alguno, alcanza el hombre la *realidad* de Dios, y tal persuasión de su existencia y su acción, dentro y fuera del sér humano, que sobrepuja con mucho á toda persuasión científica».

Si buscamos fuera del terreno religioso, algo semejante á este conocimiento sentimental de los modernistas, no podemos hallar nada más parecido á él, que esas aprensiones de las personas imaginativas ó neuróticas, que, á lo mejor, sin saber por qué ni por qué no, sienten alegrías ó tristezas ó presentimientos. ¡No sé qué es esto, dicen; no tengo razón alguna para conjeturarlo; pero *pre-*

siento que me amenaza un daño, ó por el contrario, que me va á suceder algo fausto! Y si luego sucede, afirman: ¡Ya me lo daba el corazón!

Los artistas sacan gran partido de estas disposiciones afectivas *irracionales*, con las que preparan maravillosamente los efectos patéticos de sus dramas ó novelas, y, por consiguiente, á los artistas les reconocemos el derecho de atribuir valor objetivo á estas *aprensiones*. Séales, pues, lícito, en el teatro y en la novela, describir la vaga inquietud de un personaje, rodeado de los favores de la fortuna, ante el *presentimiento* de una ignota desdicha. Permítaseles exagerar los prodigiosos efectos de la *voz de la sangre*, que anuncia de un modo tanto más intenso cuanto más vago, el parentesco ignorado de personas á quien una casualidad reune en el camino de su existencia. Todo esto puede contribuir á los efectos estéticos, y finalmente: *Pictoribus atque poetis, quidlibet audendi semper fuit aequa potestas.* Pero los teólogos hemos de andar con pies de plomo, y no admitir cualquiera vago sentimiento como *experiencia* de lo *divino*; ¡y mucho menos, concederle una certidumbre, que sobrepuja á la persuasión racional y científica!

2. ¿Quién no vé, cuán intolerable abuso de los términos sea, llamar *experiencia* á esto, que ni en la práctica ordinaria de la vida se admite como tal, sino como *presentimiento vago*, propio solamente de almas débiles y afeminadas? El varón constante se sobrepone generosamente á estas fla-

quezas del corazón, que se impresiona ciegamente por injustificadas fantasías, y las desprecia y desatiende, cuando no sufren el contraste de la razón austera. Los modernistas, por el contrario, elevan estas vagas aprensiones á la categoría de *experiencias científicas;* ó ya que les rehusen este adjetivo, por considerar la Religión como fuera de todos los dominios de la Ciencia, por lo menos quieren hacerlas servir de base á la Teología, y les atribuyen *certidumbre superior á la científica.*

Con lo cual, en primer lugar, rebajan la Religión á la esfera de las *debilidades sentimentales,* y por ende, la hacen *indigna* del varón constante, y aun de todo ánimo varonil. Y por otra parte, como observa el Romano Pontífice, *equiparan* todas las religiones, atribuyéndoles á todas un mismo *fundamento de verdad.* Porque si el fundamento de la verdad de la religión, está en la certidumbre de estas íntimas experiencias; como quiera que todos los hombres que profesan sinceramente cualquiera religión, perciben estos sentimientos y experiencias internas, síguese necesariamente que todas las religiones tendrán derecho á reclamar *igual cantidad de verdad.* Y sino, ¿quién podrá demostrar que el contemplativo buddhista, ó el devoto peregrino de la Meca, ó el negro bozal que se prosterna ante su inmundo fetiche, no experimentan sentimientos tan intensos como el cristiano que venera la cruz ó las imágenes de los santos? Yo, por mi parte, al observar la distracción y falta de reverencia con que asis-

ten á la santa misa muchos católicos de nuestros tiempos, no dudo en opinar que su *experiencia sentimental* debe ser más débil, que la de cualquiera vejezuela musulmana que adora en la Meca la *piedra negra*, ó el *zancarrón de Mahoma*, como decían los españoles de antaño. La que llaman, pues, los modernistas *experiencia*, ni es propiamente experiencia determinada, ni puede servir para fundar cosa alguna en el orden religioso.

3. Los maestros de la vida ascética, harto más versados que los modernistas, en achaque de internas experiencias, en ninguna cosa ponen más duda, que en estas internas mociones sentimentales, inspirando *suma desconfianza* en ellas, como quien sabe, cuán difícil sea discernir los verdaderos sentimientos religiosos y sobrenaturales, de las *ilusiones* ó *embobamientos* producidos por la imaginación exaltada, y aun por la debilidad de la cabeza.

Por eso fué perpetua y universal sentencia de los maestros de la vida espiritual, que *nunca* se han de tomar estas experiencias internas como *criterio* de las *creencias*, ni aun como criterio primario de las resoluciones prácticas; sino ante todo, hánse de contrastar en la piedra de toque del *dogma revelado* y profesado por la Autoridad doctrinal, instituída por Dios *visiblemente*; y sólo en cuanto se conforman con estas *reglas ciertas*, pueden ser considerados como sentimientos religiosos. Lo contrario profesan los modernistas, para quienes el *dogma* no es más que la *fórmula*

en que se concretan estas sentimentales experiencias.

4. En esto no hace el Modernismo, sino sacar las consecuencias del *Voluntarismo* que le informa, según el cual, el *conocer* sigue y es posterior al *sentir*. «Dios, dicen los modernistas, se presenta al hombre en aquel *sentimiento* de que repetidas veces hemos hablado; pero como es *sentimiento* y *aún no* conocimiento, se presenta tan confusa é implicadamente, que apenas puede ser discernido por el sujeto que cree. Es preciso, pues, que el sentimiento se ilumine con alguna luz... y esto pertenece á la inteligencia, de quien es propio el pensar y analizar, y que sirve al hombre para traducir en representaciones, y luego en palabras, los fenómenos vitales que en él se producen. De aquí la expresión, ya vulgar entre los modernistas: que el hombre religioso *debe pensar su fe*». Esto es, ha de *traducirla* en fórmulas mentales, como se traducen los demás sentimientos en su paso de la subconsciencia á la clara conciencia.

Acontece con los sentimientos, lo que con la materia difusa en el espacio, en los antiguos períodos de la Cosmogonía. La nebulosa, enrarecida todavía y opaca, se concreta, por su movimiento, en globos, los cuales, al reducirse de volumen, se ponen incandescentes y se hacen luminosos. Así los sentimientos, fenómenos vitales por excelencia, que nacen vagamente en el alma, oscuros é inconscientes ó subconscientes, sólo cuando se

concretan en una fórmula *intelectual* emergen de los senos de la subconsciencia, y se muestran definidos y espléndidos ante los ojos de la razón. O como dicen también otros modernistas, aunque con menos fuerza y propiedad que los voluntaristas radicales, cuyo es el lenguaje que acabamos de usar; hace la inteligencia como un pintor que, hallando un viejo cuadro de borrosas líneas y tintas, lo restaura é ilumina, para que sus figuras, que parecían confusas, resalten con bien definidos contornos.

5. En este proceso de *formulación* de la fe, que la saca de la esfera sentimental á la del entendimiento, y del orden *religioso estrictamente dicho*, al orden *teológico*, distinguen todavía los modernistas dos etapas: en la primera, el sentimiento, con un acto natural y espontáneo, se traduce en una *aserción simple* y vulgar; después, elaborando el pensamiento con reflexión y ahinco, expresa sus ideas en *fórmulas secundarias*; derivadas, á la verdad, de aquella primera; pero más limadas y mejor distinguidas. En aquella primera etapa, el sentimiento religioso se formula en *la fe;* en esta segunda, la fe se desenvuelve en *el dogma*.

Pongamos algún ejemplo. A la indigencia de lo divino, responde en el alma el sentimiento de Dios; sentimiento vago é indeterminado al principio; más como una aspiración, que como un afecto concreto; pero que se va determinando, hasta que emerge en la conciencia como *afirma-*

ción de Dios. El hombre que ha llegado á este punto, ya es fiel; ya cree en Dios; pero no profesa aún *dogmas* determinados. Y así, en esta creencia en *Dios*, convienen hombres de las más diversas y contradictorias profesiones dogmáticas. En un Dios cree el fetichista, y cree en Dios el sabeo y el mazdeísta y el helenista y el buddhista; y universalmente, todos los hombres—si no son algunos pocos, que han llegado á violentar su propia naturaleza hasta lograr un ateísmo completo—*creen en Dios!*

Pero esta creencia general se ha ido *elaborando* intelectualmente de las más diversas maneras, y ha producido los más contrarios dogmas acerca de la divinidad. Unos, movidos por la variedad de las operaciones y objetos naturales, se han dado á entender que Dios era una jerarquía de seres superiores, que gobernaban los diferentes órdenes de cosas: Júpiter el cielo, Neptuno el mar, Marte la guerra, Minerva las ciencias, Baco las semillas líquidas, y Ceres y Pomona las mieses y las frutas. Otros, fijándose en la contrariedad entre el bien y el mal, fueron á parar al dualismo mazdeísta ó maniqueo, poniendo en la divinidad la lucha que notaban en todas las cosas naturales. Otros, de más ilustrado entendimiento, han entendido que el sér infinito no puede ser más que uno, ya con unidad absoluta, que excluye las relaciones dentro y fuera de sí, ya con otra unidad misteriosa, que, excluyendo toda relación trascendental á las criaturas, no excluye, antes importa relaciones

internas, que distinguen realmente á las personas de la Santísima Trinidad.

De esta manera, dicen los modernistas, la evolución racional de la idea de Dios, ha ido formando multitud de dogmas, admitidos y rechazados sucesivamente, conforme á los grados de perfección que ha ido alcanzando la razón humana. Pero debajo de toda esa diversidad de dogmas, añaden, está la *fe* en Dios, y debajo de esta fe, el *sentimiento vital* de lo divino, que es la verdadera raíz de toda religiosidad verdadera. De suerte que, donde faltara este sentimiento, el dogma se convertiría en fórmula vana, y su profesión en detestable hipocresía. Y lo mismo acontecerá, siempre y cuando la fórmula *deje de corresponder* al sentimiento que, como participante de la vida, sigue la incesante evolución de todo lo que vive: pues ¡lo que deja de evolucionar, está *muerto!*

6. Antes de pasar adelante, hemos de notar en lo dicho, una verdad y una falsedad, á cual más importante. Es *verdad*, como ya lo dejamos indicado antes, que la *verdadera religión* no puede andar separada del *sentimiento religioso*, sin el cual degenera en *vano intelectualismo*, y su profesión en farisaica hipocresía. Pero no se sigue de ahí, como pretenden los modernistas, que la *fe* se haya de acomodar al sentimiento, sino antes al contrario, que el sentimiento *concorde con la fe* es parte integrante de la verdadera profesión religiosa. En lo cual, no nos extendemos más, porque ya queda antes suficientemente rebatido.

La falsedad que hay que notar es, la de que *la vida* consista *precisamente* en una evolución. Evolución propiamente dicha, por ventura no se halla ni aun en la vida material del organismo adulto. Lo que acontece en *toda vida orgánica* es, que implica una perpetua *integración y desintegración* (lo cual es cosa muy distinta de la *evolución).* El hombre adulto, y distante igualmente de la adolescencia y de la decrepitud, necesita asimilar continuamente elementos materiales con que nutrir su vida, resarciendo los órganos, de las pérdidas producidas por la combustión vital. Pero es poco científico decir, que tal hombre *evoluciona* de un día al otro. Para que una máquina de vapor funcione, es menester añadir continuamente carbón, que suple la pérdida del que se va consumiendo. ¿Es esto una evolución de la máquina? ¡No! La máquina de vapor permanece sensiblemente igual; pero toda fuerza mecánica ú orgánica, implica un consumo, sea por combustión ó por otra reacción química.

Mas en la vida espiritual, á que pertenece la vida religiosa, ni siquiera esto sucede. (Prescindo de las operaciones orgánicas, que las facultades materiales producen *al mismo tiempo*, pero que no deben confundirse con las operaciones racionales). En la vida espiritual no hay necesidad de que los actos se sucedan en incesante curso, como acontece en el movimiento mecánico; antes pueden *durar* más ó menos largo tiempo, y reproducirse de un modo enteramente igual, aproxi-

mándose á la *eterna duración* del *acto puro*, como llaman al Sér divino los escolásticos. Decir, pues, que *vivir* es *evolucionar*, implica una grosera confusión del movimiento vital (que puede ser orgánico y espiritual), con el craso concepto del movimiento mecánico. El espíritu que estuviera *fijo en Dios*, é *inmóvil* en su contemplación, no estaría muerto, sino vivo con una vida elevadísima. Y lo propio sería si estuviera *fijo* en la contemplación de *una verdad*.

7. Pero el error capital del Modernismo, en esta materia, consiste en afirmar que la *creencia* sale del *sentimiento*, y la *fe* se ha formulado por mero discurso de la razón natural. Está claro que, si hiciéramos tabla rasa de la *revelación externa* (como lo hace el Modernismo), tendríamos que acudir á un desenvolvimiento progresivo de los humanos conocimientos, para explicar, en alguna manera, el progreso que hallamos, en las épocas históricas, en la *idea de Dios*. Y decimos en las épocas históricas, porque, pese á las gratuítas afirmaciones del Evolucionismo, nosotros no podemos admitir que el estado primero del hombre fuera el salvaje; antes profesamos que el salvajismo fué un estado de *decadencia*, originado por la rebelión y caída original. Pero prescindiendo ahora de esta cuestión, si nos fijamos sólo en las épocas históricas, no hay duda que se descubren en ellas varias etapas ó fases, en que el *concepto de Dios* se nos presenta de una manera más ó menos elevada y pura. Pero, ¿síguese de ahí que este progreso se deba al mero

desenvolvimiento de la razón humana? En ninguna manera; pues consta históricamente, que no se debe, sino á una *intervención divina;* esto es, al hecho divino de *la revelación.* De esta suerte vemos el *monoteísmo* de los israelitas, en medio del fetichismo egipcio, y entre el mazdeísmo de los persas y el sabeísmo de los fenicios. Y de esta manera, en medio de la sociedad greco-romana, idólatra, supersticiosa, vacilante entre el culto del Olimpo helénico y los misterios de los cultos orientales, vemos surgir de repente, sin preparación, el más puro *monoteísmo*, el *espiritualismo* más elevado; y esto, no en las academias de Atenas ó Alejandría, ni en el círculo de los rabinos y legisperitos, sino en un grupo de pescadores galileos que siguen á Jesús, el hijo del carpintero de Nazaret.

El hecho de la *revelación*, es un hecho histórico, tan comprobado y tan innegable como las conquistas de Alejandro ó de César, ó las guerras púnicas ó la del Peloponeso; pues si éstas tuvieron un Tucídides y un Tito Livio, el hecho histórico de la revelación ha tenido los Profetas y los Evangelistas, y dos sociedades: la Sinagoga y la Iglesia, consagradas de propósito á conservar el tesoro y garantizar la autenticidad de sus libros.

¡El Modernismo obra, pues, arbitrariamente, al prescindir de estos hechos para discurrir *a priori*, sobre el modo como *pudo* formarse el conocimiento de Dios que actualmente poseemos, Incurre en un absurdo semejante al de aquél que,

para explicar la existencia y relaciones actuales de las naciones europeas, cerrara con siete llaves el libro de la Historia, y propusiera una explicación apriorística, por muy sutil é ingeniosa que fuese!

¡Quede, pues, asentado, que ni el concepto de la *vida religiosa* ó de la *religión viviente* incluye necesidad alguna de *evolución*, ni el estado actual de nuestras creencias *necesita* ni admite explicarse por tal evolución, constando históricamente (como lo prueba la Apologética tradicional) que Dios *ha revelado* las verdades religiosas que profesamos!

II

8. Pero si el Modernismo yerra en el modo de establecer la *fe*: la que pudiéramos llamar, conforme á su modo de concebir, *creencia fundamental;* todavía incurre en mayores delirios cuando trata de explicar el *desenvolvimiento del dogma*.

Como hemos dicho, esa *fe* ó *creencia fundamental,* no es para los modernistas sino la *formulación mental* del sentimiento religioso, propuesta de una manera más ó menos luminosa y elevada. Pero esta fórmula se hace objeto de la *labor intelectual*, con la que se analiza, y se van sacando de ella ciertas *fórmulas secundarias*, que son los *dogmas*. Estas fórmulas, dice, «no tienen otro fin, sino proporcionar al creyente el medio de *darse cuenta de su fe;* de modo que son *intermedios* entre el cre-

yente y su fe; con relación á ésta, son *signos* inadecuados del objeto, que se llaman vulgarmente *símbolos;* con relación al creyente son meros *instrumentos*» (1). Examinemos un poco uno y otro concepto.

---

(1) «Ya hemos llegado, en la doctrina modernista, á uno de los puntos principales, al origen y naturaleza del dogma. Este, según ella, tiene su origen en aquellas primitivas *fórmulas simples, necesarias en cierto modo á la fe,* porque la revelación, para existir, supone en la conciencia alguna noticia manifiesta de Dios; pero el dogma mismo parecen afirmar que está contenido propiamente en aquellas fórmulas *secundarias.* — Para entender su naturaleza es preciso, ante todo, inquirir qué relación existe entre las *fórmulas religiosas* y el *sentimiento religioso* del ánimo; lo que alcanzará fácilmente el que atienda á que el fin de tales *fórmulas* no es otro que proporcionar al creyente modo de darse cuenta de su fe, y por esto son intermedios entre el creyente y su fe; con relación á la fe, son signos inadecuados del objeto, vulgarmente llamados *símbolos;* con relación al creyente, son meros *instrumentos.* Por esto de ningún modo puede deducirse encierren una verdad en absoluto; pues, como *símbolos,* son imágenes de la verdad, y, por lo tanto, han de ser acomodados al sentimiento religioso en cuanto éste al hombre se refiere; como *instrumentos,* son vehículos de la verdad, y por esto tendrán que acomodarse recíprocamente al hombre en cuanto se relaciona con el sentimiento religioso. Mas el objeto del *sentimiento religioso,* por contenerse en lo *absoluto,* tiene infinitos aspectos, de los que ya uno, ya otro, puede presentar. A su vez el hombre, al creer, puede estar en condiciones muy diversas. Por lo tanto, las fórmulas que llamamos dogmas, se hallarán expuestas á las mismas vicisitudes, y, por lo tanto, sujetas á variación. Así queda expedito el camino para una *evolución* íntima del dogma. ¡Cúmulo, por cierto, infinito de sofismas que echa abajo y arrasa toda religión» *(Pascendi).*

La fe sentimental, dicen, versa sobre el Infinito, el Absoluto, el Incondicionado; por consiguiente, el *objeto* de ella no puede ser contenido en una *idea* ó concepto intelectual. Pero, puede sí, nuestro entendimiento, formar *varios* conceptos inadecuados, que *representen* el objeto de la fe, como *símbolos* de lo Incognoscible. ¡Como véis, estamos en pleno Agnosticismo!

Explanemos este concepto de los modernistas, con la semejanza de otro concepto nuestro. Nosotros profesamos que la *imaginación*, por ser potencia material, no puede formar concepto, v. gr., de un ángel. Pero puede formar varias imágenes, cada una de las cuales *signifique*, en cierto modo, alguna propiedad de la naturaleza angélica. Por ejemplo, puede representar su fuerza é inmarcesible juventud, con la imagen de un joven hermosísimo y de constitución perfecta; puede dar á entender la ligereza de sus operaciones, con las alas propias de las aves, y la lucidez de su entendimiento, con la claridad que circunda su cabeza. De este modo, combinando algunas de estas notas simbólicas, forma la fantasía ó la Pintura, la imagen *simbólica* de un ángel; la cual no le representa por cierto, de un modo adecuado; pero nos da alguna noticia sensible de sus perfecciones.

Así, dice el modernista, como el ángel es inasequible para la fantasía material, así Dios, el Absoluto, el Incondicionado, es inasequible para la inteligencia finita, que no puede concebir sino refiriendo y condicionando. Sobre la base, pues,

de la fe sentimental, forja nuestra inteligencia *signos* inadecuados ó *símbolos*, que nos ayudan en alguna manera á formar un concepto de Dios; impropio á la verdad y muy mezquino, si se compara con el objeto á que se refiere; pero el más claro y perfecto que pueden alcanzar nuestras débiles fuerzas.

9. Hasta aquí, la doctrina modernista se podría aceptar con alguna declaración. Pero el Modernismo no se detiene en esto. Siendo nuestros conceptos acerca de Dios, dice, *meros signos ó símbolos*, y refiriéndose á su objeto *bajo un particular respecto*, como Dios tiene *infinitos aspectos*, puede ser representado por infinitos símbolos, entre sí, no sólo distintos, sino contradictorios. Por tanto, ninguna dificultad se sigue, de que haya *contradicción* entre dogmas religiosos igualmente legítimos y verdaderos, y, por consiguiente, el dogma, que por la índole vital de la religión, *debe evolucionar*, *puede* manifestarse, en diferentes períodos, en formas *diferentes* y aun entre sí *contrarias*, y de esto no se sigue inconveniente ninguno, por cuanto los dogmas no son conceptos adecuados, sino meros símbolos de lo *Incognoscible*. Así, no hallan los modernistas inconveniente en admitir, que la Iglesia católica profesara, en los primeros siglos, una *unidad* de Dios á lo judío ó musulmán, y viniera á profesar más adelante el Misterio de la Trinidad; que considerara en un tiempo al Hijo de Dios, como subordinado é inferior al Padre, y le proclamara luego igual á él y consubstancial,

Lo único que no puede parecerles bien á los modernistas es, que la Iglesia *condenara* como herejes á los que profesaban las opuestas doctrinas, que por ventura no eran más que prematuras ó anticuadas; antes es esencial persuasión del Modernismo la *tolerancia universal*, no sólo de los hombres que profesan cualesquiera dogmas, sino de *los dogmas mismos*, como quiera que todos ellos no tienen sino un valor enteramente simbólico, circunstancial y relativo.

10. Esto por lo que toca á los *dogmas* considerados en su relación con el *objeto* que simbolizan. Pero considerados en su relación con el *creyente*, todavía resulta con más claridad, dentro de las ideas modernistas: a) la *necesidad* de su variación evolutiva: b) la necesidad de un amplísimo *tolerantismo*.

En efecto: la última raíz de toda profesión religiosa, es el *sentimiento* religioso, que espontáneamente *emerge* de la subconsciencia á la superficie consciente del espíritu, y se formula en la fe ó creencia fundamental. Como el sentimiento sea *la raíz* que comunica la *vida religiosa* á la fe, y los *dogmas* no son (respecto del creyente) sino *medios ó instrumentos* que le sirven para *razonar su fe* y darse analíticamente cuenta de ella, claro está que *necesitan acomodarse* á aquella fe sentimental de quien reciben su savia religiosa; pues, desde el momento en que esta acomodación faltara, desde el momento en que el hombre profesara *dogmas*, que no estuvieran en harmonía con

sus sentimientos religiosos, ó sencillamente, no estuvieran empapados y penetrados de aquella vida religiosa sentimental; tales dogmas dejarían de ser religiosos, y su profesión dejaría de ser *religiosidad*, y vendría á ser abominable hipocresía ó fariseísmo.

Ahora bien, siendo el *sentimiento religioso*, vital, y como eflorescencia de la vida; y consistiendo la vida, para los modernistas, en una incesante *evolución*; es indispensable que el sentimiento religioso evolucione, para que no muera; y evolucionando él, es menester que evolucionen también los dogmas, que no pueden separarse de él un ápice, sin quedar instantáneamente heridos del frío de la muerte.

Y como son propias de la vida, la individualidad y la variedad, será menester que cada uno *viva su religión*, y crea conforme á ella, formulando sus dogmas con arreglo á ella, por donde vendrá naturalmente á suceder, que los diferentes individuos ó agrupaciones de individuos, sobre todo si viven en condiciones diferentes, conformarán diferentemente su vida religiosa y sus dogmas; entre los cuales, no por eso habrá contradicción verdadera, sino profunda harmonía; por cuanto cada cual creerá en consonancia con sus sentimientos; y por de contado, en harmonía con aquella universal y secretísima *ley de la vida* que á todos igualmente los informa.

11. ¡Esta es, señores, la última aberración á que conduce necesariamente la concepción sen-

timental de la vida religiosa! Porque, en efecto; entre los sentimientos no hay *contradicción.* Bien podrá ser que yo llore y vosotros riáis, que Pedro abra su corazón á la esperanza, y Judas se desespere y se ahorque; pero no hay *contradicción* propiamente dicha entre esos varios sentimientos, porque todos brotan igualmente de la *ley de la vida*, y son diferentes porque nacen en diferentes circunstancias; mi tristeza de la contemplación del dolor, y vuestra alegría de la consideración de la felicidad. ¡La esperanza de Pedro, de la mirada de los divinos ojos, y la desesperación de Judas, del remordimiento de su felonía!

Así, los sentimientos religiosos del cristiano y del musulmán, dicen, son diferentes, y los dogmas que profesan lo son también; pero en esto *no hay contradicción.* No la hay en los sentimientos, porque todos brotan necesariamente de la misma ley vital, que se manifiesta diversamente por la diversidad de las circunstancias (educación, herencia, clima, etc.), y si no hay contradicción entre los sentimientos, tampoco es verdadera contradicción la que á primera vista ofrecen los dogmas, como quiera que cada uno de ellos nace *lógicamente* del sentimiento que lo informa!—«¡Cúmulo, por cierto, infinito de sofismas, que echa abajo y arrasa toda religión»; hemos de concluir exclamando con el Papa!

III

12. Con estas doctrinas modernistas, si quedan á salvo todas las pretensiones del más avanzado *Tolerantismo* (pues no sólo admite la *equipollencia* de las sectas cristianas, sino de toda forma de religión, con sólo que brote del sentimiento vital), no parece que pueda sostenerse ó declararse de algún modo la doctrina del Cristianismo, ni aun siquiera su nombre. Pues ¿qué tiene que ver con Cristo, esa religión que brota espontáneamente de la inmanencia vital de los modernistas? No podía escaparse á éstos tan evidente consecuencia; y como quieren á toda costa conservar el nombre *católico*—permanecer dentro de la Iglesia, para poderla arruinar más á su salvo—como bien les echa en cara el Romano Pontífice; han inventado otra teoría que los lleve á este término, y cuya exposición acaba, en cierto modo, la declaración *doctrinal* del Modernismo. Esta teoría es la de la *tradición sujestiva* de las *experiencias religiosas.*

Aunque toda verdadera religiosidad ha de nacer, según los modernistas, del *sentimiento vital*, y éste no puede propiamente *transmitirse*, sino con la transmisión de la misma vida; con todo, puede insinuarse *por sugestión;* como acontece en la vida ordinaria, que ciertas palabras ó manifestaciones nos contagian con ajenos sentimientos. Así, dicen, acontece en el orden religioso, que los *hom-*

bres de intensa religiosidad poseen el poder de *sugestionar* á sus semejantes; no sólo á los que inmediatamente los tratan, sino por medio de éstos á otros y á otros, de generación en generación. Así, por ejemplo, Mahoma, hombre, dicen, de *intensa religiosidad vital*, sugestionó á sus contemporáneos de Arabia, logrando transformar su *vida religiosa*; y de esta suerte, no precisamente por la enseñanza de nuevos dogmas, *fundó* una nueva religión: esto es, una familia religiosa, en la que la sugestión y la herencia han perpetuado aquella forma del *sentimiento religioso*, y por añadidura, aquellas creencias, que brotaron en Mahoma de su propia religiosidad vital. Y lo que se dice de Mahoma, dígase de Lutero, de Calvino y de todos los fundadores de religiones ó sectas religiosas.

13. Este es, según los modernistas, el verdadero concepto de la *tradición*, con el cual explican la tradición católica, ni más ni menos que la de las otras sectas ó religiones, haciéndola derivar de aquella *vida religiosa intensísima* de Cristo, que fué como la semilla de que germinó toda esa inmensa fecundidad religiosa del Cristianismo. Esta sugestión religiosa se sirve también, como de instrumentos, de las fórmulas dogmáticas y sacramentales, en las cuales reside cierto poder sugestivo, como el que se halla, v. gr., en ciertas frases, de que decimos que *han hecho fortuna*.

Mediante esta sugestión de la palabra dogmática, hablada y escrita, se aviva y transmite el *sen-*

timiento religioso, y cuando esto sucede, la religión *vive* y se *propaga* de pueblo en pueblo y de generación en generación.

En toda esta doctrina, cuyas absurdísimas consecuencias enumeraremos luego, hallamos una nueva manifestación de las venosas raíces del Modernismo, que ya refutamos de propósito y tantas veces hemos señalado. Pero además, lo que nos dice en este punto de la Tradición, es contrario á *la experiencia inmediata*, la cual nos enseña que, en la *transmisión* de la fe religiosa, *no sigue el dogma* al sentimiento religioso específico, sino éste es quien sigue al dogma. De donde se saca un nuevo argumento contra los modernistas. ¿Decís que el dogma no es sino formulación del sentimiento? Pero, quitados los *fundadores* de las religiones, que tuvieron que recibir los dogmas directamente de Dios, ó inventarlos arbitrariamente, todos los demás hombres *primero* reciben el *conocimiento* de las verdades religiosas, y *mediante éste*, por esa que llamáis *sugestión*, vienen á despertarse sus sentimientos religiosos. ¡No es, pues, el dogma quien se acomoda al sentimiento religioso, sino el sentimiento quien sigue las direcciones del dogma! Ciertamente, los fervorosos sentimientos de amor, reverencia, admiración, que todos los buenos católicos profesamos á la Virgen nuestra Señora, no son la *causa* de que la creamos Madre de Dios y Abogada misericordiosa nuestra; sino *efecto* de que profesamos esta creencia. Y asímismo no *creemos* en la divinidad de Cristo, por efecto

del amor intenso y reverencia profunda que le profesamos, sino alimentamos hacia él estos sentimientos, por la firme persuasión de que no es un puro hombre, sino un Dios hecho hombre para nuestra redención.

Esto es ciertísimo en todos los cristianos que no gozamos de la presencia corporal de Jesús, ni oímos la dulzura de su voz, ni vimos la majestad de su aspecto; luego, por la paridad de los efectos, podemos concluir la paridad de las causas, y asentar que, los apóstoles y primeros discípulos, si bien gozaron aquella divina conversación y estuvieron, si se quiere, *sugestionados* por ella, no fundaron en estos *sentimientos*, sino en la experiencia *externa* de los prodigios que le vieron hacer, la fe que nos transmitieron. ¡So pena de decir, que su Cristianismo y el nuestro son específicamente distintos!

14. Con la brevedad que exigen estas conferencias, creo, sin embargo, que dejamos establecidos suficientemente los principios *teológicos* del Modernismo. Partiendo de la doctrina de la *inmanencia*, la cual se convierte aquí en inmanencia *teológica*, explicada diferentemente por los modernistas, según procuran más ó menos recatarse del Panteismo; establecen un *simbolismo* teológico de toda creencia positiva; una *evolución dogmática*, y una manera de *experiencia tradicional* ó Tradición sugestiva. Sobre estos fundamentos edifican su *sistema teológico*, cuyos principales puntos vamos á exponer de pasada.

En la *Teología estrictamente dicha*, ó sea, en cuanto se refiere al conocimiento de Dios, siguiendo las inspiraciones del Agnosticismo, hace naturalmente el Modernismo *tabla rasa* de toda la Teología racional, que se eleva al conocimiento de Dios por medio de las criaturas, y rastrea en ellas las perfecciones divinas, como en la obra de arte se rastrean las perfecciones del artista; sin perjuicio de sustraer luego cuanto se entiende ser incompatible con la suprema perfección de Dios. De todo esto, decimos, hace tabla rasa el Modernismo, que no reconoce otra fuente de conocimiento teológico, sino la *inmanencia teológica;* y sacando de ella el *concepto* de Dios y la *fe* en su existencia, relega luego á la condición de *fórmulas dogmáticas secundarias* todo cuanto profesa la Iglesia católica acerca de la Trinidad de Personas, divinidad de cada una de ellas, etc. Todas éstas son, para el Modernismo, meras *manifestaciones* históricas de la *creencia en Dios*; y por eso le llama con razón el Sumo Pontífice, *quintesencia de todas las herejías!* Pues, en realidad, el Modernismo encierra la malicia del Arrianismo, que negó la divinidad del Hijo, y del Macedonianismo, que negó la del Espíritu Santo, y del Nestorianismo, que negó la unión hipostática sustancial y la Maternidad divina de la Virgen; y del Eutiquianismo, que confundió malamente las naturalezas de Cristo, y del Monotelismo, que negó en él la distinción de las voluntades!... ¡Pues quien considera todas estas herejías como *legíti-*

mas manifestaciones históricas de la *creencia* en Dios; como símbolos *inadecuados* de la unidad múltiple de lo Infinito, *tan legítimos* y *no más incompletos* que los dogmas católicos, ése hácese en realidad reo de todos aquellos errores que legitima!

15. En la *Cristología* ó doctrina de Cristo, y la *Soteriología* ó doctriua de la Redención, no son menos enormes los errores en que el Modernismo incurre, ó á que lógicamente conduce. Pues comienza por establecer que Cristo es *puro hombre*, pasando con un acrobatismo dialéctico sin ejemplo, de la *no*-cognoscibilidad de su sér divino, á la *negación* del mismo. En la conciencia de Cristo, por su mayor perfección *humana*, y por su profunda experiencia de la vida, se despertó y desenvolvió el *sentimiento religioso*, con una exuberancia y plenitud sin ejemplo; y, si es lícito en la exposición de tan absurdas blasfemias, emplear palabras de la Escritura: *de plenitudine ejus omnes accepimus*: esta plenitud de su religiosidad, á un mismo tiempo natural y sobrenatural, se derramó en todos los hombres que oyeron y abrazaron su doctrina, por aquella manera de *sugestión* ó transmisión de la *experiencia* que dijimos.

Ni los profetas, ni los apóstoles, ni el mismo Jesús, *recibieron su doctrina* religiosa por revelación que les viniera de fuera de ellos mismos; porque esto, dicen, lo prohibe la ley de la *inmanencia*. Ni alcanzaron el completo desarrollo de su creencia, de una vez, sino paulatinamente; porque esto

exige la ley de la *evolución vital*. Sólo que esta evolución fué ayudada por la enseñanza *sugestiva* en los apóstoles, mientras que en Cristo fué espontánea; ¡ni más ni menos que en Buddha ó Zoroastro ó en Mahoma, y aun en Lutero! Por eso dicen, todos nuestros sentimientos religiosos *estaban contenidos*, en cierto modo, en el sentimiento religioso de Cristo; no como nuestra *gracia*, en su gracia; ni siquiera como nuestras voluntades en la voluntad del primer padre que nos hizo pecar á todos pecando; sino simplemente, en cuanto la *tradición sugestiva ó experiencia tradicional*, injerta en todos los cristianos aquellas *experiencias religiosas*, que alcanzaron en Cristo su apogeo.

16. En este sentido, y no de otra suerte, *nos redimió* Cristo, por cuanto á él debemos aquella elevación de nuestra religiosidad, que bastó para nuestra redención *simbólica*; esto es, para despertar en nosotros la conciencia de nuestra elevación moral, y desasirnos de las pasiones elementales, que nos mantenían en la servidumbre del *hombre bestial*. Y por su virtud *resucitamos*, como él *resucitó*; esto es, haciéndonos superiores á los padecimientos por la paciencia, con resurrección simbólica, como fué la suya, que no sacó su cuerpo vivo del sepulcro, sino sus *ideas triunfantes* de la persecución de sus enemigos. Así triunfaron y *resucitaron* los mártires, oponiendo á la furia de los tiranos, la invencible soberanía de su libertad moral.

¡Pues viniendo á la *Iglesia* y á los *medios de*

salvación en ella depositados, no tropieza el Modernismo con mayores obstáculos! La Iglesia es la *sociedad* de los fieles, que se formó por la predicación de Cristo y de sus apóstoles, por cuanto, *transmitiendo* á todos los que creyeron en él, aquellas sus altísimas experiencias religiosas, los *elevó* y juntó en una *unidad moral*, que se conserva y extiende en el tiempo y en el espacio, mediante la *sugestión* de las mismas experiencias, las cuales dan cierta particular conformidad á los *sentimientos religiosos* de sus miembros.

¿Y los sacramentos?—¡Pues muy sencillo! Son símbolos sugestivos, que por efecto de ciertas palabras y acciones, y la creencia de que proceden de Cristo y tienen virtud sobrenatural, *sugestionan* al que los recibe, y fomentan y conforman de cierto modo particular su *vida religiosa inmanente*.—Pero entonces ¿será mentira que fueron instituídos por Cristo inmediatamente?—¡No señor! Lo fueron, en cuanto la *vida religiosa* que los produjo, no fué otra que la promovida y transmitida por Cristo. Así como decimos que la *semilla* germina la planta y es causa de su tallo, de sus hojas y frutos, porque todo ello sale de la virtud de la semilla; así toda nuestra vida religiosa se origina, por lo menos en cuanto á su grado de intensidad y forma particular, de la vida religiosa de Cristo, de quien se dice, por consiguiente, que *vive en su Iglesia* y en cada uno de los fieles, y por tanto, *ejecuta* las *acciones vitales* de ella y de ellos, y es verdadero *autor* de los *sacramentos*... Y con la

misma propiedad lo será del culto y de la disciplina, que en el proceso histórico de la Iglesia se desenvuelven!

IV

17. Al considerar en su hilación las doctrinas del Modernismo, acontece una cosa semejante á lo que sucede á quien estudia la construcción filosófica de Hegel; donde, una vez admitida la identidad del orden lógico y ontológico; absurdo que le sirve de base; no puede menos de admirarse la arquitectura maravillosa de todo el sistema, que abraza con ferreos anillos, sin estrujarlo excesivamente, todo el universo de las ciencias y de las artes, de la historia y de la vida. Lo propio sucede en el Modernismo; el cual, partiendo de las falsas doctrinas del Agnosticismo y el Voluntarismo ó la inmanencia vital, enlaza en sus espirales todos los ramos de la ciencia teológica y de la vida religiosa, dejándoles *todo su aspecto exterior*, aunque trocado el jugo y el contenido de su existencia.

¡Pero hay otra cosa que maravilla aún más en el Modernismo, ó por mejor decir, en los modernistas, y es, que tales hombres tengan el valor de contarse todavía entre los católicos é hijos de la Iglesia, y no sólo afirmen su ortodoxia, sino se indignen contra quien la pone en tela de juicio!

Nosotros podríamos analizar fríamente el Mo-

dernismo, como analizamos otras doctrinas erróneas de los antiguos filósofos ó de los racionalistas modernos. Estos están fuera de la Iglesia, y podemos mirarlos con toda serenidad y apreciar sus ingeniosas invenciones al lado de sus groseros yerros. Pero los modernistas no llevan en la frente solamente el sello del error, sino el estigma de la traición y la felonía; ni atacan al Catolicismo cara á cara, sino disfrazando sus ataques con la repugnante envoltura de hipócritas sumisiones.

Y aun cuando la Iglesia levanta la voz contra ellos y los hiere con el látigo de sus anatemas, saben reprimir su orgullo herido, ante la consideracion de su interés sectario; y hacen que besan la mano que los azota, para clavarle en ella, más á su salvo, su venenoso diente.

18. Para sostenerse en esta posición, imposible para quien tuviera siquiera el decoro de sus convicciones, han inventado una teoría extravagante, aunque no extraña á la totalidad de su pernicioso sistema. *La vida religiosa*, dicen, por un concepto *necesita* de una *Asociación exterior;* de una *Iglesia*. Porque, por una parte, los que alcanzan la fe viva, sienten la necesidad interna de propagarla, comunicándola á otros; y por otra parte, entre todos éstos que la van profesando, nace y se desarrolla una *conciencia colectiva*, que depende del *primer creyente* por el vínculo de la *experiencia tradicional;* donde se trata de los católicos, de Cristo. Mas toda sociedad necesita una *autoridad* la cual debe regir al cuerpo de la sociedad religio-

sa, en los asuntos disciplinares, cultuales y dogmáticos.

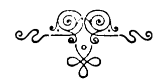
Pero como esta autoridad exterior no empece el desenvolvimiento *vital* de la religión, en los corazones de la colectividad y de cada individuo de ella, nacen de aquí dos *fuerzas*, que regulan la evolución de la vida religiosa: la fuerza *centrífuga*, que se origina del sentimiento religioso viviente en cada una de las conciencias individuales y en la conciencia colectiva; en virtud de la cual, la religión tiende incesantemente á *evolucionar progresivamente*, á compás del progreso humano de las inteligencias y sentimientos; y la *fuerza centrípeta* de la Autoridad dogmática, que tiende á mantener la *cohesión* y *unidad*, oponiéndose á los avances, por cuanto constituyen variaciones.

¡Ambas fuerzas, no son sólo legítimas, sino necesarias; pues, sin la segunda no se podría mantener la cohesión, ni por consiguiente la *sociedad religiosa*, que ya hemos establecido ser necesaria; pero sin la primera, *la vida religiosa* vendría á languidecer, y, finalmente, á morir; por la conexión indisoluble entre la vida y la evolución. Aun cuando, pues, haya entre estas fuerzas una antinomia, se viene á resolver en una ley de harmonía vital; como sucede en los movimientos del Universo, que se rigen y equilibran por la síntesis de estas fuerzas encontradas!

19. ¿Qué se sigue de ahí? Que el modernista, al sentirse herido por el anatema de la Iglesia, baja la cabeza y se somete exteriormente á la

Autoridad; porque profesa, que la *obediencia* á la Autoridad es necesaria para el orden social. Pero, ¿sométese interiormente? ¿Reconoce lealmente su error? ¿Cambia dócilmente su camino? ¡Ah, eso no! ¡Porque ceder á la imposición de fuera, sería oponerse á la ley de la inmanencia vital, á la ley del progreso, á la ley de la evolución, á la ley de la vida! ¡De suerte que, lo que hasta ahora todo el mundo había llamado *sumisión hipócrita*, queda bautizado por los modernistas con el honroso nombre de *equilibrio* entre las dos fuerzas centrífuga y centrípeta, que rigen el desenvolvimiento de la vida religiosa! ¿Qué se puede esperar, por consiguiente, de tales hombres?

¡En realidad *nada* puede esperarse; y por eso la Iglesia, que es Madre piadosa con sus hijos, é indulgente y paciente con los que yerran, procede ya á *desenmascarar* á los modernistas, para que, ya que no sea posible corregirlos á ellos, se les quite el medio de corromper á los buenos católicos perseverando mezclados en sus filas!



CONFERENCIA SÉPTIMA

LA CIENCIA Y LA HISTORIA

«Re porro huc adducta, Venerabiles Fratres, satis superque habemus ad recte cognoscendum, quem ordinem modernistae statuant inter fidem et scientiam, quo etiam scientiae nomine historia apud illos notatur.—Ac primo quiden tenendum est, materiam uni obiectam materiae obiectae alteri externam omnino esse ab eaque sejunctam.» *(Pascendi.)*

SUMARIO:

I. Naturaleza filosófica del Modernismo.—Concepto de la *Ciencia:* grados de certidumbre.—Concepto modernista: su incongruencia; investigación científica de las *causas.*—Estudio de las *leyes:* la ley y la excepción.—Hipótesis científicas.—El odio sectario.

II. Concepto de la *Historia:* su rebajamiento por los modernistas. *El Coleccionismo.*—La historia bíblica: resurrección de Cristo.—La experiencia: confusiones.—Los testigos.—*Cuestión de palabras.*—Verdadero alcance del testimonio histórico.

III. Las hipótesis de la Crítica.—Verdadero método histórico.—Examen de testigos.—Arbitraria distinción de la historia sagrada y profana.—Inconsecuencia de los modernistas.—*Transfiguración y desfiguración* de los hechos religiosos.—Apriorismo de las hipótesis psicológicas.—La Historia y la Novela.

I

1. El Modernismo no es, en puridad, más que un sistema *filosófico*, una tentativa de remozar la crítica de Kant y de Spencer, salvándola del escepticismo á que conduce, en brazos de un voluntarismo sentimental. Todo lo demás que en las doctrinas de los modernistas encontramos, no son sino aplicaciones de esta falsa filosofía; aplicaciones á la *fe*, que se reduce á un *sentimiento* de la Divinidad inmanente; aplicaciones á la *Teología*, que se reduce á una elaboración racional de estas creencias sentimentales; aplicaciones á la *Ciencia*, á la *Historia*, á la *Apología* y á la *vida* del Cristianismo.

En todas estas aplicaciones, el Modernismo, consecuente consigo, comienza por demoler con la piqueta del *Agnosticismo* las antiguas construcciones que le embarazan, echa luego los fundamentos, asentándolos en la teoría de la *inmanencia vital*, y con estos elementos procura, por fin, dar solución á los problemas que le ofrece cada una de las mencionadas ramas de la Ciencia eclesiástica.

Ya, pues, que hemos estudiado en las conferen-

cias anteriores al modernista como *filósofo*, como *creyente* y como *teólogo*, vamos en ésta y en la inmediata siguiente, á considerarle como científico é historiador y, finalmente, como apologista y reformador, que son los conceptos en que el Sumo Pontífice le considera y rebate, en su luminosa Encíclica *Pascendi*.

2. El modernista, inspirándose en los principios agnósticos, escribe en el frontispicio de su ciencia: *Dios no es objeto de la Ciencia*; y como para estos señores, la *Historia* es una Ciencia, prosiguen declarando: *¡Dios no es un personaje histórico!*

Para justificar estas afirmaciones, comienzan por establecer, *por su resolutorio arbitrio*, un concepto de la Ciencia enteramente distinto del que hasta ahora habían usado y reconocido todos los sabios. La *Ciencia*, se venía diciendo hace casi treinta siglos, es *el conocimiento de la naturaleza de las cosas*, ó lo que venía á ser lo mismo, *el conocimiento de las cosas por sus causas necesarias*; y como estas causas pueden ser *morales*, *físicas* y *esenciales*, las ciencias se dividían, naturalmente, en tres órdenes: ciencias *morales*, ciencias *físicas* y ciencias *metafísicas*, de las cuales, estas últimas sobrepujan en dignidad á las primeras, cuanto es más estrecho el vínculo de dichas causas con sus efectos, y por consiguiente, más cierto el conocimiento que por ellas se obtiene. Ciertamente, las leyes morales fallan en alguno que otro caso particular, porque por encima de ellas

está la libertad humana. Por eso, dichas leyes, engendran sólo una certidumbre *moral.* También las leyes físicas admiten las excepciones que tiene decretadas el *Autor* de la Naturaleza, á quien *obedecen los vientos y los mares*, y por eso engendran sólo una certeza física ó natural (1). Sólo las leyes metafísicas *no admiten excepción*, porque arraigadas como están en la esencia misma del sér y, por lo tanto, en la esencia misma de Dios; ni Dios mismo puede hacer que se alteren; de donde se sigue, que no admiten excepción ninguna, y por tanto, el conocimiento que en ellas se funda, no puede fallar en ningún caso.

¡Por más que los racionalistas se empeñen en llevar hasta un injustificado extremo la permanencia de las leyes físicas, nunca se probará que Dios, Autor de la naturaleza, no sea superior á ellas y pueda decretar *excepciones*, como todo legislador puede decretarlas en las leyes que sanciona y promulga! La certidumbre física es siempre realmente *condicionada.* Cuando decimos que el fuego quema, entendemos implícitamente *de suyo*; pues no hay repugnancia ninguna en que Dios le suspenda alguna vez este poder de abrasar, como sabemos haberlo hecho en los martirios de algunos de sus siervos. Cuando decimos que la piedra cae

(1) Sobre las leyes morales está la libertad humana; sobre las leyes físicas, la libertad divina. Sólo el panteísta, que niega á Dios la libertad y la personalidad, puede negar la posibilidad del milagro.

por su propia gravedad hacia el centro, sobreentendemos, si el Autor de la Naturaleza no suspende, en algún caso particular, la realización de esta ley universal. Y ésto, ni repugna á la sabiduría, ni á otro alguno de los atributos de Dios, ni es obstáculo para la *certidumbre física*, ni para la seguridad de la vida ordinaria. ¡Ciertamente, el ingeniero que calcula el presupuesto de un ferrocarril, para nada ha de tener en cuenta que pueda Dios trasladar los montes y mudar el curso de los ríos! Con todo, el ingeniero cristiano, sabe muy bien que ésto *¡es posible!* y sabe al mismo tiempo, que no entra en los cálculos de la prudencia humana. Hace, pues, sus cómputos, y añade ó suple aquella frase de la prudencia popular cristiana: *¡Dios sobre todo!*

Pero en las leyes metafísicas no sucede ésto. Cuando afirmamos que *el todo* es mayor que cada una de sus partes, no suponemos ninguna excepción posible; porque Dios dejaría de ser Dios, si en un solo caso dejara de verificarse una proposición de evidencia esencial y certidumbre geométrica ó metafísica.

¡Dios, con ser Dios, no puede hacer que una criatura deje de depender de él; porque el dominio de Dios sobre la criatura, se funda en la esencia misma del sér contingente y necesario! ¡Dios, con ser Dios, no puede hacer que se dé un efecto sin causa, ni que haya en el efecto una perfección, que no exista, con eminencia ó igualdad, en su causa adecuada! ¡Dios, con ser Dios, no puede ha-

cer que lo que ha sido deje de haber sido! En una palabra: ¡aunque Dios puede destruir en un instante todo el universo, y crearlo de nuevo en otro instante, no puede quebrantar una sola de las leyes metáfísicas de los seres! Por eso, las ciencias que versan sobre estas leyes esenciales, aventajan en excelencia y certidumbre á las ciencias morales y físicas.

3. Esto no obstante, los modernistas *niegan* el nombre de ciencia á todos los conocimientos que exceden la esfera de los fenómenos físicos, al paso que lo conceden á la Historia! Fundados en los principios del Agnosticismo, no admiten otra certidumbre *científica*, que la que se encierra en el orden *fenoménico*.

Pero en esto mismo descubren los modernistas una maravillosa inconsecuencia. Veámoslo en algunos ejemplos:

Un hombre presenta los síntomas de la muerte y yace frío cadáver. Viene la Medicina y declara: ¡este hombre *está muerto!* Y no se contenta con esto; investiga los caracteres del cadáver; indaga el curso de la enfermedad, y define: este hombre ha muerto de veneno, ó de viruelas, ó tísico! ¡Todo esto se admite como indudablemente científico!

Pero después que la Ciencia ha dado á un hombre por muerto, viene un taumaturgo, un profeta, y dice: «¡Para que conozcáis que soy profeta de Dios, *¡Lázaro! Levántate y anda!* Y aquel cadáver, científicamente difunto, se incorpora en

la plenitud de la vida y obedece á la voz del profeta. ¿Qué dice aquí la Ciencia? La Ciencia, dicen los modernistas, nada tiene que decir aquí, sino declararse *incompetente* para juzgar de este *fenómeno.*

Y esto ¿por qué? «Porque la Ciencia, ¡no como se entendía en los *in-folio* de la Edad Media, sino como la entendemos ahora, no es otra cosa, sino la clasificación de los *datos* de experiencia, *el conocimiento sistemático de los fenómenos y de sus leyes!* Para nosotros, no hay otras *Ciencias*, propiamente dichas, sino las ciencias *positivas*!» ¡Vanísimo efugio! La Ciencia ha sistematizado, según decís, los *datos* de la experiencia; ha señalado *las leyes* de los fenómenos; y mediante esta experiencia y estudio, ha venido á concluir, que cuando en el cuerpo humano se manifiestan tales y tales síntomas, ha sobrevenido la muerte, el hombre es ya cadáver, y ese cadáver *no puede*, por las fuerzas de la naturaleza, levantarse y echar á andar. Todo eso nos lo dice indudablemente *la Ciencia.*

Pero he aquí, que sobreviene el profeta, ¡y el cadáver *anda*! ¿Qué dice entonces la Ciencia? La Ciencia, responden los modernistas, no dice entonces *nada*! Cuando mucho, *toma nota* del hecho; pero no pasa más allá. Establecer la realidad de una *resurrección*, de un *milagro*, eso en ninguna manera puede hacerlo la Ciencia. Eso queda para la fe, que versa *en otro orden* de conocimiento.

Pero, ¿por qué no puede hacerlo la Ciencia? ¿No

asciende la Ciencia, de los fenómenos á sus causas, cuando me dice, no sólo que el cuerpo está frío, sino que es cadáver; no sólo que es cadáver, sino que ha muerto de viruelas, ó que ha sido envenenado con arsénico? ¿No establece la Ciencia con entera certidumbre, que un hombre ha sido envenenado con arsénico? Luego *es falso* que se quede en el fenómeno. ¡Es cierto que asciende del fenómeno á la causa de él! ¿Qué razón hay para que se declare *incompetente* en el caso contrario? Si es competente para asentar el hecho de la *muerte*, ¿por qué no lo será para certificar después el hecho de la *resurrección*? Si asigna las causas de la primera ¿por qué no podrá asignar las de la segunda?

Apenas he hallado en la historia del error, otra más irritante hipocresía y malicia, que la que manifiestan en esta parte estos flamantes sabios. Estudian la Naturaleza con indecible afán; escudriñan sus más recónditos senos. Y en cuanto les arroja á la cara una demostración de la intervención directa de Dios, le vuelven la espalda con un estúpido desdén, y declaran que aquel hecho les es *indiferente*; que sale de la esfera de su competencia.

4. Pero si ellos son libres para obstinarse en su odioso silencio, nosotros lo somos también para perseguirlos con nuestra lógica inflexible y ponerlos en la picota del ridículo y de la execración que merecen. ¡Faltan á la verdad y á la sinceridad esos pretendidos sabios, cuando afirman

una y otra vez que no buscan más que el fenómeno! ¡El mero catalogar fenómenos, ni ahora ni nunca se ha honrado con el nombre de ciencia! La ciencia no empieza sino donde comienza la inducción ó la generalización. Por eso, desde el fenómeno pasa á la causa, á la fórmula general, á la ley.

¿Qué hace la Química? ¿Por ventura se contenta con establecer una serie de observaciones experimentales acerca de las reacciones que descubre? ¡No! Sino estudia la composición de los cuerpos, los clasifica en grupos, fija los caracteres de sus combinaciones, formula sus leyes, y *fundándose* luego en esas leyes que ha establecido, procede al análisis. Cuando al ver formarse en el tubo de ensayo cierto precipitado, asegura la existencia de un determinado metal; ¿lo ha visto por ventura? ¡No lo ha visto! No ha visto más que un efecto suyo, y como *un metafísico medioeval*, procede, sin embargo, del efecto á la causa, y afirma, no sólo el fenómeno que ve, sino la causa de él. Pero si yo, al observar la existencia de las criaturas, valiéndome del mismo raciocinio, afirmo la existencia del Criador, el químico modernista se encoje de hombros, y me dice: ¡Allá verá usted; ese procedimiento *no es científico*, y por consiguiente, nada tengo yo que ver con él! De suerte que *argüir del efecto á la causa* para descubrir la existencia de un metal, es razonamiento *científico*; pero argüir de las criaturas á la causa de ellas, que es el Criador, ¡eso ya se sale enteramente del terreno de la ciencia!

Si un químico se empeñara en excluir de los dominios de la ciencia todas las substancias orgánicas, en el estado actual de la ciencia se le tendría por necio é ignorante; y con todo eso, podría alegar esta razón plausible: En la elaboración de las sustancias orgánicas interviene un principio muy diferente de las reacciones químicas; es á saber, ese misterioso agente que llamamos *la vida*. Esta excepción no carecería de fundamento; sin embargo, la ciencia moderna no la admite. La Química no considera las substancias como *vivas*, no estudia sus operaciones vitales (lo cual pertenece á la Biología ó Fisiología), ni su constitución orgánica, porque esto corresponde á la Histología ó á la Anatomía; pero *en cuanto substancias* afectables por las reacciones químicas, la Química las incluye en su distrito.

Sin embargo, la Ciencia, que no puede prescindir de los raciocinios fundados en el principio de causalidad, arroja de la esfera científica todas las conclusiones que se fundan en el mismo principio, con sólo que digan relación á una causa, como dicen, *trascendental*, esto es, que no se percibe directamente con los sentidos. Esto es, sin duda, mucho más ilógico que excluir de la Química todas las substancias orgánicas, sin otro motivo que intervenir en su elaboración el principio de *la vida*, cuyo estudio no cae bajo la esfera de la Química.

Pero hay más; dentro de los raciocinios científicos fundados en el principio de causalidad, la

ciencia va á parar infinitas veces á causas que no sé por qué no llaman también trascendentales. ¿No trata la Física de la electricidad? ¿No trata del magnetismo? ¿No admite la existencia del éter?

¿Por qué no pone éstas en el número de las entidades trascendentales, puesto que evidentemente trascienden la esfera de todos los sentidos? ¿Con qué sentido percibimos la electricidad? ¡Tan cierto es que no la percibimos con ninguno, que durante decenas de siglos los hombres vivieron rodeados de ella sin percatarse de su existencia! ¿Quién ha visto el éter?

Pero me decís: ¡Percibimos los *efectos* de la electricidad, y admitimos la existencia del éter, porque sin él no es posible concebir la transmisión de las vibraciones luminosas, caloríficas y eléctricas, á través de los espacios siderales! ¡Perfectamente! Pero asimismo habéis de admitir en la esfera de la ciencia, á los espíritus, *causa* de los fenómenos espirituales; y sobre todo, á Dios, causa de las causas, sin cuya existencia es imposible darse cuenta de la existencia de sér ni de fenómeno alguno!

5. Los modernistas que vuelven las espaldas á la comprobación científica de milagro, se parecen muchísimo á un geómetra, que admitiera como objeto de la ciencia las superficies cóncavas, y excluyera de ella las convexas. ¿Por qué sería ridículo este geómetra? ¿Por qué sería cómica una Medicina, que quisiera conocer los síntomas de la enfermedad y no los caracteres de la salud?

Por un principio que, medioeval y todo, no se ha podido expulsar de las ciencias. *Contrariorum eadem est ratio*, decían los rancios escolásticos. Si la ciencia admite como objeto suyo un contrario, no puede excluir al otro contrario. ¡Quien no sabe lo que es la vida, no puede formar concepto de qué cosa sea la muerte! ¡Quién no sabe lo que es la salud, no sé que podrá saber acerca de la enfermedad!

Son las superficies cóncavas y convexas que mutuamente se explican, y pertenecen al distrito de una misma ciencia ó manera de conocimiento.

Ahora bien; las ciencias, esas ciencias que llaman los modernistas *positivas*, y para quien pretenden monopolizar el nombre de ciencia, tratan sin duda alguna, de las *leyes* de la Naturaleza. Pero suponed que se da *una excepción* de alguna de estas leyes. ¿A quién corresponderá el estudio y *juicio* acerca de ella? ¡Sin duda alguna, á la misma ciencia!

Esto es evidente y palmario; pero contrario, no obstante, á la *profunda sabiduría* de los modernistas; pues *el milagro* no es otra cosa sino una excepción, divinamente ordenada, de las leyes naturales; mas los modernistas, atribuyendo á la Ciencia el estudio y conocimiento de las leyes naturales, arrojan el milagro, no sólo del distrito de la Ciencia, sino enteramente de la esfera del entendimiento, y lo destierran á los nebulosos espacios de la fe! ¿Puede darse absurdo mayor?

La Iglesia, aunque posee el magisterio de la

Teología, no se arroga, sin embargo, el estudio inmediato de *los hechos milagrosos;* antes lo remite á las Academias, ó á los sabios á quienes convoca para dar testimonio de ellos ante las Sagradas Congregaciones. ¿Es el milagro una curación? Pues interroga ante todo el testimonio de los médicos; porque de la curación no puede juzgar competentemente, sino el mismo que es competente para juzgar de la enfermedad. Sólo cuando cuenta con el testimonio facultativo de los médicos; cuando ellos dan fe de que la enfermedad era real é incurable, ya absoluta, ya relativamente á los medios que para curarla se emplearon, procede la Autoridad eclesiástica, apoyada por su parte en las razones teológicas que sirven para discernir el milagro verdadero, á la definición de él!

Mas los modernistas, hacen todo lo contrario, ¡Nosotros, vienen á decir, somos unos sabios que conocemos la enfermedad; pero nada podemos decir acerca de la salud! ¡Nosotros somos geómetras peritísimos... los únicos peritos, en materia de superficies convexas; pero las cóncavas no rezan con nosotros! ¡Nosotros somos conocedores *únicos* de las *leyes* naturales! ¡Pero cuando se comprueba una excepción... ¡ah!, entonces no nos toca sino encogernos de hombros! ¡Porque somos sabios de leyes, no sabios de excepciones!

6. Considerando el Agnoticismo científico desde este punto de vista, no parece más que insensato y ridículo. ¡Pero tiene otro cariz que le

hace todavía más aborrecible y repugnante! ¡Este cariz es el de la injusticia, verdaderamente sectaria, con que rechaza á unos sin oirlos, al paso que patrocina incondicionalmente á otros!

¡Oid á los modernistas, y os dirán maravillas de la *evolución:* evolución en el orden de la Naturaleza, evolución en la cultura, evolución en la dogmática! Pero, ¿qué es hasta ahora la famosa Teoría de la evolución? ¿Es por ventura más que una *hipótesis*, de las más endebles que se han propuesto en la larga historia de las conjeturas científicas? ¿Qué argumentos apodícticos se han aducido en favor de la hipótesis evolucionista en las ciencias naturales? ¿Qué argumentos irrebatibles traen los críticos modernistas en apoyo de sus hipótesis exegéticas? ¿Serán capaces de reclamar para sus sistemas, ninguno de los cuales suele durar diez años sin ser reformado, refundido, ó totalmente mandado retirar y sustituído por otro diferente; serán capaces de reclamar para ellos, más que una *tenue probabilidad?* ¿Tendrán la avilantez de dárnoslos por conquistas *definitivamente adquiridas* para la Ciencia? ¡Apenas creemos que se hallará alguno que haya llegado hasta tal grado de orgullo y de locura! ¡No! ¡Ellos se contentan con aseverar como cierta é indubitable. la *demolición* de la doctrina católica en materias teológicas ó bíblicas! ¡Pero por lo que hace á sus sistemas, se contentarían con que admitiéramos en ellos un tolerable grado de probabilidad! ¡No son más que *hipótesis*, ni sus autores mismos se atre-

ven á reclamar para ellos otro dictado, y lo propio sucede con las otras teorías científicas!

Ahora bien: ¿qué *ciencia positiva* es ésa, que consta en su mayor parte de hipótesis? ¿Qué conocimiento menos positivo que las hipótesis, las cuales, producto las más veces de sola la fantasía, duran un corto período en la escena de la ciencia contemporánea, para ir luego á aumentar los trastos viejos en el desván de la historia científica? ¡Y esos hombres, que escriben gruesos volúmenes cuajados de hipótesis, y llenan con ellas las páginas de mil revistas adornadas con el título de científicas, nos vienen luego á excluir de *la Ciencia* todo lo que traspasa la esfera de los sentidos, so pretexto de que *no entienden por Ciencia*, sino el *conocimiento sistemático* de los *datos* debidos á la observación experimental! ¿Dónde han *observado* el éter, el antropopiteco, la elevación de los seres de especie en especie?

7. De todo lo cual resulta claramente, que todo eso que nos dicen del *concepto moderno* de la Ciencia, para excluir de ella á Dios, es mera palabrería, y vana envoltura de los odios sectarios. Cuando un enemigo ve venir por una calle, en dirección contraria, al enemigo á quien rencorosamente aborrece, tuerce por la primera esquina, para no tener el disgusto de encontrarse con él. ¡Le compadecemos! ¡Es un hombre débil, que no sabe sobreponerse á sus pasiones! Pero si otra persona que va con él le pregunta la razón de ese cambio de frente, y le contesta pretextando

que la calle es estrecha ó empinada, ó que no tiene costumbre de pasar nunca por ella, entonces ya no le tenemos lástima; entonces nos da risa por su ridiculez, nos inspira desprecio por su mentira y bellaquería! Este es, ni más ni menos, el caso de nuestros científicos modernistas.

¡Dígannos que rehuyen encontrarse con Dios, porque les es un personaje *molesto!* ¡Nos hacemos el cargo! ¡Pero no salgan con la pasmarotada de que *pasan sin verle*, porque no es un personaje científico, porque no es un personaje histórico!

No hay ciencia que pueda prescindir del principio de causalidad. Este es el instrumento más indispensable y de uso más frecuente en todas las ciencias. Y no es posible manejarlo mucho tiempo, no es posible mirar muchas veces por ese telescopio, sin descubrir á Dios; á Dios que anda en la Naturaleza, llenándola con su inmensidad, sosteniéndola con su poder, reflejando sus inefables perfecciones en todas las obras de sus manos.

II

8. Más repugnante, si cabe, que la hipocresía con que tratan los modernistas de excluir á Dios de las disciplinas científicas, es la perversidad con que procuran desterrarle de los estudios históricos. *Dios no es un personaje histórico*, dicen; y se esfuerzan en probarlo de este modo: La Historia,

por lo menos aquélla que puede aspirar al dictado de Ciencia, no es más que *la relación de los hechos que se perciben con los sentidos*; pero es así, que Dios no cae bajo el dominio de las impresiones sensitivas; luego la Historia nada tiene que referir acerca de Dios; por consiguiente, *Dios no es un personaje histórico.*

¡Todo es falacia y sofistería en este raciocinio, inventado por la impiedad que *huye*, como Caín, de la faz de Dios: *Egressusque est Caïn a facie Domini*! Empiézase por pervertir el concepto de la Historia, lo propio que se pervierte el concepto de la Ciencia; y hecho esto, se repudian las historias verdaderas que molestan, sin perjuicio de admitir y condecorar con el pomposo nombre de Ciencia las más gratuítas *suposiciones* y más ajenas de la verdadera Historia. Veámoslo por partes.

En primer lugar, es falso que la Historia se limite, con esa pretendida exclusividad, á lo que cae bajo el dominio de los sentidos. La Historia es más bien, la narración de los hechos, *en cuanto se ofrecen al conocimiento de los hombres*, y como los hombres no se enteran sólo, en los hechos históricos, de lo que cae bajo la esfera de sus sentidos materiales, sino de muchas otras cosas que, por medio de las señales exteriores, con entera certeza se coligen; es falso de toda falsedad que la Historia se ciña, con ese exclusivismo que se pretende, á las cosas que caen bajo el dominio de los sentidos.

¿Qué cosa más propia de la Historia, que poner de manifiesto los caracteres de los personajes y toda su conducta *moral*? Pero ¿es que el carácter y la moralidad de las acciones caen bajo el dominio de los sentidos? ¡No por cierto! El carácter es la expresión concreta de una porción de cualidades físicas y morales, que no se perciben inmediatamente con los sentidos, sino sólo se *coligen* de las señales exteriores que acusan cierta manera constante de obrar. Y con la moralidad de las acciones acontece otro tanto. Sin duda, la Historia no tiene por superior, ó extraño á su competencia, declarar que Alejandro Magno fué *ambicioso*; que Nerón fué *cruel*; que Calígula fué un *mentecato*. Con todo eso ¿es que la ambición, la crueldad, la locura, sean cosas que se perciben con los sentidos? No por cierto; pero se perciben con los sentidos *los efectos* de estas pasiones ó afecciones psíquicas, y la Historia, al enterarse de sus manifestaciones, no se detiene en consignarlas, sino pasa á inferir las causas de que procedieron.

9. ¡De la misma manera juzga la Historia, de *la justicia* de los gobernantes, de la *pericia* de los guerreros, del *heroísmo* de los héroes y de *la culpabilidad* de los criminales! Pero es cierto que ninguna de estas cosas cae bajo el dominio de los sentidos. Nada de esto son *datos* que la Historia deba limitarse á recoger y consignar.

A juzgar por lo que pretenden los modernistas, no habría otra labor verdaderamente científica que el trabajo de *coleccionista*; ni merecería el

nombre de Ciencia, sino lo que fuese mera *colección*, ¡más ó menos *ordenada!* Si tomáramos sus cánones al pie de la letra, no habría otra Ciencia de la Naturaleza, que las colecciones de animales y plantas; no habría otra Historia que los *registros* de los acaecimientos (1). ¿Se trata de historiar una guerra? Pues todo se reduciría á consignar quiénes fueron los generales (con expresión de su hoja de servicios), y cuál el número de sus soldados, y la estadística de su material de guerra, qué itinerarios siguieron, qué batallas libraron, cuántos murieron en ellas, qué resultados materiales se obtuvieron, etc. ¿Fué la guerra justa ó injusta? ¿Fueron los generales hábiles ó inhábiles? ¿Cuáles fueron *las causas* que produjeron el conflicto ó prepararon la victoria de los unos y condujeron á los otros á la derrota? De todo esto, ¡*nada sabría* la Historia científica! Todas esas son cuestiones *metafísicas*, puesto que versan acerca de cosas que no caen bajo la esfera de los sentidos, ¡no son *datos* positivos! ¡Y la Ciencia no puede hacer otra cosa sino recoger y ordenar esos datos! De suerte que, la Historia, la Política, el Derecho, todas las ciencias que llamamos *morales*, se habrían de reducir á la *Estadística*. ¡Y á la Estadística *sin comentarios*! ¡Pues no suelen ser poco *metafísicos* los que se añaden á los cuadros de sus noticias!

---

(1) *La lista de la lavandera* debería ser para los modernistas ¡una obra histórica de las más estrictamente *científicas!*

10. Esta bizarra teoría de la Ciencia y de la Historia, es la que aplican los modernistas á la *Historia bíblica*, sin perjuicio de regirse por muy diferentes cánones, cuando tratan de fundar en la Historia sus flamantes sistemas: Dios—dicen—no es personaje histórico, pues nadie ha visto á Dios, ni le ha oído, ni mucho menos olido, gustado ó tocado.—¡Pero en el Sinaí se manifestó á Moisés con aquellas maravillosas señales que narra el Libro del Éxodo!—Bien, dicen. Pero el Éxodo no es un libro de Historia científica, sino de Historia religiosa; por consiguiente, sus noticias sirven para fundar la fe, ¡pero no son de provecho para la Ciencia!

—Mas la Historia evangélica, de acuerdo con las historias profanas, nos dice que Jesús fué crucificado y murió en la cruz, que sus discípulos atestiguaron luego haberle visto resucitado, y se dejaron matar por defender la verdad de su testimonio. —¡Ya!, replica el modernista; que un hombre llamado Jesús murió en la cruz, es objeto de la Historia. También lo es que los testigos certificaron el hecho de su resurrección, y que murieron por sellar la verdad de su testimonio; pero la *resurrección* misma no lo es, y mucho menos lo es la *divinidad* del resucitado, que por ella se demuestra; porque todas esas cosas no son tales, que puedan comprobarse con la *experiencia*, único criterio de la historia científica.

En esta aseveración hay muchas confusiones y falsedades. ¿Qué quiere decir que la Resurrec-

ción de Cristo no puede comprobarse con *la experiencia* científica? ¿Que no puede repetirse, las veces que quiera el experimentador, en un laboratorio, como puede repetirse la contracción de la pata de rana? Pero entonces, hay que borrar de la Historia la batalla de Waterloo y no menos la de Sedán; pues tampoco estos hechos pueden someterse á la experiencia de un laboratorio. O ¿es que el modernista que escribe Historia, para decir que Napoleón III fué derrotado en Sedán, repite la batalla de Sedán en su laboratorio? ¡No, ciertamente! ¡No hace más sino reconocer los testimonios de los que á ella asistieron, ó tocaron sus inmediatas consecuencias! La Historia cuenta los testigos que dicen que Napoleón I fué derrotado en Waterloo; examina su número y su autoridad, y habiendo alcanzado con esto la certidumbre necesaria, escribe en sus libros: que Napoleón I fué derrotado en Waterloo. Y aún no se para aquí; sino que añade, que la causa de la derrota fué haber sobrevenido Blucher con los prusianos en el momento en que el Emperador, agotando sus últimos recursos, estaba á punto de derrotar á Welligton! ¡Lo cual, ciertamente, no es ya sólo hecho histórico que alguien pudo *ver*, sino raciocinio causal, colegido de la consideración de las circunstancias!

Con todo, si el católico hace lo mismo; si recoge y cuenta los testigos de la Resurrección de Cristo; si halla que fueron los once apóstoles fieles y muchísimos otros discípulos; si descubre que

casi todos estos testigos derramaron su sangre entre horribles tormentos, por no renegar del Resucitado, á quien creían Dios, precisamente á causa del hecho de su resurrección; si de este testimonio histórico concluye: ¡Cristo verdaderamente resucitó! Viene el modernista y le dice hipócritamente:—¡Verdaderamente, tienes motivo para *creerlo!* ¡Pero créelo con fe religiosa, y guárdate de aseverarlo como hecho histórico, porque la Historia no trata de *resucitados!*—¿Con qué razón? ¡Con la misma que habría para escribir una Historia, que tratara de las derrotas, pero no de las victorias; de los crímenes, pero no de los actos virtuosos!

11. «¡Todo es cuestión de *modo de hablar*», dice recientemente un modernista que quiere pasar por templado! «¡Si los modernistas, al escribir Historia y al hablar de ella, *establecen previamente* en qué sentido entienden esta palabra, y qué cosas comprenden bajo su competencia, ¿por qué condenarlos como herejes, por lo que no es, en el fondo, sino una cuestión *de modo loquendi?*» En primer lugar, sería una cuestión de *modo loquendi absurde;* mas en segundo lugar, en estos modos de decir se encierra tanta malicia como peligro para la verdad!

¿Es inofensiva cuestión de modo de hablar, decir *que la resurrección de Cristo*, principal argumento de nuestra religión, *no es un hecho histórico?* ¿Es mera cuestión de palabras, arrojar á Dios y todo cuanto á Él se refiere, del terreno, hoy

tan estimado, de la Ciencia y de la Historia? Y cuando el Catolicismo hace principal hincapié desde sus principios, en la prueba histórica de sus orígenes, ¿es cuestión de meras palabras expulsarlo sencillamente de la Historia, para reducirlo á una creencia sentimental destituída de todo fundamento científico?

¡No! ¡No se trata aquí de meras cuestiones de palabras, porque á las palabras responden los conceptos, y los conceptos son erróneos y las palabras intolerables! ¡Al asentar el Modernismo, que Dios no es personaje histórico; al excluir de los dominios de la Historia todo *hecho divino;* ataca gravísimamente los cimientos de la religión, y destruye y pervierte el concepto mismo de la Historia! Quede, pues, asentado, que la Historia, no sólo puede dar testimonio de la muerte, sino asímismo de la resurrección, y que así como puede afirmar que el general que gana todas las batallas de Alejandro es un genio de la guerra, y el hombre que rige acertadamente el Estado en las más difíciles circunstancias, es un gran político; así puede afirmar, que el hombre que resucita muertos al imperio de su palabra, es un profeta del verdadero Dios, y el que se resucita á sí mismo, para probar á sus discípulos su divinidad, es Dios verdadero!

III.

12. Pero no es menos palpable, y sí mucho más repugnante en los modernistas, la mala fe científica, que la arbitrariedad en la delimitación de las ciencias! ¡Porque, no sólo emplean ellos, en su modo de escribir la Historia, recursos lícitos y verdaderamente históricos; que se obstinan en vedarnos á los católicos; sino además la construyen *a priori* sobre vanas hipótesis, que tienen tan poco de histórico como de científico!

¿Quiénes son éstos que se atreven á deslindar absurdamente el terreno de la Historia, para no admitir en ella sino meros *datos*, expresión de *hechos* claramente percibidos y exactamente comprobados? ¡Aquéllos precisamente, que han escrito una *novela bíblica* para el A. Testamento y otra para la Historia evangélica!

¡En la primera, ellos han inventado la temeraria hipótesis de los *cuatro autores* del Pentateuco; á quienes, en el desconocimiento absoluto de sus nombres y personalidades históricas, designan con los nombres de los dos Heloistas, el Jehovista y el Deuteronomista; y en la Historia evangélica, reparten á su albedrío, por no decir á su capricho, las partes de los libros ó los libros mismos, fijando sus fechas, su orden de prelación y el carácter de sus autores, con absoluto menosprecio de las noticias por la Historia y la tradición transmitidas!

¿Es esto Historia ó mala Metafísica? ¿Qué *datos* de experiencia, qué testimonios oculares ó auriculares nos ofrecéis aquí?—Hallamos, dicen, variantes lingüísticas, ideas particulares, alusiones á objetos, que no es posible *atribuir* á las épocas y autores de que se suponen proceder los Sagrados Libros.—Pero en todo caso, señores modernistas, vuestro papel de hombres de *Ciencia* habría de limitarse á decir: ¡«*Hallamos esto* y lo otro! Lo hallamos y ahí lo tenéis, por orden alfabético, ó con otra clasificación *positiva!*» ¡Esto es la Ciencia, según vosotros! Mas argüir de esos *efectos* á las *causas*, ciertamente no *evidentes*, sino cuando mucho, *probables* ó *verosímiles*, y fundar hipótesis y trazar teorías; eso sale ya abiertamente de la esfera de la Ciencia y entra de lleno en el de la *Metafísica*, en el de la *creencia*. No podréis, pues, por lo menos, argüir con vuestra *ciencia* contra nuestra *creencia*, sino oponer *vuestra creencia* flamante, á la creencia nuestra, antigua y venerada por los siglos.

13. Pero hay más: nosotros somos los verdaderos *historiadores;* pues, para establecer nuestras doctrinas, hemos recogido y conservado cuidadosamente los *testimonios* de los que *vieron* los hechos y de los que trataron con aquéllos que los habían visto: *Quod fuit ab initio, quod audivimus, quod vidimus oculis nostris, quod perspeximus et manus nostrae contrectaverunt de verbo vitae* (I, Joan, 1, 1). Al paso que vosotros, señores *novelistas*, señores *metafísicos*, rompiendo el hilo de

la Historia, menospreciando los monumentos más antiguos en que se conserva, os entregáis á hipótesis fundadas sobre *indicios*, tan tenues, como expuestos á los más absurdos descarríos.

Los modernistas comienzan por destruir el verdadero *criterio histórico*, como destruyen el *critetio científico;* y luego, las construcciones que han derribado con la piqueta del Agnosticismo, procuran sustituirlas por otras arbitrarias, construídas *a priori*, con el supuesto de la inmanencia vital.

Hacen lo primero, formando *una clase á parte* con todas las historias *religiosas*. El católico no distingue la *histoıia religiosa* de la *profana*, mientras las considera ambas como fundamentos de su fe. Les aplica los mismos criterios para el examen de los testigos, para la comprobación de los hechos. Si los testigos son muchos y contestes, si además prueban ser fidedignos, así por su virtud como por la constancia con que sostienen sus dichos hasta sellarlos con su sangre cuando fuere preciso, el historiador católico *concluye* la veracidad de sus testimonios.

Pero el modernista procede de un modo enteramente diferente y arbitrario. Cuando estudia las historias profanas, sigue exactamente el mismo sistema que nosotros. Mas en cuanto se trata de un *hecho religioso*, lo somete á un procedimiento del todo diverso, inventado por él, con los prejuicios del Agnosticismo. Cuando un testigo narra un hecho profano: v. gr., las hazañas

de un soldado en una batalla, le da crédito simplemente. Pero si refiere un *hecho religioso*, cambia de modo de proceder. Una cosa es, dice entonces, el *hecho objetivo*, y otra el *hecho en cuanto aprendido* por el creyente. De lo que nos dicen los testigos, no podemos *colegir* la verdad objetiva del hecho, sino sólo su *persuasión sujetiva*, de que el hecho fué de la manera que lo refiere, y esto, aunque lo sostenga con tal constancia, que se deje matar por no retractarse (1).

¡Si se hallaran los testimonios de dos soldados, ó acaso de uno sólo, que *vieron* la muerte de don Rodrigo en la batalla del Guadalete, ó la del Rey D. Sebastián en la de Alcazarquivir, este argumento bastaría para zanjar todas las discusiones de los historiadores sobre la fortuna que cupo á aquellos desgraciados reyes! Pero ¿hay docenas de testigos que afirman haber visto á Cristo *resucitado*? Entonces concluye el historiador modernista, no que Cristo resucitó, como concluiría que murió D. Rodrigo, sino que aquellos testigos *creyeron verdaderamente* el hecho de su resurrección, y nos lo afirmaron *con la misma buena fe* con que lo creían. Pero, en fin, la *resurrección*, ¿tuvo efectivamente lugar? ¡A esto, dicen, no podemos responder *científicamente*! ¡Podemos creerlo, y en cuanto católicos lo hemos de creer; pero en cuanto *sabios*, hemos de pasar de largo, sin afir-

(1) Esta doctrina la oí exponer á Harnack el curso pasado en la Universidad de Berlín.

mar ni negar una cosa que sale enteramente de nuestra competencia!

14. ¡Con esto, la endiablada astucia modernista imposibilita de una vez para siempre, aun el intento de establecer una demostración racional, una demostración científica, de los *hechos* que sirven para comprobar la verdad del Catolicismo! ¡Ya podéis traer todos los testigos que queráis; ya pueden éstos dejarse hacer pedazos por la confesión de sus testimonios! ¡De nada aprovechará; pues, como se refieran á un *hecho religioso*, la Ciencia y la Historia científica se quedarán tan en ayunas de sus testimonios, como un ciego ante la descripción que se le hace de los colores!

Sin embargo, cuán irracional sea este modo de proceder, lo ve cualquiera que tenga las más elementales nociones de lógica. Queremos admitir, provisionalmente, el sistema que los modernistas escojan. ¿Quieren partir, como se dice, de los principios de la Crítica Kantiana? ¡Está bien! Mas entonces, el divorcio entre lo sujetivo y lo objetivo, entre el fenómeno y el númeno, se ha de extender á todos los testimonios históricos. Cuando los historiadores nos dicen que Napoleón perdió la batalla de Waterloo, hemos de entender sólamente que ellos *aprendieron* que la había perdido, y que nosotros *aprendemos* que así nos lo dicen; pero, en realidad, ni podemos de esta aprensión nuestra argüir la existencia objetiva de los historiadores, ni suponiéndola por un instante, podemos concluir de su testimonio la verdad ob-

jetiva del hecho que nos testifican, sino sólo su persuasión subjetiva de ellos. ¡De esta manera caen de un golpe todas las historias profanas y sagradas, como se hunden todas las bases de la certidumbre! ¡Esto será disparatado, será escepticismo; pero por lo menos, será consecuente; no será irritantemente hipócrita!

Pero los modernistas no admiten este modo de discurrir. ¡Ellos dan valor objetivo al testimonio histórico, donde se trata de historias profanas, aun cuando sean últiles, v. gr., para *contradecir* las historias religiosas! ¡Pero si se trata de éstas, entonces el testimonio deja de tener valor objetivo, se queda en la esfera de lo sujetivo, de lo sentimental, de lo emocional, como dicen, y así, es útil para *purificar* los sentimientos, para moderar las costumbres, pero no para fundar conclusiones científicas!

Esta es la base del error modernista en lo que mira á la historia religiosa. Veamos ya más en particular el modo como aplican este criterio.

15. En toda historia religiosa, dicen, hay *tres momentos*: el de la percepción sentimental (que vale tanto como religiosa), el de la *transfiguración* de lo percibido, por efecto del mismo sentimiento inmanente, y el de la *desfiguración* (como le llama el Romano Pontífice), que se hace, en cuanto el testigo considera el objeto á través de su aprensión *transfigurada*. Pongamos un ejemplo: Los discípulos de Jesús asisten á aquella estupenda *repartición* de los panes á las muchedum-

bres en el desierto. El pan no se multiplica, ¡claro está! porque esto sería un milagro, y el milagro es imposible. Pero por cualquiera de los muchos modos como lo han explicado los racionalistas, se hartan cinco mil personas, donde *parecía* no haber panes, y sobran doce canastos de mendrugos. Los discípulos, penetrados de sentimiento religioso, sienten que ha pasado allí algo sobrenatural, y en su sentimental arrobamiento, *transfiguran* lo que no fué sino *reparto*, en hecho prodigioso; por ventura, la devoción, la unción con que Jesús bendijo los panes (que cada uno llevaría en su zurrón), llenan á los presentes de emoción profunda, y ven un *hecho divino* en toda aquella escena. Ahora bien, mirando á Jesús á través de este hecho divino, le contemplan como verdadero *Hijo de Dios* y como *Dios*, y por ende vienen á admitir que el hecho de la distribución ha sido una multiplicación sobrenatural, ha sido un *milagro*. Y así lo transmiten de buena fe á sus sucesores, haciendo á Cristo, Dios, y sus acciones religiosas ó benéficas, milagros en comprobación de su divinidad.

Es verdad que este género de explicaciones es casi tan antiguo como el Cristianismo; es verdad que los Padres y Doctores de la Iglesia las han refutado mil veces, haciendo ver con claridad meridiana, apoyados en las circunstancias de los hechos y de las personas, que tales explicaciones son totalmente absurdas y faltas de todo fundamento histórico y racional. ¡Pero no le hace! Los

modernistas no se cansan por eso de repetir la cantinela de los modernos racionalistas y de los antiguos herejes, cambiando solamente, de siglo en siglo, los vocablos con que designan unas mismas vaciedades, y ahora la *transfiguración* de los hechos históricos y la *desfiguración* de sus causas, les prestan el mismo provecho, para escudar su incredulidad, que les prestaron á sus antecesores las *antinomias* del Evangelio, la *imposibilidad* metafísica del milagro, etc., etc.

Pero ya que ellos no hayan de rendirse por argumento alguno de razón, por muy claro y evidente que sea, á nosotros nos ha de servir esto para despreciar su hinchazón y la suficiencia con que se dan á sí mismos por los únicos historiadores y los únicos sabios, teniéndolos por convictos, ya que no confesos, de estupenda ceguedad ó de insigne mala fe.

16. Finalmente, no se muestran menos aprioristas y arbitrarios cuando tratan de construir su edificio, que en derribar el de la Filosofía y Teología tradicionales. Pues si para negar el nombre de historia científica á la que trata de hechos atañederos á la religión, se ven obligados á recurrir á distinciones insostenibles; para sustituir al antiguo un nuevo sistema, acuden á tejer la Historia *a priori*, no fundándose en los testimonios de los contemporáneos, sino en hipótesis psicológicas y teorías mucho menos que demostradas.

De esta suerte, después de haber relegado á los dominios de la *creencia* sentimental, al Cristo que

nos describieron los más antiguos escritores del Cristianismo, se han forjado un Cristo *de la Historia*, como lo llaman; un Cristo de la *novela psicológica* de mal gusto, como le deberían llamar; al cual atribuyen, no las acciones y enseñanzas que la memoria de los siglos nos ha conservado de él, sino las que á ellos se les antoja que *debió de hacer y decir*, *atendidas las circunstancias* de la época, de las personas, etc.

De esta suerte pudiera cualquiera escribir la Historia de la guerra franco-prusiana, prescindiendo de los datos transmitidos por los testigos de ella, y atendiendo sólo á las condiciones de los pueblos que en ella tomaron parte, pudiera llegar al estupendo resultado, de que los franceses pusieron sitio á Berlín, la tomaron y establecieron un nuevo imperio sobre los pueblos alemanes, subyugados por la *superioridad incontestable* de Francia.

Los historiadores clásicos, se permitieron la libertad de atribuir á sus héroes los discursos que no se sabe que dijeran; pero que pudieron decir *verosímilmente*, atendido su carácter y las circunstancias en que hablaron. Hoy no se admite ya en la Historia científica esta libertad. Pero, en cambio, los modernistas atribuyen á Jesús y á los héroes del Cristianismo, no sólo las acciones que no consta que hicieran, sino otras totalmente contrarias á las que la Historia nos asegura haber llevado á cabo; y no sólo les atribuyen lo que no se sabe que obraran, sino les niegan lo que los testimonios contemporáneos nos certifican haber

puesto por obra! ¡Así se escribe la Historia... modernista, y ésta es la única que se condecora con nombre de Ciencia!

17. Para terminar con tan interminables sandeces y desatinos de los modernistas, éstos han creído hacer un gran descubrimiento, con decir que *la Historia sacra* no trata de *enseñar* la verdad, sino de *purificar los sentimientos*, y, por consiguiente, no se le ha de pedir lo que no profesa, ni buscar en ella la verdad científica, que no pretende ni puede ofrecernos. Pero esto de una historia que no profesa enseñar verdades, sino *purificar sentimientos*, lejos de ser moderna invención es cosa antiquísima. La señaló ya muy claramente Aristóteles. Sólo que, como aquel filósofo no se permitía el lujo de llamar las cosas con los nombres que se le antojaran, despojándolas de los que por derecho les pertenecían, no llamó á esta obra literaria *Historia*, sino *Poesía y Tragedia*.

En efecto, de la Poesía, de la Tragedia, de la buena Novela, es propio, no enseñar la verdad histórica, sino procurar la purificación de los sentimientos. Los modernistas, pues, al atribuir este fin, con exclusión del primero, á la *Historia sacra*, no hacen otra cosa sino asentar la proposición sacrílega é insostenible, *que las historias sacras son meras novelas*; sólo que, para mayor vilipendio, se dice, que son novelas compuestas por novelistas inconscientes, que forjaron una fábula, cuando imaginaban escribir una historia. ¡Y tan

mentecatos fueron, que se dejaron luego matar por no renegar de la verdad de estas novelas que ellos mismos habían inventado! Voltaire los llamó embusteros y farsantes; los modernistas los llaman con gran reverencia, *escritores sagrados*, *profetas*, *varones inspirados;* pero en el fondo, dicen lo mismo que aquel monstruo de impiedad y blasfemo!

A este extremo de impiedad conduce á los modernistas el funesto error agnóstico; pues, si bien se considera, toda esta su teoría de la Ciencia y la Historia, se reduce al Agnosticismo; á la negación criticista de Spencer, de Kant, de Locke. Como éste, ponen los modernistas otras columnas de Hércules del conocimiento científico en los términos de la experiencia sensible, y excluyen de sus dominios todo lo que es Dios ó tiene relación con Él.

La *manera* es indudablemente más cortés. Pero en sustancia, no hacen diferente cosa que cierto ateo moderno, que se atrevió á declarar llegada la hora de *plantar á Dios en la calle;* de arrojarle del distrito de la Ciencia, y, consiguientemente, del comercio de la vida racional, y por fin, de la vida humana. Así vemos, por otro aspecto, de qué manera, como sabiamente nos lo advierte N. S. P. Pío X, el Modernismo es camino que lleva derechamente al Ateísmo.

CONFERENCIA OCTAVA

EL MODERNISTA COMO APOLOGETA Y REFORMADOR

«Hic (apologeta) apud modernistas dupliciter a philosopho et ipse pendet. *Non directe* primum, materiam sibi sumens historiam, philosopho, ut vidimus, praecipiente conscriptam: *directe* dein, mutuatus ab illo dogmata ac judicia. Inde illud vulgatum in schola modernistarum praeceptum, debere novam apologesim controversias de religione dirimere historicis inquisitionibus et psychologicis.» *(Pascendi.)*

SUMARIO.

Razón de nuestro método.

I. La Apología cristiana—general y particular. Tres cosas que ha de tener presentes.—Punto de partida de los modernistas su ineficacia é insuficiencia.

El método *objetivo* modernista, fundado en el Agnosticismo. Lo *misterioso* en la evolución histórica del Catolicismo. Comodidad é insuficiencia de la Apología modernista.

Método *sujetivo*. Utilidad parcial é insuficiencia de él. Unica verdad contenida en el método modernista.—Dos procedimientos con los subjetivistas. El testimonio de la conciencia.

II. El modernista como reformador. Puntos que abraza la pretendida reforma.—Móviles de los modernistas.—La Escolástica, la Tradición, el Magisterio de la Iglesia.—Verdadera reforma dispuesta por el Papa.

1. Aunque nos hubiera sido grato, por nuestra devoción á todo cuanto procede de N. S. Padre Pío X, seguir en estas conferencias el orden lucidísmo que en la Encíclica *Pascendi* sigue el Papa; creímos deber prescindir algún tanto de él, en gracia de la claridad de nuestra exposición; pues, ni hubiéramos podido encerrar en los límites de una conferencia algunos de los aspectos bajo que el Santo Padre considera el Modernismo, ni hubiera sido fácil, en la exposición oral, evitar repeticiones enojosas, que se evitan sin dificultad en la enseñanza escrita, donde el lector puede siempre recurrir, con nueva lección, á los pasajes á que de nuevo es preciso referirse. Sin embargo, hemos procurado exponer todos los conceptos capitales que el Romano Pontífice propone, dentro de los términos que la brevedad de nuestros discursos nos imponía.

El Sumo Pontífice considera en su Encíclica al modernista, como *filósofo*, como *creyente*, como *teólogo*, *historiador*, *crítico*, *apologista* y *reformador;* y en el mismo decurso de su enseñanza nos hace ver, que todos los demás aspectos en que se manifiesta, están influídos poderosamente por su falsa Filosofía. No podía ser otra cosa; por cuanto

(como en la primera conferencia decíamos), el Modernismo no es sino *el intento de conciliar el Catolicismo con la mal llamada Filosofía moderna*. Por esto hemos creído secundar las miras del Papa, y atender á la comodidad de nuestros oyentes, deteniéndonos de un modo, que á alguno parecerá por ventura *excesivo*, en el aspecto filosófico del Modernismo; al cual hemos consagrado por lo menos *tres* de estas conferencias.

Pero esto era doblemente necesario, porque no sólo es el Modernismo una herejía estrictamente filosófica, sino además, como no hayan penetrado en España, por nuestra dicha, muchas de sus manifestaciones concretas, no parecía tan provechoso entretenerse en la refutación de ellas, cuanto descubrir y convencer de falsos los *principios* de donde esas manifestaciones proceden. El Modernismo no existe en España como árbol, ni aun por ventura como hierba; pero andan mezclados en nuestra vida científica algunos de sus gérmenes, algunas de sus raíces; y esas raíces hemos atendido en primer término á desarraigar, rebatiendo los errores filosóficos de donde germinan.

Mas fuera de ésto, hemos estudiado también suficientemente al modernista (dentro de la brevedad que se nos ha impuesto), como creyente, como teólogo, como crítico é historiador. Por consiguiente, sólo resta que digamos algo de él como *apologeta* y como *reformador*, con lo cual habremos expuesto los conceptos principales de

la Encíclica *Pascendi*, y no nos quedará más sino atender á sus *ordenaciones* y procurar cumplirlas, para librarnos de la invasión nefasta de los nuevos errores.

I

2. Mas antes de entrar en el primero de estos temas, hemos de comenzar por preguntarnos: ¿cuál es el objeto de la *Apología católica?* ¿Cuáles las formas en que se ha solido practicar? ¿Cuáles las nuevas exigencias del tiempo presente? Presupuesto lo cual, ya no será difícil formar juicio acerca de las pretensiones de los modernistas y de su peculiar *Apologética.*

Varias son las definiciones que se dan de la *Apologética cristiana*, ya se la considere en su *contenido*, ó ya mejor, en su *fin*. En el primer concepto se la define: *Scientia fundamentorum veræ religionis* (J. V. Groot, *Summa apologetica)*, ó bien: «La disciplina teológica que se propone escudriñar los fundamentos de las creencias cristianas, según las exigencias de la razón». Pero estas definiciones, más bien parecen aplicarse á la *Teología fundamental*, que á la Apologética propiamente dicha; pues ésta lleva en su mismo nombre la idea de *defensa (apologéomai)*, y no se concibe defensa sin ataque, ni buena defensa sin proporción con los ataques que trata de repeler. Por esto nos agrada más la definición propuesta en

Razón y Fe, por el P. M. Fernández (1), la cual expresa, no sólo el contenido, sino también el *fin* de la Apologética, describiéndola como «La ciencia que expone y demuestra los fundamentos y pruebas de la verdad de la Religión católica, defendiéndola de las impugnaciones teológico-filosóficas é histórico-científicas, de los incrédulos y herejes.»

De esta última parte de la definición se infiere la división de la Apologética en *general* ó *cristiana*, y *particular* ó *católica*. La primera se propone defender nuestra sagrada Religión contra las impugnaciones de los infieles, ya sean ateos, ó profesen una religión no cristiana. La segunda tiene por objeto la defensa de la Iglesia y religión católica, contra los ataques de las sectas cristianas disidentes, como los protestantes ó cismáticos griegos, etc.

3. La *Apología cristiana*, como toda defensa científica, ha de ponerse ante los ojos, en primer lugar, *tres cosas:* Primero. ¿Qué parte de nuestra sagrada Religión atacan los adversarios? Segundo: ¿Con qué armas nos acometen? Tercero: ¿Qué principios filosóficos, teológicos, históricos, ó generalmente, científicos, admiten ó profesan.

Cuán necesario sea el primer presupuesto, huelga demostrarlo, y de él nace la división que hemos dicho en Apología cristiana ó general, y particular ó católica; así como las otras subdivisiones

(1) Tomo XII, Cuestiones apologéticas, página 149.

á que da lugar cada nueva desmembración de los enemigos de nuestras creencias divinas. ¡En cada caso hay que defender aquella parte de los muros, por donde se procura el asalto!

Pero no tienen menor importancia los otros dos puntos de vista. Del género de las armas con que los adversarios impugnan nuestra sacrosanta Religión, ha nacido otra división de la Apologética, en *teológica* (que se vale de argumentos sacados de la Revelación), *filosófica* (que estriba sólo en los argumentos tomados de la razón natural), *histórica*, *científica* (que toma sus argumentos de las ciencias físico-matemáticas y naturales), etc.

Mas sobre todo, es de capital interés el tercer presupuesto que hemos indicado; es á saber: *¿Cuáles son las ideas científicas que admite ó profesa nuestro adversario?* Así como sería ridículo atacar con armas de madera al soldado vestido de hierro, ó querer rechazar con fusilería de poco alcance al que nos bate de lejos con artillería gruesa; hemos de tener en cuenta, en los combates que reñimos por la fe, cuáles son las armas que alcanzan al enemigo y pueden hacerle mella. Inútilmente se juegan contra el incrédulo los textos de la Sagrada Escritura, aptos para convencer al protestante; y contra este mismo, se aducen en vano autoridades de aquellos Libros santos que él no considera como inspirados. Al que no admite las causas finales, no le hará efecto el argumento teleológico, ni al materialista los que se sacan de las operaciones espirituales.

4. Este es el punto de vista en que los modernistas se han situado, para reclamar é intentar una transformación de la Apologética tradicional.

«Los argumentos aportados por la Metafísica escolástica, dicen, para la demostración de Dios—sacados del movimiento, de la naturaleza de las cosas finitas y contingentes, de los grados de perfección y de la teleología del universo,—han perdido hoy *todo valor*. Los conceptos que servían de base á estos argumentos, han perdido el carácter absoluto que les atribuían los aristotélicos medioevales, *en la revisión general que la crítica Kantiana* ha llevado á cabo en las ciencias abstractas y empíricas y en el lenguaje filosófico. Demostrado *el convencionalismo* de toda representación nuestra abstracta de las cosas reales, es claro que, no sólo caen tales argumentos, sino queda cerrado el camino para hallar otros nuevos del mismo género.» (Progr. p. 98.)

Pero cuando tenemos delante un adversario que no admite *los elementos indispensables* para asentar sólidamente nuestra demostración filosófica, no podemos como quiera *acomodarnos* á su posición, sino hemos de procurar ante todo *traerle á la nuestra*, ó á aquélla donde nos sea posible esgrimir contra él armas eficaces. Esto es lo que los modernistas han perdido de vista, y por eso, dejada la Apologética tradicional, apelan á otra que, *ni es eficaz* para sacar á los incrédulos de sus posiciones viciosas, *ni es suficiente* para traerlos al conocimiento de la *verdadera* Religión.

El pasarse á las posiciones del adversario, no es siempre medio eficaz para vencerle, como lo saben los menos peritos en el arte militar. Cuando se trata, por ejemplo, con un filósofo que profesa el *completo escepticismo*, es imposible convencerle poniéndose en su actitud filosófica; por lo cual decían los antiguos, que el tal es *fustibus arguendus*. Que con quien niega toda certidumbre, no se puede disputar sino á palos; para que, por lo menos cuando se queje del dolor, podáis argüirle: luego *los palos son ciertos!*

Este conocidísimo expediente han olvidado los modernistas, y se han querido medir con los agnósticos (Kantianos, Spencerianos), bajando á su mismo terreno; con lo cual les ha acontecido lo que á los malos nadadores (y á veces, aun á los buenos), que se meten en un remolino para salvar al que se ahogaba, y no consiguen sino ahogarse con él.

«Nuestra Apologética, dicen, representa el esfuerzo para salir del Agnosticismo superándolo.» No queremos disputarles el *esfuerzo*, pero sí hemos de negarles el *éxito*. Pues, con efecto, después de haber bajado el báratro del Agnosticismo, para sacar de él á los agnósticos por el camino del sentimiento inmanente, rompiéndoseles esta frágil escala, incapaz de sostener el peso de la humana razón, vienen á rodar al abismo, y se quedan tan alejados de la religión católica como los mismos racionalistas á quienes, según dicen, pretendían redimir.

5. Para persuadirnos de la verdad de ésto, no tenemos sino recordar lo que dijimos acerca de la teoría modernista de la *inmanencia vital*; pues no era otra la escala con que contaban, para sacar del Agnosticismo á los Kantianos y Spencerianos.

Los modernistas comienzan por desnudarse de las únicas armas defensivas y ofensivas que podían darles la victoria, es á saber: las armas de la razón humana, provista de los sólidos principios evidentes de la antigua Metafísica. Y después de haber dejado insensatamente estas armas invencibles, so pretexto de igualarse con los adversarios, ¿qué medios les quedan para sacarlos y salir ellos mismos del barranco del Agnosticismo, en que temerariamente se han sumido? No les quedan otros medios que los *sentimentales*—la *inmanencia vital*,—cuya ineficacia hemos demostrado ya al tratar del Sentimentalismo y de la misma teoría modernista de la *inmanencia*. «Nosotros, dicen, aceptamos la crítica que han hecho de la razón pura Kant y Spencer.» Es decir: reconocemos la ineficacia de los argumentos de razón para llegar al conocimiento de Dios; reconocemos la imposibilidad de establecer sobre bases sólidas el *hecho* de una revelación divina; comenzamos por negar la eficacia de los *motivos de credibilidad*. Ahora bien, como ésos sean los *únicos caminos* por donde puede llegar á establecerse la verdad de la Religión *sobrenatural*, los modernistas quedan privados de los mismos presupuestos de toda Apologética cristiana.

6. Y en cambio de eso, ¿qué es lo que nos ofrecen? ¿Cuál es esa Apología redentora, que pretenden sustituir á la antigua?

El apologeta modernista, consecuente con sus principios filosóficos, no puede comenzar por introducir el convencimiento en la inteligencia de aquél á quien procura traer á la fe. Pues, ¿de qué medios pudiera valerse para esto, no siendo Dios objeto de la Ciencia ni de la Historia, y estando, generalmente, las verdades religiosas *más allá* de las columnas de Hércules del conocimiento científico? Menester es que recurra al *sentimiento;* que despierte ó engendre, en el ánimo del futuro neófito, aquella *experiencia religiosa vital*, que es, según los principios modernistas, la única raíz y fundamento posible de la fe. Mas, ¿qué camino hallará para esto? Siendo *vital (ab intrínseco et in intrínsecum)* el sentimiento religioso, ¿cómo se podrá ingerir *desde fuera*; pues no puede hacerlo desde otro punto de vista la Apologética modernista?

Dos caminos creen los modernistas hallar para esto: un método *objetivo* y otro *sujetivo*, aplicación respectivamente, de las doctrinas del Agnosticismo y de la inmanencia vital. Recordemos lo que nos decía Spencer (alegado por los mismos modernistas) acerca de aquel *terreno neutral*; aquella región de lo *incognoscible*, que se halla en *la base* de la religión y de la ciencia. Ciertamente, en este terreno, no es posible penetrar *con nuestra metafísica pueril*; cuanto menos *intro-*

ducir en él á aquéllos á quienes procuremos hacer cristianos. Todo el cometido de este método apologético habrá de reducirse, pues, á acompañarlos hasta el límite, y mostrarles desde allí aquella región impenetrable de lo incognoscible, diciéndoles:—¿No ves ese horizonte cerrado, á donde no pueden penetrar tus miradas, por mucho que te desojes? Pues ésa es la región de lo *incognoscible*. ¡Ahí tienes, pues, *la religión!*

Si no se me hubiera de tomar á irreverencia, compararía yo lo que quiere hacer con su catecúmeno el apologeta modernista, con lo que hizo Dios con Moisés, llevándole hasta el monte Nebó, desde donde le mostró la Tierra de promisión, diciéndole: *vidisti eam oculis tuis*, *et non transibis ad illam* (Deut. 36,4). ¡La viste, pero no la gozarás! ¡Pero lo que hacen con sus neófitos los modernistas, con no ser castigo de desobediencia ó infidelidad alguna, es mucho más terrible! Porque al fin y al cabo, mostró Dios á Moisés *distintamente* la Tierra prometida, desde Galaad hasta Dan y todo Neftalí, y la tierra de Efraím y Manasés, y toda la tierra de Judá hasta el extremo del mar, y la parte austral y la anchura del campo de Jericó, ciudad de las palmas, hasta Segor (Ibid.) Pero los modernistas, ¿qué muestran á su catecúmeno? No otra cosa sino la boca de una caverna oscura, donde no penetra un rayo de sol, ni sale de ella resplandor visible para los ojos humanos. ¡Unas tinieblas más densas que las de Egipto, donde le dicen, *los mismos que confiesan no saberlo*, que

está el *terreno neutral* donde se concilian la Religión y la Ciencia; donde se identifican Dios y la materia, el tiempo y el espacio, el espíritu y la cantidad; y donde todas las cosas que escapan á nuestro conocimiento, se *manifiestan* en una simplicísima *ignorancia*.

7. Éste es, en sustancia, el método *objetivo* de la Apologética modernista. Pero propuesto así, confesamos que no sería muy apto para adquirirles partidarios, por lo cual le describen de una manera algo más vaporosa. He aquí cómo resume la doctrina de uno de ellos el Romano Pontífice: «El primero de sus métodos ó caminos (el objetivo) brota del Agnosticismo, y tiende á demostrar que hay en la religión, principalmente en la católica, tal virtud vital, que persuade á cualquier psicólogo y lo mismo historiador de sano juicio, que conviene que en su historia se oculte algo *desconocido*. A este fin, urge probar que la actual religión católica es absolutamente la misma que Cristo fundó, ó no otra cosa que el progresivo desarrollo del germen introducido por Cristo. Luego, en primer lugar, debemos señalar qué germen sea ése, y ellos pretenden significarlo mediante la fórmula siguiente: «Cristo anunció el advenimiento del reino de Dios, que en breve se establecería y del que él sería el Mesías; esto es, el ejecutor dado del cielo y el ordenador. Tras esto se ha de mostrar, de qué suerte dicho germen, siempre *inmanente* en la religión católica y *permanente*, insensiblemente y según la historia, se

desenvolvió y adaptó á las circunstancias sucesivas, tomando de éstas para sí *vitalmente* lo que de las formas doctrinales, cultuales, eclesiásticas, le era útil; venciendo al mismo tiempo los impedimentos, si alguno salía al paso, desbaratando á los enemigos y sobreviviendo á todo género de persecuciones y luchas. Después que todo esto, impedimentos, adversarios, persecuciones, luchas, lo mismo que la vida, fecundidad de la Iglesia y otras cosas á este tenor, se hayan demostrado, de suerte que, aunque en la historia misma de la Iglesia aparezcan incólumes las leyes de la evolución, no bastan con todo á explicar plenamente la misma historia, se presentará delante y ofrecerá de su voluntad lo *incógnito*». Así ellos hablan. Mas en todo este raciocinio no advierten una cosa, que la determinación del germen primitivo únicamente se debe al *apriorismo* del filósofo agnóstico y evolucionista, y que la definición que dan del mismo germen es gratuíta, y creada según conviene á sus propósitos».

Hasta aquí la Encíclica *Pascendi*. Ahora bien: ¿qué resulta de esta *demostración* intentada por el apologeta modernista? En la evolución histórica del Cristianismo católico se halla lo *incognoscible*; luego vive en ella *el elemento religioso*. (Esto, admitida *provisionalmente* la teoría religiosa del Agnosticismo!). Pero ¿cómo se deduce de aquí que el catecúmeno *deba abrazar la religión cristiana?* A nuestro pobre juicio, lo más á que puede aspirar ese método *objetivo* de la Apología mo-

dernista, es á que el racionalista ó el incrédulo *admita*, que la religión cristiana es una *religión... como cualquiera otra*, puesto que se halla en ella *lo incognoscible*, esto es, el elemento esencial de *todas las religiones*. La Apologética modernista demuestra, por tanto, la *verdad genérica* del Cristianismo, pero no su verdad *específica;* esto es, demuestra que es *una religión*; no que sea *la Religión*; la *única religión* verdadera!

8. ¡A la verdad, los modernistas se contentarían con ésto; pues sus pretensiones son demasiado modestas para proponerse siquiera demostrar que el Cristianismo es la *Religión única verdadera*, y por ende, *necesaria para la salvación!* A ellos (que profesan la *indiferencia*, por lo menos *sustancial*, de todas las religiones), les basta demostrar que el Catolicismo es *una de tantas;* esto es; que puede *entrar en docena* con el Sabeísmo de los antiguos árabes, y con el Fetichismo de los cafres, con el culto de Ormuz y Arimán, y hasta quizás, quizás, con los de Buddha y Confucio.

Una vez obtenido el *placet* para clasificar el Cristianismo en el número de las religiones, podrán ya los apologetas modernistas tratar de probar su *superioridad*, por razones puramente humanas; v. gr.; por su carácter cultural ó moral; pero no sin dejar de reconocer al mismo tiempo sus *imperfecciones* y su necesidad de *seguir progresando* en brazos de la evolución á que están sujetas todas las manifestaciones de la vida.

«Estos nuevos apologistas, al paso que trabajan

por afirmar y persuadir la católica religión con las argumentaciones referidas, aceptan y conceden de buena gana, haber en ella muchas cosas que pueden ofender los ánimos. Y aun llegan á decir públicamente, con cierta mal disimulada delectación, que también en materia dogmática se hallan errores y contradicciones; aunque añadiendo, que estas cosas, no sólo admiten excusa, sino que se profirieron justa y legítimamente; afirmación que no puede menos de excitar el asombro. Así también, según ellos, hay en los Libros sagrados muchas cosas científica ó históricamente viciadas de error; pero dicen, que allí no se trata de ciencia ó de historia, sino sólo de la religión y las costumbres. Las ciencias y la historia son allí á manera de envoltura, con que se cubren las experiencias religiosas y morales, para difundirlas más fácilmente entre el vulgo; el cual, como no las entendería de otra suerte, no sacaría utilidad, sino daño, de otra más perfecta ciencia ó historia. Por lo demás, agregan, los Libros sagrados, como por su naturaleza son religiosos, gozan necesariamente de vida; más la vida tiene también su verdad y su lógica, distintas ciertamente de la verdad y lógica racional, y aun de un orden enteramente diverso; es, á saber; la verdad de adaptación y proporción, así *al medio* (como ellos hablan) en que se vive, como al fin por el cual se vive. Finalmente, se adelantan hasta aseverar sin ninguna atenuación, que todo lo que se explica por la vida es verdadero y legítimo.

«Nosotros, ciertamente, prosigue el Papa, para quienes la verdad no es más que una, y que consideramos que los Libros sagrados, como *escritos por inspiración del Espíritu Santo*, *tienen á Dios por autor*, aseguramos que esto es lo mismo que atribuir á Dios una mentira de utilidad ú oficiosa; y aseveramos con las palabras de San Agustín: *que una vez admitida en tan grande alteza de autoridad alguna mentira oficiosa, no quedará ninguna partícula de aquellos libros, que, conforme á la misma perniciosísima regla, no pueda referirse á mentira del autor, guiado por algún designio ó finalidad, tan luego como se le antojare á alguno, ya sea difícil para las costumbres ó increíble para la fe.* De donde se seguirá, lo que añade el mismo santo Doctor, *que en aquéllas* (es á saber, en las Escrituras) *cada cual creerá lo que quiera y dejará de creer lo que no quiera.*— Pero los apologistas modernistas prosiguen animosos. Conceden además, que en los sagrados Libros ocurren á las veces, para probar alguna doctrina, raciocinios que no se rigen por ningún fundamento racional, cuales son los que se apoyan en las profecías; pero defienden también éstas, como ciertos artificios oratorios, que están legitimados por la vida. ¿Qué más? Conceden, y aun afirman, que el mismo Cristo erró manifiestamente al indicar el tiempo del advenimiento del reino de Dios; lo cual, dicen, no debe maravillar á nadie, pues también El estaba sujeto á las leyes de la vida.—¿Qué suerte puede caber, después de ésto, á los dogmas de la

Iglesia? Pululan también en éstos patentes antinomias; pero, fuera de que la lógica vital las admite, no contradicen á la verdad simbólica; como quiera que se trata en ellos del Infinito, el cual tiene infinitos respectos. Finalmente, todas estas cosas las aprueban y defienden de suerte, que no dudan profesar, no poderse tributar al Infinito honor más excelente, que el afirmar de Él cosas contradictorias. — Más, admitida la contradicción, ¿qué habrá que no pueda legitimarse?»

Por lo menos, no se puede negar, pues, que la Apología modernista es sumamente *cómoda!* ¡Cuán malos ratos pasan los apologistas católicos para conciliar la Historia bíblica con la profana, las afirmaciones de los Libros Santos con los resultados, más ó menos cernidos, de las ciencias, y aun para resolver las antinomias que en los mismos Libros sagrados aparecen! ¡De todo eso puede dispensarse el modernista!

¿Que hay en los Libros sagrados errores históricos? ¡Nada tiene de particular! pues sus autores *no se proponían* en ellos la verdad histórica, sino la *edificación religiosa* (1). ¿Que aparecen antinomias en el desarrollo dogmático de la Dogmática cristiana? ¡No hay por qué apurarse! ¡Achaques son éstos de *la vida*, y resultados de la continua

(1) «Los libros históricos del Antiguo Testamento, hondamente examinados, no muestran pretensión alguna de *probar verdades*, sino sencillamente, de *purificar el sentimiento* religioso de los lectores» (Programa de los modernistas, página 37-8).

evolución á que están sujetas todas las cosas vivientes! Si la Religión no *variara*, ésta sería la más patente demostración de que estaba muerta, y donde no hay vida, no hay verdadera *religiosidad*; pues ¡ser religioso es *vivir!* Finalmente, ¿que hay contradicciones entre la Fe y la Ciencia? ¡Pero eso es sólo en el terreno científico, pues la Religión y la Ciencia se *concilian* indudablemente en el *terreno de lo incognoscible*; en aquel continente *neutral* que descubrió Spencer en la *base* de ambas, donde se estrechan en tan amistoso abrazo, como Inglaterra y Alemania en el centro de la tierra!

Así, que no hay duda que el Modernismo es por demás cómodo, para desentenderse de las dificultades con que tropieza la Apologética católica. ¡Si es igualmente eficaz para conducir á la profesión del Catolicismo, no es cosa tan averiguada, y por ventura tampoco se la propone!

9. Esto por lo que se refiere al método *objetivo* de la Apología modernista. Cuanto al *método sujetivo*, he aquí lo que dice el Papa en la Encíclica *Pascendi:*

«Por otra parte, el que todavía no cree, no sólo puede disponerse á la fe con argumentos *objetivos*, sino también con los *subjetivos;* á cuyo fin los apologetas modernistas vuelven á la doctrina de la *inmanencia;* es á saber; procurando persuadir al hombre, de que en él mismo, y en los más escondidos senos de su naturaleza y de su vida, se oculta cierto deseo y exigencia de alguna religión,

y no de una religión cualquiera, sino tal absolutamente cual es la católica, pues ésta, dicen, *la reclama* enteramente el perfecto desenvolvimiento de la vida.

«En este lugar, conviene que Nos lamentemos de nuevo grandemente, de que no falten, entre los católicos, algunos que, si bien rechazan la teoría de la inmanencia como doctrina, la emplean, no obstante, para la Apologética; y esto lo hacen tan sin cautela, que parecen admitir en la naturaleza humana, no sólo capacidad y conveniencia para el orden sobrenatural, lo cual los apologistas católicos lo demostraron siempre, añadiendo las oportunas salvedades; sino una legítima y propiamente dicha *exigencia*. Mas, para decir verdad, esta exigencia de la religión católica, sólo la introducen los modernistas que quieren pasar por más templados; pues los que pueden llamarse *integralistas*, pretenden demostrar al hombre que todavía no cree, que está oculto en él el mismo germen que Cristo tuvo en su conciencia, y por él se transmite á los hombres. Así, pues, Venerables Hermanos, reconocemos que el método apologético de los modernistas, que sumariamente dejamos descrito, conviene del todo con las doctrinas de ellos; método ciertamente lleno de errores, como las doctrinas mismas; apto, no para edificar, sino para destruir; no para hacer católicos, sino para arrastrar á los mismos católicos á la herejía, y aun á la destrucción total de cualquiera religión.»

10. No hemos de negar que puede tener alguna utilidad, esto de hacer entrar al hombre dentro de sí, para escuchar los latidos de su propio corazón, que se descontenta de las cosas temporales y finitas, y siente una insaciable aspiración á la *felicidad*, inasequible en esta vida. Este es, si duda, un *indicio* de las cosas divinas.

También es cierto, que la religión cristiana y católica responde de una manera excelentísima, y tal, que no se halla en otra religión alguna, á esas aspiraciones del alma, y á toda la manera de ser del hombre, con sus naturales anhelos é indigencias. Estos argumentos apologéticos no son novedad introducida por los modernistas, sino recurso usado muy de antiguo por los apologetas católicos, á imitación de los SS. Padres.

¡Pero no puede admitirse asimismo, lo que los modernistas pretenden; que por este camino se pueda llegar á demostrar al neófito la verdad de la Religión católica, como *exigida* simplemente por el perfecto desenvolvimiento de la vida! ¡En ninguna manera! ¡La religión católica es esencialmente *sobrenatural*, y, por consiguiente, no hay grado alguno de desenvolvimiento del espíritu humano, que la *exija;* por más que ella sea *sumamente apta* para satisfacer todas las *exigencias del espíritu humano.* Los modernistas caen en este renuncio por efecto de su confusión inicial entre los órdenes de la naturaleza y de la gracia. No habiendo, pues, en la naturaleza humana *exigencia* de la religión sobrenatural, en vano se querrá

descubrir la verdad de ésta, analizando las exigencias de aquélla!

Esta es la razón por qué, como dice el Sumo Pontífice, ni arguyendo *ad hominem*, se puede utilizar este método, por la sencilla razón de que no puede tener eficacia, dentro del verdadero concepto de la católica religión, para alcanzar el fin que se pretende.

11. Una sola cosa hay digna de atención en lo que dicen los modernistas, y es: que el apologista moderno ha de hacerse cargo de la tesitura filosófica de los incrédulos á quien trata de convencer; y como, desgraciadamente, no pocos de nuestros contemporáneos están imbuídos con prejuicios subjetivistas, no se podrá á veces comenzar para ellos la demostración de la divinidad del Cristianismo ó Catolicismo, por la exposición filosófico-histórica de los *motivos de credibilidad*.

De esta dificultad se vienen haciendo cargo, ya hace mucho tiempo, los buenos apologistas católicos, y reconocen que hay que adoptar uno de dos caminos: ó comenzar por rebatir los prejuicios de la Filosofía subjetivista, y allanar así el camino para las demostraciones tradicionales; ó prescindiendo de esto, aprovechar los elementos que ofrece la turbada conciencia del adversario.

Cuando se trate de jóvenes dedicados á los estudios, y se disponga de tiempo suficiente, por ventura será preferible el método primero, y se harán así *de un camino dos mandados*, rectificando, no sólo los errores religiosos, sino también los

científicos. Pero cuando no haya lugar para tan largo rodeo, bastará, generalmente, valerse de los *hechos de conciencia* de aquél á quien tratamos de persuadir.

Por más que en ello incurran en inconsecuencia, no sacando de los principios que admiten, todas las conclusiones que de ellos legítimamente se derivan, no es menos cierto que hay muchos imbuídos de escepticismo en Filosofía, que no negarán la verdad y certidumbre del testimonio de su propia conciencia acerca de las cosas morales. Y á quien esto negare cuando está prevenido y *ejerciendo de escéptico*, no será difícil arrancarle alguna confesión, cuando se abandona á los impulsos del sentido común.

Me basta oir á uno de éstos, quejarse de *una injusticia* que con él se ha cometido; me basta oirle censurar la conducta del prójimo, tratando de bribón ó canalla, al que obra contra su interés ó contra sus modos de ver, para poderle argüir por medio de estas armas. Alguien es bribón; alguien es canalla; alguien le ha hecho á usted una *injusticia;* luego menester será que usted conceda que hay una *justicia*, una *rectitud*, una *honradez*, opuesta á esos vicios que usted condena! Desde el momento que me conceda esto, le tengo convicto y confeso de que existe la *moralidad objetiva*, y encastillado en esta posición, me reiré de su escepticismo kantiano ó spenceriano, y de consecuencia en consecuencia, le obligaré á admitir que hay *obligaciones*, y por tanto *leyes mo-*

rales, y consiguientemente *legislador*, y *juez* y *sancionador* de la transgresión! Después que haya admitido todo esto, no tendrá dificultad considerable en admitir el *principio de causalidad!* (1).

II

12. Hemos llegado á la última parte de la exposición del Modernismo y de la declaración de la Encíclica *Pascendi*, que considera al modernista como *reformador*; pues, aunque, como hemos indicado repetidas veces, el Modernismo es esencialmente una *herejía filosófica*, estas filosofías de la herejía, así como no suelen nacer nunca de *solos motivos de razón*, así tampoco se quedan de ordinario en aspiraciones puramente especulativas. Los modernistas se presentan, pues, con pretensiones de reformarlo todo en la Iglesia, que les parece horriblemente arcaica y fosilificada en formas medioevales y escolásticas. En diez ú once capítulos pueden resumirse las cosas que, al parecer de los modernistas, necesitan más urgente reforma; la Filosofía, Teología é Historia, en lo que mira á *la educación y estudios del Clero*. El Catecismo y el Culto, por lo que toca á *la vida*

(1) Esta forma de argumentación está muy bien desarrollada en la obra de Vosen *El Cristianismo y sus impugnaciones*, que estamos traduciendo del alemán, y publicaremos en breve. D. m.

religiosa de los fieles. El gobierno de la Iglesia, con tendencia á la democracia clerical; y su intervención en la doctrina, particularmente en el distrito de *las Congregaciones del Santo Oficio y del Índice*. En la parte política y moral, creen que hay que ir á la *secularización* y al *americanismo*. Finalmente; por lo que toca á *la vida del Clero*, desean que se despoje de todo aparato y riquezas, á cambio de lo cual, ¡consienten en relevarle de la obligación del celibato!

Pero en esta parte no podemos hacer cosa mejor que oir la doctrina del Sumo Pontífice, que es harto clara y no necesita explicación.

«Ya cuanto hasta aquí hemos dicho, dice el Romano Pontífice, manifiesta de cuán vehemente prurito de novedades estén animados tales hombres; y este prurito se refiere naturalmente á todas las cosas que entre los católicos existen.— Quieren introducir novedades en la Filosofía, principalmente en los seminarios eclesiásticos; de suerte que, relegada la Filosofía de los escolásticos á la Historia de la Filosofía, como uno de tantos sistemas ha tiempo envejecidos, se enseñe á los jóvenes la Filosofía moderna, única verdadera, y para nuestra época conveniente.—Para renovar la Teología, quieren que, la que llamamos racional, tome por fundamento la Filosofía moderna; y exigen principalmente, que la Teología positiva estribe en la Historia de los dogmas.— Reclaman también que la Historia se escriba y enseñe conforme á su método y á las modernas prescripcio-

nes.—Ordenan que los dogmas y su evolución se pongan en harmonía con la Ciencia y con la Historia.—Por lo que se refiere á la Catequesis, solicitan que, en los libros para el Catecismo, no se consignen otros dogmas, sino los que hubieren sido reformados y sean acomodados al alcance del vulgo.—Acerca del sagrado culto, dicen que hay que disminuir las devociones exteriores y prohibir su aumento; por más que otros, más inclinados al simbolismo, se muestran indulgentes en esta materia.—Andan clamando, que el régimen de la Iglesia se ha de reformar en todos conceptos, pero principalmente en el disciplinar y dogmático; y por tanto, se ha de harmonizar, interior y exteriormente, con lo que llaman conciencia moderna, que propende á la democracia con todo su peso; por lo cual, débese conceder al Clero inferior, y á los mismos legos, cierta intervención en el Gobierno, y se ha de repartir la autoridad, demasiado recogida y condensada en el centro.—Las Congregaciones romanas que presiden á los negocios eclesiásticos, quieren asimismo que se transformen; y principalmente las del *Santo Oficio* y del *Índice*.—Pretenden asimismo que se debe variar la acción del gobierno eclesiástico en los negocios políticos y sociales, desterrándolo por una parte de las disposiciones civiles, al paso que por otra le obligan á acomodarse á ellas y empaparse de su espíritu.—En la parte moral se apropian aquella sentencia de los americanistas: que las virtudes activas han de ser antepuestas á

las pasivas, promoviendo con el ejercicio las primeras antes que las segundas.—Piden que el Clero se componga de suerte, que muestre la antigua humildad y pobreza, y que en sus ideas y acciones se conforme con los preceptos del Modernismo.—Hay, por fin, algunos que, ateniéndose de bonísima gana á los maestros protestantes, desean que se suprima en el sacerdocio el celibato sagrado.—¿Qué queda, pues, intacto en la Iglesia, que no deba ser reformado por ellos y conforme á sus opiniones?»

Si investigamos las causas que mueven á los modernistas á procurar la reformación en estos conceptos, las hallaremos, á mi modo de ver, en lo que el mismo Romano Pontífice nos dice, en otro lugar de su Encíclica, acerca de las *tres cosas* contra las que tienen particular ojeriza los modernistas..... ¡ellos saben por qué!

«Tres son, principalmente, las cosas que tienen por contrarias á sus conatos: *el método escolástico de filosofar*, la autoridad y *tradición de los Padres*, y el *Magisterio eclesiástico*. Contra éstos dirigen sus más violentos ataques; por esto ridiculizan generalmente y desprecian la Filosofía y Teología escolásticas; y ya hagan esto por ignorancia ó por miedo, ó, lo que es más cierto, por ambas razones, es cosa averiguada que, el deseo de novedades va siempre unido con el odio del método escolástico; y no hay otro más claro indicio de que uno empiece á inclinarse á la doctrina del Modernismo, que el comenzar á aborrecer el método es-

colástico. Recuerden los modernistas y sus favorecedores, la condenación con que Pío IX estimó que debía reprobar la opinión de los que dicen (1): *El método y principios con que los antiguos doctores escolásticos cultivaron la Teología, no conviene en manera alguna á las necesidades de nuestros tiempos y al progreso de las ciencias.*—Por lo que toca á la Tradición, se esfuerzan astutamente por confundir su naturaleza y su fuerza, para destruir su peso y autoridad. Pero, esto no obstante, los católicos venerarán siempre la autoridad del concilio II de Nicea, que condenó: *á aquéllos que osan....., conformándose con los criminales herejes, despreciar las tradiciones eclesiásticas é inventar cualquiera novedad..... ó excogitar torcida ó astutamente para desmoronar algo de las legítimas tradiciones de la Iglesia católica.* Estará en pie la profesión del Concilio Constantinopolitano IV: *Así, pues, profesamos conservar y guardar las reglas que la Santa, Católica y Apostólica Iglesia ha recibido, así de los santos y celebérrimos Apóstoles, como de los Concilios ortodoxos, tanto universales como particulares, como también de cualquiera Padre inspirado por Dios y maestro de la Iglesia,* Por lo cual, los Pontífices romanos Pío VI y Pío IX, decretaron que en la profesión de fe se añadiera también lo siguiente: *Admito y abrazo firmísimamente las tradiciones apostólicas y eclesiásticas y las demás observancias y constituciones de la*

(1) *Syl.*, Prop. 13.

misma Iglesia.—Ni más respetuosamente que de la tradición, sienten los modernistas de los santísimos Padres de la Iglesia, á los cuales, con suma temeridad, proponen públicamente como dignos, á la verdad, de toda veneración; pero sumamente ignorantes de la crítica y la historia, en términos que, si no fuera por la edad en que vivieron, serían inexcusables.

«Finalmente, se esfuerzan con todo conato por menoscabar y debilitar la autoridad del mismo Magisterio eclesiástico, ya pervirtiendo sacrílegamente su origen, naturaleza y derechos, ya repitiendo con libertad las calumnias de los adversarios contra ella.»

Por esto, pues, quieren los modernistas que se suprima en los Seminarios sacerdotales, únicos centros de enseñanza donde florece todavía, el estudio de la Filosofía y Teología escolástica, y se sustituya por la Filosofía moderna. Ciertamente, el día en que se relegara á los polvorientos archivos de la Historia, á Santo Tomás, á Duns Scoto, al Padre Suárez y á toda aquella intrépida legión de filósofos y teólogos del siglo xvi, que son en la historia de la Ciencia, lo que el Concilio Tridentino en la Historia dogmática; el día en que las cátedras donde todavía difunden sus luces esos faros de la verdad, se entregaran á los discípulos de Locke y de Hume, de Kant y de Spencer: ese día habría llegado el triunfo del Modernismo, y la ruina definitiva de la Filosofía cristiana.

No hablan los modernistas tan desembozada-

mente contra los SS. Padres, en cuyas obras admirables se contiene la Tradición eclesiástica; pero atacándolos de soslayo, procuran invalidar enteramente su autoridad, dando de la Tradición católica el concepto disparatado que en la Conferencia VI hemos visto.

Por lo que hace al Magisterio eclesiástico, ya hemos dicho también en la misma Conferencia, de qué manera tratan de burlar y evitar sus condenaciones, con aquella temeraria y absurdísima teoría de las fuerzas centrífuga y centrípeta.

¡En realidad, á este blanco enderezan todos sus conatos reformatorios! ¡Quieren debilitar la Autoridad doctrinal de la Iglesia, poniendo trabas á sus órganos más temidos por todos los herejes, que son las Sagradas Congregaciones del Santo Oficio y del Índice; quieren debilitar su Autoridad gubernativa, difundiéndola en mayor número de personas, para sacarla de manos de aquéllos á quienes *puso el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios*, y dando intervención en los negocios eclesiásticos á los legos y á los gobiernos, de cuyo espíritu secularizador y revolucionario esperan el auxilio para sus planes nefastos!

¡Pero lo único que conseguirán los modernistas será dejar en la Historia de la Iglesia un documento más en comprobación de aquella sentencia divina: *non prævalebunt!* ¡No prevalecerán! ¡Ya el Sucesor de Pedro, á quien se hizo esta divina promesa, ha levantado contra ellos la voz! ¡Ya los ha denunciado á la luz del mundo, para

que no puedan engañar á los incautos! ¡Ya los ha marcado con el hierro candente del anatema, y á sus vanos intentos de falsa reforma, ha opuesto las disposiciones conducentes, para reformar, no la Iglesia católica, que con la plenitud de su vida sobrenatural expele, como un organismo robusto, los gérmenes de disolución que en ella procuran introducirse; sino para reformar las imperfeciones de algunos de sus miembros, que pudieran ser ocasión de propagarse este virus infeccioso del Modernismo!

A nosotros, como buenos católicos, nos toca escuchar dócilmente estas disposiciones, y esforzarnos por acomodar á ellas nuestra conducta. ¡Este ha de ser el fruto práctico que saquemos de estas Conferencias, en que hemos procurado comprender las luminosas enseñanzas de N. S. Padre Pío X, acerca de los errores del *Modernismo religioso!*



APÉNDICE

Parte dispositiva de la Encíclica *Pascendi.*

I. En primer lugar, por lo que toca á los estudios, queremos, y definidamente mandamos, que la Filosofía escolástica se ponga por fundamento de los estudios sagrados.—A la verdad, *si algo excogitaron los doctores escolásticos con excesiva sutileza, ó lo propusieron con poca consideración; si hubiere algo que no concuerde con las doctrinas demostradas del tiempo más reciente, ó por cualquiera otra razón improbable; esto en manera alguna tenemos intento de proponerlo á la imitación de nuestros contemporáneos* (1). Lo principal que hay que notar es, que cuando prescribimos que se siga la Filosofía escolástica, entendemos principalmente aquella que enseñó Santo Tomás de Aquino; acerca de la cual, cuanto decretó Nuestro predecesor, queremos que sea vigente, y, en cuanto fuere menester, lo restablecemos y confirmamos, mandando que sea por todos exactamente observado. A los Obispos pertenecerá urgir y exigir, si en alguna parte se hubiese descuidado en los seminarios, que se observe en adelante; y lo mismo mandamos á los Superiores de las Órdenes religiosas. Y á los maestros exhortamos á que tengan fijamente presente que, el apartarse del Doctor de Aquino, en especial en las cuestiones metafísicas, nunca deja de ser de gran perjuicio.

Colocado, pues, este cimiento de la Filosofía, constrúyase con gran diligencia el edificio teológico.—Promoved, Venerables hermanos, con todas vuestras fuerzas, el estudio de la

(1) Leo XIII, Enc. *Æterni Patris.*

Teología, para que los clérigos salgan de los seminarios llenos de una gran estima y amor de ella, y la tengan siempre por su estudio favorito. Pues *en la grande abundancia y número de disciplinas que se ofrecen al entendimiento codicioso de la verdad, á nadie se oculta que la Sagrada Teología reclama para sí el lugar primero; tanto que fué sentencia antigua de los sabios, que á las demás artes y ciencias les pertenecía la obligación de servirla y prestarle su obsequio como criadas* (1). — A esto añadimos, que también nos parecen dignos de alabanza algunos que, sin menoscabo de la reverencia debida á la Tradición, á los Padres y al Magisterio eclesiástico, se esfuerzan por ilustrar la Teología positiva con las luces tomadas de la verdadera Historia, conforme al juicio prudente y á las normas católicas (lo cual no se puede decir igualmente de todos). Cierto, hay que tener ahora más cuenta que antiguamente con la Teología positiva; pero hagamos esto de modo que no sufra detrimento la escolástica, y reprendamos á aquellos que de tal manera alaban la Teología positiva, que parecen con ello despreciar la escolástica; á los cuales hemos de considerar como fautores de los modernistas.

Acerca de las disciplinas profanas, baste recordar lo que sapientísimamente dijo Nuestro predecesor (2): *Trabajad animosamente en el estudio de las cosas naturales, en el cual los inventos ingeniosos y los útiles atrevimientos de nuestra época, así como los admiran con razón los contemporáneos, así los venideros los celebrarán con perennes aprobación y alabanzas.* Pero hagamos ésto, sin embargo, sin daño de los estudios sagrados, lo cual avisa Nuestro mismo predecesor, continuando con estas gravísimas palabras (3): *La causa de los cuales errores, quien diligentemente la investigare, hallará que consiste principalmente en que, en estos nuestros tiempos, cuanto mayor es el fervor con que se cultivan las ciencias naturales, tan-*

---

(1) Leo XIII, Litt. Ap. *In magna*, 10 Dic. 1899.
(2) Aloc. 7 Martii 1880.
(3) Loc. cit.

to más han decaído las disciplinas más graves y elevadas, de las que algunas casi yacen olvidadas de los hombres; otras se tratan con negligencia y superficialmente, y (cosa verdaderamente indigna), empañado el esplendor de su primera dignidad, se vician con la gravedad de las sentencias y la enormidad de las opiniones. Mandamos, pues, que los estudios de las ciencias naturales se conformen con esta regla en los sagrados seminarios.

II. En todos estos preceptos, así Nuestros como de Nuestro predecesor, conviene poner los ojos, cuando se trata de elegir los rectores y maestros de los Seminarios ó de las Universidades católicas.—Cualesquiera que de algún modo estuvieren imbuídos de Modernismo, sin miramiento de ninguna clase, apártense del oficio, así de regir como de enseñar; y si ya lo ejercitan, sean destituídos; asimismo, los que descubierta ó encubiertamente favorecen al Modernismo, ya alabando á los modernistas y excusando su culpa, ya reprendiendo la escolástica ó á los Padres ó al magisterio eclesiástico, ó rehusando la obediencia á la potestad eclesiástica en cualquiera que residiere; asimismo los amigos de novedades en la Historia, la Arqueología ó los estudios bíblicos, y los que descuidan la ciencia sagrada, ó parecen anteponerle las profanas.—En esta materia, Venerables Hermanos, principalmente en la elección de los maestros, nunca será demasiada la advertencia y la constancia, pues los discípulos se conforman las más de las veces con el ejemplo de sus profesores, por lo cual, penetrados de la obligación de vuestro oficio, obrad en ello con prudencia y fortaleza.

Con semejante severidad y vigilancia han de ser examinados y elegidos los que piden las órdenes sagradas. ¡Lejos, lejos vaya de las sagradas órdenes el amor de las novedades!; Dios aborrece los ánimos soberbios y contumaces.—Ninguno, en lo sucesivo, reciba el doctorado en Teología ó Derecho canónico, si antes no hubiere seguido los cursos establecidos de Filosofía escolástica; y si lo recibiere, sea inválido. Lo que acerca de la asistencia á las universidades, ordenó la sagrada Congregación de Obispos y Regulares en 1896 á los

clérigos de Italia, así seculares como regulares, decretamos que se extienda á todas las naciones.—Los clérigos y Sacerdotes que se matricularen en cualquiera Universidad ó Instituto católico, no estudien en la Universidad oficial las ciencias de que hubiere cátedras en los primeros; y si en alguna parte se había permitido ésto, mandamos que no se permita en adelante.— Los Obispos que estén al frente del régimen de dichos institutos ó universidades, procuren con toda diligencia que se observen constantemente las cosas hasta aquí mandadas.

III. Es asimismo deber de los Obispos cuidar que los escritos de los modernistas, ó que saben á Modernismo y lo promueven, si han sido publicados no sean leídos, y si no lo hubieren sido, no se publiquen.—No se permita tampoco á los adolescentes de los seminarios, ni á los alumnos de las universidades, cualesquiera libros, periódicos y revistas de este género, pues no les harían menos daño que los contrarios á las buenas costumbres; antes bien, los dañarían más, por cuanto atacan los mismos principios de la vida cristiana. Ni hay que formar otro juicio de los escritos de algunos católicos, hombres por lo demás sin mala intención; pero que, ignorantes de la ciencia teológica y empapados en la filosofía moderna, se esfuerzan por concordar ésta con la fe, pretendiendo, como dicen, promover la fe por este camino. Tales escritos, que se leen sin temor, precisamente por el buen nombre y opinión de sus autores, tienen mayor peligro para inducir paulatinamente al Modernismo.—Y en general, Venerables Hermanos, para poner orden en tan grave materia, procurad enérgicanente que, cualesquiera libros de perniciosa lectura que anden en la diócesis de cada uno de vosotros, sea desterrado; usando para ello, aun de la solemne prohibición. Pues, por más que la Sede Apostólica emplee todo su esfuerzo para quitar de enmedio semejantes escritos, ha crecido ya tanto su número, que apenas hay fuerzas capaces de catalogarlos todos; de donde resulta que, algunas veces venga la medicina demasiado tarde, cuando el mal ha arraigado por la demasiada dilación. Queremos, pues, que los prelados

de la Iglesia, depuesto cualquiera temor, y sin dar oídos á la prudencia de la carne, ni á los clamores de los malos, desempeñe cada uno su cometido con suavidad, pero constantemente; acordándose de lo que prescribió León XIII en la constitución apostólica *Officiorum*: *Los ordinarios, aun como delegados de la Sede Apostólica, procuren proscribir y quitar de manos de los fieles los libros y otros escritos nocivos publicados ó extendidos en sus diócesis;* con las cuales palabras, si por una parte se concede el derecho, por otra se impone también el deber. Ni piense alguno haber cumplido con esta parte de su oficio, con delatarnos uno que otro libro, mientras se deja que otros muchos se esparzan y divulguen por todas partes.— Ni se os debe poner delante, Venerables Hermanos, que el autor de algún libro haya obtenido en otra diócesis la facultad que llaman ordinariamente *Imprimatur*, ya porque puede ser fingida, ya porque se pudo dar por ignorancia ó demasiada benignidad ó confianza mal puesta en el autor, cosa esta última que quizá ocurra alguna vez en las Órdenes religiosas. Añádase que, así como no á todos convienen los mismos manjares, así los libros que son indiferentes en un lugar, pueden en otro, por el conjunto de las circunstancias, ser perjudiciales; si, pues, el Obispo, oída la opinión de personas prudentes, juzgare que debe prohibir alguno de estos libros en sus diócesis, le damos facultad espontáneamente y aun le encomendamos esta obligación. Hágase, en verdad, del modo más suave, limitando la prohibición al Clero, si ésto bastare, y quedando en pie la obligación de los libreros católicos de no exponer para la venta los libros prohibidos por el Obispo.—Y ya que hablamos de los libreros, vigilen los Obispos, no sea que por codicia del lucro, comercien con malas mercancías. Ciertamente, en los índices de algunos, se proponen en gran número los libros de los modernistas, y no con pequeños elogios. Si, pues, los tales libreros se niegan á obedecer, los Obispos, después de haberles avisado, no vacilen en privarles del título de libreros católicos, y mucho más del de episcopales, si lo tienen, y delatarlos á la Sede Apostólica, si están condecorados con

el título pontificio.—Finalmente, recordamos á todos lo que se contiene en la mencionada Constitución Apostólica *Officiorum*, artículo 26: *Todos los que han obtenido facultad apostólica de leer y retener libros prohibidos, no pueden, por eso sólo, leer y retener cualesquiera libros ó periódicos prohibidos por los Ordinarios del lugar, salvo en el caso de que en el indulto apostólico se les hubiere dado expresamente la facultad de leer y retener libros condenados por quien quiera que sea.*

IV. Pero tampoco basta impedir la venta y lectura de los malos libros, sino es menester prohibir su publicidad; por lo cual los Obispos deben conceder con suma severidad la licencia de publicarlos.—Mas porque, conforme á la constitución *Officiorum*, son muy numerosas las publicaciones que solicitan el permiso del Ordinario, y el Obispo no puede por sí mismo enterarse de todas, en algunas diócesis se nombran, para hacer este reconocimiento, censores titulados en suficiente número. Esta institución de censores Nos merece los mayores elogios, y no sólo exhortamos, sino absolutamente prescribimos que se extienda á todas las diócesis. En todas las curias episcopales haya, pues, censores de oficio que reconozcan las cosas que se han de publicar; y los tales elíjanse de ambos cleros y sean recomendables por su edad, erudición y prudencia, y tales que sigan una vía media y segura en el aprobar y reprobar doctrinas. Encomiéndese á éstos el reconocimiento de los escritos que, según los artículos 41 y 42 de la mencionada constitución, necesiten licencia para publicarse. El censor dará su sentencia por escrito, y, si fuere favorable, el Obispo otorgará la licencia de publicarse, con la palabra *Imprimatur*, á la cual se deberá anteponer la fórmula *Nihil obstat*, añadiendo el nombre del censor.—En la Curia romana institúyanse censores de oficio, no de otra suerte que en todas las demás, los cuales designará el Maestro del Sacro Palacio Apostólico, oído el Cardenal Vicario del Pontífice *in Urbe*, y con la anuencia y aprobación del Sumo Pontífice. El propio Maestro tendrá cargo de señalar los censores que deban reconocer cada escrito, y darán la facultad, así él como el Cardenal Vicario del Pontífice, ó

el Prelado que hiciere sus veces, presupuesta la fórmula de aprobación del censor, como arriba decimos, y añadido el nombre del mismo censor. Sólo en circunstancias extraordinarias y muy raras, al prudente arbitrio del Obispo, se podrá omitir el mencionar al censor.—Los autores no lo conocerán nunca, hasta que hubiere declarado la sentencia favorable, á fin de que no se cause á los censores alguna molestia, ya mientras reconocen los escritos, ya en el caso de que no aprobaran su publicación.—Nunca se elijan censores de las Órdenes religiosas sin oir antes en secreto la opinión del Superior de la Provincia ó, cuando se tratare de Roma, del Superior general; el cual dará testimonio, bajo la responsabilidad de su cargo, acerca de las costumbres, ciencia é integridad de doctrina del elegido.—Recordamos á los Superiores religiosos la gravísima obligación que les incumbe de no permitir nunca que se publique escrito alguno por sus súbditos, sin que medie la licencia suya y la del Ordinario.—Finalmente, mandamos y declaramos que el título de censor de que alguno estuviere adornado, nada vale ni jamás puede servir para dar fuerza á sus propias opiniones privadas.

Dichas estas cosas en general, mandamos especialmente que se guarde con diligencia lo que en el artículo 42 de la Constitución *Officiorum* se decreta con estas palabras: *Se prohibe á los individuos del Clero secular el que tomen la dirección de diarios ú hojas periódicas, sin previa licencia de su Ordinario.* Y si algunos usaren malamente de esta licencia, después de avisados, sean privados de ella.—Por lo que toca á los sacerdotes que se llaman ordinariamente *corresponsales* ó *colaboradores*, como acaece con frecuencia que publiquen en los periódicos ó revistas escritos inficionados con la mancha de Modernismo, estén á la mira los Obispos para que en esto no tropiecen, y si faltaren, avísenles y prohíbanles seguir escribiendo. También amonestamos muy seriamente á los Superiores religiosos que hagan esto mismo; y si obraren con alguna negligencia, los Ordinarios provean de remedio con autoridad del Sumo Pontífice.—Los periódicos y revistas escritas por católicos tengan, en cuanto fuere posible,

censor señalado; el cual deberá leer oportunamente todas las hojas ó fascículos, luego de publicados; y si hallare algo peligrosamente expresado, manden que se corrija cuanto antes. Y los Obispos tendrán esta misma facultad, aun contra el juicio favorable del censor.

V. Ya arriba hemos hecho mención de los congresos y públicas asambleas, por ser reuniones donde los modernistas procuran defender públicamente y propagar sus opiniones. Los Obispos no permitirán en lo sucesivo, que se celebren asambleas de sacerdotes, sino rarísima vez, y si las permitieren, sea bajo condición de que no se trate en ellas de cosas tocantes á los Obispos ó á la Sede Apostólica; que nada se proponga ó reclame que induzca usurpación de la sagrada potestad; y que no se hable en ninguna manera de cosa alguna que tenga sabor de Modernismo, Presbiterianismo ó Laicismo. A estos congresos, cada uno de los cuales deberá obtener permiso por escrito y en tiempo oportuno, no podrán concurrir sacerdotes de otras diócesis sin letras comendaticias del propio Obispo. Y todos los sacerdotes tengan muy fijo en el ánimo lo que recomendó León XIII con estas gravísimas palabras (1): *Consideren los sacerdotes como cosa intangible la autoridad de sus Prelados, teniendo por cierto que el ministerio sacerdotal, si no se ejercitare conforme al magisterio de los Obispos, no será ni santo, ni muy útil, ni honroso.*

VI. Pero ¿de qué aprovechará, Venerables Hermanos, que Nós expidamos mandatos y preceptos, si no se observaren puntual y firmemente? Lo cual, para que suceda felizmente, conforme á Nuestros deseos, Nos ha parecido conveniente extender á todas las diócesis lo que hace muchos años decretaron prudentísimamente para las suyas los Obispos de Umbría (2). *Para expulsar, decían, los errores ya esparcidos y para impedir que se divulgen más, ó que salgan todavía maestros de impiedad que perpetúen los perniciosos efectos que de aquella divulgación procedieron, el Santo Sínodo, siguiendo las hue-*

(1) Litt. Enc. *Nobilissima gallorum*, 10 Febr. 1864.
(2) Act. Consess. Epp. Umbriae, Novembri 1849, tít. II art. 6.

llas de S. Carlos Borromeo, decreta que en cada diócesis se instituya un consejo de varones probados de uno y otro Clero, al cual pertenezca vigilar, qué nuevos errores y con qué artificios se introduzcan ó diseminen, y avisar de ello al Obispo para que, tomado consejo, ponga remedio con que este daño pueda sofocarse en su mismo principio, para que no se esparza más y más, con detrimento de las almas, ó lo que es peor, crezca de día en día y se confirme.—Mandamos, pues, que este Consejo, que queremos se llame *de Vigilancia,* sea establecido cuanto antes en cada diócesis; y los varones que á él se llamen, podrán elegirse del mismo ó parecido modo que fijamos arriba respecto de los censores. En meses alternos y en día prefijado, se reunirán con el Obispo, y quedarán obligados á guardar secreto acerca de lo que allí se tratare ó dispusiere.—Por razón de su oficio tendrán las siguientes incumbencias: investiguen con vigilancia los indicios y huellas de Modernismo, así en los libros como en las cátedras; prescriban prudentemente, pero con prontitud y eficacia, lo que conduzca á la incolumnidad del clero y de la juventud. Eviten la novedad de los vocablos, recordando los avisos de León XIII (1). *No puede aprobarse en los escritos de los católicos aquel modo de hablar que, siguiendo las malas novedades, parece ridiculizar la piedad de los fieles, y anda proclamando un nuevo orden de vida cristiana, nuevos preceptos de la Iglesia, nuevas aspiraciones del espíritu moderno, nueva vocación social del clero, nueva urbanidad cristiana y otras muchas cosas de este jaez.* Tales modos de hablar no se sufran en los libros ni en las lecciones. No descuiden aquellos libros en que se trata de algunas piadosas tradiciones locales ó sagradas reliquias; ni permitan que tales cuestiones se traten en los periódicos ó revistas destinadas al fomento de la piedad, ni con palabras que huelan á desprecio ó escarnio, ni con sentencia definitiva; principalmente si, como suele acaecer, las cosas que se afirman no salen de los límites de la probabilidad, ó estriban en opiniones preconcebidas.

---

(1) Instruct. S. C. NN. EE. EE., 27 Jan. 1902.

Acerca de las sagradas reliquias, obsérvese lo siguiente: Si los Obispos, á quienes únicamente compete esta facultad, supieren de cierto que alguna reliquia es supuesta, retírenla del culto de los fieles. Si las auténticas de alguna reliquia hubiesen perecido, ya por las revoluciones civiles ó por cualquiera otro caso fortuíto, no se proponga á la pública veneración sino después de haber sido convenientemente reconocida por el Obispo. El argumento de la prescripción, ó de la presunción fundada, sólo entonces valdrá cuando el culto tenga la recomendación de la antigüedad, conforme á lo decretado en 1896 por la Sagrada Congregación de Indulgencias y Sagradas reliquias, al siguiente tenor: *Las reliquias antiguas deben conservarse en la veneración que han tenido hasta ahora, á no ser que, en algún caso particular, haya cierto argumento de ser falsas ó supuestas.*—Cuando se tratare de formar juicio acerca de las piadosas tradiciones, conviene recordar: que la Iglesia usa en esta materia de tan grande prudencia, que no permite que tales tradiciones se refieran por escrito, sino con gran cautela y hecha la declaración previa ordenada por Urbano VIII; y aunque esto se haga como se debe, la Iglesia no asegura, con todo, la verdad del hecho, sino limítase á no prohibir creer al presente, salvo que falten humanos argumentos de credibilidad. Enteramente lo mismo decretaba hace treinta años la sagrada Congregación de Ritos (1). *Tales apariciones ó revelaciones no han sido ni aprobadas ni reprobadas por la Sede Apostólica, la cual permite sólo que se crean piamente con mera fe humana, según la tradición que dicen existir, confirmada con actos, testimonios y monumentos.* Quien esta regla siguiere, estará libre de todo temor; pues la devoción de cualquiera aparición, en cuanto mira al hecho mismo y se llama *relativa,* contiene siempre implícita la condición de la verdad del hecho; mas en cuanto es *absoluta,* se funda siempre en la verdad, por cuanto se dirige á la misma persona de los Santos á quienes honramos. Lo propio debe afirmarse de las reliquias.—Encomendamos,

(1) Decr. 2 Maii 1877.

finalmente, al mencionado Consejo de vigilancia, que ponga los ojos asidua y diligentemente, así en los institutos sociales como en cualesquiera escritos de materias sociales, para que no se esconda en ellos algo de Modernismo, sino que concuerden con los preceptos de los Pontífices Romanos.

VII. Para que estos mandatos no caigan en olvido, queremos y mandamos que los Obispos de cada Diócesis, pasado un año después de la publicación de las presentes Letras, y en adelante cada tres años, den cuenta á la Sede Apostólica, con relación diligente y jurada, de las cosas que en ésta Nuestra Epístola se ordenan; asimismo de las doctrinas que dominan en el Clero, y principalmente en los seminarios y en los demás institutos católicos, sin exceptuar aquellos que estén exentos de la autoridad de los Ordinarios. Y esto mismo mandamos á los Superiores generales de las Órdenes religiosas, por lo que á sus alumnos se refiere.

Estas cosas, Venerables Hermanos, hemos creído deberos escribir, para procurar la salud de todo creyente. Los adversarios de la Iglesia abusarán ciertamente de ellas, para refrescar la antigua calumnia, que nos designa como enemigos de la sabiduría y del progreso de la Humanidad. Mas para oponer algo nuevo á estas acusaciones, que refuta con perpetuos argumentos la historia de la Religión cristiana, tenemos designio de promover con todas Nuestras fuerzas un instituto particular, en el cual, con ayuda de todos los católicos insignes por la fama de su sabiduría, se fomenten todas las ciencias y todo género de erudición, teniendo por guía y maestra la verdad católica. Plegue á Dios que podamos realizar felizmente este propósito, con el auxilio de todos los que abrazan con sincero amor á la Iglesia de Cristo. Pero de ésto os hablaremos en otra ocasión.—Entre tanto, Venerables Hermanos, para vosotros, en cuyo celo y diligencia tenemos confianza suma, pedimos con toda Nuestra alma la abundancia de la Soberana luz, para que en tan grandes peligros de las almas, por los errores que de todas partes nos invaden, veáis lo que os incumbe hacer y os entreguéis con toda energía y fortaleza á la ejecución de lo que entendie-

reis. Asistaos con su virtud Jesucristo, autor y consumador de nuestra fe; asistaos con su intercesión y auxilio la Virgen Inmaculada, debeladora de todas las herejías; mientras Nós, en prenda de Nuestra caridad y del divino consuelo en las adversidades, os damos amantísimamente, á vosotros y á vuestro Clero y pueblo, Nuestra Apostólica Bendición.

Dado en Roma, junto á San Pedro, el día octavo de Septiembre de 1907, de Nuestro Pontificado año V.

PÍO PP. X

INDICE

Félix (Rdo. P.).—El socialismo ante la sociedad. Un tomo en 8.º........................	2,50
— Cristianismo y socialismo. Un tomo en 8.º....	2,50
— El charlatanismo social. Un tomo en 8.º......	2
Fonsegrive (Jorge L.).—Ensayo sobre el libre albedrío................................	6
Fouillée (Alfredo). — El Moralismo de Kant y el Amoralismo contemporáneo. Un grueso volumen	6
Gaume (Mr.).—Tratado del Espíritu Santo. Dos tomos en 4.º.............................	8
Gómez Bravo (Rdo. P.). — Tesoro poético del siglo XIX. Seis tomos........................	18
González Carreño (G.). — La imagen genérica y la idea. Estudio de Psicología experimental. Un volumen..............................	2
Grasset (J.).—Los límites de la Biología, con prólogo de Paul Bourget. Un volumen...........	4
— Semi-locos y semi-responsables. Un grueso volumen..............................	6
Kurth (Godofredo).—La Iglesia en los trances de la Historia. Un tomo........................	1,50
Martínez (Fray Zacarías).—Discursos y oraciones sagradas. Un volumen	6
— Estudios biológicos, 1.ª serie. Un volumen...	5
— Idem íd., 2.ª serie. La herencia. Hipótesis acerca del sueño. Optimismo científico. Un volumen.	5
— Idem íd., 3.ª serie. La Finalidad en la Ciencia. Un volumen	5
— La fe y las ciencias médicas. Un volumen.....	0,50
Max Turmann. — El desenvolvimiento del catolicismo social desde la Encíclica *Rerum Novarum*.	6
Mercier (D.).—Orígenes de la Psicología contemporánea. Un tomo.........................	6
Mir (Rdo. P. Miguel).—Harmonía entre la ciencia y la fe. Un tomo en 4.º.....................	6
Mir (Rdo. P. Juan).—La Inmaculada Concepción. Un volumen en rústica....................	9
— La Inmaculada Concepción. Un volumen en tela..	11
— El Centenario Quijotesco. Un volumen en tela.	3
— Rebusco de voces castizas. Un grueso volumen en tela....................................	10

	Pesetas.
Millot (Abate).—¿Qué debe hacerse por el pueblo? Bosquejo de un programa de estudios sociales. Un volumen..........	7
Montes (Rdo. P.). —Justicia humana, novela. Un tomo..........	2,50
Muncunill (Rdo. P.).—Tractatus de verbi Divini Incarnatione. Un volumen..........	9
Paz (Abdón). — Luz en la tierra: demostración de que entre la religión católica y la ciencia no pueden existir conflictos. Un tomo en 4.º..........	5
— El árbol de la vida; estudios sobre el cristianismo. Un tomo en 4.º..........	5
Piat.—Destino del hombre. Un tomo..........	4
Ruiz Amado (Rdo. P. Ramón).—El Modernismo religioso. Un tomo..........	3
Urráburu (Rdo. P.). — Compendium Philosophico Scholasticae. Lógica. Un volumen..........	4
— Idem íd. Ontología..........	4
— Idem íd. Psicología..........	5
— Idem íd. Cosmología..........	4
— Teodicea..........	4
Young (Rdo. P.). — Países católicos y protestantes comparados en civilización, bienestar general, cultura y moralidad; traducido por un Padre de la Compañía de Jesús. Un volumen..........	5
Zaccaria (Abate). — Dad al César lo que es del César; pero dad también á Dios lo que es de Dios, ó sea, disertación sobre la potestad reguladora de la disciplina. Un tomo en 4.º..........	2,50